
Vida de Don Juan Manuel de Rosas
Tomo 2



VIDA DE DON
JUAN MANUEL DE ROSAS

Manuel Gálvez

VIDA DE DON JUAN MANUEL DE ROSAS

TOMO II

Coedición especial:





Comentarios y anotaciones de capítulos
JORGE PERRONE

Realización en co-producción editorial, bajo idea y supervisión de
Salvador Schillaci

Dirección técnica y coordinación
Luis Roberto Barone

Diagramación y ordenamiento
José Grimberg, Enrique Villarreal y Ricardo Parpagnoli

Selección fotográfica y artística
Héctor González

Fotografías
Foto "Díaz"

Composición en frío y películas
"Centrograf" - Riobamba 436 - 8º p. Bs. As.

EDICIONES ARGENTINAS S.R.L.
terminó de imprimir esta primera edición de 6.000 ejemplares el día 15 de noviembre de 1974 en sus talleres de Gorritti 5995/99, Buenos Aires.

Relaciones Exteriores

1840

A 3 / A. 4 / A. 4 / Nº 6

La comunicación de Lord Granville, emb. ingles en Paris, del 28 de Mayo del corriente, participa a su gob.no el tenor de una confª con Thiers:

"Que preguntó a Thiers cual era la intención del gob.no relativamente a los asuntos del Plata, si aprovechase del buen estado de los negocios producido por los últimos pasos del S. Dupotet o continuar la marcha que hasta aquí, prestando oídos a las sugestiones de los agentes diplomáticos de la Francia.

"Que a esta preg.ta Thiers contestó observando, con alguna irritación, que había recibido del señor Guizot, enviado francés en Londres, extractos de la corresp.cia del S. Ouseley, encargado de negocios de S.M.B. en el Brasil, la que en este negocio estaba concebida en un sentido que atacaba la sinceridad y buena fe del gob.no francés en este asunto. Que respecto a las proposiciones de este gob.no, la que establecía "que los franceses en esta serían tratados como los extranjeros en Francia" los deja en el caso de no ser considerados respecto al servicio en nuestra milicia en el mismo pie de esta en que se hallan los ingleses y americanos, pues que pudiendo los extranjeros en Francia ser obligados a servir en la guardia nal, esto sería invocado por este gob.no para obligar a los franceses residentes aquí, al servicio de la milicia.

S.V. — C. 55 — A. 2 — Nº 2

D. Rosas a Guido, del 23 Julio 1833

Habla de cartas que debió contestar. "Pero después me puse muy de mal humor

"¡Mis amigos! ¡Ah! y que triste es ver que mientras mis enemigos trabajan sin cesar y sin pararse en nada, ellos ni aun se esfuerzan en desparramar en la campaña y este ejército, los impresos que hablan en favor de nuestra causa. Si no fuese D. Vte. González que me ha mandado algunos nos. del Gaucho y Gacetas estaría solo reducido a los enemigos. ¿Por qué de estos se me mandan de la Imprenta? ¿Qué será esto? ¿Será miedo, será por no gastar o por no tener cómo? Visto la multitud y abundancia de los enemigos del orden que nos se han animado, trabajando reunidos cuando, a ~~tropas de sastres armados~~ ..... al ejército con sus impresos.

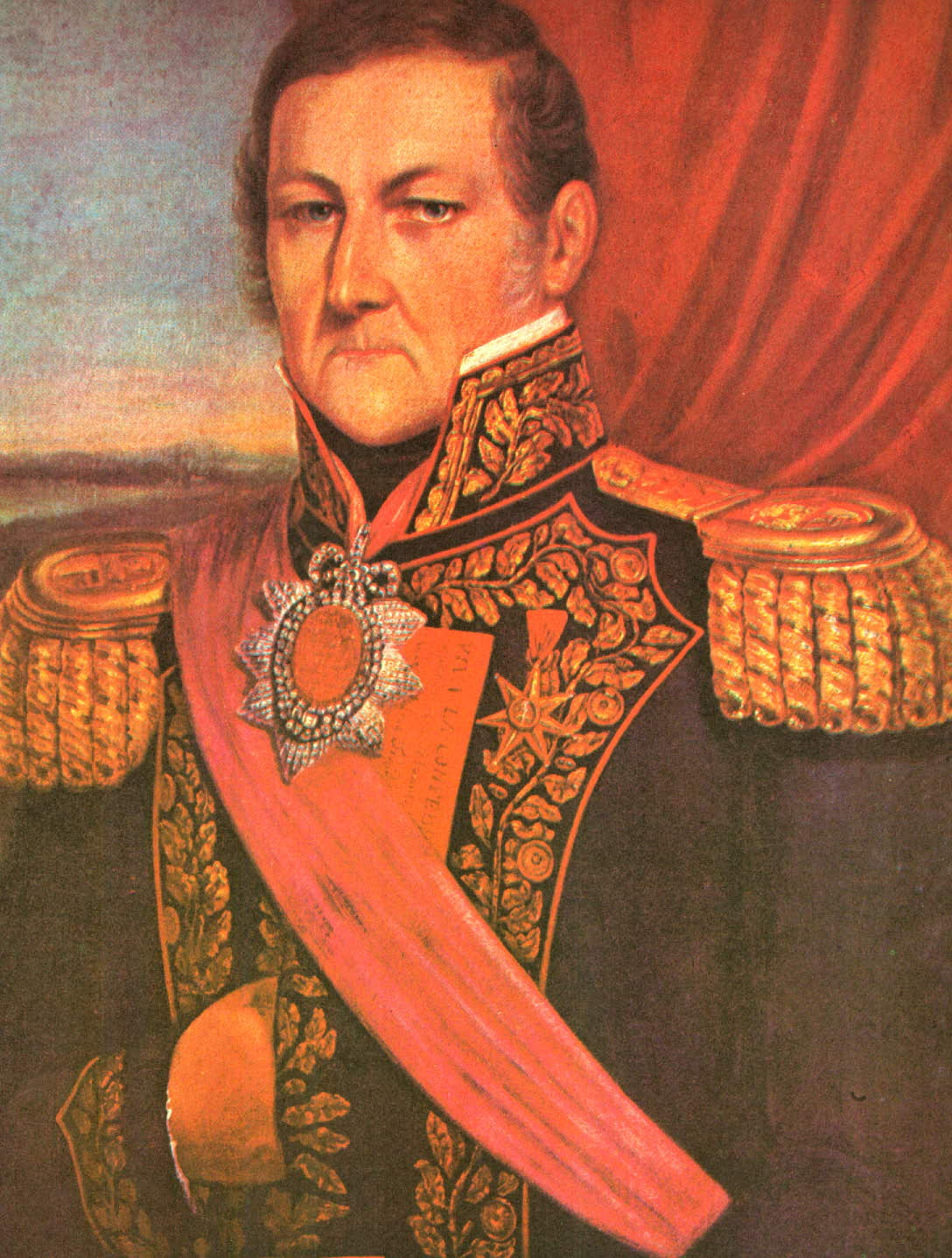
... También me puso de mal temple una carta que recibí del D. D. Juan Ramón Balcarce, en que habla en contra de mis amigos y descubre, acaso sin querer, que pertenece [illegible] a mis enemigos."

"¿Por qué no se me escribe? ¿A qué tanto miedo?"

1/ Cámara de los Pares — 8 feb. 1841. Interpelación del marqués de Dreux-Brézé.

Dreux-Brézé. El art. 5º ~~de~~ merece toda reprobación. Decía que si el Gob.no Arg.no brindase a los ciudadanos de otros pueblos de la América del Sud derechos especiales, estos no se extenderían a los franceses. "En este art.º se muestra el descubierto la tendencia de la liga americana contra los que no han cesado de combatir los agentes de todas las potencias europeas."

Guizot. Se declara extraño a los actos que han precedido del tratado. Mackau no se excedió. Será firme no ratificado. Señala la cosa igual de le un hecho en cuanto a Martigny y a Mackau. Cita ~~una alternativa entre~~ esta y otra. Martigny establece las relaciones cuando caiga Rosas. Pero la fuerza igual a lo que han firmado Mackau. — Pero ~~Francia~~ no admite imb. etc. [illegible]



Juan Manuel de Rosas,
según cuadro de la época.

CAPITULO X
LA REVOLUCION DE LOS RESTAURADORES

La ciudad está literalmente aterrorizada. Los periódicos entran en la vida privada de las personas y publican sus defectos, sus debilidades, sus vicios. A veces todo son calumnias, horribles calumnias. Pero nadie se siente tranquilo. Cada cual teme, y con fundamento, que cualquier mañana aparezca impreso algún defecto ridículo o debilidad que ha mantenido oculto. ¿No ha anunciado *El Rayo*, diario cismático, que aprovechará de la libertad de imprenta para decir cuanto se le dé la gana? ¿No contestan con iguales amenazas los apostólicos? Y no sólo se insultan cismáticos y apostólicos, sino que se espían mutuamente. Por medio de la servidumbre, de los vendedores callejeros, de los parientes resentidos, se obtienen informes sobre cada hogar. Hasta las señoras están inquietas; y no sólo por sus maridos y sus hermanos sino por ellas mismas.

La calumnia y la injuria

Del lado cismático dirige la guerra el general Félix Olazábal. Pero no es justo culparle de todas las enormidades que dicen *El Rayo* y otras hojas. He aquí el número del 1º de setiembre de *El Rayo*. A don Pedro de Angelis, el sabio humanista italiano a quien, desapareció *El Lucero,* se le cree editor de *El Restaurador de las Leyes*, lo llama "bestia carcamán". Los partidarios de Rosas son "la gavilla despreciable de la marca colorada", seres "abyectos". Al respetable doctor Arana llámale *Felipe Batata* y le aplica estos dicterios: "rudo, corrompido, traidor, sucio, asqueroso, tiene por el Retiro un nido y debajo de la barba un amasijo de verrugas sulfúricas, adquiridas en los combates de Venus".



Pedro de Angelis, periodista y escritor italiano radicado en Buenos Aires. Colaboró con Rosas

A don Nicolás Anchorena le llama *el diputado hidrófobo*, le considera "el más solemne intrigante" y dice que cuanto posee "lo ha adquirido estafando al Estado". Al diputado Argerich, que es sacerdote, lo acusa de haber violado a una negrita. Del doctor Baldomero García, virtuoso y respetadísimo magistrado, afirma que es hijo espurio de un barbero, o de cierto escribano, y de una mulata, y que, utilizando una negrita de su servicio, vende sus sentencias por cincuenta pesos. Los señores Maza y Anchorena son para el pasquín *ladrones públicos*, hombres "inicuos y malvados", lo mismo que "otra porción de chusma tan vil y despreciable como ellos". Y *El Constitucional* dice del honrado Maza que subió pobre al ministerio y ahora ha comprado varias fincas y estancias y está edificando una casa.

A estas enormidades, que son, no excepcionales, sino el pan de cada día, contestan los absolutistas, aunque con menos incultura. Los de *El Restaurador de las Leyes* llaman a los de *El Amigo del País* "vendidos al triunvirato oriental", es decir, a Martínez, a Olazábal y al canónigo Vidal, nacidos en la república vecina. Lamentablemente no se ha conservado ninguna colección de *El Restaurador. El Relámpago* acusa a los principales cismáticos de haberse pasado a la facción que manda, por resentimiento contra Rosas, que no les dio lo que pedían: arreglar desde el gobierno su mala situación pecuniaria. *La Gaceta* apenas se inmiscuye en la vida privada y no pone motes ofensivos. "La canalla ruin y abominable", llama un comunicado a sus enemigos. *Caco deslenguado*, le juzga al redactor de uno de los pasquines adversarios, otro de los comunicados: y *mentecato* al que edita *El Defensor de los Derechos del Pueblo.*

Pero la guerra no es solamente verbal. Con diferencia de un día, son asaltados: en su casa, don Pedro de Angelis; y en las escaleras del Fuerte, el joven Nicolás Mariño, redactor de *El Restaurador de las Leyes*. El asaltante del humanista italiano es el oficial mayor del Ministerio de Guerra, pariente del ministro Martínez. Ambos asaltos quedan impunes. De Angelis, por medio del jefe de Policía, desiste de acusar judicialmente a su agresor. *La Gaceta* lamenta que el señor De Angelis no le haya metido al otro "una dosis de plomo", y exclama: "¿Adónde vamos a parar? La soberanía del pueblo ha sido minada en su base; la seguridad individual ha sido violada; el asilo doméstico ha sido invadido; y la libertad del pensamiento se ve atacada del modo más denigrante y atroz".

Estos excesos llevan a pensar en la conciliación. *La Gaceta* la cree imposible "entre los verdaderos federales y los ultradecembristas, entre los honrados patriotas y los pseudoliberales, entre

los restauradores de las leyes y los anarquistas que nos han conducido al deplorable estado en que hoy nos vemos". *Ultradecembristas* . . . Así llaman ahora los *apostólicos* a sus correligionarios de ayer. En la Sala, don Nicolás Anchorena los ha considerado como una "gavilla de demagogos", como "una fracción que no puede clasificarse mejor que con el nombre de ultradecembrista". No cabe duda de que unitarios y liberales se entienden: unitarios han sido, o son todavía, los redactores –o "editores", como se dice entonces– de los tres periódicos cismáticos.

La situación se agrava cada día. Como en todos los momentos de turbulencia, abundan los ladrones. Dos comisarios, Ciriaco Cuitiño y Andrés Parra, se distinguen por su celo en perseguirlos. Probablemente hacen política a favor del bando apostólico. El Gobierno disuelve sus partidas y, según cierto comunicado que publica *La Gaceta*, las reemplaza por una comisión para redactar un reglamento de serenos, "que estará concluido de aquí a tres o cuatro años, cuando no haya nada que robar" . . .

Los enemigos respetan a Rosas

Con Rosas los periódicos enemigos siguen siendo respetuosos. ¿Temor al futuro? El caso es que, muchas veces, los actos de la dictadura, aun los más personales de Rosas, los atribuyen a la totalidad de sus fieles. Así, *El Defensor de los Derechos del Pueblo* dice: "¿Dónde está la restauración"? Y agrega que el asesinato de Montero y "la proscripción tremenda que han fulminado contra la mitad de la sociedad, son otros tantos comprobantes de ese sangriento sistema de gobierno, que exclusivamente se han propuesto seguir".

Como los apostólicos amenazan con la venida de Rosas al frente del ejército, *El Defensor* dice que los demagogos, empeñados "en desacreditar a este distinguido ciudadano", lo presentan como instrumento de venganza, dispuesto a derrocar al Gobierno. "El general Rosas, si ama a su patria, debe respetar al gobierno legal" y "no irritarse porque censuremos los actos de su gobierno en que se hayan traspasado las leyes". Afirma el mismo artículo que no ataca los actos de utilidad pública realizados por Rosas, sino "los avances de autoridad que se han cometido en aquella época ominosa". E insiste: "No nos dirigimos a la persona del señor Rosas".

Estos rumores sobre la venida del Restaurador son así comentados por *El Amigo del País*: "Sea cual fuere en lo sucesivo la conducta del general Rosas, ya sea que continúe siendo una co-

[illegible] deseamos desde hoy.

Al Carcaman leproso, inmoral y corrompido, Pedro Angelis trompeta del bando absolutista.

Saved infame y vil calumniador, que ese mismo juez de 1.ª instancia del 3.° departamento de campaña Dr. D. Juan A. Villegas, fuè quien, en venganza del desprecio con que yo y toda mi familia lo tratabamos, porque era tan bajo y miserable como tú, formó el bárbaro designio de hacerme aparecer como "factor y comprador de cueros mal habidos" (esto consta del sumario) Pero yo tuve la honrosa satisfaccion de obtener que la Exma. Cámara de la Provincia, revocase el brutal pronunciamiento de aquel juez, en todas sus partes, en vista y revista: mandandome devolver las pieles embargadas como mias legítimas, y absolviéndome de la multa que con igual injusticia se me habia impuesto. Los autos existen, puedes verlos el dia que quieras para tu confusion, infernal gringo.

Pocos dias despues de este augusto fallo, el gobierno de la provincia destituyó para siempre al Dr. Villegas, del empleo de juez de 1.ª instancia que indignamente desempeñaba; porque en vez de ocuparse en llenar sus deberes, empleaba su autoridad en perseguir bárbaramente á todos los que no le quemaban inciensos. Ved pues, carcaman corrompido, que fuerza tendrian esas palabras que citas, en boca de aquel asesino como tu de las reputaciones de los porteños, cuando las escribia para sostener su injusto y torpe pronunciamiento, disputándole á la Exma Cámara su augusto fallo. Confundios detractor inmundo, y avergonzaos de tus maldades.

Y no eras tu gringo [illegible], quien

Diario El Rayo

lumna del orden o abjure sus antiguas doctrinas para ponerse al frente de los díscolos y parricidas, tenga entendido que el pueblo bonaerense no tiene ídolos" y "que cuando se pronuncia en Buenos Aires el nombre del Restaurador de las Leyes, todos repiten este verso que un poeta puso en boca de Bruto: ¡*Héroe te amé, mas te odiaré tirano*! ".

Por su parte, los periódicos absolutistas son muy celosos cuando se trata de su jefe. *La Gaceta* se enfurece porque un diario extranjero ha comparado la expedición del desierto con las empresas de Cortés y de Pizarro. Esto le parece "un atroz agravio", porque Rosas sólo hace la guerra a unos salvajes indómitos que rehusaron la paz; y no para despojar de su territorio a una raza pacífica, sino para terminar con los malones y asegurar las fronteras.

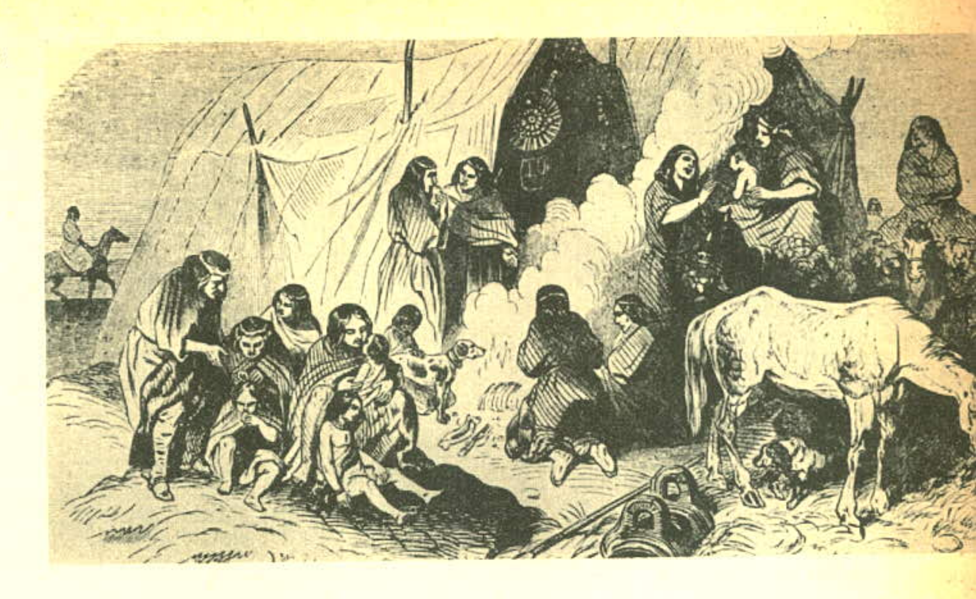
Rosas en el Colorado. Sus órdenes del día y sus *santos*

Rosas pasa este tiempo dedicado a escribir. "Jamás recuerdo haber trabajado más con la pluma", le dice a Pacheco, en una carta cuyo borrador tiene treinta y dos páginas. Le escribe a Quiroga, a Guido, a Pacheco, a varios caciques amigos, a media docena de jefes que mandan sendos destacamentos, al capataz de los Anchorena, a los comandantes de las guardias de la frontera, a su fiel lugarteniente Vicente González, a los que le mandan las haciendas y a algunas personas más.



Cacique

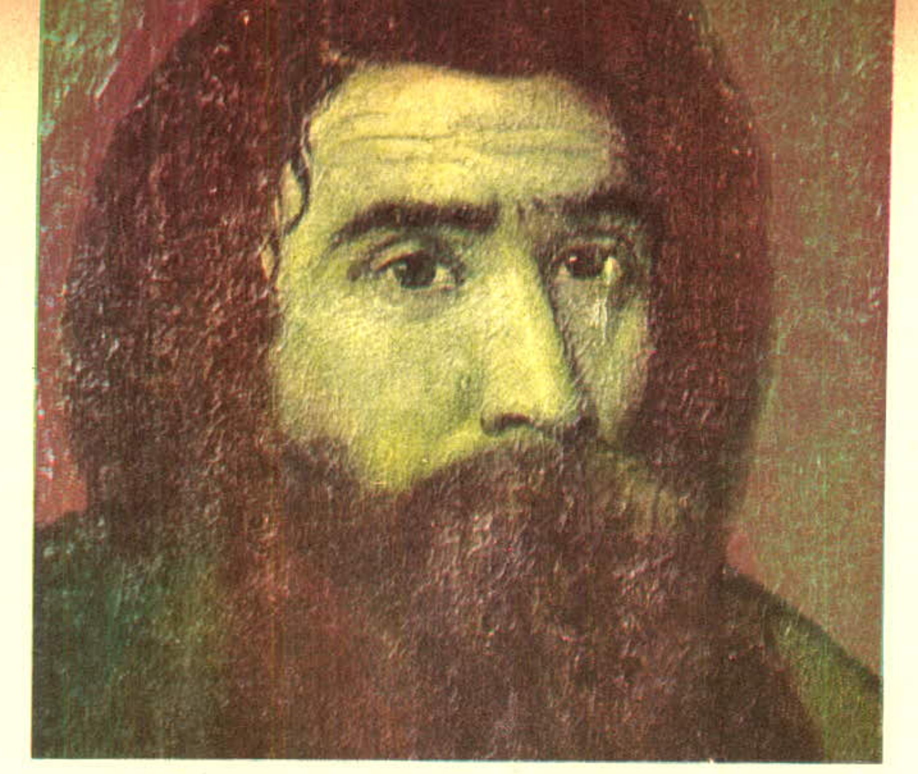
Toldería de indios en la Patagonia



En sus cartas se ocupa de todo lo imaginable: de los caballos y las yeguas; de la guerra con los diversos caciques enemigos y de mantener las relaciones pacíficas con los demás; del ejército de la alimentación, de la ropa que ha de entregarse a cada cautivo y a cada cautiva liberados; de la ropa que ha de darse a los indios; de las chaquetas para los caciques, los caciquillos y los capitanes; de la política de Buenos Aires y de cien asuntos más. Escribe también la cotidiana Orden del Día y el Santo. No parece que haya dictado, porque casi todos los documentos que se conservan están redactados por él mismo. Corrige mucho. Borra párrafos enteros. El secretario que allí tiene le pone en limpio sus borradores, en la propia tienda del general, de donde no sale –contará él mismo muchos años después– sino cuando Rosas deja el trabajo, que es siempre después de la medianoche o a la madrugada.

También redacta sus resoluciones y sus notas. Papelero como es, todo lo hace por escrito. La orden por la que manda aplicar trescientos azotes a un pulpero que ha vendido alcohol, es muy extensa y minuciosa y determina con suma precisión cómo han de darse los azotes. Lo mismo la condena a muerte, previo proceso, de un soldado ladrón. Y a los jefes de las diversas reparticiones del ejército, que viven a dos pasos de él, les indica todo por notas.

Las órdenes del día también le llevan tiempo. Muchas veces, un hecho cualquiera suministra el tema; pero otras no lo hay y es preciso buscarlo. Esos párrafos breves, densos, forman un con-



Cuitiño, jefe de policía

junto admirable de enseñanzas. Algunas órdenes son estrictamente militares. Otras revelan las preocupaciones moralizadoras y religiosas de don Juan Manuel. He aquí una en que, para mantener el espíritu militar, prohíbe "toda conversación que manifieste tibieza o desagrado en el servicio, o sentimiento de la fatiga que exige su obligación". La preocupación moralista le lleva a anunciar castigos al que "profiriese o escribiese palabras obscenas" y aun al que "habiéndolas oído no diese cuenta a sus superiores inmediatamente". El horror al desenfreno le dicta esta orden del día: "Se pierde entre los excesos de la licencia la esperanza de la educación doméstica, y la de una disciplina provechosa para el orden y la subordinación. ¡A qué angustias no somete a la sociedad el desenfreno! El hombre de bien, el buen ciudadano verdaderamente amante de la Religión, de su Patria y Libertad, prefiere obrar siempre por un sentimiento puro. Es justo, es juicioso, buen padre de familia y tan amigo de su semejante como de las leyes. Tales son, compatriotas, las atribuciones de virtud de que no debéis desprenderos y cuya observancia cuidadosa os recomienda vuestro general y amigo". Y si exalta la Religión y habla de Dios incesantemente, es también muy severo para con aquellos que la ultrajan. En una orden del día decreta: "El que con irreverencia y deliberación conocida de desprecio ajase de obra las sagradas imágenes, ornamentos o cualquiera de las cosas dedicadas al Divino Culto, o las hurtase, se hace acreedor al severo castigo de la última pena". Es de imaginar el profundo efecto, el benéfico efecto, que producen estas palabras del jefe amado, que son

leídas a todo el ejército, hombres que, en buen número, no han tenido educación moral ni religiosa.

Los santos constituyen una magnífica colección de aforismos. En tres o cuatro palabras, una sentencia que a veces tiene acento calderoniano: *El tiempo venga la injusticia*; o *Franqueza prueba amistad*; o *Codicia envilece el espíritu*; o *Morir antes que deshonrarse*. Uno de estos santos revela su tremendo sentido de la justicia: *Crimen sin castigo, calamidad*. Otros, sus convicciones católicas: *Religión pide culto*; o *Sociedad sin religión, caos*; o *Al cielo, tributo adorable*; o *Glorificada, la religión del Estado*; o *Reconocimiento al Dios de los Católicos*. Mediante sus santos, Rosas enseña, educa, aconseja a sus soldados. Quieren que sean modestos: *Modestia acompaña al valor*. Honrados: *El pícaro aunque medre no gana*. Francos y leales amigos: *Para conservar amigos, lealtad*. Agradecidos: *Gratitud, timbre del justo*. Como es lógico en él, predica el orden: Orden, *elemento de triunfo* y condena la *Anarquía, manantial de males*. Propaga la causa federal: *Virtud, divisa federal*; o *Federación, gloria argentina*; o *Federación, muro de bronce*; o *Federales, columna de leyes*. Cuando se convence de que en Buenos Aires se hostiliza a la expedición, el santo anuncia: *Red unitaria, tendida*. A veces recuerda un hecho: *Motín, mancha, unitaria*. El sentimiento de la Patria figura en primer lugar entre sus sentencias. *Argentina, dulce nombre*, les dice una vez. Cuando no hay un tema de actualidad, si no moraliza recuerda un suceso histórico: *Tucumán, sepulcro de tiranos*. A mediados de febrero del año que sigue, tendrá un noble y afectuoso recuerdo para Estanislao López: *A López, tributo honorable*. Por medio de los santos, informa al ejército de sus triunfos militares, de algunos acontecimientos importantes y hasta de las estaciones del año: *Primavera, estación florida*.

Pero si el pensar y redactar los santos le exige tiempo, más se lo exigen ciertas cartas; y no por cuidar su forma –las escribe a la disparada– sino por su extensión. A Pacheco, que le ha pedido no reparar en el desorden de sus cartas, le escribe: "Te suplico que no me lo vuelvas a indicar y que me escribas con la franqueza pura de la amistad, como yo lo hago, corriendo la pluma, según se me van presentando las ideas. Lo demás, ni sería confianza propia de la amistad, ni posible en medio de nuestras mutuas atenciones. Pero si así sigues, con esa delicadeza, yo también tendre que corresponderte, arreglando mis cartas a la etiqueta epistolar. Escríbeme, pues, con toda libertad y franqueza, sin pararte en colocar los asuntos unidos, pues como nada se te olvida de lo que debes decirme, para mí lo mismo será que los indiques en diferentes períodos, conforme vayas recordándolos".

VARIEDADES.

FENOMENO RARO.

☞El primer RAYO que cayó el Domingo 29 de Septiembre produjo un extraordinario resultado: apretó á un GRILLITO y le hizo vomitar un RELOX☜

Este género de producciones es el que mas mortifica à los absolutistas. Cada artículo que publicamos de esta clase, los exalta, y se les alborota la vilis de tal manera que, el Sábado aparecieron en el Restaurador, como unas fieras, defendiendo un Comisario *cuico* y á la MULATA TORIBIA porque eran aficionados ambos al *traguete*; ya se ve son dos categorias apostolicas ¡era preciso sostenerlas! ¡la causa ganaba en esto! ¡oh esto ha sido un triunfo?

Pues señor, supuesto que por aqui les duele, demosle de recio.

¿Ha visto V. el Rayo, mi querido Juan Antonio? [le decia á este monigote una beata à quien visitaba mucho] si contestó él, pero no me gusta.

¿Y porque? [le replicó la de los abitos negros] porque siendo yo tan malvado, y escribiendo tanto como escribo en el Restaurador, no me han echo el honor de zurrarme.

¡Que bribon es este monigotillo! decia la veatita, á una chinita que la acompañaba: ¿si querria hacer contigo lo mismo que intentó con la pobre *negrita de su servicio*? ¡inmoral, barbaro

Las Biografias estàn curiosas, decia la veata consabida, aunque incompletas.

El Rayo

Las cartas a Guido son algo más cuidadosas. Tal vez por la falta absoluta de tiempo, ya no le escribe al doctor Anchorena, ante quien emplea una prosa más entonada y correcta.

Encarnación en política

Ahora Rosas conoce bien los sucesos de Buenos Aires. Varias personas le escriben, pero ninguna con tanta exactitud como su mujer. Los acontecimientos y la ausencia de Rosas la han convertido en un caudillo. Sin duda Encarnación tiene aptitudes para la política. Pero hasta hace poco no fue sino señora de su casa. Rosas se lo dice a Pacheco, el 14 de setiembre: "Las cartas de tu compañera me han sensibilizado, recordando los días inocentes y felices en que gozaba de la paz doméstica, en la dichosa soledad de mis campos. Entonces, ni mi compañera, ni persona alguna de las señoras de la casa de Ezcurra, hablaban de política. Pero sonó la hora desgraciada, y desde el infausto Diciembre ya no fue posible privarles el desahogo natural". Y agrega que "el corazón amante, puro y delicado de una mujer" no puede ser insensible "a lo que se escribe en el día".





Retrato de Juan M. de Rosas y Encarnación Ezcurra, sobre las cubiertas de una cigarrera

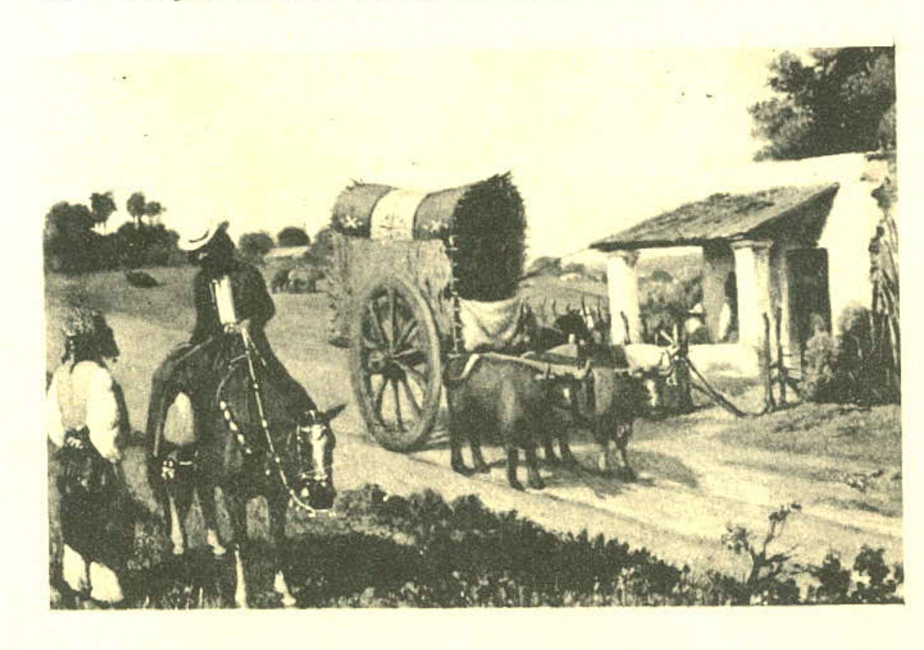
Encarnación Ezcurra tiene por entonces treinta y siete años. Es, pues, una mujer bastante joven, y no una vieja como la pintan los escritores unitarios. Tiene espléndidos ojos negros y agradable tipo. Moderada hasta ayer, los ataques al marido, a quien en sus cartas le llama "amigo" y "compañero", a su adorado Juan Manuel, le han sacado de quicio. La pasión política que estaba escondida en ella ha aparecido casi bruscamente, aumentada por el contagio de la pasión de todos, que arde en cada casa de la ciudad.

Desde junio ella es el jefe de los federales netos. No tolera "el orgullo y la desfachatez insufrible" de sus enemigos, de sus periódicos "cada día más insolentes"; prevé que todo marcha hacia la ruina. Cree que Rosas ha tenido demasiada tolerancia. Los apostólicos, inclusive los generales, le obedecen; los cismáticos la atacan, y el Gobierno mismo le teme. Un día, García Zúñiga, poco antes de abandonar el Ministerio, ha ido a verla, de parte del Gobernador. Le ha dicho que Balcarce la sabe inquieta. Le ha preguntado lo que quiere y le ha ofrecido hacer callar a Olazábal. Ella le ha contestado que se equivoca el Gobernador. La inquietud proviene de la mala conciencia y la suya es buena, pues nada le remuerde; y no cree que sea éste el caso de Balcarce, por lo cual le compadece. Le importa poco de Olazábal, de Martínez y de toda la gavilla, porque ella cuenta con recursos para destruir

cualquier maquinación contra Rosas. Tiene "bastante energía para ponerse a la cabeza" del pueblo, que le sería fiel. No teme que Rosas la desapruebe; en nada lo comprometería con su conducta. García Zúñiga ha tratado de apaciguarla, y ella cobrando brío de la flaqueza del ministro, le ha dicho que él mismo debe contar con ella si quiere que le guarden las espaldas.

¿Y quién sino ella puede ser el jefe? Los amigos de Rosas, los de categoría, son harto flojos. Le temen al Gobierno y a él mismo. Uno de los coroneles que quieren de veras a Rosas le refiere que sus amigos, los más encumbrados, tienen miedo de leer *El Restaurador*. El doctor Arana lo compra en la imprenta, lo dobla y lo guarda, escondiéndolo para leerlo en su casa. Es tal el terror de estos federales que *El Restaurador* no cuenta hoy –según el coronel– ni setenta suscriptores. Pero Encarnación desea que Juan Manuel le dé instrucciones. "Dime a mí algo –le ha dicho el 30 de junio–; yo soy tu mejor amiga, los paisanos me quieren, tengo bastante resolución para ayudarte". Y si se tiene fe, también revela su amor y su admiración hacia Juan Manuel. "¡Qué gloria sería para mí si algún día pudieras decir: más me sirvió mi mujer que mis amigos! ". Le asegura que ella no tiene miedo y escribe estas cristianas palabras: "Creo que todas las cosas emanan de Dios y que estamos obligados, todas las clases, a trabajar por el bien general".

Rosas le anuncia a su muy "amada compañera" una carta "que le servirá de norma para trabajar en contra de las perfidias". Le pide no decir a nadie que le ha escrito en este sentido.



"Un alto en la pulpería" (Pridiliano Pueyrredón)

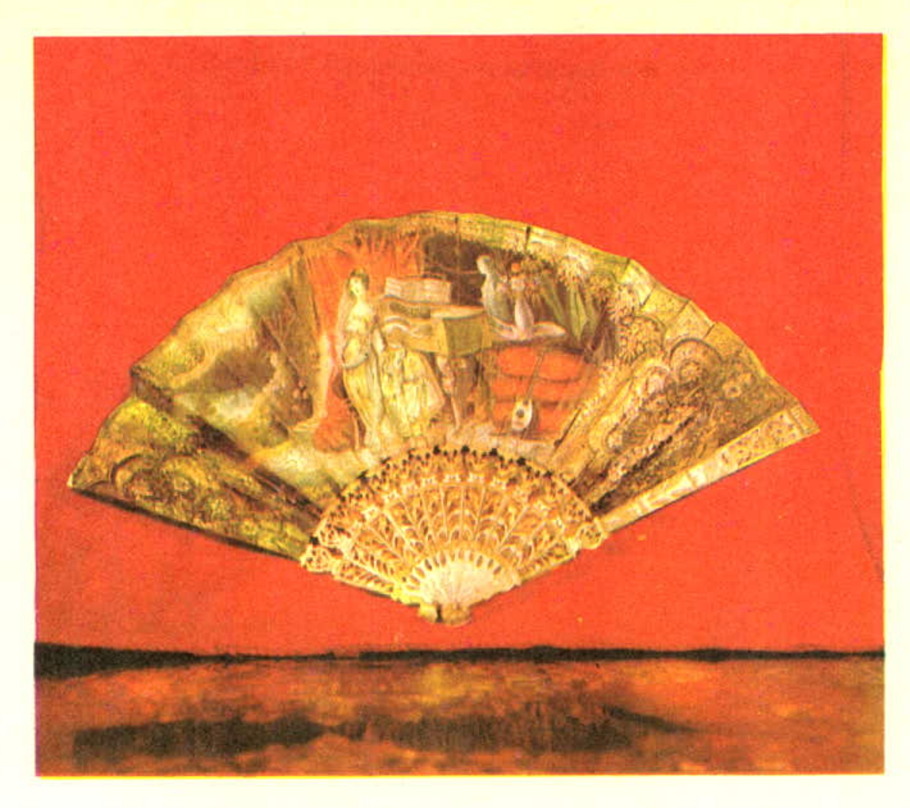
Y la estimula a que vaya "abriendo los ojos a los paisanos fieles que los tengan cerrados y muy especialmente a los pobres".

Ella está muy satisfecha, pues Rosas le indica lo que ya ha hecho. Ha llamado a los paisanos y les ha hablado, "lo mismo a los presidentes de todas las naciones negras": a todos les ha dicho que los están engañando y los ha puesto al corriente. También —le escribe a Juan Manuel— "he hecho centenares de pasquines, he mandado comunicados a los periódicos diciéndoles las verdades y tengo en mi cuarto reuniones diarias, a no dejarlos enfriar, y gratifico a los pobres que nos sirven". Ve a unos y a otros, escribe a muchos hombres de la campaña, a "esos pobres comandantes, a quienes he encontrado perfectamente dispuestos". No ha dejado nada por hacer. No cree que puedan ganar "esos canallas", y le asegura: "a nadie tengo miedo". No está dispuesta a detenerse por escrúpulos. Así le habla de ciertos "papeles riquísimos" que se podrían dar a la prensa, pero que "no se dan porque el doctor Maza no quiere, de miedo".

El 19 de agosto, Encarnación le comunica a Rosas el deseo de la gente —de los paisanos, como ella dice— de levantarse en armas "para acabar con esos pícaros". Pero temen que Rosas los desapruebe. Encarnación exclama: "¡Qué bueno sería me dijeras algo sobre esto! ". Anotemos todas estas palabras, que demuestran cómo los federales y la propia Encarnación consideran a Rosas enemigo de las revoluciones. En ésta misma carta le da una grave noticia: se corre la voz de que el Gobierno va a suprimir todo auxilio a la expedición. Le cuenta que a Vicente González,



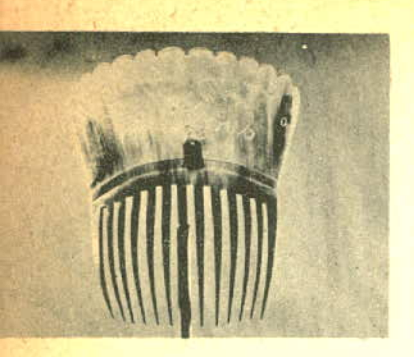
Un alto en el camino



Abanico de Manuelita

el representante de Rosas para el envío de animales, le han prohibido comprarlos sin autorización del Gobierno.

Encarnación ve enemigos por todas partes y los juzga severamente. Para ella todos son malvados y canallas. A muchos de sus adversarios los considera "como personas que repugna nombrarlas por asquerosas". Balcarce es "un viejo pícaro", la "causa de todas las desgracias", y lo supone muerto de miedo, sin saber a dónde arrimarse. Le cuenta, en carta del 1º de setiembre, cómo a *Miñana*, en cuanto llegó, Balcarce le ordenó ir a su presencia. Lo retuvo tres horas. Le preguntó qué había oído hablar de él en el ejército y si era cierto que Rosas venía. Le dijo que él era el mejor amigo de Rosas y que le iba a mandar setenta mil pesos para el ejército. Acusó a los amigos de Juan Manuel de haber engañado a Encarnación, con el fin de "voltearlo" a él lo más pronto posible. Encarnación le asegura a su marido que Balcarce ha enviado a los periódicos, escritos de su puño y letra, cuatro comunicados. En uno llama *ladrón de caballos* a Prudencio Rosas; en otro ataca a María Josefa Ezcurra, hermana de Encarnación; y en un tercero dice que la casa de Rosas es protectora de los *godos*. Encarnación ha ofrecido trescientos pesos por los



Peinetón

originales. La mujer de Balcarce –le escribe a Juan Manuel– "anda de casa en casa, hablando tempestades contra mí. Lo mejor que dice es que siempre he vivido en la disipación y en los vicios; que vos me mirás con la mayor indiferencia". Pero a ella nada le importa de estas maquinaciones. Tiene bastante energía para contrarrestarlas. Y agrega estas palabras que muestran, una vez más, cómo Rosas no ha intervenido en los sucesos que van a ocurrir. "Sólo me faltan tus órdenes, las que las suple mi razón y la opinión de tus amigos a quienes oigo".

En esta carta del primer día de setiembre le cuenta que el ministro Tagle desea tener una conferencia con ella. "Más lo deseo yo –comenta Encarnación– para calentarle las orejas, porque ya es tiempo de dejarnos de pasteles y los que como él se estén burlando de los hombres de bien y poniéndolos en el disparador". Y en pocas palabras nos muestra al pueblo, al pobre, junto a Rosas como siempre. "Ya vienen las elecciones. Veremos lo que hacen los figurones. Los pobres están dispuestos a trabajar de firme". En otra del 14 de setiembre le habla de esas próximas elecciones. "No me parece que las hemos de perder, pues en caso que por debilidad de los nuestros en alguna parroquia se empiece a perder, se armará bochinche y se los llevará el diablo a los cismáticos". Le asegura que "las masas están cada día más bien dispuestas" y que mejor lo estarían si el círculo de Rosas no fuese tan flojo, pues "hay quien tiene más miedo que vergüenza".

¡Mujer brava esta Encarnación Ezcurra! Se la adivina capaz de todo por su Juan Manuel. Teme por la vida de su marido: como alguien le lleva un barril de aceitunas, le aconseja no probarlas antes que otro lo haga. Implacable con los "bomberos" o espías, reales o supuestos, le asegura a Rosas que si pilla a uno de ellos, que es el edecán del Gobernador, lo ha de meter adentro de la casa y le ha de pegar "una buena soba". A cierto amigo lo ha espantado por sospecharlo espía. "Aquí no me pisan sino los decididos". En una carta anterior le ha escrito a Juan Manuel: "Yo les hago frente a todos, y lo mismo me peleo con los cismáticos que con los apostólicos débiles, pues los que me gustan son los de hacha y chuza".

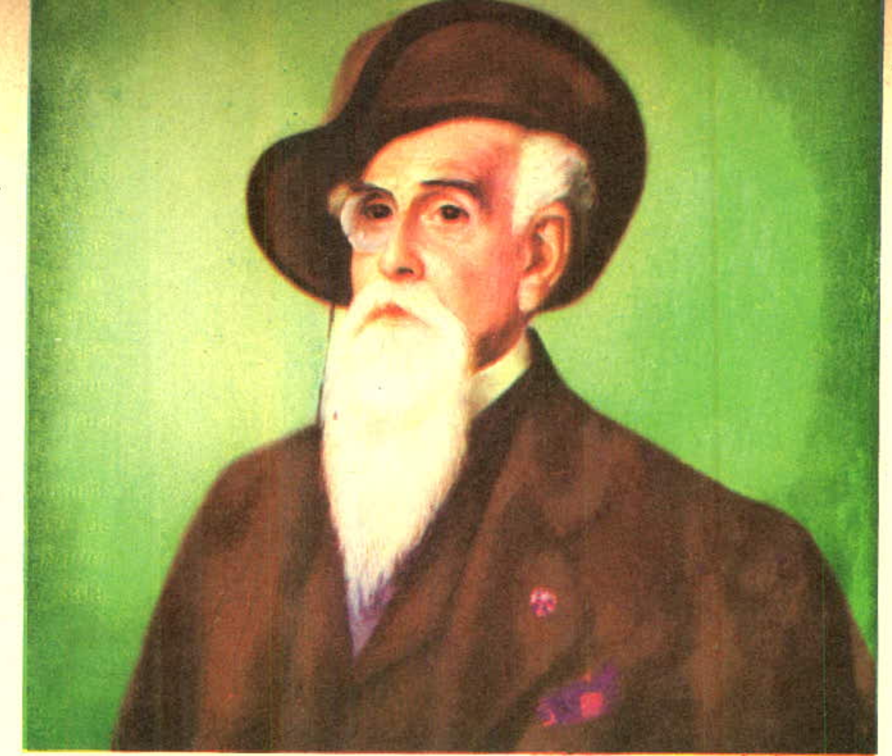
Pero él ahora no le escribe. ¿Por no comprometerse, pues desconfía de su reserva? ¿O porque, fiando en ella y sabiendo que procederá eficazmente, quiere dejarle las manos libres? Ella vuelve a escribirle una y otra vez. Sus cartas le informan sobre la posición en que se han colocado muchas personas; le refieren sucesos tan importantes como cierta sesión secreta de la Sala, en que se intentó hacer regresar a la expedición; le aconseja des-

confiar de tales o cuales individuos que se dirigen al Colorado. Y el 2 de octubre, cuando la situación es insostenible y apenas se puede vivir, dice: "Esta pobre ciudad no es ya sino un laberinto; todas las reputaciones son el juguete de estos facinerosos". Pensando, sin duda, en que a ella la han llamado "borracha", agrega: "Por los adjuntos papeles verás cómo anda la reputación de tu mujer y la de tus mejores amigos; mas a mí nada me intimida: yo me sabré hacer superior a la perfidia de estos malvados y ellos pagarán bien caro sus crímenes". Y antes de terminar: "Todo esto se lo lleva el diablo. Ya no hay paciencia para sufrir a estos malvados, y estamos esperando cuándo se matan a puñaladas los hombres por las calles".


Yegua madrina

Triunfo de la expedición

La expedición continúa con el mejor resultado, aunque con las molestias de siempre. El 12 de setiembre le habla Rosas a su íntimo y socio Juan Nepomuceno Terrero de la fatiga que representa semejante campaña, con un puñado de hombres, en "tan dilatado como escabroso desierto". Le asegura que Pedro Ramos, con trescientos soldados y cien indios, anda cerca de la cordillera de los Andes, a cien leguas del campamento del Colorado; que Miranda, con ciento veinte soldados y sesenta indios, se mueve a más de cien leguas de distancia del Colorado, "en rumbo al noroeste, por los campos linderos a los ranqueles"; que al mayor Leandro Ibáñez lo han despachado ese día, con ciento cincuenta cristianos y cien pampas, "con la orden de pasar el río Negro y correr el campo hasta cien leguas al sur"; que él se ha quedado con ciento cincuenta infantes, los artilleros y la gente que cuida las reses y caballos flacos que mantiene invernando. No ha perdido caballos. La tropa come carne de yegua. Y la campaña ya estaría terminada si no le hubiesen fallado el centro y la derecha, o si él hubiese llevado mil hombres más. Confía en que pronto se acabará todo. En octubre, mandará al cacique don Venancio con trescientos indios y un escuadrón, en busca de los indios que quedan. Los tehuelches ya se han sometido. Afirma que son buenos y que no necesitan robar para vivir. Esos indios y cien soldados defenderán a Patagones, y –anotemos estas palabras significativas– "los extranjeros no serán grandes señores de esas costas y de esa tan valiosa riqueza". Y como siempre, no olvida a Dios. "Todo lo que pasa es obra de Dios, que está visto nos quiere mucho". Luego dice: "Repito que todo lo prepara y dispone quien todo lo puede". Y antes de concluir, después de



General Mansilla; sobrino de Rosas y su primer historiador

decirle que sólo un desertor ha tenido y que el ejército ha hecho la campaña "desnudo" y "siempre en fatiga", exclama: "¡ Pero Dios es justo! ".

Parece encantado con el descubrimiento del incienso, que ha hecho la expedición. Le ruega a la mujer de Terrero, por intermedio del marido, que le envíe un poco a ciertos sacerdotes. Y no olvida al padre Terrero, su padrino, a quien le manda pedir su bendición.

¿Está organizando Rosas los sucesos que van a ocurrir a fines de setiembre y durante todo octubre, como asegurarán después sus enemigos?

Sabemos que a su mujer no le ha escrito. Casi todas las cartas de Encarnación lo dicen. En la que él le ha dirigido a Terrero hay unas palabras vagamente denunciadoras: aquellas en que recomienda a cierta mujer, que es "una gaceta y muy buena picana para trabajar por la causa de los restauradores". Pero esta carta, del 12 de setiembre, Terrero no ha podido recibirla antes del 20. Y para esta fecha, hace ya rato que sus amigos trabajan. Las cartas de Encarnación prueban que ellos no han esperado las instrucciones de don Juan Manuel, y que algunas cosas no se hacen por temor de sus íntimos y por falta de indicaciones suyas.

En cambio, varios documentos demuestran cómo Rosas no ha intervenido en la dirección de los sucesos que sobrevendrán, por lo menos en su aspecto sedicioso.

Uno es su carta a Encarnación, posterior a esos sucesos. Le ruega decirle al general Mansilla, su hermano político, que no le

contestó porque su posición no le permitía aconsejar. Y agrega: "cualquier otra cosa hubiera sido forzar las voluntades, cuando era preciso que sólo obrasen por la fuerza del convencimiento".

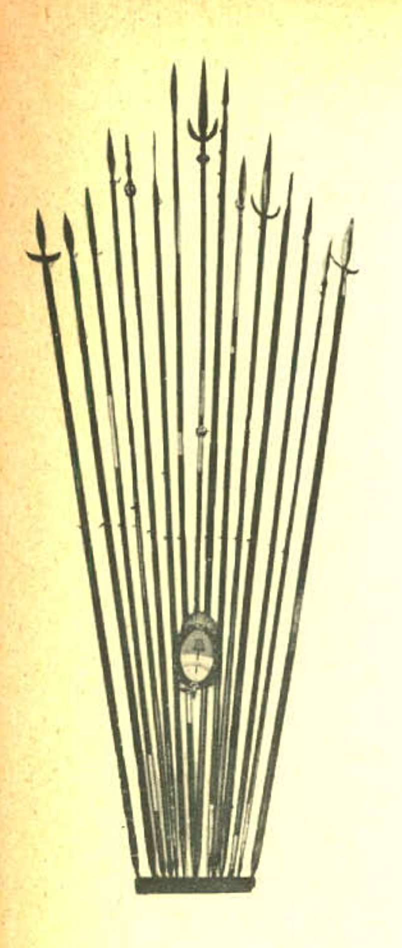


Paisano de campaña

Rosas no dirige la revolución

Otro documento: su carta a Guido, del 12 de setiembre. Guido es la única persona con quien Rosas se cartea regularmente sobre asuntos políticos. Así se lo dice él a Pacheco, por esos días: "A mí me escriben infinito, pero sólo contesto al señor Guido, y por su conducto a todos, excepto algunos casos indispensables". En esa carta del 12 de setiembre, en la que Rosas exhibe, una vez más, su irreductible legalismo, después de revelar su temor de que se rompan "los vínculos de la subordinación" y que sucedan "desgracias irreparables", dice: "yo no he de apadrinar ni he de adherir a ningún paso que no lleve por delante el sello de la legalidad". Teme que algunos, invocando su nombre y creyendo ayudarle, incurran en actos ilegales. "Mediten ustedes sobre esto –agrega– porque ya es tiempo de pensar con alguna seriedad. Antes que los hombres, desesperados, se precipiten, es preciso poner los medios legales para evitar el mal, al menos en lo posible". ¿De dónde pueden surgir los medios legales? De la legislatura, naturalmente. Por eso Rosas añade: "¿Qué hacen los representantes? ¿Cómo miran con frente serena y quieta la amarga situación del país? Pero si se nota que nada los mueve ni los moverá, preciso será poner en ejercicio el derecho de petición". Este es el medio legal para salvar al país. Rosas dice: "Yo lo hubiera movido si no estuviese a la cabeza del ejército, y tan lejos para dar dirección, sin extraviarse de la senda legal, a lo que se trabajase". Definitivas palabras "sin extraviarse de la senda legal". Creer que Rosas ha fomentado la revolución es no comprenderle. Hombre de orden, fanático por el orden, no quiere promover revoluciones. El sólo indica que se ejercite el derecho de petición y que la legislatura resuelva. No es otra cosa. "Algunos paisanos me han escrito cartas terribles", le dice a Guido. Esas cartas deben contener ofrecimientos revolucionarios. "Diga usted a los Representantes de sanas ideas que abran los ojos, que no se dejen engañar; que no pierdan al país perdiendo la menor oportunidad de salvarlo; que se engañan si creen que ha de haber quienes contengan el desorden o que apaguen el incendio".

Un tercer documento es su carta a Pacheco del 13 de agosto. El ya ha renunciado a su banca de diputado, y espera que Pacheco también renuncie. Esta renuncia –le dice a su amigo ín-



Lanzas

timo– "servirá a completar el triunfo de las vías legales". Y agrega: "Los incautos acabarán de desengañarse; los malvados quedarán puestos a la vergüenza pública. Conocerán que por el camino de la ley no les tememos". Su respeto de la autoridad y su sentido de la disciplina es tan grande, que, en esta misma carta, al contarle a Pacheco que ha enviado al Gobierno la lanza y la coraza del cacique *Chocorí*, comenta: "Esto es lo más propio, pues, por más que hagan y que me hagan, yo nunca he de confundir las personas con el Gobierno, ni me he de extraviar, principalmente en lo oficial, del camino de la dignidad".

Y, sin embargo,tiene motivos para levantarse en armas. El pueblo todo anhela que lo haga. Sus amigos sueñan con ello. El Gobierno hostiliza a la expedición abiertamente. A Pacheco, el 15 de setiembre, le refiere cómo a don Vicente González ya no le pagan las cuentas y a su hermano Germasio no le mandan dinero, lo cual significa "que no se pasarán las raciones a los *boroganos*, pampas de Tapalqué, Azul y Tandil, y que todo quedará entorpecido y expuesto a desgracias". Resignado, como siempre, exclama que Dios sabrá lo que hace. Seguirá, sin embargo, luchando, "hasta que ya vea que más no pueda ser". Y pregunta, triunfalmente: "¿Qué tal, si me hubiera movido más adelante? ".

Su energía, sus simpatías entre todas las gentes, le facilitan el encontrar dinero. Lo pide a los vecinos de Patagones y de Bahía Blanca y les da letras para que las cobren del ministerio de Hacienda. Uno de ellos le ha entregado diez mil pesos; otro cinco mil, y varios tres mil.

Pero nada le enoja tanto como la prohibición impuesta por el Gobierno a los estancieros, de vender vacas para el ejército. En esa misma carta, Rosas le hace notar a Pacheco la fecha del oficio que ha recibido del ministro Tagle: es la misma en que recibieron el parte de los últimos triunfos. ¡Así los han celebrado "estos malvados! ". Al margen de la carta escribe: "Para conocer lo que esto importa, es preciso saber que no se encuentran novillos en los rodeos, ni flacos ni gordos, por cuya causa no vienen al ejército". Por primera vez, lanza su proyecto de ausentarse y lo expresa con palabras anunciadoras de trágicos días: "Si me voy del país, ellos pagarán su enorme atentado. Han exaltado las pasiones y desenfrenado la licencia; la sangre de todos ellos correrá en porciones". Y así sería si él se ausentase, porque solamente Rosas tiene prestigio y fuerza como para contener a sus partidarios, para dominar las pasiones de los enemigos y para aplastar al monstruo de la anarquía.

Esta oposición a su empresa, y por hombres que han sido sus ministros y amigos, le hace desgraciado. Así se lo confiesa a Pa-

checo: "Tienes razón para haber dicho que los prósperos sucesos de la fuerza de tu mando han endulzado un tanto los amargos tragos que he vivido en el desierto. No sé si quisiera más bien morir que vivir tan desgraciado". Piensa en la ingratitud de Balcarce y se exalta: "Lo que no se animaron a decirme los del motín de Diciembre, me dicen todos los hombres pagados por don Juan Ramón Balcarce, que, durante el período de mi mando, no ha visto en mí otra cosa que trabajo incesante y una honradez probada". Confiésale que su sangre hierve y que todo su ser busca "el asilo del sosiego". Y agrega: "Dicen que seré ahorcado en donde fue fusilado Dorrego, y que después mi cuerpo será salado y en seguida colgado veinticuatro horas en cada pueblo de campaña, para escarmiento de los tiranos".

La revolución de los restauradores

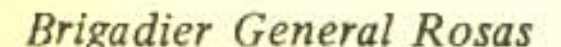
En Buenos Aires, mientras tanto la situación va a hacer crisis. Todo lo anuncia. El desenfreno periodístico ha llegado a lo inconcebible. Se acusa de embriaguez a Encarnación Ezcurra, se llama borracho y ladrón al general Mansilla, se amenaza con publicar la vida de Mercedes Rosas, hermana soltera de don Juan Manuel, a la que se le atribuyen amoríos irregulares. A De Angelis alguien le llama con su firma "carcamán leproso, inmoral y corrompido", y *El Rayo* le dice, en verso, que a la cuadrilla colorada le sirve *de pantalla, testaferro y alca . . . ncía.* Al padre Ar-



gerich, que ha sido militar, lo acusan de haberse metido de clérigo "para encubrir sus vicios y dar ensanche a sus pasiones". Y un pasquín cismático refiere que los conspiradores absolutistas se reúnen en casa de un gotoso o perlático y que entre ellos asisten "un general, un generalazo, unos cuantos doctores, grandes y petisos, dos individuos que fueron ministros, el uno traidor y el otro cor . . . chete". Ya no cabe ir más allá.

Y, sin embargo, se intenta. Los cismáticos –son ellos los más deslenguados– anuncian *Los cueritos al sol*. El prospecto invita a los que posean materiales –"aunque tenemos de sobra", afirma– sobre la vida privada de ciertas personas, a enviárselos. Esas personas, que se indican con iniciales, son los señores Arana, García Zúñiga, Maza y otros, y las señoras Encarnación y María Josefa Ezcurra, Agustina Rosas y algunas más. "Todo, todo será publicado", anuncia el pasquín.

El 2 de octubre, sea por influencia de algunas personas, sea por temor a la reacción de los partidarios de Rosas, el ministro Tagle reúne en su despacho a los dueños de las imprentas y al Escribano mayor de Gobierno. El ministro, después de deplorar los males causados por el desenfreno de la prensa, amenaza con castigo fuerte y eficaz al que publique *Los cueritos al sol, Las memorias del señor Monteagudo* o cualquier papel que "tuviese la misma tendencia contra el bello sexo". De Angelis, propietario de una imprenta, pide que se prohíba ofender a quienquiera que sea, dejándose el derecho para juzgar al Gobierno. Se le apostrofa y se le llama "escritor mercenario y extranjero, que despedaza al


Brigadier General Rosas



país que lo alimenta y abriga en su seno". Poco sorprenden los insultos en la boca de los periodistas e impresores cismáticos, pero sí en la del ministro y en la misma casa de Gobierno.

Pocos días después, circula la noticia de que el 11 van a ser juzgados varios periódicos. El fiscal ha acusado a dos cismáticos y a cuatro absolutistas, entre ellos *El Restaurador de las Leyes*; pero sólo éste será juzgado ese día. El impresor alega que el orden en que serán juzgados los periódicos debe ser establecido por el *Jury*. Pero el fiscal no acepta: en realidad el Gobierno sólo quiere que se juzgue y condene al periódico enemigo. El 11 *La Gaceta* da la noticia de este modo: "Juicio de imprenta. Hoy a las diez de la mañana se reúne el *Jury* para decidir si hay o no lugar a la acusación promovida por el Fiscal General contra El Restaurador de las Leyes". En muchas paredes aparece escrito, ya con carbón o impreso en un cartel, que va a ser juzgado el Restaurador de las Leyes. El pueblo cree tratarse de Rosas, y acude en tropel, unos a pie y otros a caballo, a la plaza de la Victoria. Algunos hombres de Rosas comienzan a juntar gente, con la desaprobación de los federales de categoría. Una multitud logra entrar en el Cabildo, donde están la cárcel y los tribunales. El salón y el patio desbordan de una concurrencia nerviosa, pero pacífica. Bajo los arcos del Cabildo es imposible dar un paso. Repártense hojas sueltas y periódicos. El Gobierno, alarmado, redobla las guardias en el Cabildo y a las tropas del Fuerte les ordena formar.


Federal

Las diez. La multitud se remueve violentamente, la guardia intenta desalojar las galerías. Se anuncia la supensión del juicio por falta de unos jurados. La gente del Cabildo quiere dirigirse a la plaza y la guardia trata de impedirlo. De pronto, estalla un "¡ Viva el Restaurador de las Leyes! ". Parece una consigna. Lo ha dado un pordiosero de formidable voz. A este grito, la guardia se despliega en batalla frente al Cabildo. El mendigo es aprehendido por los gendarmes. Mucha gente exclama: "¡ Su delito es el nuestro! ". Y todos salen de la plaza entre vítores a Rosas y el grito "¡ a Barracas! ". No hay desórdenes ni un solo "¡ muera! ". Luego, multitud de federales, a caballo, cruzan la ciudad hacia el Sur. Otros corren a buscar sus fletes. "¡ A Barracas, al puente de Gálvez! ", es la consigna. Las mujeres saludan con entusiasmo federal a aquellos fieles de don Juan Manuel.



Durante dos días, el éxodo de ciudadanos no se interrumpe. Unos van a Barracas dispuestos a combatir; a otros les lleva principalmente el temor a las arbitrariedades del Gobierno. El mayor Ciriaco Cuitiño manda una partida en el puente. Diversos jefes han reunido gente de la campaña. El gobierno, el 12, llama al

general Pinedo y lo envía a los "ciudadanos disidentes" a ofrecerles el indulto, con tal de que se disuelvan. Pero Pinedo se incorpora a la gente de Barracas y es aclamado como jefe.



General Agustín Pinedo

Mientras tanto, Balcarce publica una proclama en la que llama a los disidentes "enemigos del orden y de la tranquilidad pública" y "furiosos demagogos" que, desde hace tiempo, incitan a la sedición y promueven "el desquicio del sistema constitucional". Convoca a la Sala el mismo día 12. Sesión secreta desde las cinco de la tarde hasta la diez y media de la noche. Se nombra una Comisión conciliadora formada por cuatro personas, de las que tres son fervientes rosistas. Uno de ellos es el general Guido. Y la Comisión parte hacia Barracas, pero el mal estado de los caminos la obliga a quedarse en la quinta de Downes. Allí va a encontrarla el general Pinedo.

A pesar del pésimo tiempo, la ciudad queda pronto circunvalada por el ejército improvisado que manda Pinedo. Tranquilidad absoluta. Los ciudadanos siguen incorporándose espontáneamente. No se hostiliza a nadie. Pinedo ha dado órdenes severas para evitar toda efusión de sangre, y ha dispuesto que el ejército se limite a la defensiva. En Barracas, el vecindario agradece el orden y el respeto de las propiedades. Pero en la ciudad no se procede de igual modo. Uno de los propietarios de *La Gaceta* es asaltado en su casa, a la noche, por partidarios del Gobierno. Pedradas y roturas de vidrios. Y a la madrugada, cuatro cismáticos a caballo intentan echar abajo la puerta y reciben a balazos a dos tipógrafos que se asoman a una ventana. Anotemos estos atropellos, que demuestran cómo los rosistas no tienen la exclusividad de las violencias.

Encuentro de los comisionados con Pinedo. El general les dice que sus hombres no se disolverán hasta que la Sala resuelva sobre una petición que quieren hacerle. Cuando regresan, la Sala nombra otra comisión para que haga saber al Gobierno lo sucedido. Balcarce, que no ha mirado con buenos ojos la intervención de la Legislatura, interrumpe a los comisionados diciéndoles que "tiene medios suficientes con que sujetar a los sublevados". El Gobierno destituye a los principales jefes rosistas, y nombra jefe del cuerpo de Patricios al general Félix Olazábal, el director de la campaña periodística de los cismáticos.

Los periódicos publican la *Petición de los Restauradores*. El documento trata de justificar la reunión para el ejercicio de un derecho, y hace los más graves cargos a Balcarce y a su gobierno. Afirma no estar legalmente reglamentado el derecho de petición, por lo cual, según las leyes, nada puede reprochárseles. A Balcarce lo acusa de haber suspendido las elecciones del 16 de ju-



Gauchos y sus armas

nio, "medida extraordinaria, fuera de la ley y contra ella", y de haber tolerado y promovido la violación de la ley de imprenta. No vacila en decir que el Gobierno "ha pagado y sostenido las prensas más escandalosas" y que uno de los ministros y sus allegados han hecho ostentación de esas actividades periodísticas. Manifiesta su disgusto de que el Ejecutivo esté en manos de un círculo extranjero, puesto que dos de los ministros son orientales. "Las hostilidades hechas por la Administración –afirma– a la expedición al sur apoyan estos asertos, y ceden en beneficio de los intereses políticos y mercantiles del Estado vecino, a que pertenece el círculo que dirige". Declara a la legislatura que el gobernador Balcarce ha cesado en el mando de la Provincia, el cual ha recaído en el Presidente de la Sala, quien debe convocarla para que elija un gobernador permanente. Y termina: "Armados al solo objeto de repeler toda agresión al ejercicio del derecho que ponemos en práctica, nos conservaremos así para sostener, si fuera preciso, las sanciones honorables y en la confianza de que ellas serán tales que restablezcan por toda la Provincia la calma, la armonía y la paz".

Como se ve, los restauradores no se han rebelado, sino que piden. Pero piden con las armas en la mano y entre ellos abundan los milicianos. Indudablemente el temor a Rosas, cuyo legalismo no ignoran, les ha conducido a la pintoresca simulación.

En Barracas hay cada día más gente. El general Rolón, a la



Carga de caballería del ejército federal

cabeza de sus tropas, se ha incorporado al movimiento. Prudencio Rosas llega con más de setecientos milicianos de la campaña, con lo cual las fuerzas de Pinedo se acercan al número de siete mil hombres. Jamás se ha visto con la provincia una reunión tan numerosa y entusiasta. Son los fieles de don Juan Manuel.

Sitio de la ciudad. Renuncia de Balcarce

El ministro de Guerra, el 17 de octubre, comunica oficialmente a Rosas los sucesos, y le pide disponer con urgencia lo necesario para conservar el orden y la tranquilidad pública.

Don Juan Manuel contéstale con altanería. Dícele haber manifestado hace algún tiempo que en vista "de la marcha del Gobierno contra el voto bien pronunciado de la opinión pública", irritados los ánimos hasta el punto de "tocar los extremos de la desesperación", él no podía responder de la tranquilidad y del orden que "tan sólidamente se había llegado a establecer". El no tiene absolutamente ninguna parte en lo sucedido. "Por el contrario, el público verá a su tiempo lo que ha aconsejado, escrito y trabajado para calmar la irritación". Pero reconoce que tienen razón sobrada los ciudadanos. La culpa no es de la población, que exige el cumplimiento de las leyes. Pregunta qué ha hecho la Soberana Representación Provincial, y agrega: "¿Por qué no se separaban del Gobierno personas que no merecían la confianza

pública; que no marchaban por la senda de la ley; que daban pábulo al desenfreno de la prensa, a las pasiones licenciosas, a todo género de inmoralidad; que entronizaban el funesto imperio de la anarquía; que armaban a los amotinados de Diciembre; que conflagraban toda la República, y que no querían integrar la misma Legislatura, desde que conocían que la opinión pública se oponía con calor vigoroso a sus tan extraviados como funestos fines? " Ataca al Gobernador, que "marcha contra el torrente de la opinión pública". Y vuelve a asegurar que respeta la opinión "universalmente pronunciada" y "que no tomará las armas en su oposición, ni ordenará lo que pueda contrariarla" y que se unirá a sus filas en el caso de que "los amotinados de Diciembre sean armados en su contra". Y termina anunciando sus ardientes deseos de alejarse del país en cuanto regrese de la expedición.



Mariano Benito Rolón

Rosas dice la verdad. No tiene ninguna parte en lo sucedido. Todo ha sido obra de cuatro generales y de su mujer. Tan es así que esta Revolución de los Restauradores es llamada en su tiempo la *Revolución de los cuatro generales*. Sus mismos adversarios reconocen que él no ha dirigido el movimiento. "Desde mucho tiempo antes –dice *El Amigo del País*, diario cismático, del 15 de octubre– se ha asegurado que el señor Rosas ha escrito a varios jefes y otras personas de entre sus amigos, encargándoles que no echen mano de las vías de hecho contra la autoridad legítima del señor Balcarce, porque en tal caso no contarán con él para sostenerlos. ¿Ni cómo podía pensarse otra cosa? El señor Rosas siempre ha sostenido a los gobiernos legítimos. El título que lleva y cuanto se ha dicho y hecho en tres años que ha gobernado, no dan lugar a pensar otra cosa sino que será enemigo implacable de todo rebelde y sedicioso que intente derrocar por la fuerza a las autoridades legítimas".

Elección del general Viamont. Entran los restauradores

Mientras la nota de Rosas al general Martínez viene en camino a Buenos Aires, el Gobierno suprime en absoluto la libertad de prensa. Los periódicos no pueden ocuparse sino de temas científicos, literarios y mercantiles. Nadie puede salir de la ciudad sin autorización. Se castigará con degradación a los oficiales que vayan a Barracas y con tres años en buques de guerra o deportación a los sargentos, cabos y soldados que hagan lo mismo. Partidas de Pinedo llegan hasta cerca del Socorro y de la Recoleta.

La Sala ha renunciado a toda gestión. Intervienen entonces otras personas, entre ellas Gervasio, el hermano menor de Rosas.



Balcarce les ha prometido alejarse del gobierno y ellos lo hacen saber, pero el propio Gobernador los desmiente.

Después del 24 se publica la *Exposición de los Restauradores*, que, en la chacra de Panelo, firmó ese día el general Pinedo. El documento acusa ante la Legislatura al Poder Ejecutivo de "Infractor de las leyes, nulo e ilegal". Como en la petición dirigida a la Sala días antes, los ciudadanos que abandonaron la capital y que representan la opinión de sus compatriotas, declaran que sólo han querido ejercer el derecho de petición. "Se armaron en el concepto de que esta precaución era necesaria contra un poder que, habiendo hollado todos los respetos y atropellado todos los derechos, no hubiera visto impasible el ejercicio de uno que ponía en peligro su existencia". Afirman que las garantías y la Constitución habían desaparecido, por una revolución realizada en la Casa de Gobierno, y mediante la cual el poder se había sobrepuesto a la Constitución. Recuerdan la petición de días atrás y la insinuación de que el Gobernador renunciaría. Declaran que la Sala carece de libertad, "oprimida por una fracción liberticida". Refieren cómo a los comisionados que iban a ir a la ciudad para dirigirse a la legislatura con espíritu de conciliación, no se les permitió entrar; y que cierto estanciero amigo de Balcarce sólo pudo hablar con Olazábal, el cual le aseguró que, antes de hacer arreglo alguno, los hombres del Gobierno preferían degollar a las familias de los sitiadores e incendiar la ciudad. Y casi al terminar, declaman estas palabras fatídicas: "Se cierra la puerta a todo; se quiere sangre, ¡sangre! Sí, sangre inocente se pide. Si ella se derrama, caiga sobre las cabezas de los que, negándose a oír la voz de la Patria, de la razón y de la justicia, buscan esa sangre".

El Gobierno, en efecto, no quiere la conciliación. Balcarce está dominado por su ministro de Guerra, del cual se dice que, por temor a que el Gobernador ceda, no se aparta de él y hasta duerme en su propio cuarto en el Fuerte. El Gobierno cree que tendrá tropas como para dominar la rebelión. Está seguro de contar con el regimiento 2º de Campaña, que está en Luján, y con las fuerzas del departamento del Norte, de guarnición en Arrecifes; pero los jefes de ambas fuerzas se declaran en su contra.

A pesar de este fracaso, Balcarce no quiere abandonar el Poder. Pinedo, entonces, decídese al ataque. Será el 1º de noviembre, al salir el sol. Partidas de guerrilleros se adelantarán al grueso del ejército. Pánico en la ciudad, ante la evidencia de la guerra civil. La Sala se reúne y resuelve comunicar al jefe de las fuerzas disidentes que los diputados están deliberando sobre "el cuadro que ofrece el estado de los negocios públicos" –la sobrie-

dad en la expresión no es virtud de esos señores– y pídenle suspender todo acto hostil. Pinedo contesta que se mantendrá a la defensiva por veinticuatro horas.

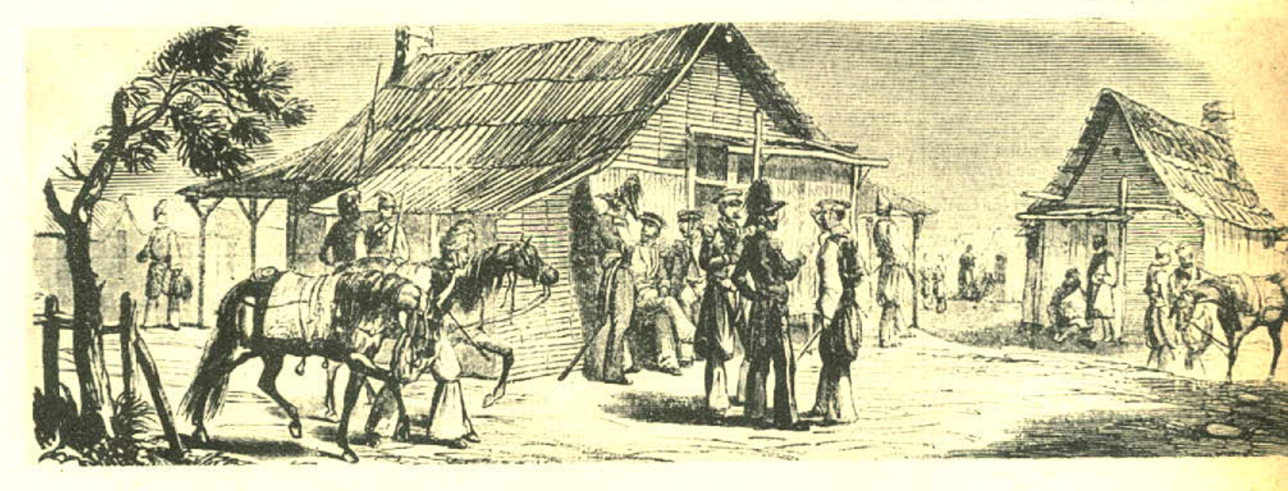
Es el 1º de noviembre. Mediodía. En la Sala se lee una nota de Balcarce. Manifiesta los elementos con que cuenta. Espera la cooperación del Comandante de Campaña, general Rosas, a quien ha informado de los sucesos, y el auxilio de los gobiernos litorales. De pronto, gritos que vienen de la calle interrumpen la reunión. Clarines. ¿Qué sucede? Es el gobernador Balcarce que pasa a caballo. Le acompañan sus edecanes, cierto número de oficiales y alguna tropa. Unos pocos partidarios gritan: "¡ Viva el Gobierno! ". A la una, dos cañonazos anuncian que la ciudad está en asamblea. Los tambores llaman a las armas. En las torres de las iglesias y en las azoteas aparecen soldados.

El Gobernador recorre las calles hasta Retiro. Dícese que en los arrabales ya se combate.

La Sala solicita al Gobierno y al jefe de las fuerzas disidentes que suspendan las hostilidades hasta que ella se expida. Pinedo contesta que el Gobierno ha faltado a su palabra: ha seguido oprimiendo a los ciudadanos, ha declarado a la ciudad en asamblea, ha mandado construir fosos y ha lanzado una proclama en la que anuncia que los sitiadores se entregarán al saqueo, cuando es notorio que "no han cometido un solo desorden". Pregunta: "¿Qué espera el general Balcarce? ¿No conoce que no puede mandar ya? ". Y promete que, hasta la última hora del 3, prolongará la posición defensiva que debía terminar en la mañana de ese día.

Ha llegado el 3 de noviembre. La Sala se reúne. Balcarce, vencido, le ha pedido que resuelva sobre su situación. Los Represen-

Campamento Federal. Ranchos del cuartel general



tantes deliberan, y resuelven aceptar el pedido del gobernador Balcarce, exonerarle y nombrarle sucesor. Así, sencilla y cruelmente, trata la Legislatura al viejo guerrero de la Independencia. El presidente de la Sala es nombrado gobernador provisional. Y al otro día, se designa gobernador permanente al general Juan José Viamont.

Pero los vencedores no están del todo contentos. El elegido no pertenece al partido apostólico. Viamont manda ante Pinedo una comisión compuesta de fieles amigos de don Juan Manuel, para comunicarle que los ministros serán el doctor Manuel José García, don Vicente López y Planes y el general Tomás Guido. El Ministerio satisface a los vencedores. Contéstasele a Viamont que será reconocido. Dos horas después, Viamont se presenta en el campamento de Barracas con su edecán y el coronel Prudencio Rosas. Allí es saludado por el ejército. Pinedo lo acompaña de vuelta hasta el Fuerte. El general de los apostólicos atraviesa la ciudad entre aclamaciones y regresa al campamento. Y ese día llega la comunicación de Rosas, "para añadir –dice el cronista de esta gloria restauradora– su inmenso poder moral a la expresión general con que era repelida la administración de Balcarce. ¡Llegó y nada faltó ya . . . ! ".

El 7 de noviembre, la orden del día para el ejército dice: "La generosidad y el orden son la divisa de los restauradores". Parece que estas palabras han sido escritas con el espíritu de don Juan Manuel. Ahora van a entrar los vencedores. Son siete mil hombres. Desfilan entre el viento y la arena y tardan tres horas en



Teatro en el ranchería

pasar, ante el jubiloso entusiasmo del pueblo. Vítores a Rosas. Las damas arrojan flores al general vencedor. La ciudad está toda embanderada. Repican las campanas de las iglesias. Impresiona la caballería. Los caballos van adornados de campanillas, de rosas y otras flores y de cintas rojas. Flores también en las carabinas y banderitas rojas en las lanzas. Y terminado el desfile, no hay en ese día, ni en los que siguen, ni un crimen, ni un robo, ni ningún otro abuso. Lo mismo que en el año 20. Sólo el nombre de Rosas, que, aunque ausente, está en todos los corazones, puede producir estos milagros.

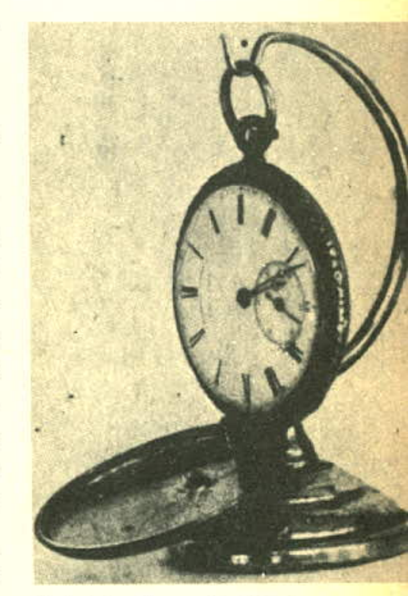


Campanario del templo de Santo Domingo

Significado del movimiento

La caída del general Juan Ramón Balcarce, exonerado por los representantes del pueblo, constituye una lección de democracia por parte de todos. Primero, por parte de Rosas, que ha podido venir con su ejército a derrocar a sus enemigos y no lo ha hecho. Después, por parte de los restauradores, que han reconocido en todo momento la autoridad soberana de la legislatura. Y finalmente, por parte del propio Balcarce, si bien su actitud no tiene igual mérito porque su gobierno, impopular, ha carecido de fuerzas que lo apoyaran.

Su derrota representa el fracaso de la tentativa de aislar a Buenos Aires de las demás provincias, vale decir, de destruir la unidad nacional, creada por Rosas; y el fracaso de la tentativa aristocrática de aplastar a las clases inferiores, vale decir, de destruir la obra democrática de Rosas. Los acontecimientos han demostrado que el pueblo, tanto el de la ciudad como el de la campaña, ha repudiado a los federales doctrinarios, los intelectuales del partido. En su *odio de clase* hacia "la chusma", estos hombres no han vacilado en aceptar el concurso de los unitarios, a quienes tanto detestaban un año atrás. Ellos no han reconocido esto públicamente, claro está. Han proclamado su amor a la libertad y su odio a la dictadura. Pero el pueblo sabe que estos liberales de hoy fueron colaboradores de Rosas y que algunos de ellos, como Ugarteche, ministro de Balcarce, lamentáronse, más de una vez, de que don Juan Manuel no hiciese uso de las facultades extraordinarias, que no se le habían dado para tenerlas "guardadas en las faltriqueras". Estos hombres, a pesar de creerse federales, tienen espíritu unitario. Casi todos ellos van a emigrar a Montevideo. Allí van a reunirse con Agüero, con los Varela, con Del Carril, para formar la oposición al auténtico Partido Federal, que es el de Rosas[1].



Reloj de Florencio Varela

La llamada Revolución de los Restauradores, que no ha costado ni una gota de sangre y que sólo ha sido, en realidad, una exigencia del pueblo, ha evitado la anarquía interior de Buenos Aires y la guerra con otras provincias. Ha salvado al país, pues viene a robustecer al Estado, a organizar de nuevo —no precisamente con Viamont, que es débil, sino más tarde con Rosas— el poder fuerte que en estos tiempos necesita nuestra patria para subsistir.

Y ha sido un movimiento de clase: una revuelta de los gauchos y las plebes de la ciudad contra los aristócratas. Con Balcarce y sus amigos, el Partido Federal ha perdido una buena parte de la sociedad distinguida. Años más tarde perderá casi todo el resto y Rosas se quedará con el pueblo. Estos sucesos del 33 son mirados en su época como un levantamiento popular. Para los unitarios y los cismáticos, las gentes de Pinedo son la chusma. Rosas, dos meses antes, le ha escrito al capataz de la estancia El Tala, de Anchorena: "Cuidado. Por hoy abran ustedes los ojos, los hombres de chaqueta y poncho, y no se dejen engañar". Supone, con sorna, que puede haber un *tutis revolutis* popular y que a él, confundiéndolo, le "suman la boya como a uno de tantos, por yerro de cuenta". Y le dice con malicia y gracia: "Yo, por mi parte, ya le he prevenido a Encarnación que les corte los faldones a todas mis casacas y las reduzca a simples chaquetas cortas". La casaca es un símbolo de aristocracia. La revolución de los Restauradores ha sido hecha por los hombres de chaqueta y poncho.

Buenos Aires antiguo



NOTAS AL CAPITULO

[1] Todo este fragollo político mangoneado por unitarios, que estuvo a punto de quebrar la unidad de las provincias, surgida en el Pacto Federal de enero de 1831, pareció una nueva punta del ovillo anarquista que envolvió a Buenos Aires por el año 20. De haber prosperado la cosa —a más de fracasar la campaña al desierto que toca a su fin exitosamente, por firmeza de Rosas— se hubiera convertido al país otra vez en un encono de hermanos divididos. Las minorías que no se pararon en fusilamientos, intrigas ni subversiones, siguen amolando con el cuento de la libertad, aunque sea de prensa, donde se ataca escatológicamente a cualquiera que se ponga a tiro molestando sus planes de dominio. Poco después se conocerá un informe de nuestro ministro en Londres —que ya relata Gálvez más adelante— donde santones unitarios como Bernardino Rivadavia, andan propiciando coronas europeas para gobernar estas tierras. Todavía.

El libertador San Martín al enterarse de lo que sucede en Buenos Aires, le escribe al general Guido una carta desde París, que es radiografía y diagnóstico:

"Desde que supe que la flor y nata de la chocarrera pillería, de la más sublime inmoralidad y de la venalidad más degradante, es decir el ínclito Enrique Martínez, había sido nombrado ministro de Balcarce, empecé a temer por el país. . . empecé a entonar el oficio de los agonizantes por nuestra desdichada patria; pero como en esta miserable marcha, según el adagio, no hay mal que por bien no venga, yo creo que el último movimiento —habla de la revolución popular de los Restauradores— ha sido la crisis de los males que nos han afligido por espacio de veinticuatro años y que desde este momento va a empezar una nueva era si se aprovecha la experiencia."

Después de referirse a los distintos motivos que en los nuevos estados de América, y sobre todo en el nuestro, impiden la tranquilidad y el orden, propone soluciones concretas:

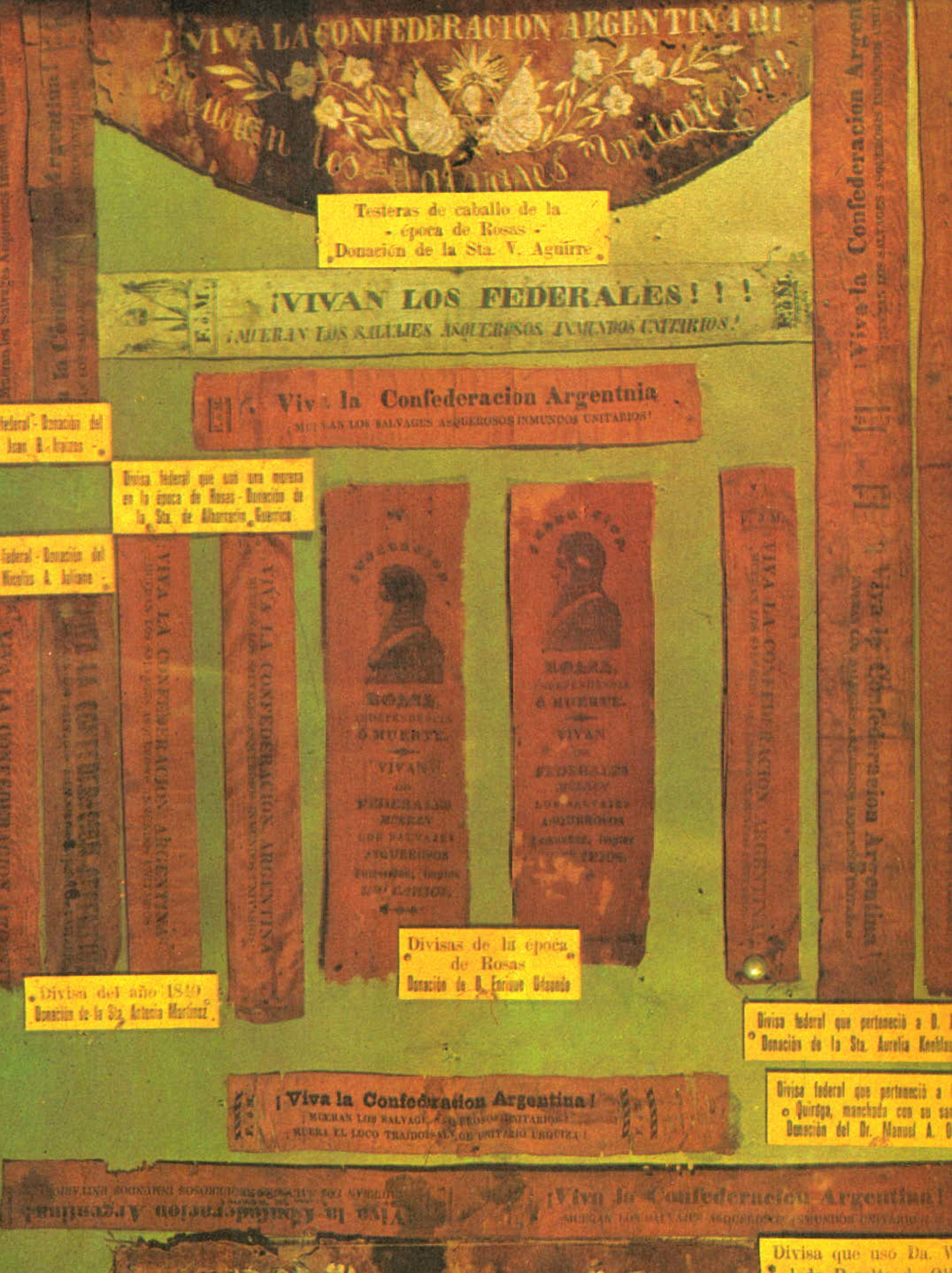
"En Buenos Aires se halla la crema de la anarquía, de los hombres inquietos y viciosos, de los que viven de trastornos. . .

de la preponderancia de los tres o cuatro jefes que mandan la fuerza —¿Alvear? ¿Lavalle? ¿Paz? ¿Lamadrid? — los que coaligados, deponen o sostienen a su antojo el gobierno. Estos medios de discordia que encierra la capital deben desaparecer. . . Un par de regimientos de milicias de la campaña impidiendo, como lo han hecho, que entre una sola vaca en el pueblo, tiene a los quince días que obligar a capitular a discreción; a esto me dirá que en este caso el que mande en la campaña será el verdadero jefe del Estado. Sin duda, señor don Tomás, yo soy de esa opinión."

El único que realmente manda en la campaña de Buenos Aires, por autoridad y prestigio, es don Juan Manuel de Rosas. Y ante el vago manoteo de los ideólogos sostiene:

"Los hombres no viven de ilusiones, sino de hechos. . . ¡Libertad! dele usted a un niño de dos años un estuche de navajas de afeitar y me contará los resultados. . . ¡Libertad! para que los hombres honrados se vean atacados por una prensa licenciosa, sin que haya leyes que los protejan y si existen se hacen ilusorias. ¡Libertad! para que si me dedico a cualquier género de industria venga una revolución que me destruya el trabajo de muchos años y la esperanza de dejar un bocado de pan a mis hijos. . . ¡Libertad! para que sacrifique a mis hijos a guerras civiles. . . ¡Libertad! para verme expatriado el día menos pensado sin forma de juicio y tal vez por una mera divergencia de opiniones." ¡Ay don Juan Manuel, con qué dolor ya te alcanzarán estas palabras! "¡Maldita una y mil veces la tal libertad! Yo prefiero el ostracismo voluntario que me he impuesto, a los goces de tal libertad. . . no será el hijo de mi madre el que vaya a presenciarlos; hasta tanto vea un gobierno establecido que con mano vigorosa pueda asegurarme mi tranquilidad y mi honor." (Archivo de San Martín, tomo VI, página 571).

Un gobierno que con mano vigorosa asegure la tranquilidad y el honor. Para no olvidarlo.



¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!!!
Testeras de caballo de la - época de Rosas - Donación de la Sta. V. Aguirre
¡VIVAN LOS FEDERALES! ! !
¡MUERAN LOS SALVAJES ASQUEROSOS INMUNDOS UNITARIOS!
Viva la Confederacion Argentnia
MUERAN LOS SALVAGES ASQUEROSOS INMUNDOS UNITARIOS!
Divisa federal que usó una morena en la época de Rosas - Donación de la Sta. de Albarracín Guerrico
ROSAS, INDEPENDENCIA Ó MUERTE. VIVAN LOS FEDERALES
Divisas de la época de Rosas Donación de D. Enrique Udaondo
Divisa del año 1840 Donación de la Sta. Antonia Martínez
Divisa federal que perteneció a D.
Donación de la Sta. Aurelia
Divisa federal que perteneció a
Quiroga, manchada con su
Donación del Dr. Manuel A.
¡Viva la Confederacion Argentina!
¡MUERAN LOS SALVAGES ASQUEROSOS UNITARIOS!
¡MUERA EL LOCO TRAIDOR SALVAGE UNITARIO URQUIZA!
¡Viva la Confederacion Argentina!
Divisa que usó Da.

Insignias federales de
la época de Rosas

CAPITULO XI
EL RETORNO AL PODER

La campaña del desierto ha terminado virtualmente a fines del 33. Pacheco, el 2 de noviembre, le escribe a Juan Nepomuceno Terrero diciéndole que nada falta por hacer: se ha buscado a los indios por todas partes y ni rastros se encuentran. Los triunfos de la expedición, "la mayor parte conseguidos entre la nieve y el hielo", se deben, "exclusivamente", a las disposiciones de Rosas, hacia quien los jefes "profesan una adhesión sincera y decidida". Por esto, ellos se han sentido "muy agraviados" al leer en los periódicos "los ataques atrevidos y licenciosos que le dirigen".

Mientras prepara la lenta concentración de sus tropas en Bahía Blanca, Rosas va recibiendo noticias de los últimos sucesos de Buenos Aires. Encarnación, el 9 de noviembre, y varios amigos, le han informado de la caída de Balcarce. El 23 contesta las cartas que Encarnación le ha escrito en agosto, setiembre, octubre y noviembre. Su primer cuidado es el de agradecer a los hombres de situación modesta su conducta durante la pasada crisis. Muchas veces él ha dicho que "ésas son las buenas amistades y los que saben agradecer". Le indica que los visite, los sirva y los obsequie. Lo mismo ha de hacer "con las pobres tías –Rosas quiere decir las negras viejas– y pardas, honradas mujeres y madres de los que nos han sido, y son fieles". Le aconseja: "No repares en visitarlas y llevarlas a tus paseos de campo, aprovechando tu coche, que para eso es y no para estarlo mirando". Más adelante, repite estos consejos con casi idénticas palabras: "Has visto lo que vale la amistad de los pobres, y por ello cuánto importa sostenerla y no perder medios para atraer y cautivar sus voluntades". Insiste en que visite y obsequie a las mujeres de los pardos y "morenos" que le son fieles. Agrega que las socorra en sus



Medallas otorgadas a Rosas en 1833 por la expedición a los desiertos del Sud

desgracias. Y le pide que a los amigos que la hayan servido, los deje jugar en el billar de su casa y los obsequie "con lo que pueda".

No hay en toda esta larga carta ni una frase de entusiasmo por el triunfo sobre los cismáticos. A Pinedo, el héroe de las jornadas transcurridas, lo felicita "por el triunfo de la justicia" y nada más. Parece que este éxito le dejara casi indiferente. Su preocupación es contestar, por intermedio de su mujer, a los fieles que le han escrito y felicitarlos por haber contribuido al triunfo de la justicia y de la razón. A casi todos les dice que no les contesta por haber sabido que ellos ya se entendían con Encarnación. Uno de sus amigos le ha escrito ocho meses atrás, y sólo ahora él ha podido leer su misiva. Esto da una idea de las múltiples y absorbentes ocupaciones que ha significado para Rosas la campaña. Y así dice: "Entonces no tenía tiempo para leer cartas, y lo que hacía era guardarlas para cuando pudiera verlas".

Declárale a Encarnación estar resentido con sus amigos porque le han olvidado. Conoce los sucesos ocurridos desde el 1º de noviembre por los periódicos. Se manifiesta a "oscuras de lo que no debía ignorar", y estar "envuelto en dudas". Guido y Arana le han contado algo, pero no lo esencial. Va a escribirle a don Tomás Anchorena y le pide silencio: "a ver por dónde revientan algunos, si preguntan". No puede contar que él le ha escrito, salvo a Anchorena, el cual puede decirle que no escribe por resentimiento, porque le tienen –agrega irónicamente– "a oscuras en los secretos de la alta política".

En esta carta aparece también su culto de la jerarquía y de las fórmulas rituales. Ha visto que su nota a Martínez ha sido publicada sin los encabezamientos reglamentarios. ¿Cómo incurrir él en semejante mal ejemplo y violar su decreto sobre la materia? No atina con qué intención la han publicado de ese modo, y le sorprende que Encarnación la haya dejado correr. Preferiría "que no se hubiera publicado", antes que verla "con tan feos defectos". También quiere saber cómo ha sido recibida. Sabe que a los pobres les ha de haber agradado. "Pero como ningún caporal, ni de los amigos ni de los enemigos, me han dicho nada sobre ella, deseo que me digas cómo han opinado y qué han dicho".

Propónese ausentarse del país. ¿Propósito verdadero o recurso de táctica política, en la que es maestro? Dícele a Encarnación que de ésta –el peligro que ha corrido la expedición o tal vez el triunfo de sus enemigos políticos– se ha escapado bien, y para no caer en otra "sería mejor irme del país, ahora que ya voy a quedar sin compromisos que perjudiquen mi honor". La instruye para que, en cuanta oportunidad se presente, y no dejando creer

que trae adrede el tema, diga temer mucho que él se vaya, sin que sus amigos puedan detenerlo. Encarnación –y esto es extraño– deberá hablar así delante de Anchorena, de Guido, de García, de Terrero y de otros fieles suyos.

Comenta la llegada de Quiroga, que ha nombrado a Encarnación su apoderada. Le complace mucho esa decisión: "es uno de sus rasgos maestros en política, lo mismo que la remisión del caballo en los momentos en que lo hizo". Quiere que lo invite a alojarse en su casa. "Si antes no fue extraño que lo hiciera en otra parte, hoy ya tenemos títulos recíprocos para reposar en esta confianza". Podría ocupar sus habitaciones –sus *viviendas*, dice él– y estar allí cómodamente. Pero si esto se hace, Quiroga *debe ser bien atendido y cuidado*.



Perfil de Juan Manuel de Rosas. Se nota ya en sus rasgos la huella de los años, sus luchas y sinsabores

Reserva y desencanto de Rosas

Rosas está descontento, disgustado y triste. Lo sabemos porque él mismo lo dice o lo deja comprender en sus cartas, y, sobre todo, porque, lo diga o no, lo revele o quiera ocultarlo, estas cartas traslucen aquellos sentimientos. A Guido: "Estoy triste; me falta el ánimo, la filosofía. No puedo hacerme superior y calmar las aflicciones del espíritu". Ahora que termina con el mayor éxito su campaña y que acaba de triunfar sobre sus enemigos, ¿por qué semejante estado de alma? ¿Le disgusta la elección de Viamont? No, pues él mismo, en su manía legalista, le indica a Guido, ahora ministro de Gobierno y de Guerra, lo que debe hacerse para dar validez a esa elección.

La tristeza de Rosas y su descontento se deben a diversas causas. Se siente olvidado por sus amigos y acaso, o seguramente, cree que no interpretan sus insinuaciones ni las siguen. Hasta es probable que les atribuya el deseo de independizarse de él. Debe estar convencido de que algunos resortes se han aflojado entre sus partidarios, que el orden y la jerarquía peligran. Porque unos oficiales piden que lo hagan general a Prudencio Rosas, se entristece y dice que "*eso no anda bueno*". Su sentido de la disciplina llévale a declarar: "Jamás se animó nadie, durante la borrasca pasada –se refiere a la guerra restauradora y a su gobierno– a pedirme ningún empleo, ni a representaciones o indicaciones de esa clase. Agrega, con su indignación de hombre de autoridad: "Tales avances no los hubiera tolerado; y muerto solamente hubieran conseguido su objeto". La lectura del pedido de los oficiales y otras noticias lo "enfermaron". Tal vez teme no ser respetado como antes. Con un poco de amargura, dice: "Esta patria ya no se ha



de componer en nuestros días; y cuando se ve claro que los sacrificios son sin provecho, es zoncera abreviarse uno mismo –primero escribió cavarse– la fosa de su sepulcro".

Algunas actitudes de Prudencio le han sublevado o descorazonado. El proceder de su hermano "sólo puede perdonarse considerándose locura". Con espíritu comprensivo, agrega: "Pero se ha observado en esta borrasca irritarse de tal modo los hombres que, debo repetirlo, estaban desesperados con vista de lo que se escribía para la prensa". Declara que él no vuelve en sí. Está cansado: "toco un grado de desesperación, emanado del conflicto de mi espíritu, que no logro serenar".

Como se ve, su estado de ánimo es motivado por el cambio de los hombres y por la crisis de la jerarquía, de la legalidad y de las fórmulas. Exagerado, no está lejos de creer que, por no haberse publicado su nota con los encabezamientos, el país va camino de hundirse. También a Guido le habla de eso, que le ha sido "bien sensible". Desconfiado y *quisquilloso*, cree que es obra "de algún mal intencionado, con el objeto de ridiculizar los decretos vigentes e ir dando al olvido su cumplimiento". Lo mismo le enoja la falta de los títulos en una nota dirigida por el propio Guido a un teniente coronel, en cuyo sobre sólo se leía "*señor*". Esta insignificancia le hace exclamar: "¡Qué malo es ese palacio, amigo! ¡Cuán de diverso modo se ven en él las cosas! ". Parece increíble, pero Rosas sufre por este supuesto desdén de los títulos y grados, que, a su juicio, es desdén hacia el orden. "¡Soy sin duda desgraciado a toda luz! ", exclama. Guido debe haber leído con sorpresa, pensando no ser para tanto, las palabras en



Gaucho cordobés



Cacería de fieras que asolaban la zona. Los indios las organizaban periódicamente, en defensa de sus poblados

donde le pide que "cuando no por la dignidad y respeto" del alto puesto que desempeña, "siquiera por piedad", le complazca "en cuidar mucho que ni en los sobres ni en los tratamientos de los oficios" que firme como ministro, se use el "señor". Posiblemente, a él también le ha dirigido algún oficio sin el tratamiento completo, porque le enseña que debe ser así: "Al Comandante General de Campaña en Jefe de la División Izquierda del Ejército combinado, Brigadier don Juan Manuel de Rosas". Esta preocupación de Rosas, que sabe cuánto valen los pormenores y las rutinas para crear el sentido del orden y de la jerarquía, inexistentes entre nosotros, son parte de su lucha contra la pereza criolla, contra la tendencia a hacer las cosas como quiera, *a la que te criaste*.

Igualmente le ha lastimado el silencio de sus fieles sobre su nota al ministro Martínez. "Creo también –le dice a Guido– que ni a usted ni a ninguno de mis amigos habrá parecido bien la nota, porque no me han hablado nada sobre ella. Por lo mismo que la creyeron defectuosa, usted debió haberme hecho conocer mis errores para pesarlos y que esto me sirviera a su tiempo".

También le desagrada que las cosas no se hayan hecho bien, sobre todo la falta de legalidad y la composición del Ministerio. Quiere que la Legislatura se integre y que, sin demora, se reconsidere todo. Como la Sala está incompleta, opina que sus resoluciones no han sido suficientemente válidas. Una vez integrada, la Sala debe declarar "si es o no legal el procedimiento de los ciudadanos"; si se admite o no *el derecho* de Balcarce; si su nota



Diploma que acompañaba a la condecoración de los que participaron en el ejército expedicionario y merecieron distinciones en acción de guerra

importa o no "un acto de insubordinación", y si se aprueba el nombramiento de gobernador que recayó en la persona de Viamont. Quiere que todos voten por la aprobación; en esto deben trabajar sus amigos, y todo hombre de bien, con empeño. Una vez así electo Viamont, deberá Guido enviarle a él una copia de la ley y ordenarle, terminantemente, su reconocimiento público, en su doble carácter de jefe del ejército y de comandante general de la Campaña. "Entonces me verán ustedes cumplir gustoso con mis deberes, y al Gobierno, en pocos días, con la fuerza física y moral que hoy no tiene".

Quiere que se reorganice el Ministerio. Aunque no se lo dice a Guido claramente –Guido ocupa las carteras de Relaciones Exteriores y Guerra y Marina–, le parece malo. Disgústale la presencia del doctor Manuel José García, a quien sabe débil, en la cartera de Gobierno. Ahí se necesita una mano fuerte, un hombre de gran autoridad moral; y éste no puede ser sino el doctor Tomás Anchorena. Rosas no le dice todas esas cosas a Guido, pero se leen entre líneas. Le sugiere que formen el Ministerio Anchorena, García y Guido: Anchorena en la cartera de Gobierno. De este modo habrá "esperanza de arribar al término de nuestros males". Si así se hace, él seguirá en el país, "ayudando en lo que pueda", pues entonces "se trabajará con provecho". Pero si eso no ocurre, él no halla razón para sacrificarse, porque ve claro –extrañas palabras, que revelan su temor de los unitarios y de los cismáticos– "que el resultado ha de concluir mis días trágicamente".

Teme haber molestado a Guido y le pide no creer en que él no confíe en su capacidad y en la del señor García. Pero el ministerio debe suplir "la acción fuerte y vigorosa" que le falta, "y que hoy más que nunca necesita", para que puedan "ser enfrentados los amigos y los enemigos, los aspirantes, las pretensiones avanzadas; hacerse reformas útiles; limpiar al país de hombres corrompidos y ponerlo en acción fuerte para hacer frente a la época azarosa que nos espera al tratarse de la constitución nacional".

Todo le ofende, aunque es posible que en la exageración de su quisquillosidad haya un poco de táctica política. Al ministro García –como le dice a Guido en una carta de mediados de diciembre– no le considera su amigo; y todo porque le ha escrito hablándole de la conveniencia de que termine la expedición. Ve hostilidad en la supresión del ministerio de Justicia, no sólo por haberlo creado él, sino porque sus enemigos dijeron que lo creaba para Maza. Comenta: "las heridas que se me han abierto son injustas y no puedo resistirlas sin quejarme". Y repite en cantinela de todas las cartas suyas de este tiempo: "Vea usted si tengo razón para irme del país". A Guido le dice que "son muchos y muy grandes los errores que ustedes todos han cometido", lo que le libera de compromisos y le obliga a retirarse del país, "antes de ser envuelto en esas nuevas desgracias".

También se siente ofendido, no de palabra, sino de hecho, por Viamont, al que mira como a un enemigo. La ofensa consiste en que, al principio de la campaña, al dirigirse a él, sólo le llamó "el Brigadier don Juan Manuel de Rosas", suprimiéndole el *señor . . .*



Vendedor de leche

Prepotencia de los vencedores

Todo está tranquilo en Buenos Aires, pero no para los cismáticos. A Balcarce le asaltaron la quinta y la saquearon, con el pretexto de que hubo allí un cantón de Olazábal. Encarnación Ezcurra, a quien los sucesos de octubre han convertido en *Heroína de la Federación*, como pronto se la llamará, realiza, por medio de sujetos que le responden, demostraciones hostiles frente a las ventanas de los líderes cismáticos. Estas demostraciones han decidido al general Olazábal a emigrar a Montevideo, y el propio gobernador Viamont le escribe al ex ministro Martínez diciéndole que no responde de su vida si se obstina en permanecer en el país. Viamont suele patrullar él mismo las calles, para infundir confianza en la población.

Viamont, apenas lleva dos semanas en el gobierno, convoca, de

acuerdo con los deseos de Rosas, a elecciones para seis días después. Las pasiones no se han calmado; pero como ni los unitarios ni los cismáticos se presentan a votar, triunfa la lista restauradora, formada por fieles de don Juan Manuel.

Encarnación es el centro de la menuda política rosista. Su casa es oficina recaudadora de chismes, dirección general de espionaje. Ella no está conforme con la elección de Viamont, quien, según le escribe a su marido, "no es amigo nuestro ni jamás podrá serlo". Su elección significa, a su juicio, haber quitado "una porción de malvados para poner otros menos malos". Pero quienes van a su casa no son los federales de categoría, los que poco han hecho por el movimiento de octubre y aun desaprobaron las primeras reuniones en las afueras. Durante los sucesos pasados ella ha sido el paño de lágrimas de esos señores. Ahora, después del triunfo, *ya no aportan* por su casa. "No me importa nada, yo para nada los necesito; y por sistema no me he querido valer de ellos para nada, sin dejar por eso de servir en cuanto puedo a los pobres". En cambio, Viamont la ha visitado dos veces. No se lo agradece. Como se sabe que estuvo "decidida contra los furiosos", le tienen miedo; y él está seguro –agrega– "que no me he de callar cuando no se porte bien".

Le cuenta a Juan Manuel algunos chismes. El ministro García "es el padrino de los cismáticos". A Prudencio Rosas le ha entrado por defender a Viamont. Luis Dorrego y su familia son cismáticos perros. A este "ingrato" ella le ha dicho algunas verdades. La viuda de Manuel Dorrego, a quien ella, en su exaltada

Plaza de toros en Retiro



pasión, califica de *prostituida*, también es cismática. El general Lucio Mansilla, cuñado de Rosas, por cuya conducta política Juan Manuel le ha preguntado y a quien Viamont ha nombrado jefe de policía, se porta bien, lo mismo que Pinedo. Encarnación comprende la política en pequeño, a lo mujer. No ve en la política ideas ni tendencias sino sentimientos; de lealtad en los amigos, y de bajeza y ruindad en los contrarios. La figura de Encarnación va a crecer aún más con el arribo de Juan Facundo Quiroga. El héroe de la campaña de Cuyo y del Norte llega en diciembre con su División de los Andes, a *devolverla* al Gobierno. Todo el mundo sabe ya que Quiroga ha hecho a Encarnación su apoderada y que se aloja en la casa de Rosas.



Insignia policial

Los diarios, mientras tanto, publican las largas listas de los cautivos rescatados por la expedición: mil cuatrocientos hombres y mujeres que volverán a reunirse con los suyos, después de los años horribles que han vivido como indios. Esto agranda la figura de don Juan Manuel. Y sobre todo cuando se sabe que sólo han perecido en total poco más de dos mil indios y que las bajas del ejército expedicionario han sido insignificantes.

Todo está tranquilo en Buenos Aires, pero a los cismáticos les alarma la actitud de los vencedores. He aquí el proyecto del diputado Mansilla. Pretende que la Sala declare nulas las notas en que fue calificado de *refractario* el movimiento de octubre; de *nobles y recomendables* los esfuerzos de los que apoyaron a las autoridades; de *paternal* el gobierno de Balcarce, y de *distinguidos* los servicios que prestó como primer magistrado. Pretende también que se declare *beneméritos* y *fieles a las leyes* a los octubristas y que se acuerden pensiones a los que quedaron inutilizados –y a las familias de los muertos– por defender sus derechos que habían sido "invadidos por el gobierno refractario de Balcarce". La Sala designa una comisión, y semanas después, como si obedeciera a una petición de millares de personas que reclaman todo esto en una nota, es aprobado lo esencial del proyecto: la anulación, por parte de la Sala, de sus propias calificaciones. La Sala, con esta actitud, da ejemplo de obsecuencia. Ahora sí que el triunfo de don Juan Manuel es completo.

Tentativa monárquica

En los últimos días de enero de 1834, corre la noticia de ciertas maquinaciones europeas contra nosotros. Tratan las grandes potencias, incluso España, de imponernos un *rey*; acaso un *emperador*, pues opinan que la Argentina, el Uruguay, Chile y Bolivia

debieran formar un imperio. Tienen dos candidatos, ambos de la casa de Borbón. Y lo triste es que a la conferencia en que se intentó monarquizarnos, ha asistido don Bernardino Rivadavia. *La Gaceta* comenta: "A ser cierto esto, no es avanzado suponer que la próxima visita que se anuncia de este individuo a Montevideo, tenga relación con el plan indicado".

Dos semanas más tarde, llega el informe del doctor Manuel Moreno, nuestro representante en Londres. Moreno envía dos documentos: uno del ministro de Méjico en Londres y otro de la Legación mejicana en París. De ambos resulta: que un representante de España púsose en contacto, por medio de Rivadavia, con el ministro de Chile en París; que le propuso una reunión de representantes americanos en un punto de la frontera franco-hispana para tratar con el gobierno español; que Su Majestad Fernando VII –pues esto ocurría a fines del año 33, antes de la muerte de este rey– reconocería la independencia americana siempre que Chile, la Argentina, Uruguay, Bolivia y el Perú aceptasen como rey a uno de los Infantes de España. El objeto de este plan era deshacerse de Don Carlos, dándole un trono en América, y a América un Borbón que no tardaría en reincoporar a España estas tierras. La comunicación recordaba un antecedente: en 1832, el gobierno del Uruguay había pedido al Infante Don Sebastián que fuese a reinar allí; pero el Consejo de España rechazó la oferta por la pequeñez del Estado Oriental: para el príncipe significaría un destierro el tener que vivir en Montevideo. "Aunque el plan ha caído –dice el informe– con la muerte de Fernando VII, puede, no obstante, revivir si la guerra civil termina a favor de la Reina, pues entonces quedará siempre Don Carlos en la situación de un pretendiente que conviene alejar".

Los pueblos del Plata se conmueven. En el Uruguay, Lavalleja, ya levantado en armas, acusa de traidor al Gobierno y lo desconoce. En Buenos Aires, el ministro Guido manda comunicaciones a las provincias, y los diarios, indignadamente, comentan el suceso.



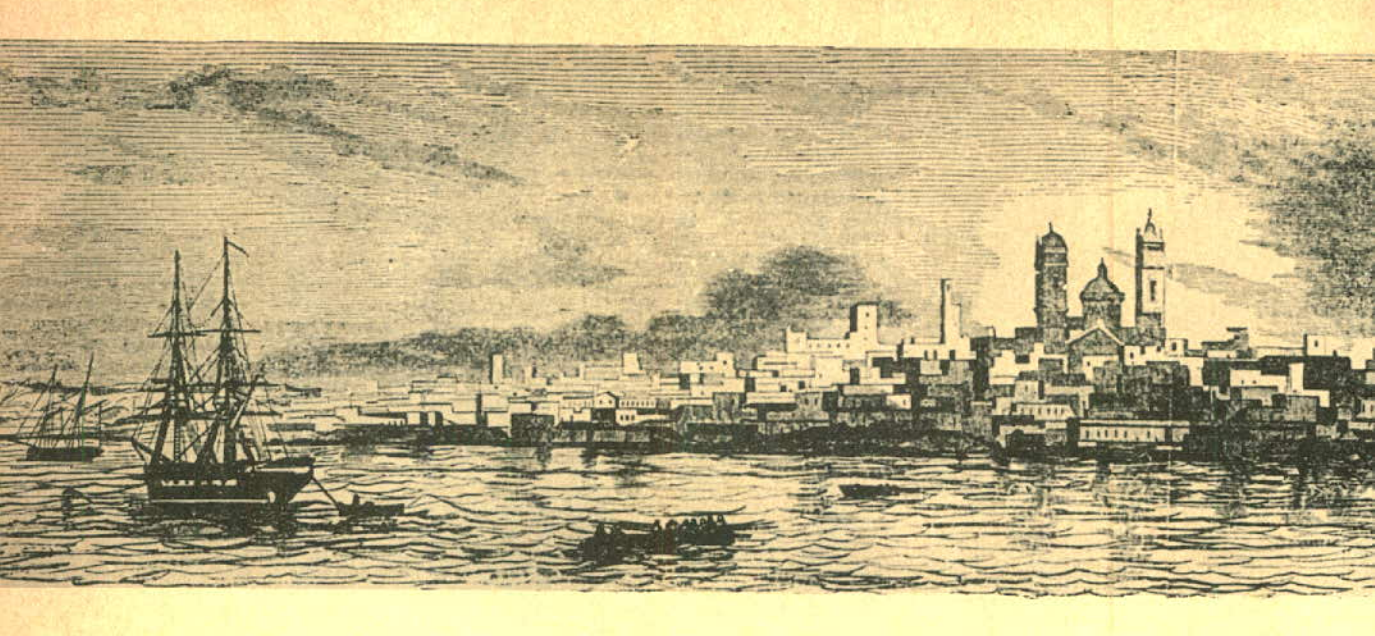
Vista del Puerto Carmelo en 1839

Y eso que el país ignora algo que, por la inminencia del peligro, es más grave. El mismo Manuel Moreno, suponiendo ministro de Relaciones Exteriores a don José de Ugarteche, le ha escrito en los precisos días de la caída de Balcarce, una carta sensacional y que debe haber llegado junto con su informe, pues ambos documentos tienen idéntica fecha. ¿Entera Ugarteche al Gobierno del contenido de la carta? Debemos suponer que sí. Ugarteche es federal, y su resentimiento con los apostólicos acaso no alcance a los hombres del actual gobierno, que son apostólicos tibios o descoloridos.

El documento revela un plan de los unitarios. Por medio de su influencia en el gobierno oriental de don Fructuoso Rivera, tratarán de que el Uruguay, con cualquier pretexto, "suscitando querella por Martín García o por la conducta del general Lavalleja", declare la guerra a Buenos Aires. A los orientales les interesa adueñarse de la provincia de Entre Ríos y de la navegación del Uruguay. Los unitarios cuentan con que Buenos Aires formará un gran ejército y le dará el mando a Estanislao López, quien se declarará en favor de la revolución. Previamente, López



Lucio Mansilla, cuñado de Rosas



Vista de Montevideo y su puerto

deberá romper con Quiroga y con Rosas. "Este plan, todo de sangre y escándalo –dice Moreno–, lo ha ejecutado y convenido don Julián Agüero en Montevideo, con Rivera, Obes y los españoles y unitarios de uno y otro lado". Y agrega: "En la fe de sus efectos y seguridad, va Rivadavia a partir a fin de este mes". Moreno, persona seria, afirma haberse enterado del plan "por conocimientos muy auténticos e indudables". Insiste en que sus datos son seguros. La diplomacia inglesa ha descubierto el plan, "con la habilidad y medios que tiene siempre para ello". Refiere cómo la reciente negociación del gobierno inglés en Madrid, sobre el reconocimiento de nuestra Independencia por España, llevóle a sospechar la existencia de una trama, urdida en París por americanos; y se aplicó a descubrirla. Moreno agrega: "Si está usted en el Ministerio, verá, por mi correspondencia oficial de esta fecha, un proyecto de Montevideo en España –se refiere al ofrecimiento a Don Sebastián–, en consonancia con el que aquí refiero".

Este documento da en absoluto la razón a Rosas. Desde la caída de los unitarios en 1829, él no hace sino afirmar, con insistencia que parece maniática, que esos hombres, no conformes con estar fuera del poder, vivirán en permanente conspiración. Los otros federales, sobre todo los más cultos, no opinan como Rosas; y por eso, conciliadores, confiados y optimistas, tienen poca o ninguna simpatía hacia el poder fuerte. Pero el Restaurador, dígaselo su instinto o su conocimiento personal de los hombres o las deducciones de su inteligencia, sabe que los uni-

tarios no aceptarán la oposición, pues se consideran los únicos, por sus luces y sus talentos, con derecho a gobernar. ¿Cómo han de aceptar ellos, hombres de libros, que gobierne o tenga influencia un gaucho semianalfabeto? ¿Cómo han de tolerar ellos, los aristócratas, que Rosas se rodee de la chusma y la considere y la eleve? Rosas sabe lo que significan semejantes convicciones de superioridad, de posesión de todos los derechos y verdades, cuando se han introducido en la cabeza de ciertos hombres. Como los inquisidores por imponer la verdad religiosa, y los revolucionarios franceses de 1793 por imponer las ideas republicanas, mataron a millares de hombres, los unitarios, por temperamento, por doctrinarismo, por sentirse humillados y despojados, recurrirán a todos los medios, en su intento por recuperarse el Poder. Así opina Rosas, y los hechos le darán la razón.



El convento de San Carlos, en San Lorenzo

Partida del campamento

Rosas, que ya ha enviado hacia Bahía Blanca a buena parte del ejército, marcha, por fin, el 28 de enero. Ese día, da a las tropas este *santo* con el que se despide de los ríos junto a cuyas márgenes han vivido: "Al Colorado y al Negro, ¡adiós! ".

Su estado de ánimo no ha cambiado. A Prudencio le escribe con enojo, diciéndole que no ha cometido sino errores y le anuncia su resolución de abandonar el país. A Estanislao López le dirige una patética y curiosa carta, inédita hasta hoy. "¡ Qué tragos tan amargos he bebido en el desierto! La Providencia fortalecía mi espíritu, es verdad; pero confieso que, sin embargo, me ha faltado en algunos intervalos la filosofía y la superioridad del ánimo". Sabe que sus esfuerzos son estériles y sus ideas "singulares" –quiere decir, no compartidas por nadie– y le comunica su resolución: "sin séquito, antes que me quemen vivo mis enemigos y mis amigos, pienso retirarme del país luego de concluída la presente campaña". Agrega que, para arreglar sus asuntos particulares, abandonados desde hace años, deberá quedarse algunos días. Y le hace este extraño pedido, que habrá dejado estupefacto a López: "Dígame usted, con toda la franqueza de la sincera amistad, si en caso de convenirme podría pasarlos en el convento de San Lorenzo, pero con la soledad que deseo en tal caso y necesitaré".

El propósito de abandonar el país aflige a sus fieles. Si Rosas no es sincero, ¿qué busca con su amenaza de viaje? Acaso mayor sumisión, ya que será preciso un solo jefe, frente a los peligros que él vislumbra. Pinedo le escribe: "Me estremece la idea

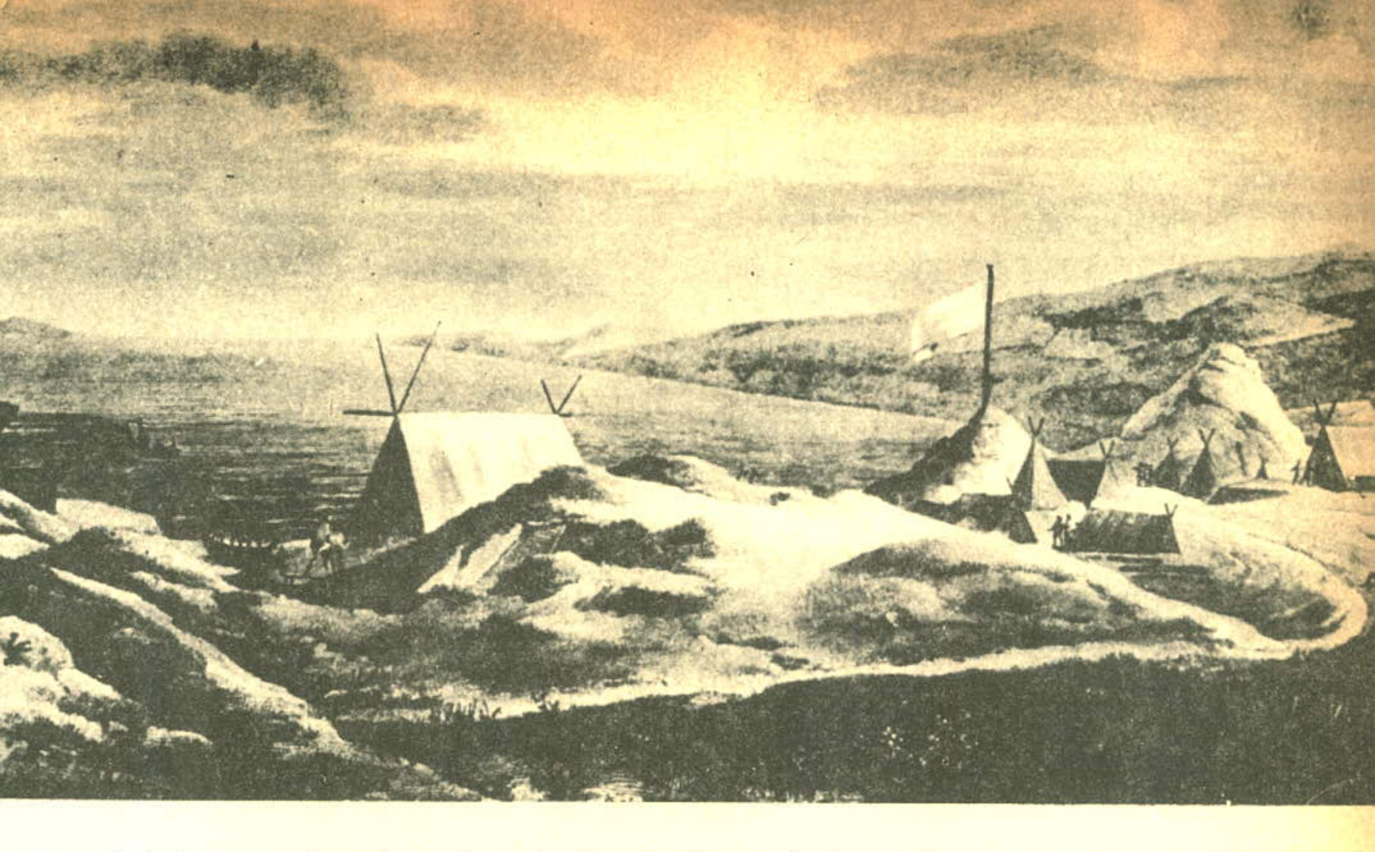
que usted ha concebido de abandonar nuestro país. Esto sería hundirlo en un abismo; usted es el *único* que puede darnos una patria para nuestros hijos". Le asegura que nadie es ingrato con él, que "todos lo idolatran" y que "tienen la mayor complacencia en prestarse a cuanto usted quiera". No hay en toda la República un hombre con más prestigio que él. Si él se marcha, los inocentes, todos los que se han mantenido fieles y quieren de buena fe que él los mande, "quedarán expuestos a ser víctimas de los malvados". Y el general Pinedo, el militar de la Independencia, el vencedor contra Balcarce en octubre, termina: "Si se verificara semejante desgracia, yo sería el primero que mendigaría en un país extranjero antes de ser testigo de tantos males". Este hombre, ¿habla así solamente por admiración a Rosas, por creerle el único que puede salvar al país? Aunque no puede dudarse de la valentía del general Pinedo, es posible que le guíe el temor al triunfo unitario, si no por él, por sus hijos y por su situación personal.

Lo que, sin duda, a Rosas más le disgusta, es el optimismo ingenuo de sus amigos. No ven los peligros que rodean a la patria, al partido y a ellos mismos, y es que esos peligros no están enteramente entre ellos. Proceden de Francia e Inglaterra, las cuales, en tenaz lucha de predominio mundial, han puesto sus ojos en los débiles pueblos de la América Española, esos peligros que, meses atrás, se han revelado con la pérdida de las Malvinas y hacen decir a Rosas, en carta a uno de sus fieles: "la sangre correrá en porciones y el país será presa de los extranjeros". Proceden esos peligros de España, que no ha renunciado a su anhelo de recuperar sus antiguas colonias. El peligro no está *sólo* en la pérdida de la independencia, sino también en que nos *impongan* un rey extranjero, que el republicano Rosas no puede tolerar; en las guerras que pueden hacernos los estados vecinos, instigados por los unitarios; en la guerra civil, que traería la desolación a los campos; y el triunfo unitario, que sería el exterminio de los federales. Nada de esto ven sus amigos, que parecen ciegos o tontos.



En una de las primeras jornadas del regreso, le llega la noticia del decreto del Gobierno en memoria de la expedición. Se erigirá en la colina de Clemente López un monumento, en cuyas tablas de mármol le dirán: "Ciudadano benemérito, *honrador* y *ensalzador* de su patria, ensanchó prodigiosamente sus campos, recuperó las primitivas fronteras hasta los Andes, arrancándolas a la barbarie".

A mediados de febrero llega a Napostá, a pocas leguas de Bahía Blanca. Había sido la última jornada antes de entrar en el



Las Islas Malvinas, según una ilustración de una revista francesa, aparecida en París en el año 1825

desierto, y es la primera jornada después de terminado el desierto. Ordena que el ejército, mientras permanezca cerca del *Fuerte Argentino* –como él llama a Bahía Blanca–, concurra allí para rezar el rosario y el *Bendito* a falta de misa, los domingos y fiestas de guardar. Con el *Bendito*, el jefe hará presentar las armas. Luego se rezarán las letanías, los actos de Fe, Esperanza y Caridad, la salve, el credo y un padrenuestro por el alma de Dorrego.

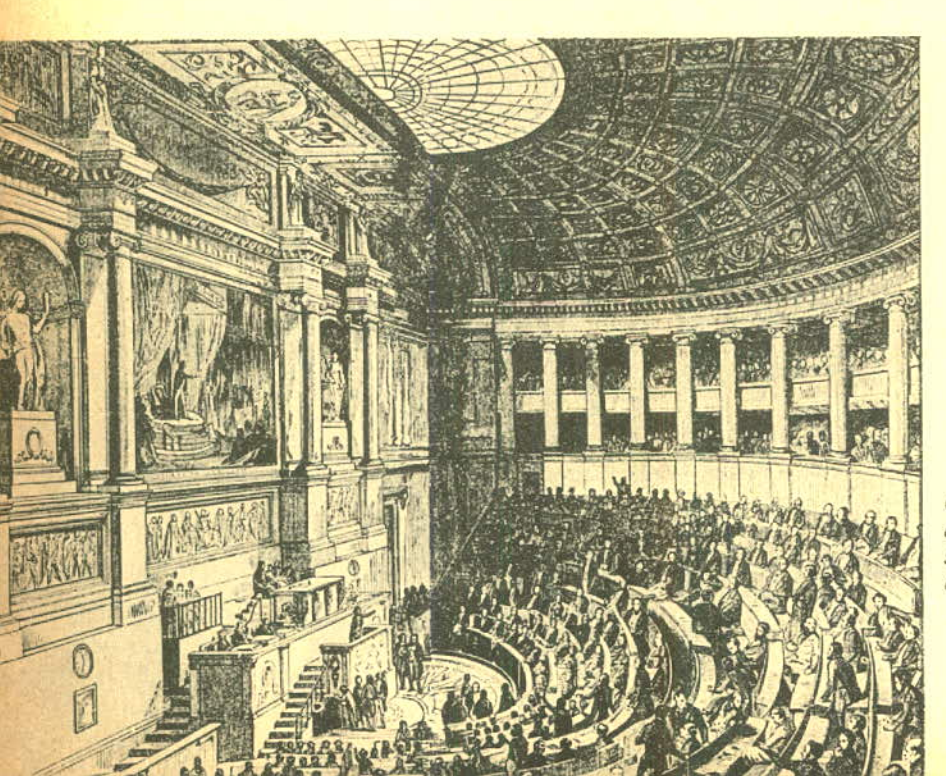
Rosas se siente realmente agradecido a la Providencia y hasta enternecido. En la jornada que sigue, va a delinearse sobre el terreno el templo que ha ordenado construir, y en la jornada anterior, ha redactado esta Orden del Día: "Cuando el Dios de la Patria, todo poderoso, derrama sus bendiciones sobre el Ejército; cuando el Exmo. señor Gobernador y sus ministros de Estado no apartan de él su vista paternal, colmándolo de honor y gloria, la mayor a que puede aspirar el más avaro de ella; cuando, al reunirse hoy, resaltan, entre las emociones del natural contento y felicitaciones que se repiten recíprocamente sin interrupción, los sinceros abrazos de amorosa confraternidad, he creído justo, y conforme a aquellos sentimientos de la superioridad, dirigir una mirada de compasión hacia los *presos* que se hallan en el Fuerte Argentino y ordenar, como lo hago, la completa *libertad de todos*" . . . Este es el "monstruo" sin sentimientos, pintado por los unitarios.

Renuevan la guerra periodística

En Buenos Aires, el periodismo vuelve a ponerse interesante. A los pasquines del año anterior, desaparecidos todos en octubre, han sucedido: *El Imparcial, El Monitor* y *El Gaucho Restaurador*; y poco más tarde, en abril, aparecerá *El Censor Argentino*. Pero el interés principal está en *La Gaceta Mercantil*, que, desde febrero, ataca decididamente al Gobierno; y en *El Monitor*, en donde don Pedro de Angelis lo defiende, sin dejar de manifestarse federal y de admirar al Restaurador. *La Gaceta*, entre otras cosas, le reprocha al Gobierno el haber dado un cargo al Fiscal unitario que en 1827 hizo condenar al mayor Manuel Mesa: "Interpelamos a la autoridad a que retire de la espectación pública este objeto de escándalo".

Noticias de Colombia, que entonces se llama Nueva Granada, informan de un atropello imperialista de los franceses. Dos corbetas, en el puerto de Cartagena, exigen satisfacción por agravios de que se ha quejado el cónsul de Francia. *La Gaceta*, aunque cree que todo se arreglará, dice: "También nos lisonjeamos con la misma creencia respecto de la conducta de los estados Unidos y la Gran Bretaña cuando los sucesos de la *Lexington* y la *Clío* en Malvinas; pero ¡cuán doloroso fue nuestro desengaño! ". Anotemos estos antecedentes.

Los partidarios de Rosas estrechan las filas. He aquí una fiesta federal, en la Tablada del sur, con motivo del reintegro de un comisario a sus funciones. Jefes y oficiales restauradores en "cre-



Cámara francesa de diputados, durante sesiones en las que se discutía la intervención en el Rio de la Plata

cido número", empleados, ciudadanos del centro y de este suburbio. Banquete, baile, cantos, brindis, cohetes y descargas incesantes. Lo estupendo es que insisten, mezclándose con ellos y con señoras de las inmediaciones –señoras de modestísima situación–, nada menos que doña Encarnación Ezcurra de Rosas y la presidenta de la Sociedad de Beneficencia, doña Pascuala Beláustegui de Arana. No puede darse mejor ejemplo de sentimientos democráticos. Ese contacto entre las diversas clases sociales, que hoy, en 1940* sería inconcebible, lo realiza la democracia federal. Pequeños hechos como éste –y que, por cierto, abundan– nos dan una exacta idea del contenido democrático del federalismo.



Nicolás Mariño, secretario privado de Juan Manuel de Rosas

Proclama al ejército

El 5 de marzo de 1834 el ejército se encuentra en Napostá. El general Rosas, que ha dado por terminada la expedición, despídese así del ejército: "¡Soldados de la Patria! Hace doce meses que perdisteis de vista vuestros hogares para internaros por las yermas y vastas pampas del sud. Habéis operado activamente, sin cesar, todo el invierno y terminado los trabajos de la campaña en un año, como os lo anuncié al tiempo de nuestra primera marcha. Vuestras lanzas han despoblado de fieras el desierto, han castigado los crímenes y vengado los agravios de dos siglos. Las bellas regiones que se extienden hasta la Cordillera de los Andes y las costas que se desenvuelven hasta el afamado Magallanes, quedan abiertas para nuestros hijos. Habéis excedido las esperanzas de la Patria, pero entre tanto, ella ha estado envuelta en desgracias por la furia sañosa de la anarquía. ¡Cuál sería hoy vuestro dolor si cuando divisáis ya en el horizonte los árboles queridos que marcan el asilo doméstico, alcanzaseis a ver las funestas humaredas de la guerra fratricida! Pero la Divina Providencia nos ha libertado de tamaños desastres: su mano poderosamente protectora sacó del seno mismo de las discordias un gobierno paternal, a quien habéis rendido el solemne homenaje de vuestra obediencia y reconocimiento. Compañeros: juro aquí, delante del Eterno, que grabaremos siempre en nuestros pechos la lección que se ha dignado darnos, tantas veces, de que sólo la sumisión perfecta a las leyes y la subordinación respetuosa a las autoridades que por El nos gobiernan, pueden asegurarnos la paz, libertad y justicia a nuestra tierra. Compatriotas: os gloriáis con

* 1940 es el año en que estas páginas fueron escritas.

el título de restauradores de las Leyes; aceptad el honroso empeño de ser sus firmes columnas y constantes defensores. ¡Adiós! Vuestro general, que ha tenido siempre sobrado valor para llenar en esta parte sus deberes, sin temor a los peligros ni a la ferocidad de los tiranos, no lo tiene para despedirse de vosotros"[1].

Observemos su elogio a Viamont y su concepto de que gobierna en nombre del Eterno. Y sus bellezas: las lanzas que han despojado de fieras el desierto, los árboles queridos que marcan el asilo doméstico, las funestas humaredas de la guerra fratricida. Napoleón y Bolívar escribieron proclamas tan hermosas como ésta, pero no superiores. Hasta los unitarios reconocen su mérito, sólo que, en su afán de negar todo talento a Rosas, suponen que cualquier otro lo ha escrito. ¡Como si cualquiera pudiera escribir así! Mi descubrimiento del borrador de Rosas demuestra que él es el autor de esta pieza de antología.



Ramón Maza, oficial de la escolta de Rosas durante la campaña de Rosas

Llega Rivadavia y es reembarcado

28 de abril. Sensacional noticia: ha desembarcado Rivadavia. La ciudad se conmueve. Los federales le consideran como el padre de la revolución de Diciembre, origen de las desgracias pasadas desde entonces. Créesele complicado en proyectos monárquicos y aun contrarios a nuestra independencia y en planes subversivos en combinación con los unitarios de Montevideo y el gobierno del Estado oriental. Tal vez no todo esto sea cierto. Pero el pueblo lo cree. Témese que los unitarios aprovechen su llegada para levantarse en armas. Una elemental razón de seguridad pública exige que no se le permita quedarse, y esto hace el gobierno de Viamont[2].

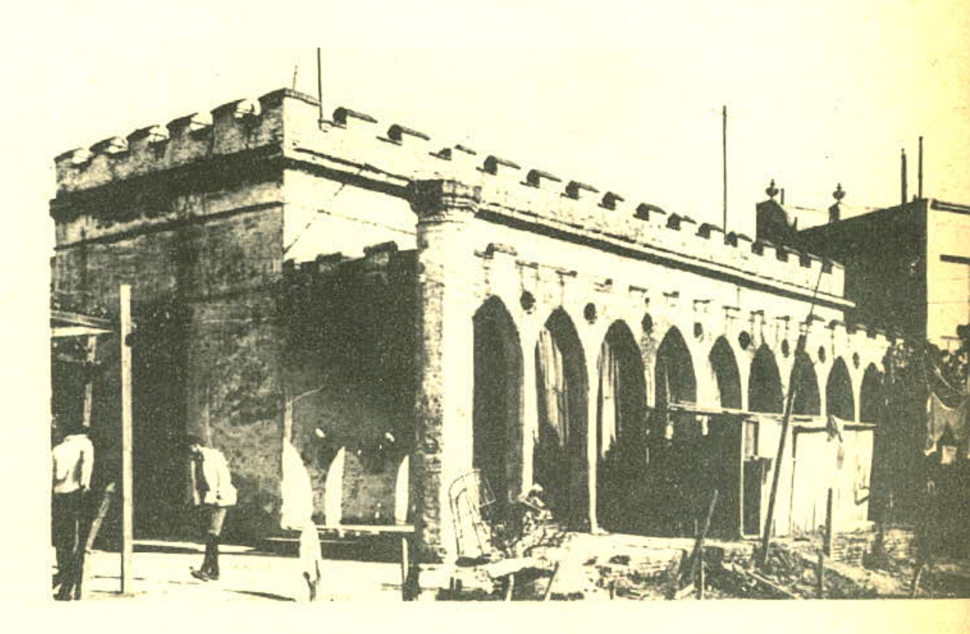
Cumplidamente, don Bernardino Rivadavia es acompañado hasta el barco en que llegó. El ministro Guido le envía una nota explicativa; y otra a la Sala pidiendo que resuelva este caso y que dicte una regla fija para otros que puedan sobrevenir. La excitación no se calma con esto. El pueblo, casi totalmente *apostólico*, está enfurecido. Encarnación aprovecha para mandar sujetos emponchados a que recorran las calles a caballo, a todo correr, tirando tiros al aire, y a que les baleen las ventanas al canónigo Vidal –en esos días, el cuco de los apostólicos, por haber querido mover contra Rosas a Estanislao López– y al ministro García. *El Monitor* asegura que los emponchados gritaban "¡mueras!" al Gobierno y "¡vivas!" al general Rosas. El resultado ha sido triste. Un balazo, tirado al aire sin intención homicida, ha

herido gravemente a un joven de porvenir, que morirá pocos días después y era un buen federal: nada menos que sobrino de don Manuel Moreno. Extraña fatalidad la de haber comunicado Moreno desde Londres noticias que, al excitar a la gente, ocasionan la muerte del hijo de su hermana.

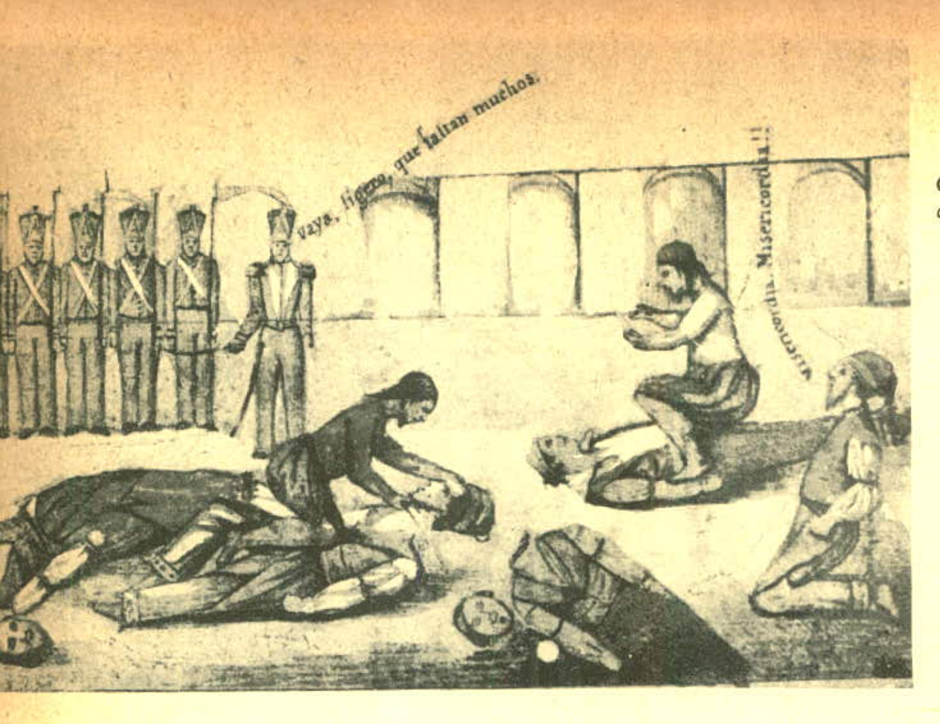
Rosas, a quien se ha querido responsabilizar de este suceso, lo ignora todo, inclusive la llegada de Rivadavia; él se encuentra en San Genaro, a tres o cuatro días de viaje desde Buenos Aires. San Genaro es el nombre de un campo suyo, situado entre Napostá y el Azul. Dos días más tarde Rosas está en Fuerte Azul. El día de la llegada de Rivadavia le ha contestado a Pinedo, que le escribió días atrás una carta desesperada donde le dice que el Partido Federal va a disolverse: que él debe gobernar y éste es el "sentimiento universal"; que no debe ingresar en la Sala, como quieren algunos de sus amigos, que lo hacen encabezar la lista de candidatos para las próximas elecciones; que debe acercarse pronto a la ciudad; y que le conceda una entrevista. La respuesta consiste en estas líneas escuetas, casi despreciativas: "Le acompaño en el justo sentimiento al considerar las desgracias de la tierra, pero ya sabe usted que nada más debo decirle".

Oposición a Viamont

Días penosos, los de mayo. Algunos unitarios y cismáticos emigran a Montevideo. Los federales de categoría están, según es-



Casa del ministro inglés en Buenos Aires



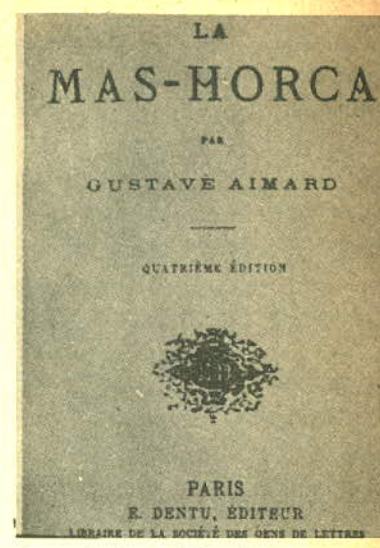
Caricatura de la época

cribe Encarnación a Rosas el 14, "en una completa ansiedad". Quieren saber qué opina Rosas, recibir sus orientaciones. Pero él no escribe a nadie. Ni quiere ver a nadie. Quiroga, que desea entrevistarse con él, no lo ha conseguido. A Anchorena, en pocas líneas, le dice que no se opone a la visita de Quiroga; pero que guarde reserva, "por lo mucho que me perjudicarían las visitas". Encarnación le pregunta si quiere que vaya a verlo al Azul: "Si no me he puesto en viaje ha sido por no saber si sería de tu aprobación". Nada la obstaculiza y lo desea mucho. "Tu compañera eterna", le dice en la despedida; y en una posdata escribe humildemente: "Si me concedes que vaya . . . " Pero él no le contesta y, sin duda por huir de los que quieren verle, vuelve a San Genaro, en donde está el 28 de mayo. Por último, un amigo fiel va a su encuentro, comisionado por "los de alta categoría", de los que lleva cartas. Encarnación le escribe a Rosas, excusando al comisionista y diciéndole: "Yo no quiero saber nada, sino que me digas qué debo hacer y cómo se ha de manejar tu compañera".

Sólo una persona ha logrado verle: su hermano Gervasio. Rosas redacta una carta a sus íntimos que Gervasio, desde su estancia, les dirigirá y firmará como escrita por él. Juan Manuel cree que sus amigos han perdido el rumbo e ignoran los planes y trabajos de los adversarios. La anarquía ha recobrado su funesto imperio, pero él no se sacrificará. Puesto que "las gentes que figuran" no comparten sus ideas, él "debe por necesidad retirarse y dejarlos en libertad de dirigir la política del país, según a ellos les parezca conveniente". Sus amigos no habrán de contar con él para

nada, y "de hecho están hace bastantes días desprendidos" de toda intervención suya y de todo compromiso. Y por su parte, Gervasio –siempre en frases redactadas por Juan Manuel– asegura estar cierto de que la resolución de su hermano de no mezclarse en política y retirarse "es firme e irrevocable".

¿Qué quiere Juan Manuel de Rosas? Sólo esto puede suponerse: que sus amigos obliguen a Viamont a renunciar. Pero él no quiere decirlo ni insinuarlo: su legalismo se lo impide. Sus amigos no adivinan los deseos en cuanto a los medios. Sólo Encarnación penetra en su voluntad. Por eso, les dice "que se debe trabajar con energía, destruyendo todo lo que se parezca a manejos de la logia o entronizamiento de los unitarios", y que si así no obran, Juan Manuel se disgustará. Ella considera "terrible" la posición de su marido, y se lo dice. Malo, que se mezcle en política; pero si no lo hace, el país sucumbirá.



Portada de un libro impreso en París, referido a los sucesos de la época en Buenos Aires

Felizmente para ellos, Viamont no desea sino abandonar el Poder. Imposible gobernar con el pueblo en contra. En su mensaje de mayo ha manifestado su propósito. Ahora que los diarios publican un petitorio donde millares de firmas solicitan su dimisión, él la desea más que nunca. Diversos incidentes ocurren. Un federal de categoría acusa al ministro de Gobierno de favorecer a sus amigos "deshaciendo acuerdos" y comprometiendo al Gobernador. Un decreto de premios a los expedicionarios al desierto, con enormes elogios a Rosas, no calma a los federales. En la Sala se producen violentas discusiones. Viamont, sin carácter suficiente, con una oposición numerosa, ante la creciente excitación de las pasiones, acaso temeroso de la plebe rosista que está alerta y exasperada, pronta para atacar, no tiene otro remedio que dejar el gobierno. Y presenta el 5 de junio su renuncia, que la Sala acepta el 26, después de pedirle que permanezca atendiendo el despacho hasta la elección del nuevo gobernador.

Nace la Sociedad Popular Restauradora

Por esos meses de mediados del 34 se ha producido un acontecimiento al parecer poco importante, pero que tendrá después la más grande trascendencia en la historia de Rosas: ha sido creada la Sociedad Popular Restauradora, la famosa *Mazorca*, a la que los unitarios considerarán como una asociación de malhechores. Ni una palabra dicen los diarios, que en esa época raramente dan noticias. Sólo en el aniversario del movimiento de octubre, *La Gaceta* la mencionará como una "columna firme del orden y de la libertad", fundada en "celeridad" de ese movimento.

La Sociedad Popular Restauradora es, en sus comienzos, una reunión de más o menos cuarenta federales, todos fieles a Rosas y en su mayoría jóvenes. Pertenecen principalmente a la clase media. Más tarde ingresarán en ella ciudadanos de la más elevada posición, ex ministros, abogados, estancieros, figurarán como elemento decorativo. La Sociedad no es sólo política, pues ayuda a sus miembros necesitados. Un médico, al ser repuesto en la Policía, agradece a la Sociedad Popular Restauradora por la generosidad con que lo atendió mientras estuvo sin ejercer su empleo. Su fin principal es mantener la unión y el fervor entre los federales. Más tarde, cuando gobierne Rosas, ayudarán a las autoridades policiales contra la anarquía y el desorden.



Retrato de Manuelita Rosas, que se supone realizado por ella

¿Por qué la llaman la *Mazorca*? Este nombre, símbolo de apretada unión, lo hace circular Tiburcio Ochoteco, un joven que ha conocido en Cádiz, en 1822, una sociedad análoga y así llamada. Algunos miembros de la sociedad molestan a ciertos unitarios y cismáticos, en aquellas vísperas del nuevo advenimiento de Rosas, introduciéndoles en los pantalones, por la parte trasera, una mazorca de maíz; y mientras la víctima, en ridículo, corre a quitársela, los *mazorqueros* estallan en risotadas[3].

La *Mazorca* tiene algo de común con los "guardias de asalto", que en diversos países de Europa –en la España republicana como en la Alemania de Hitler– han perseguido o persiguen a sus enemigos; y el marlo en el trasero es un precursor del *manganello* y del aceite de castor de los fascistas italianos. Por ahora, que sólo utiliza el marlo, y durante los cuatro años que siguen, la *Mazorca* se conduce o se conducirá moderadamente.

Rosas es nombrado gobernador y renuncia

Rosas llega a San Martín, a su estancia "El Pino", distante tres leguas de Buenos Aires, seis días después de la renuncia de Viamont. Allí se reúne con su mujer y sus hijos, después de un año y tres meses de ausencia. Y se encuentra con Quiroga, que, desde su arribo, seis meses atrás, está ansioso por entrevistarse con él, pues quiere pedirle ayuda militar para el gobierno de San Luis. Acaso, también, Quiroga ha deseado explicarse por cierta revolución realizada contra el gobernador de Córdoba, José Vicente Reinafé, por el jefe y algunas tropas del ejército del Centro, que han estado bajo sus órdenes directas. Esa revuelta ha sido la causa de que la división del Centro no continuara sus operaciones, comenzadas con el mayor éxito, contra los indios ranqueles.

Juan Manuel ha experimentado una muy grande alegría por es-



José Salomón, prominente miembro de la Sociedad de Mazorqueros

tar de nuevo junto a Encarnación. Escribe a Pacheco: "Estoy en el retiro, al lado de mi compañera, pero sin poder aún disfrutar de la libertad y salud que tanto busco". Sus cartas le han mostrado cómo ella, después de veintiún años de matrimonio, le sigue amando. Ha de recordar algunas palabras: "Juan Manuel mío"... Y ha de recordar, sobre todo, cuanto ella ha hecho, con tanta inteligencia y habilidad, en favor de su renombre y de su política. Sólo Encarnación le ha adivinado y sólo ella, la Heroína de la Federación, como la llaman, ha sabido poner en práctica los medios convenientes para triunfar. ¡Si habrán hablado de los sucesos transcurridos! Encarnación le habrá precisado la situación de cada cual, le habrá referido mil detalles del movimiento de octubre. Y le habrá hablado del general Quiroga, que ha comprado una buena casa para traer a su familia y que está dedicado al juego y, según dicen, a las mujeres.

Y no menos contento habrá tenido Juan Manuel al ver a sus hijos, principalmente a Manuelita, que tiene ya diecisiete años. No ha crecido en belleza la niña, pero sí en gracias. Sus modos son más suaves, más llenos de encanto que nunca. Sólo que está un poco triste, allá en la soledad de la estancia. Una amiga la ha acompañado un tiempo. Pero desde que su amiga se ha marchado, desde esa "cruel separación", como se lo dice en una carta, no tiene "gusto para nada".

Allí, en San Martín, Rosas recibe noticias de que se le va a designar gobernador. Lo anuncian los diarios. Encarnación y sus fieles –los muy pocos que hayan logrado verle– tienen que ha-

bérselo referido. El, que asegura estar resuelto a retirarse de la política, nada hace, que sepamos, por evitarlo. Acaso cree que sería inútil oponerse. Sus partidarios no quieren ser gobernados sino por él, porque le creen el único capaz de mandar en estos momentos y el único que puede dominar a los unitarios. Y así ocurre: la Sala, invocando "su grandeza de alma tan probada", le elige gobernador el 29 de ese mes de junio.

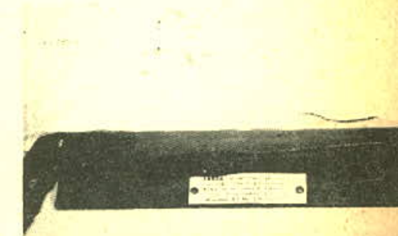
Renuncias sucesivas

Rosas está en San Pedro. Acaso ha ido allí por evitar encontrarse con sus amigos, por eludir compromisos. En la elección —su hermano, su cuñado y su socio dieron, por delicadeza, sus votos a Anchorena— él ha sentido cómo es de sólido su poder. Nacido para mandar, convencido de que sólo él puede mandar en estos días de inquietudes, le ha de haber asaltado la tentación del sí. Pero en las terribles circunstancias actuales, con la amenaza europea y la amenaza unitaria, después de la honda crisis pasada, él jamás aceptará el gobierno débil que le ofrecen. Acaso también teme desprestigiarse en el mando y perder su enorme poder moral, que le será necesario para salvar al país cuando el momento llegue. Y lo rechaza el 4 de julio, desde San Pedro, con los pretextos de la inmoralidad de sus enemigos; de la espantosa brecha abierta en la causa nacional de la Federación; del estado de espíritu de los buenos argentinos, que ahora se dejan en-



Estancia San Pedro

gañar; y de que necesita descanso. Consternación. En la Sala pronúncianse discursos políticos. Se rechaza la renuncia y se nombra una comisión para que lo entreviste. "Todos los obstáculos" —afirma *La Gaceta*— cederán ante el inmenso poder moral de ese ciudadano extraordinario". *El Imparcial*, conciliador y enemigo de las facultades extraordinarias, dice: "Si él nos llegara a faltar, ¿cuál sería la suerte de Buenos Aires? ¡La anarquía más espantosa o la más terrible esclavitud! ". Y agrega en su ingenuo liberalismo: "Aprovechemos, pues, los preciosos instantes de la vida de don Juan Manuel de Rosas para adquirir lo que no tenemos; que él nos dé la libertad, que él nos dé la garantía de nuestros derechos en una constitución republicana; que él nos enseñe a amar a nuestros hermanos, dando la señal de perpetuo olvido de lo pasado". La comisión lo encuentra en San José de Flores, en la quinta de su compadre y socio Juan Nepomuceno Terrero, en donde, por no querer venir a la ciudad, pasará una temporada. Todo inútil. El insiste y les entrega su *segunda* renuncia. La Sala no la admite, por unanimidad. Se redacta una comunicación a Rosas. Uno de sus fieles revela, acaso imprudentemente, cómo Rosas dijo a la comisión que si en otra época habían sido saludables y necesarias las facultades extraordinarias, hoy serían altamente funestas. Rosas reitera su *excusación*. No teme los sacrificios, sino el "inutilizarse para la defensa, orden y seguridad de su patria". Ofrece sus servicios para el caso en que los enemigos perturben el orden. La Sala le envía una nueva nota con su decisión irrevocable, en la que le advierte su responsabilidad si insiste "en contrariar el voto universal de sus conciudadanos". *La Gaceta*, después de esta *tercera* renuncia, se pregunta quién querrá aceptar, y agrega que "la perspectiva es, a la verdad, espantosa". Ya estamos a 24 de julio y no se ha avanzado un solo paso. La Sala se reúne nuevamente. Se leen unos apuntes de las declaraciones hechas por Rosas a la comisión. Ha dicho que la Sala no robusteció al Ejecutivo y que las facultades extraordinarias, consideradas como odiosas, han llegado a ser inútiles; que para soldar a los federales y vencer las empresas de los unitarios él no tiene esperanzas de éxito ni salud suficiente; que acaso no encontraría hombres que quisieran acompañarlo, y, de encontrarlos, no podría garantizarles que, al final de su administración, no serían perseguidos con el mismo furor que antes; que carecería de medios para reprimir la anarquía, pues los ordinarios son insuficientes y los extraordinarios están inutilizados; y que él no será un obstáculo a quien acepte el gobierno, para lo cual ofrece abandonar la Provincia, aunque, eso sí, sólo se irá en el caso de que se lo ordene la Sala. Este pormenor, y las razones



Punta de lanza fraguada por los indios



Coronel José Joaquín Arana

que da para no aceptar el gobierno, hacen pensar que Rosas se está burlando de sus amigos, que se está vengando de anteriores actitudes erradas o indecisas y que se complace en asustarlos con la enumeración de los enormes peligros –que son reales, sin duda– y la imposibilidad de evitarlos. En otra sesión se lee la *cuarta* renuncia, del 28 de julio; no se le puede obligar a tomar sobre sí responsabilidad tan enorme, "sin embargo de estar persuadido de que se hallan inutilizados todos los medios necesarios para obrar con la rapidez y energía que demandan la gravedad e inminencia de los males a que por momentos está expuesto el país".

En uno de los días de julio, después de su *tercera* renuncia, Rosas escribe a Corvalán una carta de gran valor psicológico y que creo inédita. Parece que los federales arden contra unos pocos íntimos de Rosas –los Anchorena, Maza, Arana, Terrero y algún otro–, que en la Sala han acabado por opinar, acaso de acuerdo con él, que no conviene su ascenso al poder en estos momentos. Rosas le dice a su edecán lo que debe aconsejar confidencialmente a los federales. Quiere "que la barra no falte al respeto en la Sala ni a la libertad de opinión de los representantes ni al crédito y honor del Partido Federal"; que, por lo mismo que lo aman, se conduzcan con decencia, "de lo que tatos ejemplos les doy constantemente"; que no anden oyendo *cuentos* que perjudiquen a aquellos amigos; que si ellos opinan, como él, que no debe aceptar el gobierno, es porque ven en su renuncia el único medio de salvarse de la red tendida por los unitarios; que lean sus renuncias, que están *llenas de sentido*, con atención; y que deben abrir los ojos, pues "es tiempo de salir de las tinieblas y, conociendo el error, buscar el remedio que se presenta para salvar de esta funesta estratagema". Recuerda las maniobras de sus enemigos, como aquella lista encabezada con su nombre. Ahora debe divulgarse que tiene sobrada razón para renunciar. Su partido debe creer que él "no hace cosa que no sea justa y conforme a los grandes intereses del Estado", y que lo que él dispone debe respetarse y no ser contrariado por ninguna causa.

Los representantes no saben qué hacer. Temen disgustarle si se conforman, y buscan los términos que les justifiquen. Mientras tanto, llegan tres notas de Rosas sobre otros asuntos. En una, renuncia al cargo de representante, para el que había sido elegido sin su consentimiento; en otra, se aviene a que se dé a Choele-Choel el nombre de Isla de Rosas, pero no a su donación, pues prefiere tierras en la Provincia. Y en una tercera, desiste de la comandancia de Campaña. Por fin, se acepta la renuncia a gober-

nador. En tres sesiones se aprueba el proyecto correspondiente y se redacta la difícil comunicación a Rosas. A estas sesiones faltan varios fieles suyos, que no han querido votar favorablemente el proyecto o que temen su enojo.

Después de esto, la Sala, el 14 de agosto, designa gobernador al doctor Tomás Manuel de Anchorena. No acepta, y se elige a su hermano Nicolás, que igualmente rehuye. Recúrrese a Juan Nepomuceno Terrero, que también contesta negativamente. Y por fin con el mismo resultado, al general Angel Pacheco. La situación es desesperante. Si esos señores, íntimos de Rosas y que pueden contar con su apoyo moral y material, no quieren cargar con el presente griego que es en ese momento la gobernación, ¿quién va a querer exponerse? Es ya el 25 de agosto. Entonces, la Sala resuelve que, si antes del 1º de octubre no se encuentra quien acepte el cargo de gobernador, se encargará de él su presidente. Así sucede. Y ese día, asume el poder el doctor Manuel Vicente de Maza, íntimo amigo, ex secretario y ex ministro de Rosas.

El presidente de la Legislatura asume el poder

Mientras él se contrae a sus campos y a una invasión, poco importante, de los indios boroganos, Maza va gobernando. No tiene ministros, acaso porque nadie quiere serlo, en el temor de enojar a Rosas por cualquier acto de gobierno: saben lo quisquilloso, exagerado y harto intransigente de su espíritu. Firma con Maza los decretos el oficial mayor del ministerio de Relaciones Exteriores.

Vista de la ciudad de Salta



Juan Facundo Quiroga, amigo de Rosas, cuya estima y respeto son de público conocimiento. Le confiaba misiones fifíciles y de gran responsabilidad por conocer su devoción a la causa federal



Conflicto entre gobernadores, interviene Quiroga

Lo único importante del gobierno de Maza es la misión encomendada a Quiroga. La idea, con seguridad, ha sido de Rosas, a quien tanto le preocupan las disensiones partidarias. Ocurre que la causa federal peligra en el norte de la República. El gobernador de Tucumán, Alejandro Heredia, es federal con fervor; pero transige con los unitarios, llevado por su espíritu liberal. Rosas le ha reprochado esta política, y le ha predicho que le será funesta. Los unitarios han reclutado gente en Tucumán para derrocar al general Pablo Latorre, gobernador de Salta. Han fracasado en su intentona y emigrado a Bolivia. Latorre cree ver en esa tentativa, lo mismo que en el propósito de los jujeños de separar a su región de la provincia de Salta, la complicidad de Heredia. Los ejércitos de Tucumán y de Salta están prontos para atacarse. Sólo una persona puede evitarlo: Juan Facundo Quiroga. Sólo él tiene prestigio en el Norte como para una mediación eficaz. Rosas insinúa a Maza la idea de enviarlo allá.

Esto se organiza en muy pocos días, a mediados de diciembre. Quiroga escribe el 13 a Rosas comunicándole la solicitación que le ha hecho Maza y pidiéndole su opinión. A Rosas, que está de nuevo en San Martín, le parece no sólo bien, sino *urgente y necesario.* Pero como quiere hablar con él y despedirlo y acompañarlo un poco, le ruega avisarle el día de la partida, para esperarlo en Flores, en la quinta de Terrero. La dificultad de llegar hasta Rosas, aun por medio de una carta, debe ser muy grande cuando el mismo Rosas le dice a Quiroga que entregue su carta a

Corvalán, encareciéndole su importancia. Quiroga vuelve a escribirle el 16, y él redacta unas líneas el 17 –que tal vez no fueron enviadas– diciéndole que, por no interrumpirle en los momentos que tanto necesita, no pasa personalmente a despedirse. "Pero me permito hacerlo por esta expresión de mi sincera amistad, rogando al Todopoderoso le conceda la mejor salud y acierto: con estos votos le seguirá siempre, deseándole toda suerte venturosa".



Antonino Reyes, secretario de Rosas

El 17 de diciembre, el general Quiroga, que ha partido esa mañana de Buenos Aires, llega en su galera a San José de Flores. Se detiene en la quinta de Terrero, en donde se encuentra con Rosas y con Maza. Todo ese día y parte del siguiente duran las conversaciones. El 18, Quiroga emprende su largo viaje. Rosas lo hace subir a su galera. En Luján se detienen un rato y al oscurecer llegan a la estancia de Figueroa, próxima a San Antonio de Areco. Allí conversan los dos generales por última vez. Quedan en que Quiroga partirá a la madrugada y en que Rosas le enviará un chasque con una carta política.

Durante esa noche y parte de la mañana siguiente, Rosas dicta a su secretario Antonino Reyes su famosa carta de la hacienda de Figueroa. Es un notable documento doctrinario, que basta para mostrar al gran estadista que hay en Rosas. Sus enemigos, y los escritores e historiadores que le son adversos, han negado que él pudiera haberlo escrito. Pero la afirmación de Reyes, muchos años más tarde, treinta después de la caída de Rosas, no permite dudar de que es obra de don Juan Manuel.

Comienza Rosas citando las agitaciones en las provincias y los planes de los unitarios. El país ha retrogradado, alejando el día de la constitución. Ese estado anárquico es el mejor argumento para probar lo que él siempre ha sostenido: que no debe empezarse por una constitución, sino por vigorizar las provincias para labrar sobre esta base la constitución nacional. Los unitarios fracasaron por haber dictado una constitución sin tener en cuenta el estado ni la opinión de las provincias, que la rechazaron enérgicamente. El congreso que alguna vez se elija "debe ser convencional y no deliberante; debe ser para estipular las bases de la unión federal y no para resolverla por votación" En estas palabras de Rosas está todo el sentido realista y oportunista de su política, tan opuesto al doctrinarismo romántico y libresco de sus enemigos. "Las atribuciones que la constitución asigne al gobierno general deben dejar a salvo la soberanía e independencia de los estados federales". El gobierno general, en una república federativa, no une a los pueblos: los representa unidos ante las demás naciones. La organización nacional que él propicia básase,



La cruz de algarrobo colocada donde dieron muerte a Facundo Quiroga

pues, en la soberanía e independencia de los Estados. "Si no hay estados bien organizados y con elementos bastantes para gobernarse por sí mismos y asegurar el orden respectivo, la república federal es quimérica y desastrosa". Primero, pues, orden, paz, unión y organización interna de cada provincia. Y luego, organización y constitución nacionales. Pero es preciso empezar por destruir los elementos de discordia, por terminar con el Partido Unitario. "Esto es lento, a la verdad, reconoce Rosas; pero es preciso que así sea; y es lo único que creo posible entre nosotros, después de haberlo destruido todo y tener que formarnos del seno de la nada".

Rosas manda su carta con un chasque y vuelve a su vida de hombre de campo.

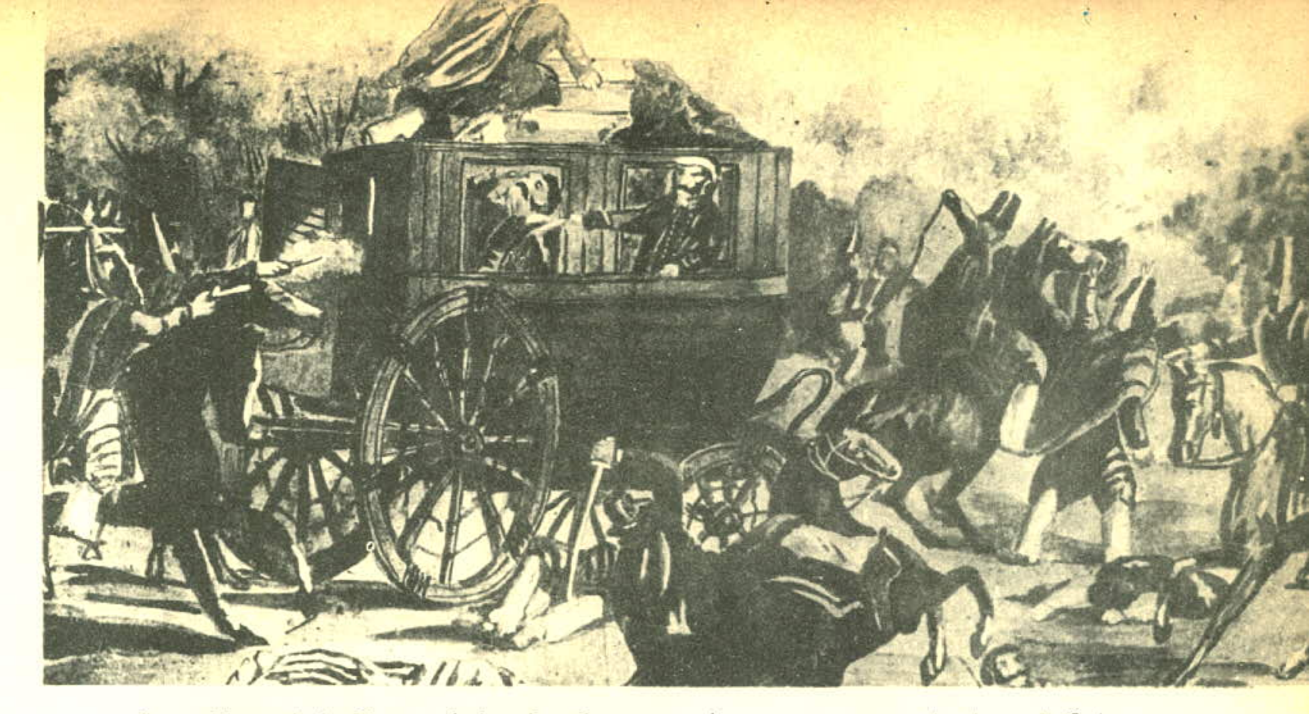
Asesinato de Latorre

Fines de enero. Terrible noticia, que si no impresiona enormemente es porque al personaje no se le conoce en Buenos Aires: el general Pablo Latorre, héroe de la Independencia y gobernador de Salta, que había caído prisionero el 19 de diciembre, ha sido, diez días más tarde, asesinado en la cárcel y en su lecho por los unitarios jujeños, que habían simulado pretender libertarle.

Asesinato de Quiroga

Y dos meses y medio después de la partida de Quiroga, el 2 de marzo de 1835, lunes de Carnaval, una pavorosa nueva consterna a todos: Quiroga y su comitiva han sido asesinados en la posta de Barranca-Yaco, a diez y ocho leguas de Córdoba y cuando regresaba de su viaje. Suspéndense las fiestas de Carnaval. Los diarios aparecen enlutados. En el mundo federal hay pánico. Se teme que sigan los asesinatos. Rosas tenía razón[4].

Reúnese la legislatura. Maza no quiere conservar el mando. No hay una persona que no comprenda la necesidad de poner el gobierno en manos de Rosas. Los diputados, interpretando el deseo de toda la población y el propio, y como quien se refugia del miedo y del abandono –"el nublado se nos viene encima", dice un diputado– en el único apoyo, en la única fuerza grande existente, nombran gobernador a don Juan Manuel de Rosas, por cinco años y con la suma del poder público. Cinco diputados votan por Rosas, pero no por la suma del poder. No se trata de las facultades extraordinarias sino de mucho más. Buenos Aires quie-



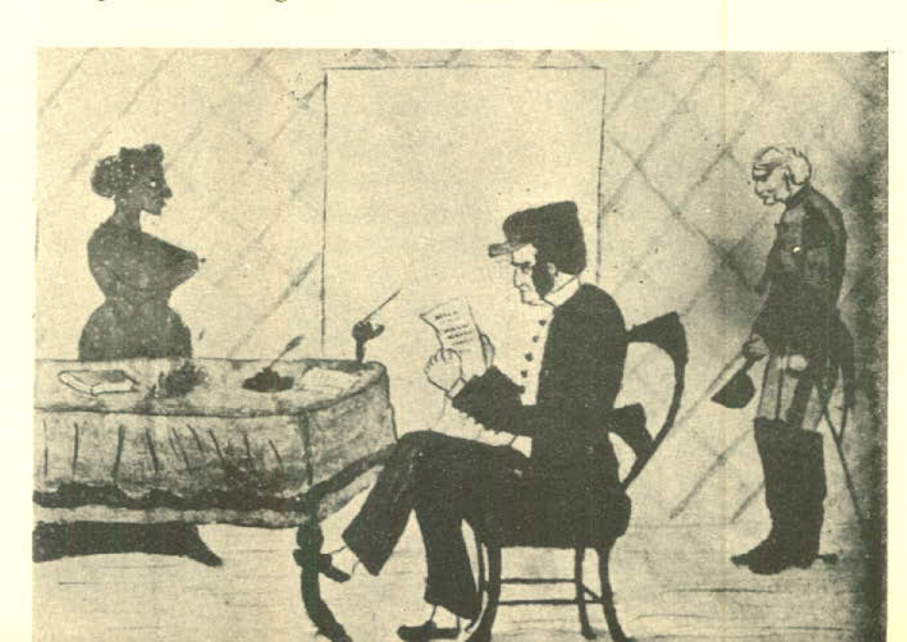
Asesinato de Quiroga en Barranca Yaco

re que Juan Manuel de Rosas, único hombre en quien cree, *mande él solo,* que él solo legisle y haga justicia, que encarcele y destierre y fusile cuando lo considere necesario. Buenos Aires quiere ser dominado despóticamente por el bello hombre rubio y poderoso.

El solicita unos días para contestar. Carteles en las paredes piden orden y ruegan a Rosas que no abandone a sus amigos a la saña de los unitarios. Su respuesta desde la quinta de Terrero en San José de Flores es la de un legalitario y un demócrata: quiere que el pueblo vote si está conforme o no con la suma del poder público. Tres días dura la votación. Todos votan afirmativamente salvo, entre millares, unos cuantos corajudos que ni llegan a diez. Uno de ellos dice estar conforme con el elegido, pero no con el poder que se le otorga. Sus adversarios también votaron como todos. Domingo Sarmiento dirá más tarde que "nunca hubo un gobierno más popular, más deseado[5]". Otro de sus conspicuos adversarios, Esteban Echeverría, poeta y pensador, escribirá: "Su popularidad era indisputable; la juventud, la clase pudiente, hasta sus enemigos más acérrimos, lo deseaban, lo esperaban cuando empuñó la suma del poder". En 1842, el diario de Montevideo que más le calumnia e injuria dice, hablando de lo que él fue en este tiempo: "habría sido una injusticia no darle el título supremo de hombre de esperanzas, de poder, capaz de fijar los destinos argentinos". Y agrega: "Rosas se paseaba triunfante por las calles de Buenos Aires, hacía gala de su popularidad, recibía a todo el mundo; era un eco de alegría y de aplausos el que se alzaba por donde él pasase; su cara era el pueblo, el pueblo le amaba".

Juan Manuel de Rosas acepta ahora el cargo de gobernador. Acepta el desafío de los unitarios y se dispone para salvar al país. Buenos Aires exulta de júbilo. El pueblo celebra el triunfo con canciones. Los federales saben que ya nada podrán sus enemigos. La sociedad entera se siente segura, defendida. Todos hacen suyas las palabras pronuncias en la Sala por uno de los más cultos e inteligentes diputados, por Juan Antonio Argerich, ex coronel y hoy sacerdote: "el pueblo aspira a que mande el ciudadano Juan Manuel de Rosas, pero que mande sin reato, y que mande y despliegue todo ese genio con que la naturaleza le ha dotado en beneficio de nuestra patria; todo el pueblo le marca, le desea, y, en una palabra, cree que él sólo puede arar y trillar el campo para que la felicidad vuelva a nuestro país. No quiere límites el pueblo. . ."

Los escritores que más tarde harán oposición a Rosas llamándole "tirano", y los historiadores actuales, parecen ignorar esas palabras. Ellas, sin embargo, revelan la opinión del pueblo entero. No es un solo hombre quien habla por boca de Argerich: es toda la Provincia, y él así lo dice. Esas palabras, y otras muchas, entre ellas las de Echeverría, demuestran que, para los contemporáneos de Rosas, ciertos actos suyos del primer gobierno, como la ejecución de Montero y los fusilamientos en San Nicolás, tan condenados por los unitarios y por los historiadores oficiales, no han tenido excesiva importancia o han estado justificados. No ha de haber sido Rosas tan tirano cuando todos, voluntariamente, claman por su vuelta al poder. Rosas no se ha apoderado del gobierno. A él lo han buscado, le han rogado. Ricos y pobres, todos creen que él solo, con su dura mano, puede gobernar. Todos saben que él solo puede imponer el orden, destruir la anarquía y organizar de nuevo la nación. Todos saben que él solo tiene patriotismo y la capacidad de sacrificio para cumplir la misión trágica que anunciaban las palabras proféticas del general José de San Martín.



Caricatura de autor anónimo mostrando a Rosas "Restaurador de las Leyes", trabajando en la gobernación

NOTAS AL CAPITULO

[1] Venciendo todas las rémoras que pudieron malograrla, hostilidad del gobierno, embrollos políticos, restricciones económicas, tiempo adverso, fracaso de las divisiones centro y derecha, ausencia del ejército chileno —todo lo ha contado Gálvez— la campaña al desierto está realizada.

Casi tres mil leguas cuadradas de tierra virgen han sido incorporadas a la civilización. No sabremos mantenerlas muy bien hasta casi fines de siglo, cuando la nueva expedición de Roca. Se recuperaron más de cuatro mil cautivos; los caciques Mittao, Chocory, Paynen, Pitrioloncoy, Catrué, Califuquén, Queñigual, Tuquiñán, Epuillán y otros, fueron derrotados, dando muerte a unos diez mil salvajes, firmando también tratados de paz con las principales tribus de tehuelches, pampas y voroganos. Un dilatado itinerario de postas —como observó Darwin— establece comunicaciones entre Bahía Blanca y Buenos Aires; se recogieron informes similares al que anotamos sobre el Colorado, en los sistemas hidrográficos de la zona explorada; fueron descubiertas inmensas reservas forestales, áreas de explotación agrícola, se levantaron cartas topográficas que permitirían el futuro aprovechamiento de regiones desconocidas. La bandera argentina fue izada por primera vez en comarcas que no había pisado el cristiano.

Cuando el general Roca, utilizando todos los medios de un ministro de guerra de la nación, maniobre su campaña al desierto, de 1878-79, dirá: "A mi juicio el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro, es el de la guerra ofensiva, que es el mismo seguido por Rosas, que casi concluyó con ellos." Y desde las páginas de "El Nacional", el 17 de julio de 1879, escribirá Sarmiento: "Los indios no se multiplican como los cristianos. El general Roca lo ha visto: ¡no había tales indios. . .! No son ni Roca, ni Alsina, ni Gainza, los que los han destruido; y hoy, meditándolo bien, da vergüenza pensar que se haya necesitado un poderoso establecimiento militar, y a veces ocho mil hombres para acabar con dos mil lanzas que nunca reunieron los salvajes."

La expedición al desierto de Rosas ha costado, entre muertos, heridos y desaparecidos, el cincuenta por ciento de sus efectivos.

2 Don Bernardino Rivadavia cumplirá al mes siguiente 54 años. Tiene la misma silueta que describiera J. A. B. Beaumont, su casi socio en la River Plate Agricultural Association: "unos cinco pies de alto y casi la misma figura de circunferencia". Ha llegado de Europa envuelto por la confabulación que denunciara desde Londres, Manuel Moreno, nuestro embajador: "Un plan todo de sangre y escándalo; lo ha ajustado y convenido D. Julián Agüero en Montevideo con Rivera, Obes y los españoles y unitarios de uno y otro lado. En la fe de sus efectos y seguridad va Rivadavia a partir a fin de este mes."

Vino a bordo del barco francés "Herminie", dirigiéndose a su quinta de Concepción, en los alrededores de la ciudad. Allí lo manda a buscar Viamonte, noticiándolo que por falta de autorización de la Legislatura no puede permanecer en el país.

Al día siguiente, sin deshacer el equipaje, Rivadavia vuelve a embarcar en el "Herminie". Recién el 27 de mayo zarpará de Buenos Aires. Será por vida.

3 Por 1840, la Sociedad Popular Restauradora tendrá unos 190 componentes, entre los cuales figuran personalidades como Miguel de Riglos, Roque Sáenz Peña, Saturnino Unzué, Ambrosio Lezica, José de Oromí, Cayetano Campana, Simón Pereyra, Fermín de Irigoyen, Francisco Chas, Martín de Iraola, Bernardo Victorica, Francisco Salas, Nicolás Mariño, Benito Rolón, Francisco Obarrio, Eduardo Lahitte, Lorenzo y Eustaquio Torres, Martín Santa Coloma, Francisco Sáenz Valiente, José Manuel Larrazábal, Juan Francisco Molina, Vicente Casares, José Eugenio Blanco, Lucas Peña, Juan Aldao y otros.

Según Adolfo Saldías, el nombre de mazorqueros, atribuido a los integrantes de la Sociedad Restauradora, provino del conocido verso de José Rivera Indarte —el mismo que después escribiría las fábulas de "Tablas de Sangre", a tanto por "muerte"—, que fuera colgado en cuadro alusivo frente a la casa del Dr. Fernando Cordero, y que decía así:

¡VIVA LA MAZORCA!
Al unitario que se detenga a mirarla:

Aqueste marlo que miras
de rubia chala vestido
en los infiernos ha hundido
a la unitaria facción:
y así con gran devoción
dirás para tu coleto:
¡Sálvame de aqueste aprieto,
oh Santa Federación!
Y tendrás cuidado
al tiempo de andar,
de ver si este santo
te va por detrás. . .!

No sería éste el único poema comprometido del vate. En 1835, plena euforia general por el gobierno de Rosas, se pone en escena una tragedia que representan espectables militares y funcionarios: Bruto o Roma Libre. Bajado el telón final, otros versos de Rivera Indarte apostrofan a los unitarios:

Esa horda de infames ¿qué quiere?
Sangre y luto pretende ¡qué horror!
¡Empañar nuestras nobles hazañas
y cubrirnos de eterno baldón!
¡Ah! Cobardes temblad; es en vano
agotéis vuestra saña y rencor.
que el gran Rosas preside a su pueblo
y el destino obedece a su voz.

Fue este hombre, quien en su libro "Rosas y sus opositores" sostuvo la creación de la Mazorca por obra de un delincuente vergonzante, Tiburcio Ochoteco.

Las palabras posteriores de Gálvez, "la Mazorca se conducirá moderadamente", quizá hagan suponer un juicio demasiado benigno o parcial. Pero si existen historias relatadas con ecuanimidad, una es esta *Vida de don Juan Manuel.* El Dr. Vicente Quesada afirmó haber sido testigo presencial —tiempo después de Caseros— de las quemazones que se realizaron con documentos esclarecedores de la época rosista. Entre ellos muchos relativos a la acción desarrollada por la Sociedad Restauradora, sobre la cual se escribieron tantas acusaciones desaprensivas y mentirosas. En "La Razón" del 29 de junio de 1924, el señor Taullard publicó un preciso comentario sobre algunos expedientes que afectan al coronel Ciriaco Cuitiño, nada menos que en octubre de 1840, chamuscados por el fuego, y pertenecientes a la colección particular del autor. En ellos queda establecido el mecanismo legal que avalaba las actuaciones del mazorquero Cuitiño. Para allanar propiedades —como el almacén de Jorge Nuttace, calle La Piedad 140— o detener unitarios, hay notificación del Jefe de Policía Bernardo Victorica al Gobierno delegado, Dr. Felipe Arana entonces, y el pase de la causa al Juez en primera instancia en lo criminal, Dr. Lucas González Peña, y la autorización pertinente de éste a los efectos que hubiere lugar.

De manera que los procedimientos contra opositores, sospechosos o cómplices de subverción no estaban en manos de mazorqueros fuera de la ley. Que se hayan cometido abusos, está fuera de toda duda; pero ésta es acusación que alcanza a cualquier vencedor, gobierno, sistema o iglesia.

[4] Como para corso el asunto. El asesinato ocurrió cerca de un monte, en el curato de Tulumba, pagos de Totoral. Al doblar un recodo, la galera en que viajaba Quiroga fue detenida por hombres a caballo. El riojano sacó la cabeza exigiendo la presencia del que mandaba la partida. Un trabucazo le voló el ojo izquierdo, despenándolo indudablemente. Abrirán la portezuela para lancearle la garganta, por si acaso. No hacía falta. Arrastrarán al monte a los acompañantes, hay un chico de 12 años, y

serán pasados a degüello. Después saquean los cadáveres, repartiéndose hasta las ropas. Como con Cristo. La diligencia fue metida en el matorral cuando ya una tormenta establecida se vino para abajo entre relámpagos y agua.

No faltaron previsiones de la tragedia. Aparte de lo fiero por el norte, al demorarse en la posta de Ojo de Agua, un paisano se acercó al coronel Ortiz, advirtiéndole que los Reinafé tenían milicias a órdenes del Capitán Santos Pérez con encargo de asesinar a Quiroga. No hay hombre que lo pueda, pensó don Facundo. Y se echó a dormir, que para eso está la noche.

Rosas conoce la noticia del crimen el 3 de marzo. Le está escribiendo al capataz de su estancia en San Martín, "... que Pascual le entregue veinte bueyes aparentes y como para las carretas..." Termina el encargue y sigue diferente: "El señor Dorrego fue fusilado en Navarro por los unitarios. El general Villafañe, compañero del general Quiroga, lo fue en su tránsito de Chile para Mendoza por los mismos. El general Latorre lo ha sido a lanza después de rendido y preso en la cárcel de Salta, sin darle un minuto de tiempo para que se dispusiera, lo mismo que el general Aguilera que corrió igual suerte. El general Quiroga fue degollado en su tránsito de regreso para ésta... la misma suerte corrió el coronel Santos Ortiz, y toda la comitiva en número de 16, escapando sólo el correo que venía, y un ordenanza, que escaparon entre la espesura del monte. ¡Qué tal! ¿He conocido o no el verdadero estado de la tierra? ¡Pero ni esto ha de ser bastante para los hombres de las luces y los principios! ¡Miserables! ¡Y yo insensato que me metí con semejantes botarates! Ya lo verán ahora. El sacudimiento será espantoso, y la sangre argentina correrá en porciones".

De estas palabras de Rosas hicieron nido los caranchos, como presagio de la "tiranía" que vendrá, sin ver en ellas la indignación por tanta muerte aleve y el asesinato de un hombre querido, cuyo crimen hasta quisieron endilgarle.

[5] Sarmiento dirá muchas cosas: recomendamos la prolija relectura de su "Facundo", que a más de estar muy bien escrito deja escapar verdades insospechables. Del caudillo riojano, por ejemplo, cuenta que "tenía todas las altas dotes de espíritu que permiten a un hombre corresponder siempre a su nueva posición, por encumbrada que sea. Facundo se establece en Buenos Aires, y bien pronto se ve rodeado de los hombres más notables. Su conducta es mesurada, su aire noble e imponente... Sus hijos están en los mejores colegios; jamás les permite vestir sino frac o levita, y a uno de ellos que intenta dejar sus estudios para abrazar la carrera de las armas, lo pone de tambor en un batallón hasta que se arrepienta de su locura". También lo llama ignorante, salvaje, feroz, bárbaro, sombra terrible.

Comenta la campaña de Rosas al desierto, sosteniendo que fue un fracaso, con la única victoria de haber enarbolado su bandera colorada —"como la de Argel o la del Japón"— y hacerse dar títulos y medallas; mas a pie de página aclara: "Estancieros del sur de Buenos Aires me han aseverado después que la expedición

aseguró la frontera, alejando a los bárbaros indómitos y sometiendo muchas tribus, que han formado una barrera que pone a cubierto las estancias de las incursiones de aquéllos y que merced de estas ventajas obtenidas, la población ha podido extenderse hacia el sur".

Con respecto a los hechos que viene relatando Gálvez, anota Sarmiento en el Cap. I de la Tercera Parte de su "Facundo", la necesidad de reconocer, en homenaje a la verdad histórica, que nunca hubo gobierno más bien sostenido por la opinión; que la votación por Rosas fue unánime, excepto tres votos que se opusieron en una provincia de 400.000 habitantes, y que hasta los enfermos quisieron ir a votar para dar su asentimiento, no habiendo noticia de ciudadano alguno que no lo hiciera.

Las cifras que menciona Sarmiento están mal barajadas; la votación se realizó en la ciudad —unos 58.000 habitantes— y no en la campaña, que se la conocía fehacientemente adicta a don Juan Manuel. El plebiscito arrojó 9.320 a favor y 8 en contra, no 3. Pero el juicio es lo que vale. El porcentaje de votantes fue, sí, casi absoluto; deducidos mujeres, menores, extranjeros y esclavos, la cantidad de sufragantes no llegaba a 10.000.

La legislatura de Buenos Aires que el 7 de marzo de 1835 otorga el gobierno a Rosas, con la suma del poder público, está compuesta, como en 1829, por lo más representativo de nuestra sociedad, figurando entre otros Pedro Medrano, Senillosa, Segurola, Wright, Pacheco, Argerich, Sáenz Peña, García Valdez, el canónigo Terrero, Escalada, Anchorena, Trápani, Arana, Obligado, Vidal, Hernández, Pereda, Mansilla, Piñeyro.

Otro testigo, en el momento de asumir su cargo don Juan Manuel, es un claro adversario político, Juan María Gutiérrez. El también cuenta su parte en la escena: "Desde temprano se tapizaron con colchas de damasco, rojas y amarillas, las puertas, ventanas y balcones, el suelo regado de hinojos. . . los postes cubiertos de laurel. . . Una calle de trofeos en lienzo atravesaba la plaza, como un 25 de Mayo, en la esquina del Cabildo estaba un arco triunfal. . . En las tres cuadras no había ventana, ni puerta, ni balcón, ni azotea que no estuviera cubierta del bello sexo, de manera que parecían los parapetos decorados con caladas rejas de carey, merced a los peinetones. Jamás he visto mayor concurrencia de gentes de todas clases". Y aquí hay una clave: Rosas no es el representante de una clase social determinada —explotados o explotadores, como se dice ahora, por ejemplo— sino el caudillo de un pueblo entero que anhela un destino nacional.



Juan Manuel de Rosas
en un motivo evocativo
de la época

CAPITULO XII
LA UNIFICACION DE LOS ESPIRITUS

Es el 13 de abril de 1835. Don Juan Manuel de Rosas va a asumir de nuevo el mando. Buenos Aires se ha arrojado a las calles para aclamar al que será su amo. Salvo los unitarios y los cismáticos más comprometidos, nadie ha quedado en las casas, ni los criados. Pululan en las calles negros y mulatos, compadritos y orilleros. Las plebes porteñas quieren conducir al Fuerte a aquel que las ama y las representa. Y todos, ricos y pobres, llevan sus divisas y muchos hombres su chaleco rojo, flamante moda que define al ferviente federal.

Popularidad de Rosas

La ciudad está embanderada. En los ombúes de la Alameda, banderas de todas las naciones. Colchas de damasco, rojas o amarillas, cuelgan de los balcones y de las ventanas. En el frente de la Casa de los Representantes lucen adornos de seda. Están decoradas la Pirámide, la Recova y los edificios de las plazas del 25 de Mayo y de la Victoria. En la esquina del Cabildo hay un arco triunfal,.y una calle de trofeos pintados atraviesa la plaza de la Victoria. En la Pirámide, rodeada de bellas banderas, sobrias inscripciones exaltan a Rosas. En la calle de la Victoria, en las dos cuadras que corren a lo largo de las dos plazas, levantábanse altos pilares adornados de laurel y sauce y en los que aparecen pintados diversos estandartes y otros emblemas militares. Y el suelo de las calles por las que va a pasar el Héroe del Desierto ha sido sembrado de hinojo. Pero nada entusiasma tanto al pueblerío como el enorme retrato a caballo del Restaurador. Se alza sobre la Recova que divide a las dos plazas. En él aparece el conquistador del Desierto proponiendo a los indios



Soneto de La Federación

un ramo del olivo de la paz en una mano y una espada en la otra.

Inmensa popularidad la de Rosas. Ricos y pobres, señorones y plebeyos, hombres y mujeres, todos lo admiran. Las mujeres son tan entusiastas por Rosas, acaso por razón de su extraña belleza y de su enérgico carácter, como los más fieles federales. En las tres cuadras que debe recorrer el Gobernador desde la Legislatura hasta el Fuerte, no queda una ventana, ni una puerta, ni una azotea, que no esté literalmente cubierta de mujeres. Unas junto a otras, las cabezas, con sus anchos peinetones, dan a los parapetos de las azoteas la ilusión de estar decorados con caladas rejas de carey.

Es la una. Don Juan Manuel, de frac azul e insignias militares, llega a la Legislatura acompañado por los generales Pinedo y Mansilla. Mientras jura, veinticinco individuos de azul oscuro y chaleco rojo desatan los caballos del carruaje y reemplazan los tiros con cordones de color punzó. Y cuando don Juan Manuel sale a la calle y sube al carruaje, ellos lo arrastran hasta el Fuerte, entre el vocerío exultante del enorme público que llena las calles y las plazas, los vítores de las mujeres que le arrojan flores, el estallido de las bandas y los cañonazos del Fuerte y de los barcos de guerra.

Todo el día es fiesta, como que el pueblo celebra la fiesta de la Santa Federación. El retrato del Restaurador es conducido por las calles, con acompañamiento de músicas militares. Por la tarde hay volatines en la plaza y una banda toca bajo la galería del Cabildo. Y cuando anochece, ilumínase la ciudad y los fuegos artificiales estallan en el bello cielo otoñal.

Don Juan Manuel va esa noche al circo. Entusiasmo entre espectadores y pruebistas. En un palco, rodeado de sus acompañantes, permanece grave y rígido. Ha engrosado un poco y tiene el rostro encendido. Al hacer la crónica, dirá el *British Packet* que parecía un *English country gentleman:* un caballero inglés de la campaña, un propietario rural. Sin duda el periódico ha pensado en la rubicundez de su rostro y de su pelo, en el celeste de sus ojos y en su gravedad casi británica.

Hacia el fin del espectáculo se oyen dentro del circo, pero viniendo de la calle, músicas, aclamaciones y cohetes; y en seguida —gorros y cinturones rojos— penetra una banda de jóvenes de la Sociedad Popular Restauradora. Desfilan en columna cerrada y ovacionan a don Juan Manuel. Luego, en marcha militar, se van para recorrer las calles, conduciendo, entre cohetes y buscapiés, un carro triunfal, al que acompaña una banda de música. Rosas, muy fatigado, se retira, en medio de fragorosas ovaciones. Lo escoltan tres soldados a caballo, armados de carabinas. En la calle se repiten las aclamaciones, las músicas y los cohetes.

Mientras tanto, en las casas de los federales se festeja el retorno

de Rosas al poder. Esto significa para ellos la seguridad de las vidas y las propiedades, el fin de los temores, el orden y la paz. ¿Cómo no reunirse para bailar el minué y la gavota o para ver bailar a los jóvenes? Y al mismo tiempo, en los ranchos y en las pulperías, con las guitarras federalizadas por las cintas sangrientas, voces criollas cantan cielitos de circunstancias, el más popular de los cuales:



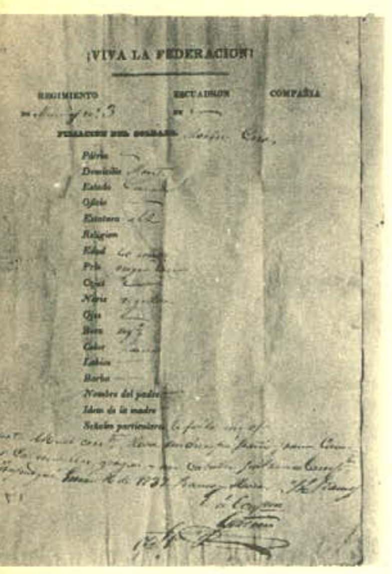
Billetes y divisas

Cielito, cielo y más cielo
Cielito del federal
[invita amenazadoramente]
al que no lo sea neto
[para]
que huya a la Banda Oriental.

Su proclama, amenazas y destituciones

Ya está de nuevo en el poder Juan Manuel de Rosas. Unitarios y cismáticos empiezan a temer. Su proclama, a pesar de reconocer la *odiosidad* del poder sin límites de que se le ha investido –y que considera necesario "para sacar a la patria del profundo abismo de males en que la lloramos sumergida"–, no anuncia nada bueno a los enemigos. Amenaza a la "facción numerosa de hombres corrompidos", vale decir, a sus adversarios, que han hecho alardes de impiedad; que se han puesto "en guerra abierta con la religión, la honestidad y la buena fe"; que han introducido el desorden, la inmoralidad y el crimen; y que, en una palabra, han "disuelto la sociedad y presentando en triunfo la alevosía y la perfidia". Es de imaginar con qué inquietud habrán leído los unitarios y los cismáticos las palabras en que habla de perseguir de muerte "al pérfido y al traidor que tenga la osadía de burlarse de nuestra fe", de hacer "que de esa laya de monstruos no quede uno" y de tratar de "que su persecución sea tan tenaz y vigorosa que sirva de temor y espanto a los demás que puedan venir en adelante".

¿Hay exageración de parte de Rosas? Por esos días, una numerosa y fuerte quinta columna trama, no sólo revoluciones, sino el desmembramiento del país. Por una carta de un conspicuo unitario mendocino, del 11 de marzo, sábese que una comisión enviada por Mendoza y San Juan a Chile ha regresado con "la resolución de asegurar a sus gobiernos que no sería difícil la incorporación de aquellas provincias a esta República". Cree el mendocino que Chile no rechazaría la solicitud, porque la agregación de esas provincias argentinas no le traería la guerra. Felizmente, Diego Portales, el dictador de Chile, no acepta el ofreci-


¡VIVA LA FEDERACION!

REGIMIENTO — ESCUADRON — COMPAÑIA

Patria
Domicilio
Estado
Oficio
Estatura
Religion
Edad
Pelo
Cejas
Nariz
Ojos
Boca
Color
Labios
Barba
Nombre del padre
Idem de la madre
Señales particulares

Ficha de identificación de los incorporados al ejército, para archivo y carnet militar

miento de los unitarios. Al responder a los comisionados les habría dicho que "delante de esa traición comprendía que Quiroga fuese un héroe y que bien merecían sus paisanos estar al filo de su sable". Y en cambio manda a Buenos Aires un ministro, que revela a Rosas el entendimiento de sus enemigos con el dictador de Bolivia, general Santa Cruz, contra el cual la Argentina y Chile poco después hablarán sobre una posible alianza.

Y comienzan las destituciones. Rosas, que en su primer gobierno dejó a casi todos los empleados en sus puestos, ahora barre de la administración a los unitarios y a los cismáticos. El camarista Gregorio Tagle, ex ministro de Balcarce; médicos eminentes, que son profesores en la Facultad de Medicina; curas y capellanes, cuya destitución pide a la Curia; empleados del Correo, de la Aduana, de la Caja de Ahorros, del Resguardo, todos quedan en la calle. Son borrados de la lista militar, en tres decretos, once coroneles, veintidós tenientes coroneles, veintiséis sargentos mayores y ciento ocho oficiales. Otro decreto no sólo da de baja a veintitrés oficiales "por haber traicionado la causa nacional de la Federación", sino que los suprime de la lista civil, les retira los despachos y los enrola como soldados en el cuerpo a que pertenecen. Y en su venganza contra los cismáticos, que él cree ser justicia estricta, llega hasta quitar la jubilación a algunos retirados. Odia más que a los unitarios a los cismáticos, que han destruido casi toda su obra de gobierno, han aislado a Buenos Aires de las demás provincias, se han entendido con los decembristas, y por poco arruinaron la expedición al desierto. Y tiene rasgos de benevolencia: al padre de Lavalle lo jubila con el sueldo íntegro, y al hermano le encomienda nuevas funciones nombrándole Tesorero de Aduana.

Rosas aspira a unificar al país, y por eso, quiere quitar toda influencia a aquéllos que atentan contra la unidad, a los fomentadores de discordias. Sus propósitos de paz son indudables: he ahí su decreto del 20 de mayo, aboliendo "para siempre" la pena de confiscación. Asombra esta generosidad, ya que los unitarios han confiscado muchas veces los bienes de los federales. El general Paz lo hizo frecuentemente en 1831, y así consta en el Manifiesto de la Comisión Representativa de los gobiernos del Litoral, uno de cuyos miembros era Domingo Cullen, tan caro a los historiadores oficiales. Lavalle confiscó todo el ganado vacuno y caballar que pudo. La confiscación está en las leyes de entonces, las leyes españolas que aún rigen. Pero Rosas quiere la paz y la unidad, Rosas, el "perverso", el "monstruo", no confiscará los bienes de sus enemigos, como los confiscaron los patriotas de la Primera Junta y los gobernantes de 1815.

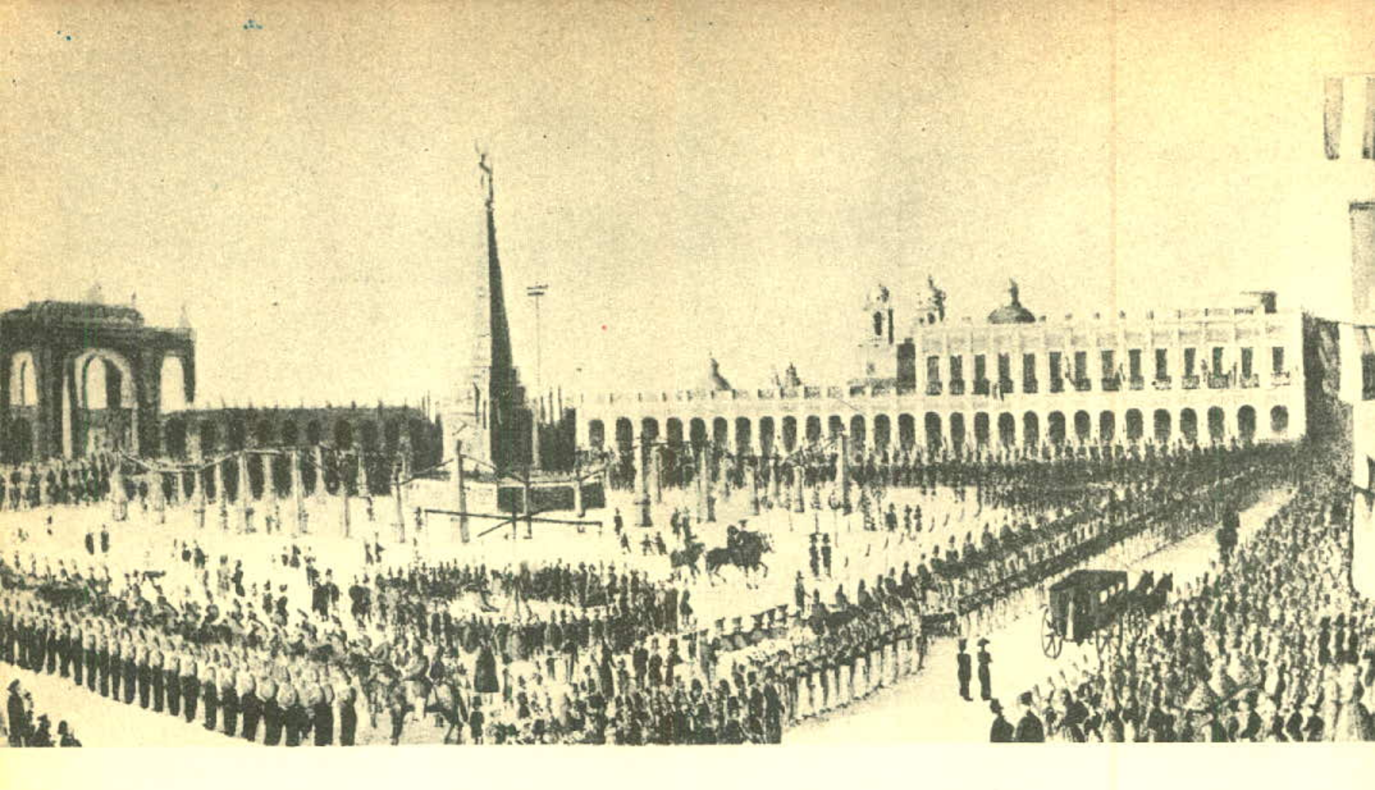
Catedral de Mendoza en 1860



Los guardias de honor y las funciones

Como todos los grandes creadores de naciones, Rosas sabe que es necesario unir a sus compatriotas. Muchos senderos conducen a esta deseada unión, y Rosas va a utilizarlos. Uno de ellos es la exaltación de las masas, el ejercicio del entusiasmo colectivo. Ahora hay el pretexto de su ascensión al poder. El será el beneficiario de ese entusiasmo, pero también su causa y la de la patria. ¿Es el iniciador de las interminables fiestas que ocupan los seis primeros meses de su gobierno? El pueblo le adora y está contento. Pero él consiente y, probablemente, favorece la ininterrumpida jarana federal.

Los homenajes consisten en *"guardias de honor"* y en *"funciones"*. Durante un día entero, un grupo social acompaña al Gobernador, le sirve de guardia. Primero han sido los miembros de la Sociedad Popular Restauradora. Sucesivamente le hacen guardia los oficiales y jefes de la expedición al desierto; los oficiales y jefes del ejército de la Provincia; los miembros del comercio; los empleados y los estancieros. De chaqueta y pantalón azul, chaleco rojo y sombrero de copa alta con un penacho punzó, desfilan militarmente por la ciudad, con armas adornadas de cintas punzoes, los que hacen la guardia. Bandas militares los encabezan y siguen. Gentío enorme en las calles. Vítores, flores, banderas, letreros alusivos. Instálanse en el Fuerte. Alocuciones al aparecer Rosas. Y lo escoltan hasta terminar el día.



Festejos en la Plaza de la Victoria

Estas guardias cuestan mucho dinero. No sólo se gasta en trajes. Cada guardia le entrega al Gobernador buenos miles de pesos, destinados ya a las viudas y huérfanos de los que murieron en la expedición al desierto, ya a los cautivos, ya a otro análogo fin de caridad.

Las *"funciones"* son pintorescas fiestas parroquiales que duran a veces hasta tres días. Tedéum, banquetes, palo jabonado, corrida de sortija, fuegos artificiales. Ilumínanse las casas de la parroquia y en muchas de ellas se realizan reuniones sociales y se baila. Toda la ciudad se cita en el barrio de la fiesta. El pueblerío admira las casas de algunas familias opulentas, que tienen adornos en las ventanas y en la azotea bustos, columnas, banderas, con lujosos bordados, arcos de laurel y oliva, colgaduras de seda. Algunas casas muestran el retrato de Rosas. En uno, pisotea una hidra: la anarquía. Otro tiene debajo su elogio en verso: *Del héroe singular y portentoso – que tantos bienes a la Patria ha dado...* En los vidrios de algunas ventanas, iluminadas desde adentro, piezas poéticas alaban al Restaurador. El asiste al tedéum, y las calles por donde debe pasar, entre el frenesí de la multitud, están alfombradas de flores y de hinojo; y a alguna de las fiestas populares. Y cuando no va a las funciones, un enorme retrato suyo lo representa. Solamente van a buscarlo al Fuerte, y de allí lo conducen por las calles, entre los homenajes del pueblo, en un gran carro triunfal. En todas las parroquias ha habido funciones. Una de las mejores ha sido la de Monserrat, el barrio de los negros.

La poesía y la música ocupan su lugar en estas fiestas. Himnos, cielitos y otras canciones. La pieza de mayor éxito es el *Himno de los Restauradores*. Ha escrito la música un maestro italiano; y los versos, el joven poeta y periodista José Rivera Indarte. Es cordobés y tiene mala reputación. Intentó robar la corona de la Virgen de las Mercedes y ha sido expulsado de la Universidad. Meses atrás redactó un periódico cismático; hoy es fanático de Rosas, cuya biografía va a publicar pronto; mañana se entenderá con los unitarios y con el tiempo será el más deslenguado de los calumniadores del Restaurador. Ahora popularizan su nombre unos versitos ingeniosos, que aparecen debajo de un cuadro que representa una mazorca de maíz, y en los cuales adviértese a los unitarios tener cuidado *de ver si este santo – te va por detrás*[1].



Florero con la imagen de Rosas

Desbordan los elogios a Rosas. Los inspira un entusiasmo sincero, pero también el miedo; y no tanto a él como a los unitarios, de quienes sólo él puede salvar a la Provincia. Al ofrecérsele el empréstito voluntario por cerca de un millón y medio de pesos, dícenle: "Si alguna vez un pueblo batido por la desgracia ha debido confiar en el cese de sus males, es ahora que el de Buenos Aires recibe con usura el premio del buen sentido que tuvo cuando armó el brazo fuerte de V.E. con la suma del poder público".

¿Está él contento? No es de creerlo. Recuerde o no la profesía del general San Martín, su conocimiento de los hombres y de su época le muestra, en los días que vendrán, guerras, traiciones, anarquía, asesinatos y acaso su propia muerte por enemiga mano. Tal vez ha pensado en todo eso cuando al escribir la proclama, habla del "terrible sacrificio" de gobernar en las circunstancias aciagas en que se halla la patria. Y en el mensaje correspondiente a este año, dirá que en el cuadro lisonjero que presenta la Provincia "se percibe algo de sombrío, y que esto procede de la *naturaleza* del *poder extraordinario* que le confió el pueblo". Acerquemos esas frases: "terrible sacrificio"... "algo de sombrío"... No hay duda de que Rosas conoce su tremendo destino y que lo acepta con fatalista conformidad.

Extensión del uso de la divisa

La divisa federal, símbolo de la causa, es un eficaz medio de unión . Lo mismo el color rojo. Se empezó oficialmente, durante el anterior gobierno de Rosas, por una angosta cintita análoga a la de la Legión de Honor, de los franceses, y que sólo se *obligó*



Aviso á las damas
DEL BUEN GUSTO.

EN la Fabrica de Peinetas calle de la Universidad No. 6, frente al café de a Victoria, se ha sacado un surtido de einet s caladas con el retrato del Ilustre Rest rador de las Leyes D. Juan Manuel e Rosas. s14 5c

AVISO.

CARTERAS cuero de Rusia, libritos

Avisos comerciales en los diarios de la época

a llevar a los empleados y a los profesionales. Ahora se universaliza su uso, por *decretos* o *espontáneamente*. Hasta las viudas, al cobrar su pensión, *deberán tener puesta* la divisa. El rojo se lleva ya en los chalecos. Poco a poco todo se irá *enrojeciendo*. Y la ciudad llegará a estar casi entera pintada de rojo, es decir, los zócalos, puertas y ventanas, pues no eran muchas las casas íntegramente coloradas. Entonces, también, se habrá uniformado la opinión pública. ¿Librea impuesta al espíritu? Sí, pero sin semejante unificación, que se traduce en unidad en los ideales y en los fervores colectivos, Rosas no hubiera podido establecer el orden, ni reconstruir la Confederación, ni defender, contra el extranjero imperialista, la independencia del país.

Diez días después del ascenso de Rosas al poder, la Sociedad de Beneficencia solicita del gobierno la substitución del celeste —símbolo unitario— por el punzó, en cierta parte del traje de las colegialas. Rosas, naturalmente, accede, y agrega un moño en el lado izquierdo de la cabeza. Y por un decreto extiende a todas las escuelas el reemplazo del celeste y del verde por el federalísimo punzó.

A fines de mayo, ordena usar la cinta punzó a los preceptores, los empleados y los niños de las escuelas públicas y particulares. Fúndase la prescripción, como dice la circular al Inspector General de escuelas, en que la divisa punzó es "una señal de fidelidad a la causa del orden, de la tranquilidad y del bienestar de los hijos de la tierra bajo el sistema federal, y un testimonio y confesión pública del triunfo de esta sagrada causa en toda la extensión de la República y un signo de confraternidad entre los argentinos".

Pero Rosas no se contenta con imponer la divisa en Buenos Aires. Pide a los demás gobernadores que la difundan. Les dice estar probado que ella tiene "una virtud prodigiosa". Agrega: "Esta voz debe resonar por todas partes y a toda hora, porque así es conveniente para la consolidación del sistema". Los gobernadores le complacen y aun hacen homenaje a su retrato: el de Mendoza lo espera "para recibirlo con alguna demostración popular de regocijo", a cuyo fin ha ordenado al general Aldao "que baje a la ciudad con su tropa y mande la línea que ese día debe formar".

También utiliza el juramento en su afán de unificar a los espíritus. Todos los empleados, los universitarios y hasta las niñas del colegio de Huérfanas, deberán jurar fidelidad a la causa santa de la Federación. Considera deber de todo ciudadano hacer profesión pública, en el momento de ingresar en la administración, "de sostener y defender la expresada causa, del mismo modo que

Candombe federal. Baile de negros, con que se animaban las fiestas



la de la independencia". La imposición de este juramento significa, en cierto sentido, un acto benévolo. Muchos unitarios que son empleados o militares se salvan a la sombra del juramento. Rosas no averigua si es sincero o no. Le basta con que las palabras rituales se pronuncien. Y con esa imposición, igual a las que hoy, en 1940, existe en varios países, en que se obliga a jurar por la Democracia* –la Federación, o el federalismo, está dentro de la Democracia–, Rosas se evita el molestar a mucha gente.

Como casi todos los dictadores, él desprecia a los intelectuales. Los sabe, como que en su mayoría son unitarios o cismáticos, en contra de sus procedimientos y de cuánto él representa. En enero de 1836 resolverá que nadie obtenga el título universitario sin una información sumaria de "haber sido y ser notoriamente adicto a la causa nacional de la Federación". Como en el caso del juramento, Rosas no averigua jamás –así lo refiere el unitario Valentín Alsina– si las informaciones son exactas o no. Le basta con la sumisión y la humillación.

Así como Mahoma quiso que los musulmanes oyesen varias veces por día las palabras "¡ Dios es grande y Mahoma el profeta de Dios! ", Rosas quiere que los federales lean y escriban y oigan muchas veces al día las palabras ¡ Viva la Federación! . Por ahora se contenta con que encabecen las notas oficiales y las

* La Democracia, por la que se hacía jurar durante la última guerra, era liberal, capitalista y opuesta a los intereses de las masas. Era, pues, una falsa democracia, ya que esta palabra significa el gobierno del pueblo y no el gobierno de las oligarquías plutocráticas y egoístas, enemigas del pueblo. 1940 es la fecha en que fue terminado este libro.

solicitudes. Más tarde, se oirán hasta medianoche, cantadas quejumbrosamente por el sereno, ese almuédano ambulante de la religión federal.

En este decreto hay algo trascendental: el bautismo de nuestra patria. La Argentina no tenía un nombre. Rosas se lo ha dado: *Confederación Argentina*. El quiere, convencido como está de haber organizado el país bajo la forma federal, que estas palabras se pongan al fechar las notas y solicitudes; y se contará el año desde 1830 en que fija el nacimiento de la Confederación. Así una nota presentada en 1835, ha de tener estas fechas: Año 26 de la Libertad, 20 de la Independencia y 6 de la Confederación Argentina.

Hombre de fórmulas, él da enorme importancia a estas cosas. Cree también en los símbolos. Y sabe, por instinto, lo que vale para unificar a los espíritus y a las conciencias, esa constante y aun obsesionante presencia de las palabras mágicas y de las divisas rojas.

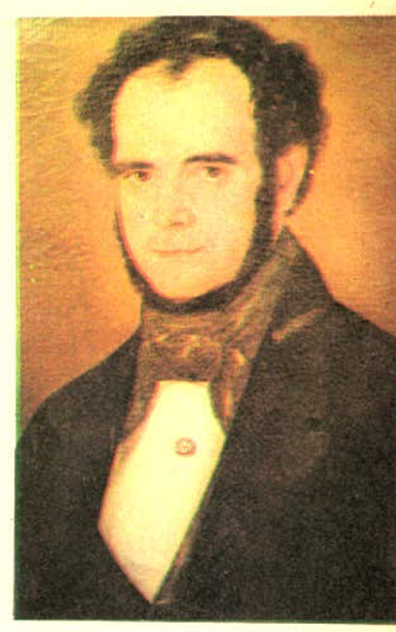
Violencia

Rosas está resuelto a proceder con violencia contra los enemigos del orden. Ya se lo dijo a López: " . . . es menester no andar con medias palabras, restricciones, cortesías ni miramientos, sino proceder con la misma decisión y desembozo que en la causa de la Independencia, porque aquélla es tan nacional como ésta". Se



Juan Manuel de Rosas

refiere al bárbaro trato a los españoles, ordenado por nuestros primeros gobiernos, y a las ejecuciones ordenadas por Castelli, Rivadavia, y otros próceres de la Independencia. Cree que los unitarios se han introducido entre los federales y que influyen en algunos gobiernos y hasta dirigen los asuntos públicos. Al gobernador de San Luis le ha escrito, poco antes de asumir el mando: "Si quieren sangre, sangre correrá y verán que sus horrendos atentados se van a convertir en una plaga de muerte contra ellos y contra todo malvado, en toda la extensión de la República".


Don Cayetano Descalzo, pintor de Rosas

No tardan en comenzar las violencias. Sin proceso previo, fusila el 28 de mayo, en los cuarteles de la Guardia del Monte, al teniente coronel Miguel Miranda y al sargento Gatica; y el 29 de mayo, en la plaza del Retiro, al coronel Paulino Rojas. Mueren por el delito de traición a la patria y a la Santa Causa Nacional de la Federación y por haber intentado, con los unitarios, asesinar a Rosas durante la expedición al desierto. ¿Es posible que Miranda haya pretendido matar a Rosas, a quien tanto le debe? Miranda era uno de aquellos cabecillas que en 1829, cuando la guerra restauradora, se levantaron contra Lavalle y se convirtieron en hombres de Rosas. Pero también uno se pregunta por qué Rosas habría de condenar sin motivo a quien hasta ayer fue uno de sus fieles. Tal vez a Miranda lo hablaron los enemigos de Rosas y él no rehusó las conversaciones. Y Rosas, para el cual media palabra es ya un delito consumado, vio un criminal en su poco avispado amigo.

Una época de terrible severidad comienza. Los jueces, rigiéndose por las leyes españolas que todavía están en vigor, condenan a muerte a mucha gente. Rosas es implacabale con los desertores, que abundan bastante. Y sus métodos son practicados también en las provincias. En Mendoza, donde predomina el fraile Aldao, ha sido fusilado, con otros oficiales, acusado de conspirador, el coronel Barcala, aquel negro a quien Quiroga le perdonó la vida y lo hizo su edecán. Rosas, al tener noticia de este hecho, felicita a las autoridades mendocinas.

Vuelco de la situación en Córdoba y entrega de los asesinos de Quiroga

Mientras tanto, lo que más le preocupa a Rosas es el asesinato de Quiroga.

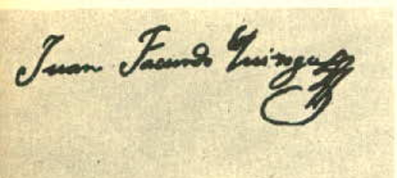
Su admiración hacia él ha sido siempre muy grande. Se la ve en sus cartas. A Terrero le habló desde el Colorado de "la fortaleza y grandeza de alma" de Quiroga y de que "los esfuerzos y sacrificios que este hombre singular ha hecho, son de gran valor



Reloj de pared de Rosas trasladado por su orden a la casa de Gobierno

y dignos del mayor reconocimiento". A Guido, poco afecto a Quiroga, le reprochó no haber ido a recibirle, y elogió al caudillo riojano afirmando ser "la única influencia que en las provincias ha sabido contener los avances injustos contra Buenos Aires". Cuando en el Colorado supo la llegada de Quiroga a Buenos Aires hizo tocar dianas y ordenó "recíprocas, fraternales congratulaciones en demostración sincera y justa de júbilo con que todo el ejército recibe tan importante noticia". A López, dos días después de llegar la noticia del crimen, le habló de las virtudes, saber, valer y demás cualidades de Quiroga, fiel amigo y buen compañero. Aparte de su agradecimiento al vencedor en las campañas de Cuyo del norte en 1831, es seguro que Rosas, como todo el mundo en Buenos Aires, está bajo la sugestión personal de Quiroga, en quien se ve un hombre de genio. Su muerte violenta le ha de haber impresionado hondamente, no sólo por sí misma, sino también porque anuncia la suya. Lo ha dicho varias veces: los unitarios tenían decretada su muerte, así como la de Quiroga y la de López. Pero más que nada, le impresiona la acusación de los unitarios de ser él quien ha hecho asesinar a Quiroga. No lo olvidará en toda su vida. Durante años hasta poco antes de caer el gobierno, les regalará a sus sobrinos, que van los domingos a visitarlo, "un magnífico retrato de Quiroga, litografiado". Han pasado diez, quince años del crimen, pero él agregará siempre: "Tome, sobrino, ese retrato de un amigo que los salvajes unitarios dicen que yo mandé matar".

Rosas no ha tenido el menor motivo para eliminar a Quiroga. Tal cual crítica que Quiroga le ha hecho y sus deseos de visitar a Rivadavia, carecen de importancia. Quiroga ha probado su lealtad a Rosas en 1832, al entregarle las cartas de Manuel Leiva, delegado de Corrientes en la Comisión Representativa, que lo invitaba a trabajar contra el Restaurador. Quiroga ha reconocido en los hechos la superioridad de Rosas. Nunca ha pretendido desplazarle. ¿Y lo puede intentar en adelante, ahora que Rosas es más poderoso que nunca, ahora que es el Héroe del Desierto, que cuenta con la adhesión de todo el pueblo de Buenos Aires y la de los gobiernos de casi todas las provincias? Quiroga se halla enfermo. Antes de ser asesinado, estuvo en peligro de muerte, en Santiago del Estero. No tiene ya la fuerza moral ni física de otros tiempos. ¿Qué le puede hacer a Rosas?



Firma alógrafa de Facundo Quiroga

En Buenos Aires, fuera de los unitarios, nadie imagina a Rosas con la menor culpa. La propia viuda de Quiroga no deja, ni por un momento, de conservar la mejor amistad con la madre y las hermanas de Rosas y con el propio Restaurador. Y la viuda del general Ortiz, uno de los acompañantes de Quiroga, le escribe

haber sabido por su hermano, Dalmacio Vélez Sársfield, el futuro autor de nuestro Código Civil, lo que Rosas ha hecho por ella, y, al agradecerle en términos efusivos, le dice que se toma la libertad de colocarse "bajo su protección, librando su suerte a su filantropía y virtudes".

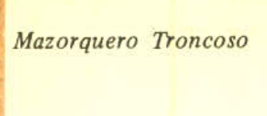
Apenas tiene noticia del delito, Rosas, aunque todavía no es gobernador, ya comienza sus investigaciones. A López le dice que la logia unitaria ha hecho correr la voz de "que usted tiene parte" en el asesinato. Es probable que él mismo sospeche de López o de su ministro Cullen, o que los crea enterados de los nombres de los delincuentes. Evoca los grandes crímenes de los unitarios –el fusilamiento de Dorrego, y los asesinatos de Villafañe, de Latorre y de Quiroga–, tal vez para alarmar a López y hacerle comprender la necesidad de revelar lo que sepa, con el fin de prevenir nuevos males. Y López puede saber mucho, puesto que en Córdoba gobiernan los Reinafé, sus protegidos.

¡Estupendas la rapidez y la energía con que Rosas procede! Considérese que una carta no tarda menos de ocho días entre Buenos Aires y Santiago. Un anónimo, primero, y luego la denuncia oficial de Felipe Ibarra, el gobernador de Santiago del Estero, le han enterado a Rosas de que el ejecutor principal del crimen, por encargo de los Reinafé, es el capitán Santos Pérez. El gobernador de Córdoba, José Vicente Reinafé, sus hermanos Guillermo y Francisco y los demás cómplices, quieren ocultar a los delincuentes. El día mismo de la tragedia, José Vicente ha

Mercado en la Recova







Mazorquero Troncoso

delegado el gobierno y se ha ido a su estancia. El Gobernador substituto nombra una comisión investigadora. Encarcelan a Santos Pérez, levantándole un sumario y lo absuelven. José Vicente Reinafé, que ha reasumido el poder, envía el proceso a Rosas el 27 de mayo. Rosas quiere que ese hombre deje el gobierno. Le escribe a López para que le exija la renuncia y le manda el texto de la carta que el gobernador de Santa Fe podrá firmar *si le agrada*. Violenta situación para López, que ha escrito a los Reinafé; no mucho tiempo atrás, aconsejándoles unirse a Ibarra para actuar contra Rosas y sabe que Rosas está enterado de eso. Pero su conciencia honrada, el deseo de complacer a don Juan Manuel y acaso el temor que le tiene, decídenle a exigirle a Reinafé su renuncia; y lo mismo hacen, solicitados por Rosas, los gobernadores de las demás provincias. Rosas presiona también a los miembros de la legislatura de Córdoba, donde cuenta con partidarios muy fieles. Renuncia Reinafé el 7 de agosto. El nuevo gobernador, coronel Pedro Nolasco Rodríguez, no gusta a Rosas —que quiere ver en el mando al coronel Manuel López, llamado *Quebracho*—, a pesar de haber decretado la prisión de Santos Pérez y de los Reinafé. El general Estanislao López encarga a dos jefes cordobeses que reclamen su renuncia al nuevo gobernador e insinúen la conveniencia de elegir a López Quebracho. El gobernador renuncia el 22 de octubre, en que se nombra a una persona que vive en Buenos Aires. El gobernador provisional comunica su designación a Rosas, el cual le contesta que no lo reconoce y que ni él ni el gobernador de Santa Fe reconocerán a

quien "no tenga acreditada su invariable adhesión a la causa federal". El hombre no puede continuar en el poder por este veto de Rosas y de López, y porque la Legislatura no le presta acuerdo a sus ministros. La legislatura asume el gobierno y lo delega en su presidente. El Gobernador disuelve la Legislatura y declara que desde ese momento reviste la suma del poder público. Pero, incapacitado de gobernar, entrega el mando al jefe de las tropas, el cual lo delega en López *Quebracho*.

Es prodigioso el número de cartas que ha escrito Rosas. Ha podido intervenir en Córdoba por la fuerza y no lo ha hecho. Prefiere persuadir, poner de su parte a las demás provincias. Quiere que la situación de Córdoba se caiga sola. Se limita a cortar relaciones con ella y a lograr que las demás provincias hagan lo mismo. Como, al principio, los gobernadores temieron que Reinafé contara con el apoyo de Estanislao López, él los ha convencido de que no es así y se ha esforzado en mover a López. La caída de Córdoba en manos de Rosas es una obra maestra del arte de la política, en la que intervinieron la astucia, la paciencia, el ingenio y el razonamiento. *Maquiavelo* la habría elevado.



Dama porteña

Ahora sabe Rosas que se hará justicia. Santos Pérez, que había sido encarcelado por segunda vez, que huyó y fue una tercera detenido, viene preso hacia Buenos Aires, junto con los Reinafé. Rosas dispone que el edecán de gobierno salga a recibirse de los presos, que entran en la ciudad y pasan por las calles hasta la cárcel, en medio de las befas y de los insultos del populacho. Y Rosas elige al doctor Manuel Vicente de Maza, ahora camarista, magistrado integérrimo, para que substancie la causa y la resuelva.

Rosas ha triunfado. En ocho meses ha trastornado el cielo y la tierra para tener a los delincuentes bajo su mano. Ha movido a los gobernadores de casi todas las provincias. Ha aislado, cercado y bloqueado a Córdoba, para obligarla a decidirse. Ha vencido de las vacilaciones de Estanislao López y de las actitudes ambiguas de los gobernantes cordobeses, que no querían, o no se atrevían, por temor a los Reinafé, a hacer justicia. Su poder ha salido abultadamente agrandado de estos apasionantes episodios. Ahora los gobernantes saben lo que puede ocurrirles en el caso de que alguna vez resistan a la voluntad poderosa del Restaurador de las Leyes.

Hechos de diversa naturaleza, ocurridos en aquel segundo semestre de 1835, nos muestran un Rosas distinto del que pintan los unitarios.

Al acercarse el 9 de julio, aniversario de la declaración de la Independencia, Rosas, en un decreto, tendenciosamente olvidado



Himno de los Restauradores en honor de Rosas

por la historia oficial, declara fiesta patria ese día, que Rivadavia lo hizo apenas feriado. "Festivo de ambos preceptos", ordena Rosas, es decir, se oirá misa y no se trabajará. Los considerandos son magníficos de sentimiento patriótico y religioso. Pero ni Rosas, ni gobernante alguno –tal vez él lo ignora–, puede obligar a oír misa, pues eso es cosa de la Iglesia; y, como es natural, la Iglesia no toma en cuenta su decreto en la parte que le concierne.

Llegada del general José María Paz. Lo manda López, prisionero desde Santa Fe. Rosas lo hace quedar en la villa de Luján y lo aloja en el Cabildo. Ordena a las autoridades que le guarden consideración; le manda libros, como él lo ha pedido; le acuerda el grado de general de la Provincia de Buenos aires, y le paga su sueldo íntegro –inclusive sus sueldos atrasados– así como el vino que bebe. Rosas, lógicamente, ha debido fusilar a Paz, así como Lavalle fusiló a Dorrego. Es la ley de los tiempos. Pero *el monstruo* no lo fusila y lo trata con la mayor humanidad y hasta con excepcional consideración. Parece que obra por agradecimiento: Paz, en 1829, impidió que su padre fuera detenido y desterrado.

El moralizador

Rosas continúa su obra religiosa y moralizadora. En su primer mensaje asegura que "se propuso despertar de varios modos los sentimientos sublimes de la piedad y religión, como bases inmutables de la moral y las costumbres y como origen inagotable de consuelo en la adversidad".

En octubre de ese año 35 restablece el convento de Santo Domingo, pues desea "reparar los males que causó a la religión y a la moral, a la República en general y muy particularmente a esta provincia, la medida innecesaria, injusta y violenta" de la supresión de ese convento, y "proporcionar a los habitantes de la Provincia los bienes espirituales de que han estado privados en este largo período", por la falta de la comunidad dominicana. Eso sí, los padres "han de ser adictos, fieles y decididos por la causa nacional de la Federación, bajo cuya condición se les asegura la protección del Gobierno". En la misa de acción de gracias por este acontecimiento, el cura de la Merced pronuncia un sermón en el que opone la política religiosa del Restaurador a la del Partido Unitario. Poco después, el Prior de los dominicos le escribe a Rosas pidiéndole hacer arreglos en el semidestruido edificio y dícele que recurre a él porque los religiosos de ese



Santo Domingo, a la salida de misa

convento no tienen otro amparo, después de Dios, "que su amado hermano y Restaurador".

Cinco meses atrás, ha decretado la continuación de la obra de la Catedral, suspendida desde hacía ocho años. Lo hace como agradecimiento al Todopoderoso, reconociendo "que la mano bienhechora de la Providencia ha puesto el sello a la causa de la justicia y de la razón". También adopta diversas resoluciones para que los niños católicos no asistan a las escuelas protestantes. Y no suprime la libertad de conciencia y de cultos. Los protestantes practican su religión tranquilamente.

Por obra suya retornan los jesuitas, expulsados por Carlos III, a fines del siglo XVIII. Rosas restablece la Compañía en agosto de 1836. Poco después, fija una suma de dinero mensual para el sostén de los padres; les entrega el edificio llamado "del Colegio", que antes fue de ellos, y los autoriza para dedicarse a la enseñanza.

Su celo religioso es cada día mayor. Redacta el borrador de una carta que el Obispo mandará al cura de Patagones. En ella le dice que, dudándose de haber sido católico cierto súbdito inglés enterrado en el cementerio local, deberá exhumar sus restos y, en espera de las averiguaciones, colocarlos en lugar no bendito y bendecir de nuevo el cementerio.

Su afán de moralizar no es menor. Acaso su fervor catequista responda principal, si no exclusivamente, a su pasión moralizadora, que es una forma de su pasión por el orden. Rosas

es lógico: la ausencia de moralidad implica el máximo desorden, y la moral católica es la más acabada norma de disciplina, de orden y subordinación.

Establece la censura en el Teatro; favorece a la Casa de Ejercicios, por la que han pasado –dice su mensaje–, "con increíble mejora de la moral pública, una multitud de personas de todas clases y condiciones"; y en julio del 36, reglamenta el Carnaval. Antes de ese decreto, se jugaba desde días antes y se seguía jugando varios días después, y desde la mañana hasta la noche, con baldes de agua, huevos de avestruz, huevos llenados con orines. Los hombres entraban en las casas y se metían en las piezas en persecución de las mujeres, y los más osados y groseros las manoseaban. Rosas suprime estas salvajadas, con lo cual, lejos de adular al pueblo, va contra sus gustos.

Y como todo es pretexto para combatirle, los unitarios critican los carnavales de su tiempo. Los extranjeros, informados por los antirrosistas de Montevideo, pintan a don Juan Manuel y a su familia, inclusive a la delicada y suave Manuelita, dedicados, "con una especie de furor", a esa bárbara orgía del Carnaval. Un escritor de ascendencia unitaria, José María Ramos Mejía, habla de "el carnaval de Rosas" en una página magnífica de colorido, pero absolutamente falsa. Evoca "el obsceno entrevero", las mujeres que "caían al suelo rodando entre el barro de los charcos". El "carnaval de Rosas" permitía a la plebe, según el gran escritor, ejercer sus pequeñas venganzas. Pero nada de eso es posible, por razón del decreto de Rosas. Durante los tres días

Carnaval de la época de Rosas, según óleo de Figari



—no se permite ni uno más— sólo se juega desde las dos de la tarde hasta la oración: tres cañonazos del Fuerte anuncian el comienzo y el fin del juego. Sólo puede usarse agua, y huevos de los llamados de olor. Las puertas de calle han de estar cerradas y no abrirse sino para las estrictas necesidades del servicio. Los que juegan desde la calle no pueden asaltar las casas, ni forzar las puertas o las ventanas ni pasar de los umbrales. Tampoco se tolera jugar de casa a casa, por los interiores. Ni se admite disfrazarse con traje del otro sexo, ni de eclesiástico, militar, ni —admirable respeto por la vejez— de "persona anciana". ¿No se cumplen estas disposiciones? Lo que Rosas manda se cumple siempre. Si hay violaciones es seguro que son castigadas severamente, como castiga Rosas a los que violan sus leyes. Tal vez Ramos Mejía no ha advertido la fecha del decreto. Desde que el Restaurador asume el mando por segunda vez, sólo ha habido un Carnaval grosero, el de 1836, el que dio motivo al moralista que es don Juan Manuel para reglamentar la bárbara diversión.



Manuelita. Miniatura retrato de la época

Rosas participa con algunos amigos en el primer carnaval que sigue a su decreto. Recorren las calles montados en fletes con arreos de plata, a los que les han puesto plumas rojas en las frentes y largas cintas punzoes en las colas. Así demuestra al pueblo que no es enemigo de la fiesta, que sólo ha querido quitarle lo que tiene de degradante para un pueblo civilizado. También ha querido evitar, con su presencia, las infracciones a su reglamento.

Ordenes despóticas

Esta manía moralizadora le lleva a dictar resoluciones de auténtico despotismo. Así, aquellas por las que destina a tambores en los cuerpos de línea a los muchachos que profieran palabras obscenas o "descorteses" en las calles, en las pulperías o en cualquier otra parte; y a los que en las calles y otros lugares públicos jueguen a la cañita, al hoyito, a la changuita, a los montecitos o se les encuentre "en alguna otra cosa mal entretenidos" y a los que se reúnan en los bautismos. Y si los lenguasucias o descorteses o jugadores callejeros son hombres, irán al ejército por cuatro años.

Es tan abultado el castigo con relación a la falta, que cuesta ver en estas resoluciones el solo afán moralizador. Probablemente, Rosas busca conseguir soldados para sus ejércitos. De cualquier modo, revela que estima en poco los derechos de la persona



Alejandro Heredia, Gobernador de Tucumán en 1836

humana, a los que sobrepone los del Estado. Es cruel y autoritario arrancar de sus casas y mandar al ejército por cuatro años –y no estando en tiempos de guerra– a chicuelos o muchachones por el "crimen" de soltar una palabrota o jugar en la calle a la cañita.

Igualmente revela Rosas su despotismo en el decreto en que prohíbe toda comunicación epistolar, o de otra clase, directa o indirectamente, por sí o por interpósita persona, con el canónigo don Pedro Pablo Vidal, ex defensor de las facultades extraordinarias y hoy emigrado en Montevideo y enemigo suyo. Todo el que recibía carta, papel o recado del canónigo, sobre cualquier asunto "por inocente que sea", deberá ponerlo inmediatamente, "y sin la menor demora", en conocimiento del Gobierno; y el que infrinja estas órdenes será considerado como sospechoso de traidor a la República y perturbador del orden y castigado según las circunstancias. ¿Qué ha hecho el padre Vidal? Ha enviado un folleto anónimo, escrito por él, titulado *Federación, Constitución y Nacionalización* a personas del Rosario y de otros puntos, y en el que ataca a Rosas. El decreto, después de hablar de "la notoria inmoralidad" del sacerdote y de su "incesante propensión a introducir oculta y alevosamente la discordia por todas partes", atribuye al libelo el propósito de convulsionar la República. Que el canónigo quiera suscitarle enemigos a Rosas y provocar una revolución o guerra civil, es posible. Pero, ¿puede lograrse un resultado semejante con un simple folleto? ¿Y no está asegurada la Federación en toda la República? Es cierto que los unitarios de Montevideo viven entre planes revolucionarios, pero por ahora, vencidos y con el gobierno uruguayo en su contra, poco pueden hacer. El propio Rosas lo cree así: en carta de junio de 1836 le dice al gobernador de Tucumán, Alejandro Heredia: "se contentan dichos unitarios con decretarme tósigos y puñales alevosos, puesto que su debilidad y miseria, unida a su ferocidad, nada otra cosa les permite".

Rosas es hombre de poderosa imaginación y en extremo quisquilloso. Tal vez porque llegó al gobierno sin haber actuado en política o porque jamás fue realmente combatido, el caso es que no soporta el menor ataque, ni un disentimiento notable con sus convicciones, y que en cualquier palabra ve graves peligros para la patria. Acaso sin advertirlo, necesita pretextos para su incansable actividad epistolar. Porque con este motivo escribe a todos los gobernadores, pidiéndole la misma severidad para los que se comuniquen con el canónigo Vidal, a lo que ellos se aprestan a obedecer sumisamente.

Oribe Presidente del Uruguay

Rosas ha reconstruido en pocos meses la Confederación, pues los gobernadores de todas las provincias han delegado en él las mismas atribuciones que durante su administración anterior. Es de nuevo, por consiguiente, el verdadero jefe de Estado.

Sus enemigos tratan de romper esta unidad. Los que viven en las provincias del Norte, junto con los emigrados en Bolivia y en Chile, han pretendido apoderarse de Tucumán e introducir el desorden en La Rioja y en Catamarca. En su mensaje a la Sala, presentado el último día de 1835, Rosas lo dice así, y agrega que el bando unitario "ha tomado el arbitrio de disfrazarse con la máscara de la Federación, y de este modo ha logrado sorprender al actual gobernador de la provincia de San Juan, sometiéndolo a su funesta influencia, y se ha apoderado también del gobierno de la provincia de Salta".

Rosas teme algo por el lado de Bolivia, en donde gobierna el mariscal Andrés de Santa Cruz. Ya en mayo, Rosas le ha escrito a López: "Santa Cruz es nuestro enemigo y no perdona medios de hacernos mal. Quiere la incorporación de Salta. Los unitarios que allí en Jujuy están mandando, así también lo pretenden". Pero la masa general, según él cree, no lo consiente.

Las más graves noticias vienen del Uruguay. Allí han ocurrido acontecimientos de la mayor importancia para Rosas. Terminada la presidencia de don Frutos Rivera, ocupa ahora el poder, desde marzo del 35, el general Manuel Oribe.



Manuel de Oribe. Sucedió a Rivera en el poder en la Banda Oriental



Soldados del ejército de Oribe

Es un hombre grave y austero, un hidalgo a la española, de prestancia quijotesca. El escritor francés Brossard, que lo tratará años después, lo juzga así, no obstante ser enemigo: "Su porte y sus maneras son las de un *gentilhombre*; tiene el aire melancólico y la expresión altiva". Lo considera "de una integridad a toda prueba". Está realizando un gran gobierno, poniendo orden en el caos que le ha dejado Rivera. "Durante su presidencia –dice Brossard– supo, por la severidad, mantener el orden en las finanzas y la regularidad en la administración". Otro escritor francés que le atribuye crueldades con sus compatriotas. Benjamín Poncel, en su libro *Los rehenes del Durazno*, lo juzgan muy valiente, generoso, probo en su vida privada y gobernante moralizador, sobre todo en las finanzas de la administración. Pero ninguna opinión tan valiosa como la del entonces cónsul de Francia en Montevideo, Raymond Baradère, que pocos años después –ya sabremos por cuál motivo– será el peor de sus adversarios. En un informe al ministro de Negocios Extranjeros de Francia, de fines de 1835, el cónsul elogia las disposiciones financieras de Oribe, su severa moral administrativa y otras cosas y llega hasta decir que el día de su ascensión será considerado como la égira de la joven República.

Pero Rivera está descontento, y no tarda en colocarse en la oposición. El y su partido tienen amistad política con los unitarios y los cismáticos emigrados. Los líderes cismáticos Martínez, Olazábal, Vidal e Iriarte –orientales, los tres primeros– están en Montevideo. Los emigrados no piensan sino en invadir la Argentina. Oribe limítase a pedir a los diarios discreción, a no ofender, bajo amenaza de severas medidas, a un gobierno amigo. Oribe hace lo que todo gobierno haría en su caso. Procede por deberes de buena vecindad y porque no le conviene indisponerse con Rosas. Los unitarios invocan absurdamente la libertad de pensamiento, y, olvidándose de la hospitalidad uruguaya, insultan al gobierno oriental y preparan, con Rivera, una revolución para derrocarlo.



Martiniano Chilavert. Apoyó a Lavalle en sus planes de invadir Entre Ríos

Lavalle no abandona su propósito de invadir Entre Ríos. Planea, según su carta a Martiniano Chilavert, de diciembre del 35, que los emigrados vayan reuniéndose allí. Pronto habrá elecciones. Si el voto es adverso a los unitarios, no faltarán "motivos o pretextos" para la revolución; y si faltan, porque el gobierno es honrado, que se inventen. "No hay que pararse en *pelillos*". ¿Y qué aconseja el modelo de caballerosidad, según los historiadores oficiales? "Alegar coacción, temor o intrigas en las elecciones"; atribuir "defectos personales o crímenes al Gobernador o a quien le deba suceder. ¡Atribuir crímenes a quien no los ha cometido, vale decir, calumniar! Aconseja el robo y la confiscación, pues cuando pasen a Santa Fe, deberán sostenerse con "las fortunas de López, Cullen y compañía". Y les insinúa el fusilamiento del Gobernador y de sus amigos "que caigan en sus manos".

Rosas no está contento con Oribe. Escríbele al general Heredia, en junio de 1836, que Oribe "no abandona el sistema de cortesías con los unitarios" y que ellos, enemigos suyos, "aprovechándose de su zoncera, le hacen una guerra vil y baja". Oribe, en efecto, es harto débil con los unitarios, aunque quisiera anularlos. Su conducta obedece a escrúpulos respetables: el régimen constitucional, vigente en su patria, no le permite proceder con la rapidez que Rosas. El mismo se lo dice: "Mis facultades son menos extensivas que las de ese Gobierno".

El 16 de julio, Rivera se levanta en armas. Da el gracioso motivo de habérsele "sublevado el gobierno". Lo acompañan Lavalle y otros emigrados. Lavalle, olvidándose de que está en un país extranjero, dirige una proclama a los emigrados. Díceles que si quieren romper las cadenas que oprimen a su patria, deberán primero derribar y aniquilar "a los *opresores* del pueblo oriental". Oribe, el 5 de agosto, declara traidor a Lavalle y lo

pone fuera de la ley. Pero pronto lo indulta. Ya veremos como pagará Lavalle esta benevolencia. A otros emigrados, entre ellos Agüero, Rivadavia y Juan Cruz Varela, los envía a la isla de las Ratas. Le escribe a Rosas el 25 de julio para comunicarle el suceso y referirle que un unitario "ha revelado que este movimiento tiene por objeto la destitución del Gobierno, y sucesivamente emprender hostilidades contra Buenos Aires para derrocar a su primer magistrado". Y poco después, a su agente en Buenos aires para que refiera a Rosas cómo el movimiento tiene ramificaciones en Bolivia. Desea también hacer un tratado ofensivo y defensivo, antes de que sea tarde. Y le pide su ayuda a don Juan Manuel.



Soldado negro

Los enemigos de Rosas dirán más tarde, para justificarse, que ya existe una alianza entre Rosas y Oribe. Inexacto. Al pedido de ayuda, Rosas contesta prometiéndola vagamente; pero no cree en su urgencia, dado que toda la población del Uruguay acompaña a su gobierno, y teme que su ayuda oscurezca la gloria de los orientales, "que deben aparecer por sí solos victoriosos contra los anarquistas". Y también tendría que existir un tratado previo. En Montevideo dícese que fuerzas entrerrianas han entrado en el Uruguay, y hasta se interpela al Gobierno. Trátase de unos cuantos enganchados, y nada más. Rosas nada tiene que ver con eso. Su conducta es correctísima. Por un decreto del 1º de agosto prohíbe facilitar elementos bélicos y toda clase de ayuda a los sublevados. Y al comunicar a los gobernadores el grave suceso, prevé que los unitarios, triunfen o pierdan, "se lanzarán por alguna parte a la República Argentina a perturbar su sosiego", y pide ser autorizado para adoptar precauciones y para auxiliar al gobierno del Uruguay.

A pesar de que Oribe procede ahora con mayor energía contra los unitarios Rosas sigue descontento. Oribe desea combatirlos, según le dice a su agente en Buenos Aires; pero teme que la expulsión resulte contraproducente, por las ramificaciones que tiene la revolución en el Brasil y Bolivia. "El Janeiro es el abrigo de los principales agentes de su revolución, y, si mandamos fuera del país a los demás cómplices", sucederá que, "reunidos allí, formando cuerpo, minarán y llevarán su obra a la perfección". Oribe cree posible una guerra general, en la que figurarían el mariscal Santa Cruz y el Brasil, y asegura que sobre esto tiene muchos datos.

Felizmente para Rosas, Rivera es vencido por un hermano de Oribe, en setiembre, en *Carpintería*, y debe refugiarse en el Brasil. Oribe se conduce magnánimamente. El cónsul francés Baradère, informando a su gobierno, elogia a Oribe por haber



Mariscal Santa Cruz y su familia. Fue presidente de Perú y amigo de Bolívar

cedido en su inflexibilidad, por "su moderación después de la victoria", así como por "la política franca y leal que preside los consejos del Gobierno"; confía en que ahora "consolidará la tranquilidad y la felicidad de la joven República", y sólo teme que la actitud de Lavalle sea "la causa de nuevos trastornos". Oribe indulta a Lavalle; y otros unitarios peligrosos, que estaban desterrados en Santa Catalina, ciudad brasileña, vuelven a Montevideo sin permiso y allí se quedan. La capital uruguaya se convierte pronto en un foco de conspiraciones. Oribe no se atreve a proceder enérgicamente. Por esto Rosas le escribe a Ibarra, en los comienzos del año 37, que los sucesos del Estado Oriental "presentan el mismo aspecto sombrío" y que los unitarios, que conocen bien a Oribe y "tienen medida la debilidad de su marcha administrativa, están maquinando".

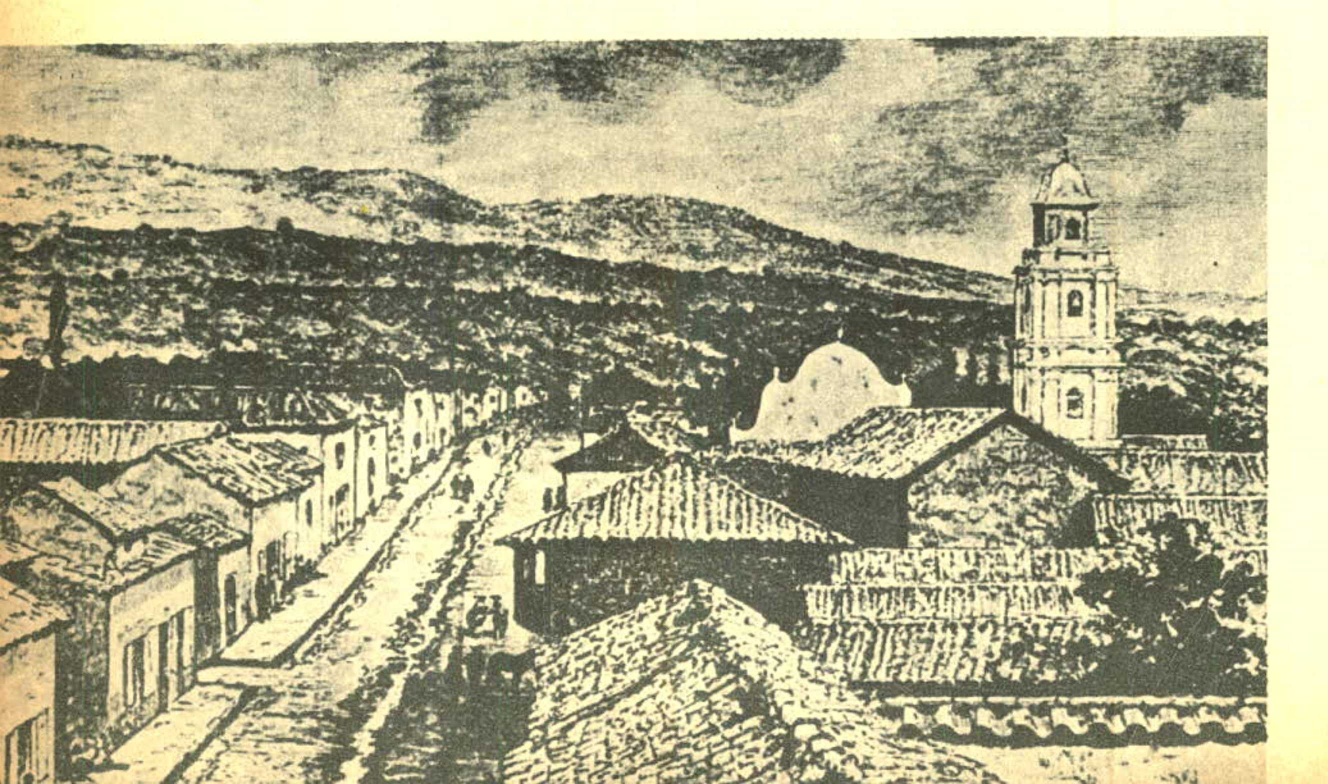
Santa Cruz y la guerra con Bolivia

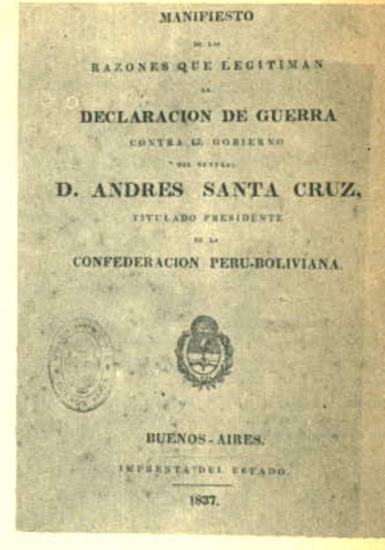
Conflicto con Bolivia. El mariscal Santa Cruz, que acaba de someter al Perú y desea incorporarse a Salta y Jujuy, ha ayudado a los unitarios de Salta en el movimiento contra Latorre y ha protegido una expedición unitaria contra Tucumán. Se cartea con Rivera y con emigrados argentinos en Montevideo y en Chile. En Montevideo escriben a su favor algunos enemigos de Rosas y en Chile adhieren públicamente a su causa. Un historiador chileno contemporáneo, Francisco Encina, en su libro *Portales*, refiere

algunos de estos hechos y agrega que Santa Cruz procedió "con la mayor reserva, ocultando siempre la mano". Su propaganda, según Encina, es insidiosa, flexible, y penetra por todos los poros y contra ella nada pueden las disposiciones represivas. "Es exactamente la misma propaganda que se advierte entre los desterrados argentinos de Montevideo, y aun dentro del mismo Buenos Aires, contra Rosas". Y así como en Chile hace decir Santa Cruz que él no quiere la guerra, que quien la busca es Portales para librarse del ejército y hacerlo morir en los desiertos del Perú, entre nosotros hace decir que Rosas provoca conflictos con naciones extranjeras para poder tiranizar mejor a sus compatriotas. "Santa Cruz en Chile como en el Perú, en el Ecuador y en la Argentina, se presenta siempre como amigo, como auxiliar de las facciones internas".

Andrés Santa Cruz es uno de los hombres más interesantes que ha producido América. Por su padre, proviene de los marqueses de Santa Cruz. Su madre, María Calahumana, *cacica* de Huarina, decíase descendiente de los emperadores incásicos. Ha combatido junto al Libertador Simón Bolívar, que le estimaba y distinguía. Tiene extraordinarias condiciones de gobernante. Y en genio político supera a todos los hombres de América de su tiempo, salvo a Rosas. En el arte de la intriga pocos hombres en el mundo pueden comparársele. Y si a esto se agrega su talento organizador, el haber creado la Confederación Perú-boliviana y el mandar un formidable ejército, se comprenderá la importancia que le da Rosas.

Vista de Jujuy




MANIFIESTO

RAZONES QUE LEGITIMAN

DECLARACION DE GUERRA

CONTRA EL GOBIERNO

D. ANDRES SANTA CRUZ,

TITULADO PRESIDENTE

CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA.

BUENOS-AIRES.

IMPRENTA DEL ESTADO.

1837.

Declaración de guerra a Santa Cruz, presidente de la Confederación de Perú y Bolivia

Sólo él ha visto entre nosotros el peligro que significa Santa Cruz para nuestra independencia. Reclama de su intromisión en Salta y en Tucumán. Santa Cruz niégase a dar explicaciones, sosteniendo que en nuestro país no hay una autoridad nacional. Esto enfurece a Rosas, tan celoso de su autoridad. Y el 19 de mayo de 1837, le declara la guerra y poco después nombra jefe de las fuerzas al general Heredia, gobernador de Tucumán, que en junio parte hacia el norte.

Es magnífico el manifiesto de la declaración de guerra por medio de ese documento y por infinidad de cartas y de circulares y de una exaltada y terca propaganda, que comprende desde un permanente en *La Gaceta* hasta los insistentes ¡mueras! de práctica y hasta llamar "tirano unitario" a Santa Cruz. Todos quieren contribuir a los gastos de guerra. En todas las parroquias levántanse suscripciones. En Catedral al Sur reúnense casi trece mil pesos. Y no tarda en venir también dinero de la campaña.

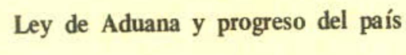
Por estos mismos días, el 5 de junio de 1837, es asesinado en Chile Diego Portales, por obra de algunos jefes del ejército que están entendidos con Santa Cruz. Pero la guerra con Bolivia, declarada por Diego Portales en octubre del 36, va a empezar. El espíritu de Portales, sus procedimentos de disciplina y organización y su gran patriotismo, inspiran a sus sucesores en el poder, y el ejército chileno parte a combatir contra Santa Cruz.

Nuestra guerra con Bolivia consiste en varios encuentros, ninguno de gran importancia, durante algunos meses. Ni uno ni otro ejército avanza mucho ni se impone al enemigo. Antes de un año, la acción bélica será abandonada. Bolivia estará en peligrosa guerra con Chile, y la Argentina con Francia y el Uruguay; y tanto Santa Cruz como Rosas deben defenderse de sus enemigos interiores.

El odio a Rosas ha inventado que él declara la guerra a Bolivia, en su delirio de reconstruir el Virreinato del Río de la Plata. Aparte de que ordena a Heredia no reincorporar a Tarija a la Confederación, aunque ha sido provincia argentina hasta ayer, él no ha provocado el conflicto. Son los unitarios quienes han movido a Santa Cruz, que pensaba llegar hasta Córdoba y derrocar al Restaurador. Rosas ha .procedido en salvaguardia de la dignidad y seguridad de la patria. Su sentido del honor nacional y del patriotismo es harto distinto del de los unitarios, que, en los mismos días de la guerra con Santa Cruz, comienzan su obra antiargentina aliándose con el extranjero. O la continúan, pues ya eran ellos aliados del dictador boliviano. Ya hemos visto cómo *ofrecieron* a Chile dos provincias. Más tarde pretenderán entregar

al extranjero Corrientes y Entre Ríos. Rosas no ha pretendido reconstruir el Virreinato. Jamás revela intenciones contra el Uruguay. Pero si lo hubiera pretendido, ese intento, inspirado por el patriotismo, no sería un delito sino, a lo sumo, un error.





Ley de Aduana y progreso del país

El 18 de diciembre de 1835 el gobierno de Rosas dicta una ley de Aduana. En ella, con espíritu *proteccionista*, se establece, para los artículos importados, derechos que varían entre el cinco y el cincuenta por ciento. Los máximos recaen sobre objetos de *lujo*, sobre cosas que el país *produce* y sobre lo que *no es absolutamente necesario*. Lo que no tenemos y es indispensable, entra libre de derechos. Y se *prohíbe* la introducción de cuanto nosotros *producimos*, por ejemplo: cinchas, cojinillos, maneadores, maíz y herraduras[2].



Rosas –"el único que repartió la tierra entre los pobladores de la campaña", como dice Juan B. Justo en *La teoría científica de la Historia*, mientras Rivadavia distribuyó novecientas cuarenta leguas entre nueve personas y mil trescientas entre quince– realiza con esta ley una gran obra en favor del pueblo y del progreso del país pues la ley protege a las manufacturas criollas y a la agricultura y fomenta el surgimiento de la industria fabril.



Monedas acuñadas entre 1836 al 40

Comienza un extraordinario progreso, que durará hasta la caída de Rosas. Ejemplos: el establecimiento metalúrgico de Juan Berisso, fundado meses antes de la ley, llega a construir, no sólo cantidad de *embarcaciones* pequeñas, sino cuatro *buques de ultramar*; constrúyense barcos de ultramar en Corrientes y en Santa Fe; y en Buenos Aires, a la caída de Rosas, habrá *ciento seis* fábricas –entre las cuales dos fundiciones, siete fábricas de jabones, tres de pianos y dos de carruajes– y *setecientos cuarenta y tres* talleres, entre los cuales ciento diez carpinterías, ciento ocho zapaterías y setenta y cuatro herrerías. Y agréguese la fabulosa cifra, para una ciudad de ochenta mil habitantes, de *dos mil ocho* casas de comercio.

También debe anotarse, porque alguna relación tienen con la ley, que durante el gobierno de Rosas se introduce la primera *máquina de vapor*, se crea la primera fábrica de *fundición y mecánica*, se inaugura la primera línea de *cabotaje* en el Atlántico sur, son traídos los primeros *vacunos Shorthorn* y se ponen los primeros *alambrados*[3].

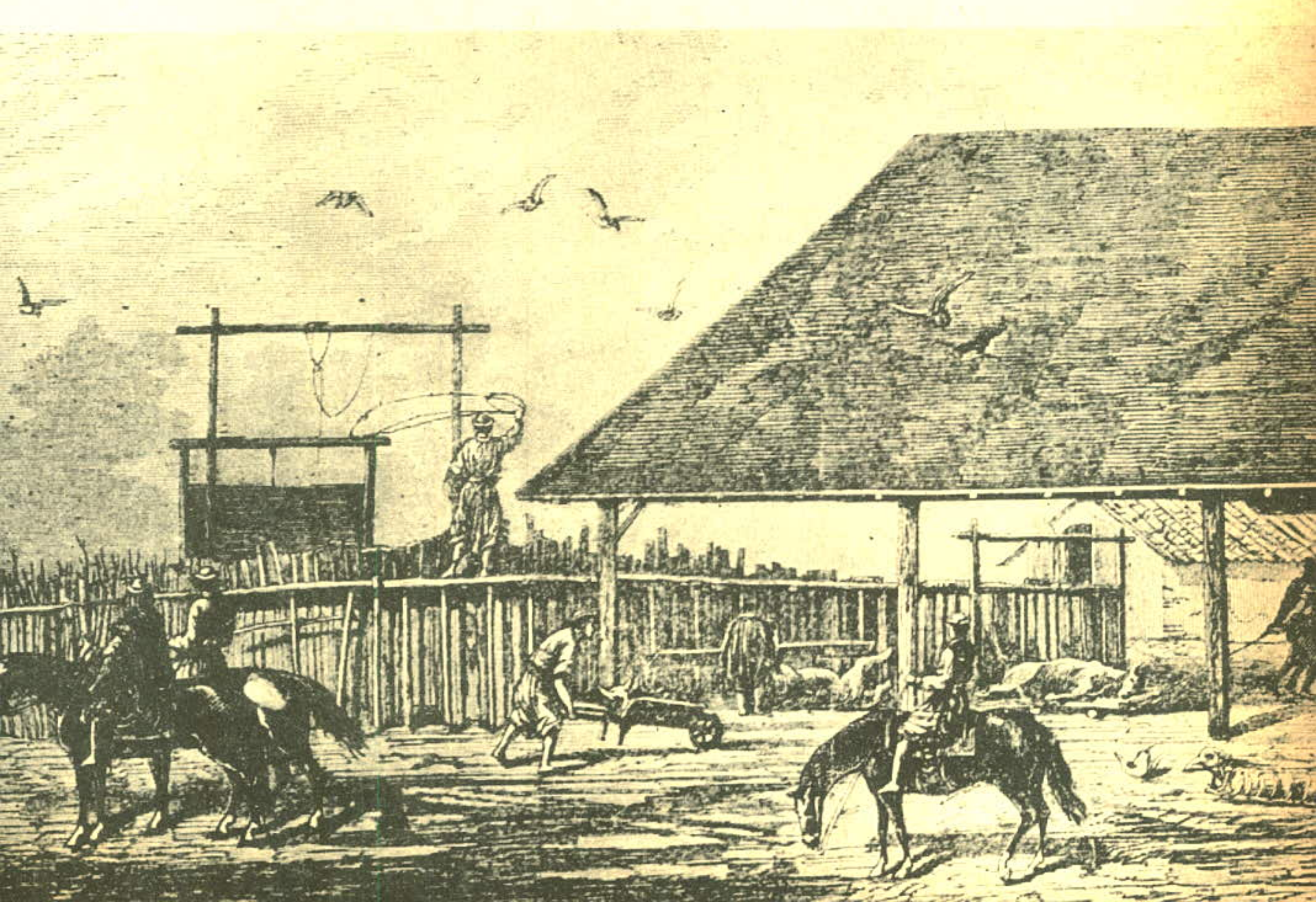
Sobre las consecuencias de la ley en las provincias, añadamos a lo dicho, y a título de ejemplo, que en Tucumán llega a haber

trece ingenios de caña de azúcar; que en Córdoba las pieles de cabra son *curtidas* tan perfectamente que se las envía a Francia, lo que obliga al gobierno francés, para proteger a su industria, a prohibirlas; y que el gobierno de Salta, en abril del 36, en una ley de homenaje a Rosas, dice que la ley de Aduana "consulta muy principalmente el fomento de la industria territorial del interior de la República", que "es un estímulo poderoso al cultivo y explotación de las *riquezas naturales* de la tierra" y que "ningún gobierno de los que han precedido al actual de Buenos Aires ni nacional ni provincial, ha contraído su atención a consideración tan benéfica y útil a las provincias interiores".

Rosas, en el Mensaje del 1º de enero de 1837, informa que las modificaciones en la ley de Aduana "a favor de la *agricultura* y la *industria* han empezado a hacer sentir su benéfica influencia", y que "los talleres de los artesanos se han poblado de *jóvenes*".

Más tarde, dirá Sarmiento y le creerán: "En quince años no ha tomado una medida administrativa para favorecer el comercio interior y la industria naciente de nuestras provincias". Así se ha escrito nuestra historia . . .

UN SALADERO. El saladero era la industria más próspera de la época. Rosas fue propietario de varios establecimientos





Coronel Martín Santa Coloma, fiel a Rosas

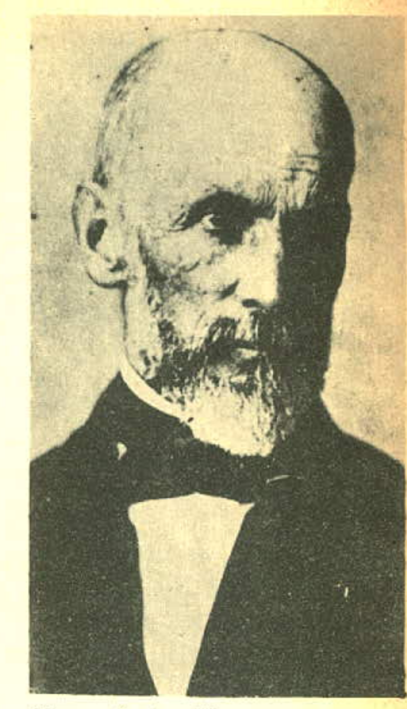
Movimiento social e intelectual

En estos dos primeros años del segundo gobierno de Rosas, se produce en Buenos Aires un interesante movimiento social y cultural. La seguridad de haber sido vencida la anarquía; el orden y la economía que establece Rosas en la administración; la obra de progreso que el Gobierno empieza a realizar, todo invita al acrecentamiento de la sociabilidad y al desarrollo de la cultura.

Las fiestas en homenaje al Restaurador inician una época de reuniones sociales. A fines del año anterior se han publicado los *Consuelos*, de Esteban Echeverría; y los versos del poeta argentino, que traen los primeros ecos del Romanticismo, recién nacido en Francia, son aprendidos de memoria por las jóvenes y recitados en los salones. En las fiestas de esos años predominan dos personas de la familia de Rosas: *Manuelita*, cada día más suave y encantadora y cuyos enamorados le forman una corte; y *Agustina*, hermana de don Juan Manuel, la mujer más bella de su tiempo, casada con el brillante general Lucio Mansilla. En la casa de Rosas se ve siempre a Mercedes Fuentes y Arguibel, prima segunda de Manuelita y que en setiembre del 35 se ha casado con Juan, hijo del Restaurador.

Como las *funciones* y los desfiles se repiten por cualquier motivo –aniversario de la Revolución de los Restauradores y de la ascensión de Rosas al poder, fiestas patrias, inauguración de la Legislatura, cumpleaños de Rosas– y las familias se reúnen para presenciar esos espectáculos, la sociabilidad adquiere un esplendor

no conocido hasta entonces. Y junto a estas fiestas distinguidas realízanse otras en que las gentes de abolengo se mezclan con los hombres de bajo origen que acompañan a Rosas en el poder. He ahí la Guardia de Honor del 1º de enero de 1837. Entre las *doscientas personas* que la forman, figuran, al lado de los aristócratas Juan Peña y Saturnino Unzué, los coroneles Ciriaco Cuitiño y Andrés Parra y el indio Ramón Coñuepán. Ese mismo día don Juan Manuel da un baile en su casa, *federalmente adornada*. Tapicerías blancas y punzoes. Las damas llevan divisas, están *federalmente vestidas*, y entre ellas se van algunos hombres nuevos de la Federación. He ahí, el año 36, en el aniversario de Octubre, una gran fiesta en la quinta de Martín Santa Coloma, uno de los fieles de Rosas. Música, cohetes, banderas, carne con cuero al aire libre, brindis. Preside doña María Josefa Ezcurra. Comienzan a comer a las cuatro y terminan al toque de oraciones. Al partir, todos los concurrentes montan en caballos con testeras y coleras punzoes. En un coche van las damas de la casa de Rosas: María Josefa, Agustina y Manuelita. Y la cabalgata las acompaña al son de músicas y entre cohetes y vítores.



Marcos Sastre, librero, escritor, creador del Salón Literario

Aparecen varios poetas y escritores jóvenes. Un librero, más tarde meritísimo escritor, *Marcos Sastre*, ha abierto en su librería un gabinete de lectura. Allí acuden aquellos jóvenes. Ferviente entusiasmo intelectual los anima, y Sastre no tarda en crear el *Salón Literario*, en donde se reúnen los que, antes de año y medio, serán enemigos de Rosas. Entre ellos está Esteban Echeverría, figura principal del grupo. El Salón no es, por ahora, adverso a Rosas, tanto que Sastre le envía, por medio de otra persona, y con muy elogiosa dedicatoria, los discursos pronunciados en la inauguración.

Pero no son ellos los únicos poetas y escritores. Ahí está José Rivera Indarte, a quien su *Himno de los Restauradores* ha dado popularidad. Ahí está Nicolás Mariño, que acaba de publicar algunos capítulos de una novela, a la que los diarios atribuyen mérito. Por ahora ambos son cálidamente rosistas, y también amigos entre ellos: los trozos de la novela de Mariño han sido publicados en la *Valkameria* o *Aguinaldo para el año 1835*, de Rivera Indarte. Ahí están los poetas federales, algunos anónimos, cuyos versos en honor de Rosas o de Encarnación —a quien llaman *la nueva Judith*— son casi siempre mediocres o sencillamente detestables.

El gusto por la lectura es mayor que antes, y ya no rige, o no se cumple, el decreto sobre libros prohibidos. Una librería anuncia en *La Gaceta* obras de D'Alembert, de Voltaire, de



Esteban ECHEVERRIA. Joven brillante, figura relevante del Salón Literario

Quinet, de otros autores irreligiosos, y hasta un libraco sobre *Inconvenientes del celibato de los clérigos. Hay, pues, libertad espiritual, que acaso compense a algunos de la falta de libertad* política.

Con la poesía florece la música. Compónense valses y minués. El más interesante de los músicos es Juan Pedro Esnaola, cuyo *Minué Federal* vivirá por largos años. También compone el joven escritor Juan Bautista Alberdi, uno de los ases del Salón Literario; y Esteban Mazzini, el músico del *Himno de los Restauradores*, enseña el piano y escribe algunas piezas. Aumenta el interés por el teatro y comienza a construirse uno nuevo, y el regreso de Chile de la famosa actriz criolla *Trinidad Guevara*, que representa dramas y comedias españolas, renueva el brillo de los espectáculos.

Rosas no es indiferente a las actividades intelectuales. Interésase por los trabajos del paleontólogo Francisco Muñiz; auspicia la *Memoria sobre los pesos y las medidas*, de su amigo Felipe Senillosa, que votó contra la suma del poder; dispone una recopilación de leyes y la publicación de observaciones y datos para la descripción geográfica y geológica del país y para su historia natural y antigüedades; y fomenta la trascendental y monumental *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata.* El autor de esta colección, quien prologa y anota los trabajos, es don Pedro De Angelis, el gran humanista napolitano, incorporado a nuestra vida. De Angelis reproduce una serie de libros de importancia fundamental para nuestra historia. Muchos de ellos no son conocidos o están olvidados. Recordemos entre tantas obras valiosas: la *Historia del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*, de Ruy Díaz de Guzmán; la *Descripción de la Patagonia*, de Falkner; el *Viaje a la Costa Magallánica*, del padre Lozano. De Angelis comienza a publicar la colección en 1835. El primer suscritor es Rosas, que también ha alentado a los jóvenes del Salón Literario[4].

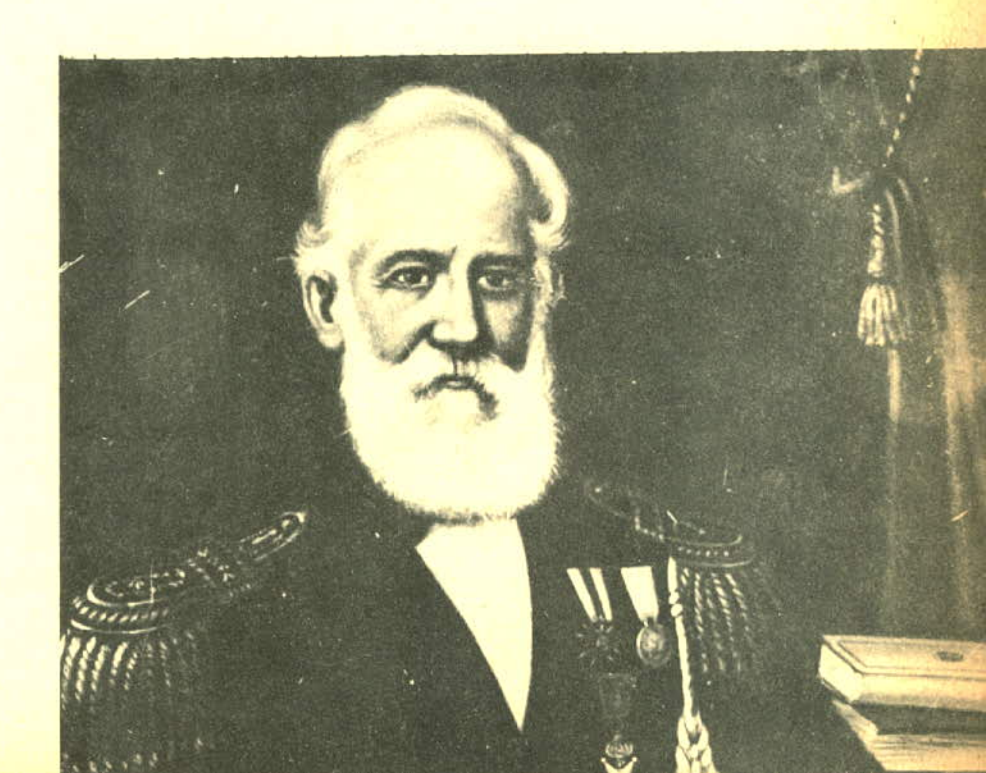
Llegada y partida de Estanislao López

El 14 de enero de 1837, en los carruajes pintados de rojo que le ha mandado Rosas, llega a Buenos Aires, con su mujer, tres hijas y dos hijos, el general Estanislao López, gobernador de Santa Fe y "patriarca de la Federación". Es domingo y pronto va a anochecer. Don Juan Manuel ha ido a esperarlo a San José de Flores. López y su comitiva vienen con Rosas y otras

personas, en seis carruajes. Y mientras el Fuerte saluda al viajero con veintiún cañonazos, los carruajes van entrando entre tropas formadas, con calles y casas embanderadas y veinticinco mil espectadores que vitorean con entusiasmo al santafecino y le arrojan flores.

El general López, tuberculoso, ha venido a asistirse. En Santa Fe no hay médico que valga. Rosas lo hace atender por el suyo, el doctor Lepper. Don Estanislao no mejora. En Buenos Aires, aconsejado por quienes pueden hacerlo, se pone la divisa federal; y lo mismo sus acompañantes, que jamás la han llevado en su provincia. El 14 de abril parte. Rosas lo acompaña hasta una chacra en Tapiales, junto con "una numerosa y lucida concurrencia de funcionarios públicos, jefes militares y otros ciudadanos respetables".

¿Es cierta la anécdota, desfavorable para Rosas, que refiere el historiador Vicente Fidel López? Por lo pronto, sus datos y fechas sobre el regreso del patriarca son inexactos. Según López, Rosas alcanza a don Estanislao en el puente de Márquez. Hora de comer. Están la mujer del general López, sus hijos y el padre Amenábar, para quien su gobernador ha pedido el obispado que desea crear en Santa Fe. En la mesa hay un asiento vacío, entre don Estanislao y Amenábar. De pronto, anuncian al señor Obispo de las Balchitas, y entra don Eusebio con hábitos sacerdotales. Rosas le hace ceremonias y le besa el anillo. Por fin, cuando el sujeto va a sentarse, Rosas reconoce al mulato y lo echa a puntapiés.



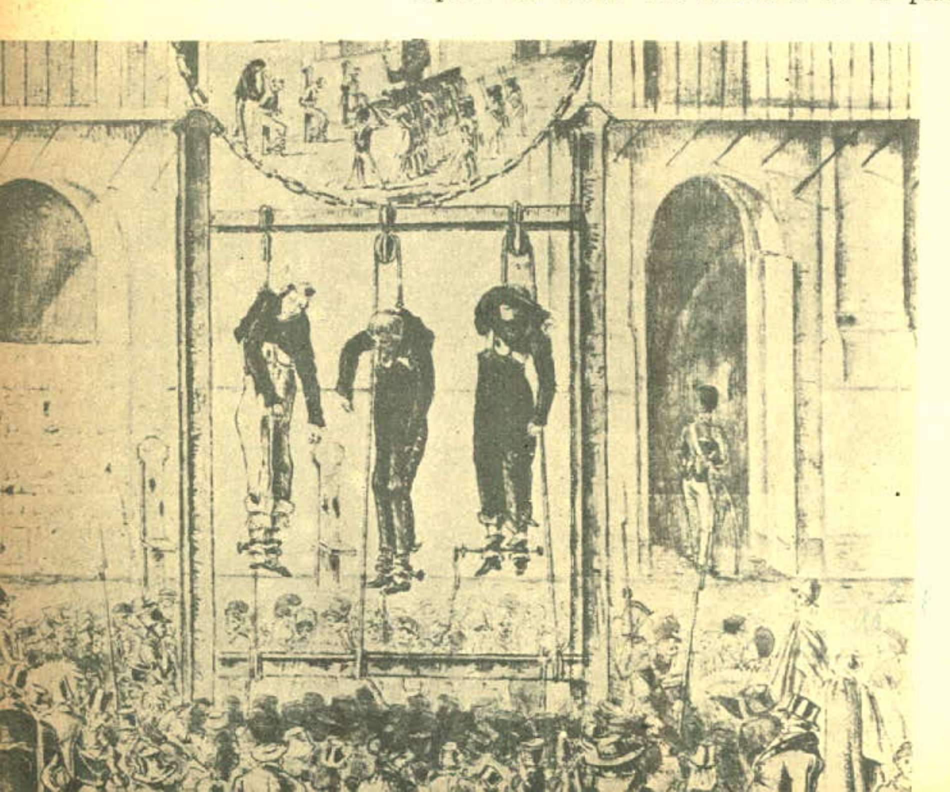
Dr. Francisco Javier Muñiz, médico y paleontólogo

Hay razones para creer falsa esta historieta. Amenábar, el principal agraviado, le escribe a Rosas desde Santa Fe, el 30 de abril, una carta afectuosa en que llama "mi querido amigo". Apenas llegado el patriarca a Santa Fe, su suegro agradece a Rosas "las distinguidas consideraciones" que ha acordado a su familia. Y el propio Gobernador sigue llamando en sus cartas a don Juan Manuel "mi querido compañero". Amenábar será toda su vida amigo y admirador de Rosas, lo mismo que López y su mujer. En Santa Fe no existe la menor tradición de la historieta. Que Biguá –no don Eusebio– se aparezca de sotana, puede ser: así anda habitualmente. Pero imposible ese asiento vacío y la intención agraviante. ¿Y con qué objeto puede querer Rosas vejar a quienes le respetan y admiran?

Fusilamiento de los asesinos de Quiroga

El proceso a los asesinos de Quiroga acaba de terminarse y las sentencias de muerte van a cumplirse. Rosas ha querido que el acto sea espectacular, sin duda para que sirva de ejemplo.

El 26 de octubre de 1837, en la plaza de la Victoria, los dos Reinafé, José Vicente y Guillermo, y Santos Pérez, van a ser fusilados y luego colgados en las horcas. La plaza está rodeada de tropas, al mando del general Agustín Pinedo. Una inmensa multitud de espectadores, entre los que hay no pocas mujeres, espera en todos los edificios de la plaza, en el pórtico de la



Ejecución en la plaza pública de los Reynafé y Santos Pérez, por el asesinato de Quiroga

Catedral y en las calles. Antes de subir al patíbulo, se lee a los condenados la sentencia de muerte, bajo los arcos del Cabildo. A Santos Pérez se le da una silla, porque no puede tenerse en pie.

Ya están los reos en el patíbulo. No se les quitan las cadenas. Varios sacerdotes los acompañan. Hasta los espectadores llegan las voces de los religiosos cuando, apartándose de los banquillos, porque se acerca el momento de la ejecución, exhortan a los infelices a soportar sus sufrimientos y a pensar en Dios.

Llega el momento de la Justicia. Se ve a Santos Pérez hacer ondear su brazo. Alguien asegura que pronuncia estas palabras: "¡Rosas es el asesino de Quiroga!". Si las ha pronunciado es porque a él se le hizo creer, para que se decidiera al crimen, que Rosas lo ordenaba. Y mientras los soldados del pelotón hacen fuego, rompen el aire las bandas de varios batallones y las tropas se ponen en movimiento y marchan alrededor de la plaza.

Ahora, los criminales son colgados de las horcas, en donde van a permanecer seis horas. El cuerpo de Santos Pérez chorrea de sangre, y sus pantalones de hilo han dejado de ser blancos. Es un horrible espectáculo el de esos ahorcados. Pero no nuevo en Buenos Aires. Rivadavia, veinticinco años atrás, hizo fusilar y colgar allí mismo a los treinta y tres complicados en la fracasada conjuración de los españoles, entre los que había hombres eminentes y hasta un sacerdote.



General Agustín Pinedo

El imperialismo francés

Va terminando el año 1837 cuando la Francia imperialista de Luis Felipe, igual, en sus ambiciones de conquista, a la de Napoleón I como a la de Napoleón III y a la de Clemenceau y Poincaré, pone los ojos en los pueblos del Plata. ¿Pretende *someternos* a su predominio económico –por entonces rival del de Inglaterra– o reducirnos a un protectorado o a una colonia? Ni el mismo gobierno francés lo sabe, por el momento. El resultado dependerá de nosotros, de cómo los salvajes del Plata recibamos la gracia con que pretende favorecernos Francia.

Varios antecedentes explican su conducta. En 1830, porque Hussein, el Bey de Argel, le había pegado un abanicazo al cónsul Duval tres años atrás, Francia se *apoderó* de ese país. En los mismos días en que se inicia el atropello a la Argentina, lleva la guerra a Méjico por diversas reclamaciones de súbditos franceses, entre ellas la de un pastelero que exige ciento veinticinco mil francos por unos hojaldres y mermeladas que le robaron varios soldados en cierto día de barullos. Por ese mismo tiempo,



Adolfo Thiers. Ministro francés en la época del bloqueo del Río de la Plata

Francia ha *atropellado* o se prepara a atropellar al Ecuador, a Haití, a Chile y al Brasil. Diversos escritores, políticos y funcionarios consulares y diplomáticos han aconsejado a los gobiernos franceses, en distintos momentos, convertir a estas tierras en colonias. Baradère, el cónsul en Montevideo, en su informe de 1835 a su gobierno, ve el único porvenir de estos países en "la protección de un poder europeo o el régimen monárquico" e indica la conveniencia de que Inglaterra y Francia se pongan de acuerdo para la *repartija*, si bien él emplea un eufemismo suficientemente vago y formulsita como para no comprometerse. Napoleón pensó en *sojuzgarnos*, pero Inglaterra se le *adelantó* con sus invasiones de 1806 y 1807. Francia, de acuerdo con España, y a veces con Inglaterra, intentó crear *monarquías* en los pueblos de América. El actual Luis Felipe, cuando aspiraba a un trono en el Nuevo Mundo, presentó una memoria en la que aconsejaba empezar por Méjico y permitir a Inglaterra que se apoderara de Cuba y de Puerto Rico. Pero a Francia la mueve no sólo la codicia mercantil sino la necesidad de recuperar su prestigio colonial del siglo anterior y la de buscar un desahogo al exceso de su población. Alfredo de Brossard, en un libro muy conocido, y después de haber estado entre nosotros, alegará más tarde esa *necesidad*, precursora del *espacio vital* hitleriano, y citará en su apoyo a Bacon, según quien, a un país con exceso de habitantes le es "absolutamente necesario invadir a otras naciones". Francia ensaya crear un imperio. Cuenta con la base de Argelia y con algo que le queda en todos los continentes. Fracasa en América, pero creará su Imperio en Asia y en Africa. Poco a poco irán cayendo, y no ciertamente por la persuasión, la Costa de Marfil, la Guinea, el Cambodge, el Somaliland, la Cochinchina, Túnez, el Sudán, el Congo, Madagascar, Marruecos y, cuando la guerra de 1914, la Siria y el Líbano, que después perdió.

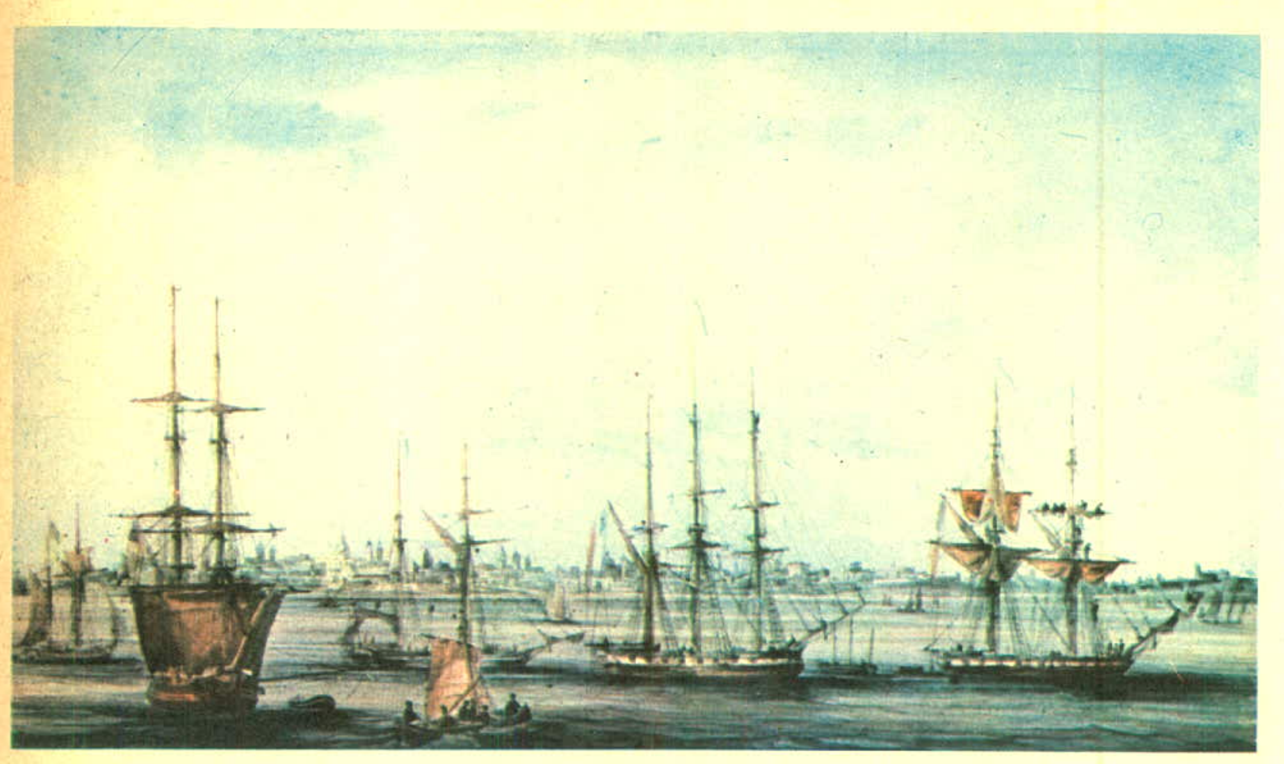
Los procedimientos del imperialismo son por ese tiempo *iguales* a los de un siglo más tarde. He aquí uno de los más hábiles: buques de guerra se apoderan de un puerto o lo bloquean, como si fuese cosa del jefe de la escuadrilla. Si el patriotismo y valentía de los nativos, u otra razón cualquiera, hace fracasar la empresa, se le echa la culpa al jefe, que ha procedido sin autorización: así ocurrió con la primera invasión inglesa a Buenos Aires. Si sale bien, el asaltante se queda con el territorio conquistado; así ocurrió con las *Malvinas*. Otro procedimiento: aprovechar las discordias políticas entre los nativos. La nación imperialista apoya a uno de los partidos de oposición, y siempre encuentra algunos *traidores* que llamen a sus



Almirante LEBLANC, jefe de la escuadra francesa en el Río de la Plata

fuerzas para establecer *la libertad*. Así procede Francia en el Plata, y así procederán, un siglo más tarde, *Mussolini* en Albania e *Hitler* en Checoslovaquia. Nunca falta un Hacha para ultimar a los pequeños pueblos.

En Buenos Aires ningún pastelero reclama por sus hojaldres. Pero hay un almacenero francés, proveedor de un cantón de la frontera, condenado a seis meses de prisión por robos e infracción de reglamentos; dos vagos también franceses que se han incorporado voluntariamente a las milicias; y un litógrafo suizo, Hipólito Bacle, preso por espía. El caso de este hombre es interesante. Rosas, tres meses antes de declarar la guerra a Bolivia, el 13 de febrero de 1837, prohibió toda comunicación con ese país, en un decreto que consideraba a todo infractor "como reo de traición al Estado". Bacle ha vendido unos planos al gobierno de Santa Cruz y, aunque es suizo, se hace pasar por francés, con lo que agrava su situación porque los franceses apoyan a Santa Cruz en contra de Chile. Para peor, ha escrito a Rivadavia aconsejándole ir a Chile a fin de que intente desde allí una revolución contra Rosas.



Vista de Buenos Aires en 1839

Conflicto de Francia en el gobierno de Rosas

Todo esto es poco, pero es más que el abanico y el robo de los pasteles. Entonces ocurre uno de los más originales sucesos que registran los anales diplomáticos: el señor Aimé Roger, empleadillo del Consulado de Francia, a cuyo cargo está por muerte del Cónsul, presenta una reclamación al gobierno argentino. Titúlase vicecónsul, pero ni esto es, pues, según *La Presse*, de París, hacía tiempo que ese cargo estaba abolido en Francia. Lo monstruoso es que Roger no se limita a reclamar en favor del litógrafo, del almacenero y de los vagos: pretende que los súbditos franceses tengan los mismos derechos que los obtenidos por los ingleses, según el tratado anglo-argentino de 1825. Y hasta se permite, con la insolencia de quien se siente respaldado, amenazas veladas, como la de que, si no se accede a sus exigencias, se verá obligado "a hacer lo que le dicte el cuidado de la dignidad y los intereses de Francia".

No es posible concebir nada más absurdo. El tinterillo del consulado de Francia no tiene la menor autoridad para semejante reclamación, que sólo puede hacerla un representante

diplomático. Rosas es excesivamente amable al contestarle, y con una cortesía que el mal educado de Roger no merece. Tampoco tiene Francia el menor derecho para reclamar por la situación de sus ciudadanos. Una ley de 1821, sancionada por el gobierno unitario de Rodríguez, establece que todo extranjero instalado en el país, con propiedad o negocio y con más de dos años de residencia, debe alistarse en las milicias. No se trata de hacerlos soldados, sino de obligarlos a defender la ciudad en caso de ataque. Esta ley, antecedente de la ciudadanía automática, fue ratificada en 1829 por el gobierno de Lavalle, al exigir su cumplimiento a los extranjeros. Pero los ingleses, en virtud de aquel tratado de 1825, están exentos de este servicio.

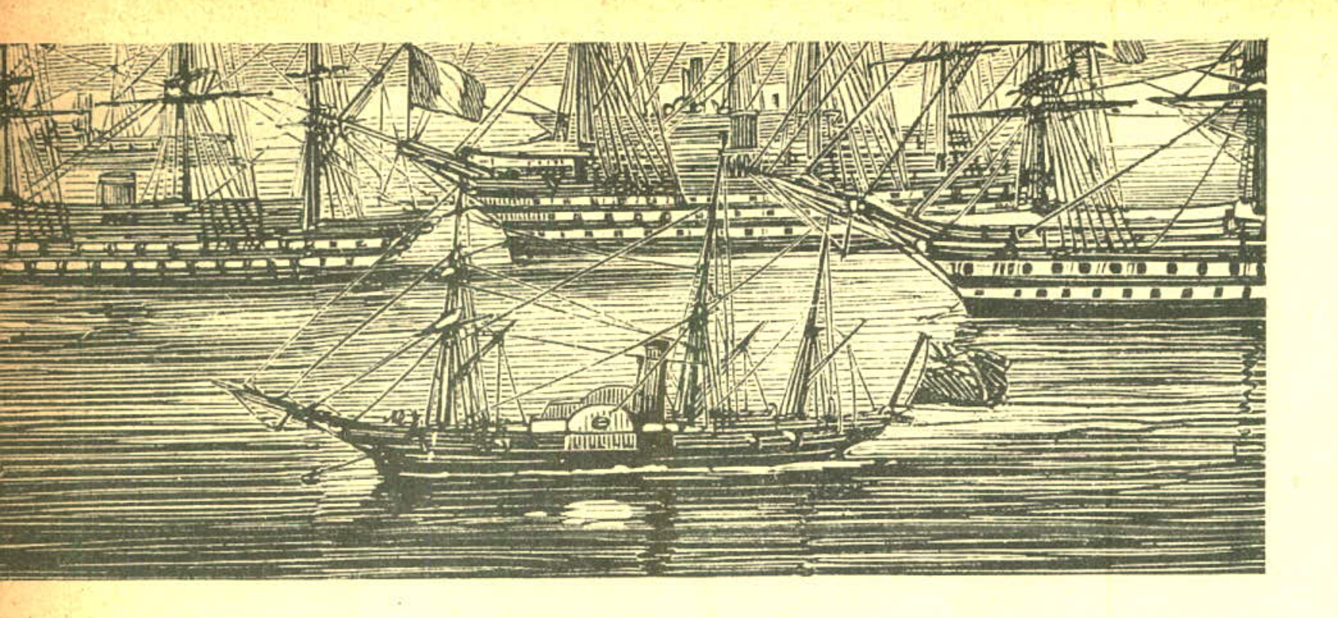

Gauchos orientales

Contesta el ministro doctor Felipe Arana que el gobierno francés ha reconocido en 1830 el punto de vista argentino, y se lo prueba con tres notas que le adjunta. Además, le niega personería. El señor Roger habla de "la misión o investidura especial", que dice haber recibido de su gobierno; pero no presenta "otro título que su palabra". Y después de esta magnífica respuesta, de un contenido irónico que el francesito ha de haber apreciado, Arana agrega con firmeza y altivez: "cualquier concesión significaría no sólo menoscabar su soberanía, su independencia y su dignidad, sino también reducir a los ciudadanos de la Confederación a una condición mucho más triste y degradante que aquella en la cual vivían como colonos bajo la dominación española".

Roger pide sus pasaportes. Desde Montevideo escribe al almirante Luis Leblanc, jefe de una escuadrilla estacionada en el Brasil. Leblanc viene a Montevideo y luego a Buenos Aires. Desde la *Expéditive* envía un ultimátum al gobierno de Rosas. ¿Qué exige? Que, hasta la firma de un tratado, suspendamos nuestros principios y tratemos a los franceses como a súbditos de la nación más favorecida; que reconozcamos las indemnizaciones; y que se juzgue al almacenero Lavié. Agrega una indemnización a Blas Despouys, por habérsele clausurado una fábrica. Y con la insolencia de la fuerza, espera que este paso convenza al gobierno de Buenos Aires.



Rosas no se niega a conceder a los súbditos de Luis Felipe lo que ha concedido a los ingleses. Pero no quiere que eso se lo impongan un empleadito del consulado y un jefe de escuadrilla. Venga un agente diplomático, y hará un convenio. El no consentirá que se nos trate como a un país de negros. Aceptar lo que pretenden esos franceses sería humillarnos, perder nuestra dignidad, colocarnos –Arana lo dice en su nota– en la situación de una colonia.



Barcos de la flota francesa

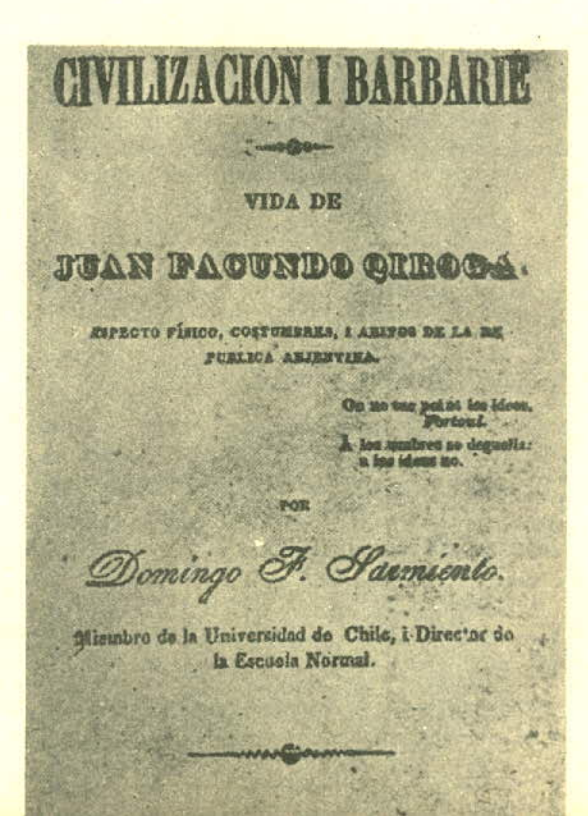
Respuesta del ministro: El Gobernador nada ha contestado sobre las exigencias y se ha reservado el discutirlas cuando, "según el uso recibido en todas las naciones, sean deducidas por medio de un ministro o agente diplomático, enviado *ad hoc*, bajo las formas establecidas". Dícele al marino que su actitud "deja al Gobierno sin la libertad necesaria para que la razón, y no la fuerza, conduzcan al esclarecimiento de los derechos". Cortésmente le manifiesta cuánto le complacería que "la ilustre persona" del jefe fuera escogida para discutir las reclamaciones. Pero el imperialismo es insensible a la cortesía como al Derecho, y Leblanc, en acto de brutal agresión, declara el bloqueo del puerto de Buenos Aires y de la costa argentina del Plata.

Bloqueo de Buenos Aires

¿Proceden por su cuenta Roger y Leblanc? El almirante invoca las "expresiones vagas" dirigidas por su gobierno a Roger, que le autorizan a reclamar su intervención. *aun coercitiva, si fuese necesaria.* Pero es inverosímil que ambos falten a la jerarquía procediendo por sí mismos en asunto tan grave y que expongan a su patria a una guerra. Probablemente ni a él ni a Roger se les ha ordenado hacer una determinada cuestión, pero todo prueba que han recibido indicaciones de promover conflictos en América. De otro modo, ¿cómo explicar que al mismo tiempo pululen los incidentes con Francia en nuestro

continente? ¿Y la actitud de Baradère, hasta ayer *hincha* de Oribe, que el 17 de junio de 1837 elogiaba "la marcha progresiva y casi milagrosa" del Uruguay bajo su gobierno y que ahora, en su informe del 17 de febrero de 1838, le llama "*junco pintado* de hierro"? ¿Y sus alabanzas a Santa Cruz, que, de acuerdo con la escuadra francesa, bloquea los puertos de Chile? Domingo Sarmiento, en el *Facundo*, atribuye la idea de la intervención a "la juventud literata de Buenos Aires", es decir, a los tertulianos del Salón de Sastre, que son amigos de Roger. Pero aun cuando esos malos argentinos hubieran convencido a Roger, no cabe que él procediera sin órdenes.

El día en que comienza el bloqueo es el 28 de marzo de 1838. La patria está en guerra. Pero acaso Francia no pase del bloqueo mientras no encuentre traidores que le pidan atacarnos. Estos traidores ya aparecerán, como han aparecido en el Méjico de 1865, en la Turquía en 1920 y en el Austria en 1939. Ahora comienza una nueva época en la Historia Argentina. Nuestros campos van a ensangrentarse. Vamos a luchar doce años contra el *imperialismo extranjero* y vamos a vencerlo. Será una segunda guerra de la Independencia. Así la calificará quien con más títulos que nadie puede hacerlo: el general José de San Martín. Es preciso, si queremos comprender a Rosas y su obra, no olvidar ni por un momento que estamos en lucha contra Francia, y que mañana lo estaremos con Francia e Inglaterra.



CIVILIZACION I BARBARIE

VIDA DE

JUAN FACUNDO QUIROGA.

ASPECTO FÍSICO, COSTUMBRES, I ABITOS DE LA RE PUBLICA ARJENTINA.

On ne tue point les idées.
Fortoul.

A los hombres se degüella:
a las ideas no.

POR

Domingo F. Sarmiento.

Miembro de la Universidad de Chile, i Director de la Escuela Normal.

Tapa perteneciente a la edición de 1845, del libro de Sarmiento

NOTAS AL CAPITULO

[1] Este mozo Rivera Indarte, de quien ya hablamos en la nota 3 del capítulo XI, tiene a la fecha dos procesos, uno en 1831 por robar libros en la Universidad, de la cual lo expulsan, como deja contado Gálvez; otro al año siguiente, por falsificación.

El historiador Vicente Fidel López dice que a los 16 años ya era toda una promesa: canalla, cobarde, ratero, bajo, husmeante, ratón, vil. Juan Bautista Alberdi lo baraja un poco después y le agrega otros juicios: intrigante, falso, perverso por constitución, malo con inocencia, devora como el tigre.

En la década del 40 instigará a Manuelita —desde lejos— para que "lave su mancha profunda. . . con la sangre de su espantoso seductor", que según este "perverso por constitución" es nada menos que Rosas.

Ya volveremos sobre él a su tiempo.

[2] Como la Legislatura bonaerense se halla en receso, Rosas firma la Ley de Aduana en uso de la suma del poder público. El proyecto le pertenece. La nueva legislación cambiará la política económica del país, víctima del libre cambio introducido en 1809, salvo parches mediocres.

La importación de monturas, que aquí se hacen muy buenas, tributarán un impuesto del 50 por ciento, igual que la cerveza, lujo gringo en la época. Muebles, espejos, ropa, calzado, licores, vinos, tabaco, mantas de lana, un 35 por ciento. Entre los artículos que pagarán menos derechos figuran estatuas, pinturas, libros, grabados, amén de maquinaria agrícola, bronce y acero sin labrar. Queda prohibida la introducción de herrajes, manufacturas de latón, espuelas de fierro, frenos, cabezadas y todo implemento de ensillar, escobas, cebada, porotos, alverjas y legumbres en general, manteca, rejas de arado, trigo, harinas, asadores de fierro, sunchos, jaulas para pájaros, arcos para calderos, botones de aspa, hueso o madera, ejes de hierro y todo lo que produzca la nación.

Un comercio exterior sin control por parte del Estado había

arruinado las incipientes industrias locales, sin competencia frente al maquinismo inglés. La avalancha de sus productos destruía las riquezas argentinas, siendo uno de los motivos de resentimiento que abrigaba el interior hacia Buenos Aires, artífice de la incuria. Sucedida la revolución industrial en Gran Bretaña, y bloqueado su mercado natural —Europa— por las guerras napoleónicas, el comercio inglés se había desviado hacia América. Woodbine Parish, Encargado de Negocios de ese país en Buenos Aires, sostenía que el Río de la Plata era sin duda el más importante y rico de todos los mercados abiertos a Inglaterra desde la emancipación de las colonias españolas. Agregaba que iban prendidos en el reparto Alemania y los Países Bajos, mandándonos géneros, lana, algodones, muebles, velos de Flandes, quincallas; Holanda, con sus quesos y manteca; Westfalia, con jamones. En su libro "Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata", dejó escrito que las mercaderías inglesas, por módico precio, eran artículo de primera necesidad entre las clases bajas del país: "Tómense todas las piezas de la ropa del gaucho —indicaba— examínese todo lo que lo rodea y exceptuando lo que sea de cuero ¿qué habrá que no sea inglés? La pollera de la mujer será producto de Mánchester, su olla en que cocina su comida, la taza de loza ordinaria, su cuchillo, las espuelas, el freno, el poncho que lo tapa, todos son manufacturas llegadas de Inglaterra."

Algún ejemplo nos describe el deterioro de nuestra balanza de pagos: en 1825 exportábamos por valor de 5.550.000 pesos fuertes, bajando en 1829 a 5.200.000, mientras que lo importado alcanzaba a 7.825.000. La diferencia había que cubrirla en metálico, girando al exterior. Y ya vimos en qué se gastaba; importando espuelas, ponchos, estribos y tanto producto que se fabricaba aquí. Con lo cual no sólo se desequilibraba la economía nacional, sino se arruinaba al artesano criollo.

La ley de Aduana pondrá remedio. En poco tiempo comenzarán a llegar desde las provincias gestos de agradecimiento, como el decreto de homenaje al Restaurador, votado por la Legislatura salteña, el 14 de abril de 1836

El reparto de tierras a que hace referencia Manuel Gálvez, fue a consecuencia de la Ley Agraria votada por la Legislatura de Buenos Aires —a iniciativa de Rosas— el 10 de mayo de 1836. Dicha ley puso en venta más de 1.500 leguas cuadradas de tierra, alrededor de 5 millones de hectáreas, en tres zonas diferenciadas; una, desde Buenos Aires hasta El Salado; otra, desde Laguna de Mar Chiquita a las sierras del Tandil, en línea que corría de oeste a sureste; la restante, desde esos límites al sur, en regiones conquistadas al indio por la campaña al desierto. Los precios variaban de 3.000 a 5.000 pesos la legua, según la importancia de la zona. El gobierno otorgó plazos de pagos e incluso admitió la compensación o permuta en ganado, facilitando el dominio de la tierra a modestos propietarios.

Soldados que intervinieron en la expedición de Rosas por 1833, milicianos que pelearon en otras arremetidas contra el indio —como las campañas de Pueyrredón— paisanos en afán de trabajo, fueron o andarán ocupando territorio ganado al salvaje

con su sangre o por concesiones en dominio, o simplemente por ser tierras mostrencas. Los gobiernos liberales cambiarán el mapa rural argentino, con legislaciones que van a expulsar de su tierra a los criollos que la explotaron. Martín Fierro lo dirá por 1872 —fijémonos la fecha—:

"Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía,
y sus hijos y mujer,
era una delicia ver
cómo pasaba los días

El también poseyó lo propio:

"Tuve en mi pago en un tiempo
hijos, hacienda y mujer"

y no de vago o pendenciero, porque

"Dende chiquito gané
la vida con mi trabajo...
El gaucho más infeliz
tenía tropilla de un pelo"

Así era la cosa en tiempos de la Confederación; pero después de Caseros payará distinto Martín Fierro:

"Pero aura... ¡barbaridá!
la cosa anda tan fruncida
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá"

En mayo de 1869, en su primer mensaje al Parlamento, el presidente Sarmiento montará la jurisprudencia del despojo: "El título de propiedad debe sustituir a la simple ocupación".

Un luchador magnífico de nuestros días, don Raúl Scalabrini Ortiz, denunciará las consecuencias de ese principio: "Comerciantes y aristócratas porteños se lanzaron como buitres sobre la codiciada presa, en íntima fraternidad de intereses con supuestos capitalistas extranjeros. Así nacieron esos inmensos latifundios que durante cerca de un siglo han esterilizado de vidas humanas inconmensurables extensiones de nuestra tierra más fértil."

[3] La primera máquina a vapor introducida en nuestro país comenzó a funcionar a principios de 1846, en el Molino "San Francisco", una planta de cinco pisos, dos cuadras al sur del Fuerte, sobre las barrancas del río.

Era la planta motriz del establecimiento y alimentaba tres calderas cilíndricas con cuatro hervidores cada una. La maquinaria tenía un poderoso balancín —en la época— equipado con el paralelogramo de Watt.

[4] El Salón Literario nació el 23 de junio de 1837, en casa de Marcos Sastre —tiene 28 años— con la presencia de Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Jacinto Rodríguez Peña, Miguel Cané, Carlos Tejedor, Barros Pasos, Félix Frías, Benito Carrasco, Juan Bautista Alberdi y Esteban Echeverría.

Allí se debate toda la ilustración europea, el romanticismo, la "Revue de Paris", con un tufillo hereje que hará escuela: "Divorciémonos completamente de las tradiciones españolas. . . España sólo dio compilaciones monstruosas e indigestas, ideas rancias, poesías insípidas, novelas insulsas y ciencia inútil", dirán.

A fines de ese año, el tucumano Juan Bautista ALberdi publicará "Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho".Ahí sostiene, entre otras cosas, que no somos hijos de España sino de Francia, pues aquélla sólo nos entregó cadenas y ésta libertades. Poco oportuno el juicio; en ese momento comienza el primer entredicho con los franceses, que terminará en guerra de hecho. Alberdi también dice que Rosas no es un déspota sostenido por bayonetas mercenarias, "es un representante que descansa sobre el corazón del pueblo". Exhorta al respeto de este pueblo, que lo veneremos, que honremos a la "pobre mayoría; es nuestra hermana; aunque inculta y joven, pero vigorosa y fuerte". Sus 27 años y su talento disculpan esta benevolencia sobre el hombro.

La otra figura que recuerda Gálvez, el Dr. Javier Muñiz, obsequiará al Restaurador, en junio de 1841, una valiosa colección paleontológica fruto de casi 20 años de investigaciones en alrededores del Chascomús y Luján, lugares donde actuó como médico policial y cirujano del ejército. Sus hallazgos de fósiles, en excavaciones realizadas antes que Darwin visitara nuestra tierra, le permitieron armar un gliptodonte y otras piezas capitales. La Sociedad Jenneriana de Londres recomendará en todos los centros científicos de Europa, los trabajos logrados por el Dr. Muñiz sobre la obtención de la vacuna cow-pox, y en 1844 entrega a don Juan Manuel su valiosísimo estudio sobre la escarlatina, con extensa dedicatoria llamándolo "nombre famoso en el siglo", "el más ínclito argentino", "coronado de virtudes heroicas como magistrado, estadista y guerrero".

La sala que comienza a construirse en ese tiempo es el Teatro de la Victoria, inaugurado el 24 de mayo de 1838 en función conmemorativa de la fecha patria. Estuvieron presentes Manuelita Rosas —que ese día cumplía 19 años y fue madrina de ceremonias—, su madre doña Encarnación Ezcurra, los ministros Roxas y Patrón y el Dr. Arana, los generales Pacheco, Guido, Pinedo, el Obispo y el cónsul inglés. Rosas, trabajando en asuntos de gobierno, no asistió.

El Teatro estaba en las calles Victoria y Buen Orden.

Don Pedro de Angelis, napolitano, escritor, polígrafo, historiador radicado hace años en el Río de la Plata, fue colaborador de Rivadavia y asesor de Rosas. En junio de 1843 editó el "Archivo Americano", periódico en 5 pliegos, formato in cuarto, escrito en castellano, inglés y francés. Tira 1.500 ejemplares, de los cuales más de 400 se distribuyen entre personalidades de Europa y América, con el objeto de divulgar en el extranjero la imagen cabal de la

Confederación Argentina. Cada artículo y tema que allí se publica, es analizado y dispuesto por Rosas.

Se trata de un arma política inteligente para contrarrestar las distorsiones que los unitarios, los imperialismos y la ignorancia fabrican sobre nuestro país.



Rosas y sus paisanos.
Detalle de óleo de Bettanín.
Simbolismo que sintetiza
la personalidad del caudillo
máximo de la Confederación.

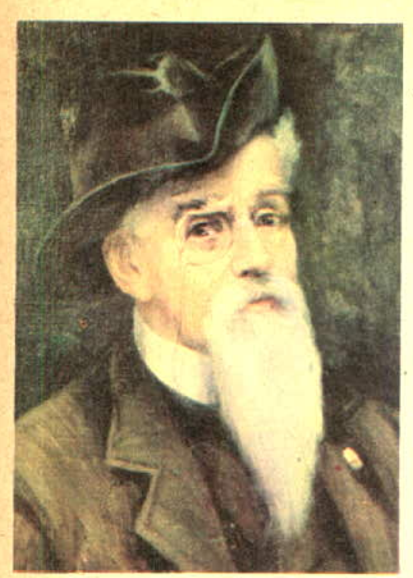
CAPITULO XIII
INTERMEDIO: EL HOMBRE [1]

Hemos llegado a las primeras semanas de 1838. Juan Manuel de Rosas cumple en marzo cuarenta y cinco años. Es el momento de hacer su retrato. Porque en ese año van a ocurrir sucesos que dividirán en dos partes su vida. Va a nacer un nuevo Rosas. No distinto, por cierto. Su figura histórica y espiritual no cambiará, pero va a enriquecerse, a hacerse más complicada, a agrandarse hacia adentro y hacia afuera. Va a embravecerse su dictadura, a surgir en él lo que sus enemigos llamarán el "tirano". El Rosas porteño y argentino va a ser ahora el Rosas de América. El enemigo de los unitarios va a ser el enemigo de Francia y de Inglaterra, el vencedor de estas potencias rapaces.

Es ardua tarea la de penetrar en su alma. Pongamos a contribución todos nuestros recursos viejos y nuevos: los pinceles, la máquina fotográfica, la máquina cinematográfica, los instrumentos para obtener una radiografía de su espíritu. Estudiemos sus palabras, sus hechos, sus cartas, sus escritos diversos, su letra, su fisonomía. Y acaso así, y con imparcialidad y buena fe, logremos comprender y mostrar a los demás su extraña, su enigmática figura.

Retrato físico de Rosas

Hombre de excepcional y llamativa prestancia. Fornido, produce impresión de fuerza, de virilidad, de robusta salud. No hay en su aspecto nada de bárbaro ni de primitivo. Parece, eso sí, un fruto excesivamente verde. Rosas es distinguido, y aun señoril. Tiene poco o nada de criollo este gaucho. Parece un *gentleman farmer*, un gentilhombre de la campaña inglesa.



Gral. Lucio V. Mansilla

Su estatura es muy poco mayor que la mediana; en su juventud parecía alto; pero ahora que su cuerpo adquiere un comienzo de gordura, puede verse que no lo es. Apostura magnífica. Su busto, de pecho saliente, siempre está derecho y su cabeza siempre erguida, lo que le da un aire de dominador y orgulloso. Espaldas anchas y abiertas. Armonía corporal. Elegancia, que en las proximidades de los cincuenta años comienza a disminuir muy ligeramente. Más tarde, sus espaldas pierden un poco de la derechura que hasta esos años ha tenido.

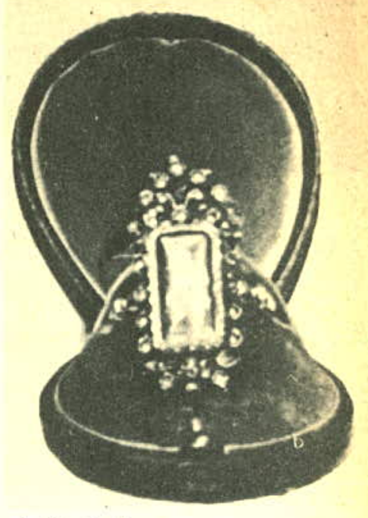
Rostro de singular belleza. Para calificarla, uno piensa en estos adjetivos: soberbia, egregia, brillante. Piel muy blanca y rosada. La imaginamos, por las descripciones de los contemporáneos de Rosas, con la brillantez de la porcelana. Con los años, adquiere cierta palidez. La frente es vertical y lisa. Cejas discretamente pobladas y tirando a lo recto. Ojos de un celeste límpido, adentrados, de mirada fuerte, caladora y con frecuencia maliciosa y aun maligna. Es su nariz de buenas dimensiones y de perfectas líneas, más bien delgada que gruesa. Labios casi no tiene, tan finísimos son y apretados. Saliente y robusta la barbilla, y también robustas las quijadas, pero sin ángulos y dentro de la armonía de todo el rostro. Se afeita cuidadosamente. Déjase unas patillas cortas y de ancha base. Su pelo es rubio, probablemente de un rubio oscuro, y lo lleva corto, sin peinar y elegantemente alborotado. Más tarde se dejará una onda. Su cabeza es más bien pequeña y su cuello vigoroso.

Manos de gran señor, finas, de largos dedos, y siempre pulcras. Resultan extrañas estas manos en un hombre de campo. Lógicamente debieron ser callosas y un poco torpes. Sus brazos son también elegantes, discretamente largos.

Su persona se presenta con naturalidad. No hay en ella afectación excepto en ciertos momentos de infatuación o de histrionismo. Tampoco es Rosas solemne. Tiene sencillez, compatible con cierta gravedad que le es necesaria para mantener las distancias. Sus modales, sobrios y naturales, son los de un hombre distinguido, pero tiene, a veces, gestos chabacanos.

Es amable con todos y a veces expansivo. Al inglés William Mac Cann, para demostrarle que el grito "¡ Viva la Confederación Argentina! ¡ Mueran los salvajes unitarios! ", es un testimonio de confraternidad, le da "un violento abrazo" mientras pronuncia esas palabras. Trata al pobre igual que al rico. En unos versos publicados en *El Gaucho*, Pancho Lugares, al contarle a Chanonga, su mujer, que ha conocido al Viejo, lo pinta "con sus lindos modos". Sonríe con afectuosidad y tiene una voz, según su sobrino, el gran escritor Lucio V. Mansilla, "simpática hasta la

seducción". Pero en ocasiones es *duro*, aunque sin exceso. Sin embargo, cuando se fastidia, les arroja palabrotas a sus secretarios o sus edecanes; y hacia los cincuenta y cinco años tendrá momentos de violencia en que el malhumor le llevará a destrozar algún objeto.



Anillo de Rosas

Vida laboriosa y austera

Habla en tono levantado. Su vocabulario varía mucho. Usa con frecuencia términos escogidos, pero –y esto es muy común entre nosotros, aun en los espíritus superiores– no desdeña las palabras y expresiones groseras. En una reunión, después de haber cantado una joven, preguntó: "¿A qué *manada* pertenece la *yegüita* que acaba de relinchar? ". Es el fondo de barbarie gaucha que hay en muchos argentinos de ese tiempo. A veces habla demasiado, y cambia de tema, sin transiciones, a cada rato. Es difícil seguirle en sus extensos monólogos.

Su fuerza vital y su salud, que en realidad son una misma cosa, asombran. Pasados los ochenta años todavía anda a caballo. Tiene una enfermedad, probablemente intestinal, en el octavo lustro de su vida, que le dura largo tiempo. Vuelve a enfermarse a los cincuenta. Pero transcurrido este mal, no le molesta otro alguno hasta el día de su muerte, salvo el de la gota. Ya hombre bien maduro, en vísperas de la vejez, tiene la agilidad de un joven.

Viste de modo vario. Hacia sus veintiocho años, se le veía, en la ciudad, de larga levita color pasa, pantalón y sombrero amplio de copa, bajo y de alas anchas. En ocasiones, le gusta presentarse en el indumento gaucho. Otras, se le ve con chaqueta de marino y pantalones azules. Usa mucho una gorra con visera, de las llamadas *de pastel*. En los momentos solemnes, se aparece con magníficos trajes militares. Alguna vez, acaso por chocar, ha recibido a su visitante en una indumentaria imposible, como a Eustaquio Frías, a quien atendió en mangas de camisa, zapatillas, calzoncillos y sombrero de paja con ancha cinta punzó. En las postrimerías de su gobierno, y en momentos solemnes, se le ve chaquetón y pantalón ancho de paño azul oscuro.

Vive con sobriedad. Come poco y, durante cierta época, sólo a las dos de la madrugada. No bebe generalmente, si bien llevó al Colorado buen número de cajones de vino Burdeos. Su bebida es el mate. Duerme poco, por exigencia de sus trabajos. Su vida es de labor y de sacrificio.

Sus diversiones, naturalmente, son harto escasas. En los

primeros tiempos, alguna vez, en las solemnidades, va al teatro o al circo. A reuniones sociales, raramente, salvo a las de su hija. En ocasiones excepcionales, come con dos o tres amigos, en la Fonda de los Tres Reyes, en una pieza donde nadie entra, a no ser don Eusebio, que sirve la mesa. Su diversión preferida es hacer bromas a sus amigos y parientes, casi siempre muy pesadas, o fechorías a don Eusebio y a Biguá. Don Eusebio, que es realmente gracioso, le divierte. Llama al mulato *señor gobernador*, le sigue sus farsas y le hace presidir ciertos banquetes en el patio de su quinta en Palermo y pronunciar discursos macarrónicos.

Sale solo y sin escolta. De noche, antes de su instalación en Palermo, se le ha visto más de una vez en la calle y hasta se asegura que en barrios apartados. El ministro de Chile, Pérez Mascallano, lo encuentra una noche. A las palabras de sorpresa del diplomático, le contesta: "Salgo a dar mi paseíto de cuando en cuando". En Palermo sale a caballo sin que nadie le siga ni acompañe, y recorre a pie su extensa propiedad, cuyos trabajos de transformación dirige personalmente. Una vez le habla un hombre distinguido que no le conoce. Conversan unos minutos. El hombre, un hijo de Lavalle, se sorprende luego al saber que la persona sencilla y cordial con quien ha cambiado frases es el temible Restaurador. También le gusta pescar. En este entretenimiento suele acompañarse de un negrito de su servicio o de algún aficionado a la pesca.

Aunque *boca sucia*, como la mayoría de los argentinos, es hombre de costumbres austeras. El viajero francés Isabelle, que

Casa de Rosas en Palermo





Carruaje de Rosas, pintado de rojo y con el escudo de armas de los Ortiz de Rosas

estuvo aquí un tiempo y lo conoció, dice que Rosas, con su austeridad de costumbres, hubiera convertido a Buenos Aires en una *Lacedemonia*; pero que el círculo de sus amigos no le dejará hacer de ella sino una ciudad española. Parece que a su mujer le ha sido fiel, caso verdaderamente raro entre nosotros. Muerta Encarnación, convierte en su concubina a Eugenia Castro. ¿Tiene otros amoríos? ¿O por lo menos relaciones fugaces con mujeres? Su sobrino Mansilla cree que sí. Supone que entre las innumerables mujeres de toda clase que van a Palermo, en su mayoría a pedir, él ha usado de algunas, sin mayores preámbulos y sin el menor sentimiento amoroso. Pero si tiene relaciones con mujeres las oculta cuidadosamente. La vida sexual de Rosas carece de interés. No le sacan de quicio las mujeres. Sus pasiones son el poder, el dominio de los hombres y el trabajo.

En su casa de la ciudad y en la de Palermo hay comodidad, pero no lujo. En ellas se gasta poco y nada deslumbra. Su mujer y sus hijos se han acostumbrado a la vida sencilla que les ha impuesto. En todo se advierte esa sencillez: en la comida, en los trajes, en el escaso servicio. Tiene un solo coche para la ciudad, y dos galeras para los viajes al campo.

Un historiador que le es adverso, José María Ramos Mejía, descendiente de unitarios, pero que ha estudiado sus costumbres, hablando con quienes le conocieron, ha dicho: "Fue casi un asceta, porque se creyó *misionero* y *enviado*. Su vida, desnuda de mundana pompa, demuestra que ningún propósito de lucro lo guiaba". En otra parte, afirma que "para Rosas la vida no tuvo


Rosas, cuadro de la época

halagos materiales". Y por fin: "En el solitario retiro sin grandezas pueriles de atavíos, no entró jamás el placer en sus formas amables, ni los lujos que la vanidad sugiere al muelle sibaritismo. Vivió la vida sencilla del antiguo fraile, con sólo las preocupaciones de la limpieza, porque era pulquérrimo en el vestir".

Los retratos que diversos pintores le han hecho no reproducen exactamente su tipo, a causa de que él no se deja retratar. El único retrato parecido, según afirma don Pedro de Angelis, es uno que permitió le tomaran para el ministro inglés *Woodbine Parish*, en homenaje a su honrosa y sabia conducta durante la dictadura de Lavalle, y del que hizo una copia a fin de regalársela a Manuelita. Los retratos restantes, dice de Angelis, "son malos porque proceden de un rápido bosquejo hecho en 1836, en un día de fiesta patria". Alguno de los retratos posteriores, parece haber sido tomado del natural, sobre todo uno muy notable que lo representa en su vejez.

Voluntad

Su facultad dominadora es la *voluntad*. Poderosa, constante e indoblegable voluntad. Rosas nació para el *mando*; es un hombre de *poder*, un procónsul del Destino. Cosa que él quiere, la consigue, aunque tenga que esperar años, aunque tenga que escribir para ello mil cartas. No se conoce un solo caso en que no haya logrado sus *deseos*. Asombra su *tenacidad*. Y no procede

con paciencia ni con calma, sino rápida y ejecutivamente. Recuérdese cómo volteó al gobernador de Córdoba, que protegía a los asesinos de Quiroga. Su voluntad es un torrente contra el que es imposible resistir. Alguien ha hablado de su habilidad para la *propaganda*. Comparación exacta. Rosas hace pensar en un propagandista moderno, que inunda el país de papeles, que aconseja, suplica, sugestiona, demuestra, exige. *Voluntad monstruosa*, ha llamado a la suya el historiador francés Jacques Duprey.



Dinero que circulaba en la época

Esta voluntad tiene que conducir, lógicamente, al *despotismo*. Creo que Rosas, hasta que empieza la intervención de Francia, ha tratado de dominarse. Frecuentemente ha pedido consejo, solicitado opiniones, dejado a otros ciertas resoluciones importantes. A Anchorena le escribe el año 31, sobre la renuncia del ministro García: "Y que en su lugar sea nombrado don Felipe Arana o quien a usted le parezca". Recordemos la carta a Pacheco, del 33, pidiéndole consejo. A Guido: "y siguiendo su consejo . . . ". Ni a su propia mujer se le impone. En sus cartas jamás le ordena: "Creo que sería conveniente le escribieras", y se trata de algo que él mucho desea. "Esto puedes escribírselo, si te parece; y si no, haz lo que gustes". Cuando quiere que haga creer a sus amigos su resolución de ausentarse, le insinúa: "Soy de parecer que le digas . . . ". Y recordemos que a su cuñado Mansilla le escribió, el año 34, cómo era preciso que sus amigos "sólo obrasen por la fuerza del convencimiento".

El pretende, sin embargo, ser inaccesible a influencias ajenas. A Encarnación: "Nadie en esta vida ha dominado mis opiniones". En realidad, si acepta consejos es por un momentáneo y táctico abandono de su voluntad autoritaria. En un conflicto entre su voluntad y la de otro, tiene que vencer la suya. El la disimula a veces, aunque sabe que no engaña a nadie. Pero su voluntad no es la única. Cien frases suyas revelan que ciertos federales de hacha y tiza, y aun el populacho, puede, en ocasiones, más que él. Sus mismos enemigos lo reconocen. El general Eustoquio Frías dice haber emigrado, no por temor a él, que no lo persigue, sino a un enemigo personal, "de bastante influencia en la *Mazorca*". También las masas que lo siguen pueden, en ciertas circunstancias, más que Rosas. Hay una comunicación misteriosa entre el dictador popular y las masas. Por cierto modo, ellas le insuflan su espíritu. El las guía, pero, en muchos casos, se deja empujar por ellas, y, como va adelante, parece que las conduce. Rosas no es hombre de odiar a los extranjeros, y tiene con muchos de ellos las mejores relaciones; sin embargo, poco o nada hace para suprimir o moderar la *xenofobia* de las masas.


El gaucho

Su voluntad poderosa es para el país a la vez un mal y un bien. Un mal, por la correlativa *disminución* de la *libertad* y de los derechos de las personas. Es un bien que él gobierne en esos años convulsos. Su voluntad unifica al país y lo salva de las garras extranjeras.

Intuición e inteligencia

Intuición excepcional. No ha tenido estudios, y expone, con claridad y firmeza, interesantes doctrinas constitucionales propias. No ha gobernado nunca y se conduce en el gobierno, desde el primer momento, con tanta seguridad como si lo hubiese hecho toda su vida. ¿Dónde ha aprendido esas ideas y el difícil arte de gobernar? ¿Acaso administrando estancias que son *verdaderos feudos*? En ellas ha aprendido a mandar, a economizar, a prever los peligros. Pero esto no basta como aprendizaje del gobierno. ¿Habrá adquirido la ciencia de la política mediante tal frase oída aquí, tal artículo de algún periódico leído allí? Tal vez estas cosas, y otras, se han ido depositando en su subconsciente y un buen día han reaparecido convertidas en una doctrina política o en un acto de gobierno.

Esta intuición se ejerce, sobre todo, cuando se trata del peligro. Hoy, un siglo después, sabemos el enorme peligro que para nosotros, y para toda Sud América, representaba Santa Cruz. En aquel tiempo sólo dos hombres lo vieron: Rosas y Portales. Igualmente ocurre con los unitarios. En 1833 nadie cree en Buenos Aires, salvo Rosas y algunos de sus amigos, en ese peligro. Los datos que él tiene son escasos; pero el tiempo le da la razón. Otros ejemplos pueden agregarse. Rosas intuye los sucesos, las intenciones ocultas de los hombres, los más sutiles manejos de sus enemigos. Acaso la vida en el campo, entre los peligros de la naturaleza y de los hombres primitivos o salvajes que le han rodeado, desarrollaron en su ser el instinto de los peligros políticos –revoluciones, conspiraciones, anarquía– y afinaron su sensibilidad para adivinarlos.

Pero todo esto no es obra única de la intuición. También colabora con ella su inteligencia, que en Rosas es portentosamente aguda y lúcida. Penetra en los acontecimientos como su mirada en las almas. Eso sí, es una inteligencia simplificadora. y tal vez en exceso. Todo lo reduce a esquemas harto rígidos. Rosas no concibe matices. Llama "unitarios" a todos sus enemigos, inclusive a hombres que le dieron pruebas de su adhesión y de su federalismo, pero que después se apartaron

de su política. Su inteligencia es aguda, pero no vasta. La excesiva simplificación conduce a la incomprensión.

Su inteligencia es razonable o razonadora, aunque no en el sentido que pudiera suponerse. Rosas no parte de la duda para llegar a la comprensión. Razona con el fin de imponerse a los demás. Sus cartas, de enorme interés psicológico, revelan una inteligencia dialéctica. Cuando discute con los caudillos sobre congreso y constitución, asombra la cantidad, la fuerza y la cerrada trabazón de sus argumentos, así como la manera de tratar el asunto en todos sus aspectos. Su capacidad dialéctica no ha tenido par en nuestro país. Hay algo de socrático en su manera de profundizar, de agotar los asuntos. Lo mismo que con los caudillos ocurrirá con los representantes franceses e ingleses. Aunque los caudillos están dirigidos por letrados inteligentísimos y cultos, y los representantes franceses e ingleses sean los primeros diplomáticos del mundo, Rosas los vence a todos. A Quiroga, a López y a Ibarra no los ha convencido con batallones de soldados, sino con batallones de argumentos.

Astucia

Partidarios y enemigos, todos reconocen su astucia prodigiosa. Es la cualidad que más ha contribuido a conquistarle la admiración del pueblo. Centenares de anécdotas la revelan. Muchas

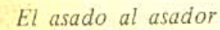


Soldado de Rosas

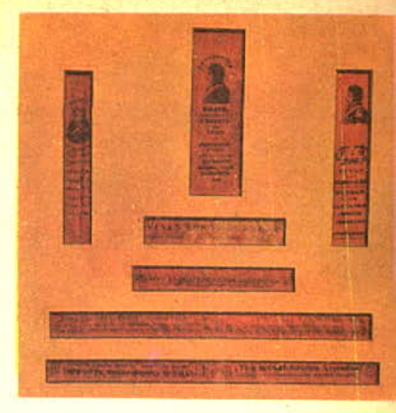
son falsas: el préstamo a los ricos. He aquí una que debe ser verdad: ha sido contada por un adversario y le favorece. Un coronel, a quien estima, se le queja de la insuficiencia de su sueldo. Rosas, después de acusarle de vicioso, puesto que otros, con igual sueldo, no lo pasan mal, le ordena hablar con cierto oficial que gana lo mismo, preguntarle cómo hace para darse buena vida, y volver a contarle. El oficial, empleado como el otro, coimea y lo confiesa. Es lo que Rosas desea saber, porque lo sospecha. Y entonces mejora la situación del honrado coronel. En 1840, cuando Lavalle se acerque con sus tropas, le dejará capturar sus chasques, que llevan las noticias que le conviene hacerle creer. Cuando en 1829 se deja robar las vacas por el enemigo y se opone a que sus oficiales las recuperen, demostrando así una generosidad heroica, nadie sabe que esas vacas están vendidas a Lavalle.

Astucia y habilidad son sinónimos. O tal vez la habilidad no es sino la forma exterior de la astucia. Rosas la utiliza para todo: para llegar al Poder, para hacerse amar por el pueblo, para dominar a los hombres, para destruir a sus enemigos, para triunfar sobre los diplomáticos extranjeros. Claro es qûe la astucia sola no basta para vencer. Pero el hombre astuto resulta invencible si tiene también razón y si su voluntad y su dialéctica son poderosas.

Como todo el que posee una aptitud desarrollada exageradamente, los demás no ven sino astucia en sus actos. Partidarios y enemigos atribuyen a ese don del Restaurador todos sus triun-



El asado al asador


Insignia federal

fos. Los partidarios descansan en la seguridad de que sus vivezas le harán vencedor; y los enemigos le temen, convencidos de que saldrá en cualquier momento con *una de las suyas*.

La astucia es cualidad del gaucho. Rosas no lo es, pero se ha asimilado sus procedimientos. Su astucia, junto con su sencillez campesina y sus hazañas de jinete, le han atraído la admiración de los gauchos. Lo sienten como a uno de ellos, pero más vivo, más capaz de picardías y de jugadas que cualquiera de ellos.

Su inigualable estrategia política es una forma de su astucia. Tiene el arte de hacerse desear. Manifestaciones públicas van a su casa, y él no se muestra. Ramos Mejía dice que su misantropía es "más estratégica que morbosa", y que don Juan Manuel "aparecía en espíritu en la imaginación popular, *dejábase sentir* a lo lejos, con una discreción genial de experto escenógrafo". Es que Rosas cultiva hábilmente el misterio. Y si permite que se le rinda un culto casi religioso, es más por táctica política que por vanidad o engreimiento.

Esta exhuberancia de su astucia es lo que, seguramente, ha hecho que sus enemigos, equivocándose, le consideren hipócrita. La astucia es en él un necesario medio de lucha: maquiavelismo político. El autor de *El Príncipe*, de haberle conocido, le habría citado como su modelo. Pero astucia no es sinónimo de hipocresía. Ni el hipócrita es forzosamente astuto, ni el astuto ha de carecer siempre de sinceridad.

¿Hipocresía?

Sus cartas muestran franqueza. Dice de los demás lo que piensa. Estalla en indignaciones muy frecuentemente. Es altivo, enérgico, de procedimientos rápidos y claros. Nada de esto es compatible con la hipocresía. Si hubiesen tenido sus cualidades, ¿habrían sido *Tartufo* y *Uriah Heep* lo que fueron?

Sus enemigos han referido anécdotas que le presentan como hipócrita consumado. Iriarte cuenta que, antes de recibirse del mando por primera vez, mientras un grupo de personas –altos jefes del ejército, casi todos– lo esperaban en su casa para acompañarlo a la Legislatura, entró Mansilla y dijo que acababa de dejar a Rosas llorando como una criatura, que no quería recibirse del gobierno. Iriarte, uno de los jefes allí presentes, agrega: "Este hipócrita tiene gran facilidad para manifestarse enternecido, dando al acento de su voz una expresión tierna y temblona y a todas sus *gesticulaciones* un gran aire de solemnidad". Su sobrino Mansilla, hijo del general, también le reconoce la aptitud para dar



Típico paisano de estancia

a la voz un tono tierno y cálido. Pero, ¿es cierto lo que cuenta Iriarte? No olvidemos que detesta a Rosas, que fue *lomo negro* y que años después combatirá con las armas contra él. Es posible que, en un rasgo de sinceridad, Rosas le confesase a Mansilla no reconocer en sí mismo las cualidades necesarias para gobernar, sobre todo en tan difíciles momentos, y que sus palabras salieran emocionadas y que sus ojos se humedecieran. Rosas no es insensible. ¿No nos emocionamos cuando alcanzamos lo que hemos deseado con toda nuestra alma, y precisamente porque lo hemos deseado tanto? ¿No hemos visto, cien veces, cómo asoman las lágrimas en los ojos de los triunfadores? Mansilla iba a ser pronto hermano político de Rosas. ¿Por qué considerar hipócrita su confidencia tan humana y sus lágrimas no menos humanas?

El hipócrita no estima las actitudes sinceras y francas. ¿Nos imaginamos a Tartufo o a Uriah Heep entusiasmados ante un gesto de espontánea sinceridad? En Rosas es frecuente ese entusiasmo viril. Muchas anécdotas pueden contarse. Pero ninguna más valiosa que la referida por el general unitario Eustaquio Frías, en unos *Apuntes* dictados a don Benjamín Villafañe, también unitario. Año 30. Frías es capitán y no quiere servir en el ejército. Alega estar enfermo, y pide entrevistarse con el Gobernador por consejo del edecán de Rosas. El Restaurador le pregunta si ha sido oficial de Lavalle. Frías contesta que, como militar, ha servido bajo sus órdenes. Rosas lo invita a servir con los federales. Frías se niega por su mala salud, y al fin, ante la insistencia de don Juan Manuel, le habla con franqueza: "Pertenezco a un partido contrario a V. E. y mis sentimientos tal vez me obligarán a traicionarle. Para no dar un paso que me degrade, suplico a V. E. se digne concederme el retiro". ¡Admirable sinceridad y valentía las de este hombre! Rosas las aprecia: "Me agrada la franqueza de usted". Y Frías, hablando de sí en tercera persona, continúa: "Al día siguiente, al entregarle el general Rosas la cédula de inválido, le dio quinientos pesos, diciéndole: Cuando usted se halle necesitado, busque, no al gobernador Rosas, sino a Juan Manuel de Rosas". Este rasgo no es menos hermoso que el del oficial unitario.

El general José María Paz tampoco ha creído hipócrita a Rosas. Aunque enemigo suyo, y enemigo a muerte, elogia en sus *Memorias póstumas* la sinceridad de don Juan Manuel. Declara que le hizo conocer "francamente sus intenciones". En la misma página dice: "Rosas marcha derecho", oponiéndolo a Estanislao López, a quien juzga hipócrita, como que le supone marchar por rodeos y callejuelas.

Hay un documento que arguye poderosamente en favor de la



sinceridad de Rosas: El Mensaje del 1º de enero de 1837. Al hablar de las elecciones de diputados, después de recordar que "a todos los gobiernos anteriores se ha reprochado como un crimen, y a sus amigos como un signo de servilidad, mezclarse en las elecciones de representantes", declara: "El gobernador actual, deseando alejar de entre nosotros esas teorías engañosas que ha inventado la hipocresía y dejar establecida una garantía legal permanente para la autoridad, ha dirigido, por toda la extensión de la Provincia, a muchos vecinos y magistrados respetables, listas que contenían los nombres de aquellos ciudadanos que, en su concepto merecían representar los derechos de la patria, con el objeto de que procedieran a su elección, si era su voluntad". Es la política de los presidentes de los Estados Unidos, que no creen cosa mala recomendar a sus candidatos. Entre nosotros, antes de Rosas, y después de Rosas, los gobiernos han recomendado candidatos para cargos legislativos; pero no se los han recomendado al pueblo, sino a los comisarios. La actitud de Rosas es tanto más franca cuanto que nunca ningún gobernador ha hablado así. Y según su costumbre, no se impone. Les ha pedido a los vecinos trabajar por sus candidatos, *si era su voluntad*. Recordaremos también sus palabras al recibirse del mando, en 1835. Un hipócrita no se expresa en la forma cínicamente violenta con que él lo hizo.

Tipos porteños

Pero sin ser hipócrita, hay en él afición al histrionismo, frecuente en los grandes hombres. *Bonaparte* fue un consumado histrión. *Hitler* y *Mussolini* gustan de los gestos teatrales, que



Partido de pato en el siglo XIX

saben gratos a las multitudes. El histrionismo existe en muchos artistas y escritores de mérito. En unos, es un medio de llamar la atención. En otros, una manifestación exterior de la personalidad o una forma del odio a lo vulgar. En todo caso, es una modalidad de los hombres que están en contacto con los grandes públicos. Nada tiene que ver con la hipocresía.

Algunos hechos le hacen considerar como farsante. El historiador López cuenta cómo a su padre, y el jesuita Rafael Pérez cómo a dos sacerdotes de la Compañía, Rosas, a raíz de la muerte de Encarnación, les dice habérsele ella aparecido y traído un pañuelo blanco y un palito negro. Elegiré el relato del jesuita. Retira Rosas debajo de la almohada ambos objetos, y exclama: "¿Quién me los había de haber puesto aquí?". Luego les pregunta a los padres qué significa eso, y, como ellos callan, agrega: significa que su Encarnación, desde el cielo, le aconseja *palo y palo a los unitarios*... Esto es una de sus bromas habituales, acaso una mistificación, y tiene por fin comprometer al magistrado Vicente López y a los sacerdotes en las violencias con que va a tratar a los unitarios, aliados al extranjero contra la patria.



Rosas tiene gran imaginación, que trabaja en el presente y no en el futuro y se manifiesta, sobre todo, cuando se trata de los peligros que lo rodean o que rodean al país. Peligros reales, él los ha intuido, pero a veces los *agranda* inconmensurablemente. Posee una poderosa fantasía en esta materia. Su imaginación le hace también ver *traiciones* y deslealtades por todas partes. Más de uno ha sido víctima de la imaginación de Rosas. Las suposiciones y los indicios se le antojan hechos realizados y probados.

Imaginación activa y rápida. Lo que él imagina debe ser puesto en obra fulminantemente. Su mecanismo psíquico no admite distancia entre el pensamiento y el acto. Esto ya es observado en su tiempo. En un periódico adverso a su política, en 1833, se lee: "No se crea que este dictador medita mucho . . . Sospecharse que un hombre tiene intención, suponerla realizada, darlo por probado y castigarse, todo es instantáneo".

Creo que Rosas tiene imaginación creadora. Su época es, estéticamente, una de las más interesantes en la historia del mundo. Se argüirá que su colorido no proviene de una inspiración ni de un plan, y que Rosas no tiene conciencia de estar creando una sociedad de fuerte originalidad, vigor y color. ¿Y no es así, casi siempre, la creación? La inteligencia prepara el momento de la creación, pero la obra genial, en arte como en política, en ciencia como en literatura, es inconsciente. Pero si un invento nace de pronto, de una vez, no puede ser lo mismo tratándose de una sociedad. Rosas va construyendo su "época" apasionante, poco a poco, sin saber que la construye, empujado por su instinto.

Su imaginación para el detalle se revela en su minuciosidad portentosa. Un ejemplo, entre miles: sus órdenes sobre los *judas* que han de quemarse en cierta Semana Santa. Serán ocho, y cuatro de ellos representarán a Santa Cruz. Indica el lugar, el día y la hora para cada uno. Los trajes: chapona celeste, calzón largo y celeste, zapatones grandes y negros, gorra redonda y de cuero de mono, con cintillo celeste. En la chapona, divisa grande, del mismo color, con el letrero: "¡Vivan los salvajes unitarios! Mueran los defensores de la libertad americana". Corbata igualmente celeste. Sin bigotes, pero con una patilla angosta que bajará de las orejas por la barba, la que quedará cerrada. En la mano, la bolsa con los dineros. El judas que representa a Santa Cruz dirá, por medio de una tablilla: "Soy el cabecilla salvaje unitario Santa Cruz, desertor inmundo de la Santa Causa de la



libertad del continente americano, enemigo de Dios y de los hombres . . . ". Y sigue la retahila. ¿Podemos imaginar a un jefe de Estado ocuparse de estas minucias? Pero para Rosas nada es minucia. Sabe que todos esos pormenores sirven a la propaganda de su causa. El pueblo se divierte y ríe, apedrea e injuria a los muñecos y el espíritu federal se exalta.

Temperamento realista y práctico

Esta laya de imaginación no le impide ser un temperamento esencialmente realista y práctico. Más bien contribuye a ello, por estar dirigida hacia lo concreto. Pero este pragmatismo orgánico no se opone a una concepción espiritualista de la vida. ¿Es Rosas espiritualista? Me resisto a ver en él un sentido religioso de la existencia y aun me inclino a juzgar de calidad *mediocre* su sentimiento católico. Ocúrreseme que concibe la religión al modo de la mayoría de los protestantes: sólo como una norma éticamente útil. Sin embargo, todo parece probar lo contrario: sus millares de cartas, en las que raras veces deja de invocar a Dios, como aquella a Estanislao López, a raíz del asesinato de Quiroga, cuando le dice que sólo en El tiene puesta su confianza, porque sabe que "muchas veces permite desgracias y pone a los hombres y a los pueblos en estas angustias en que nos vemos nosotros, para humillar su orgullo y hacernos conocer y sentir su debilidad y miseria"; sus *santos*, como aquel del Colorado, en que, después de afirmar el deber de los argentinos de respetar su *Religión*, dice que ella consuela "en todas las vicisitudes de la vida a las almas dispuestas a su observancia cuidadosa"; sus documentos de toda índole, en los que, como en las cartas, habla de Dios y de la Religión con una falta de respeto humano jamás vista antes ni después en un gobernante argentino; el hacer decir misas por las almas de los soldados que mueren, para lo cual, como consta por centenares de documentos, envía a las guarniciones ciento cincuenta, doscientos y hasta trescientos pesos; la gran obra que realiza en favor de la Iglesia; el haber pedido a su padre que se confesara antes de morir; el hacer decir misas por sus padres y su mujer, todos los meses, durante su vida entera; y como ha dicho el jesuita Rafael Pérez, a pesar de que le detesta, el tener "algunos rasgos de celo por el culto, dignos de García Moreno". Todo esto, ¿no invita a creer en el espiritualismo de Rosas, a creer que tiene un sentido religioso de la vida? Se objetará con sus violencias. Pero las violencias pueden oponerse a la caridad cristiana, no al concepto

espiritualista de la vida. Felipe II hizo matar a alguna gente y fue un hombre de elevada espiritualidad. Y la Iglesia, la institución espiritual por excelencia, *no se opone* a la pena de muerte. Tanto los gobiernos papales como la Inquisición, la impusieron frecuentemente.

Su concepción de la vida

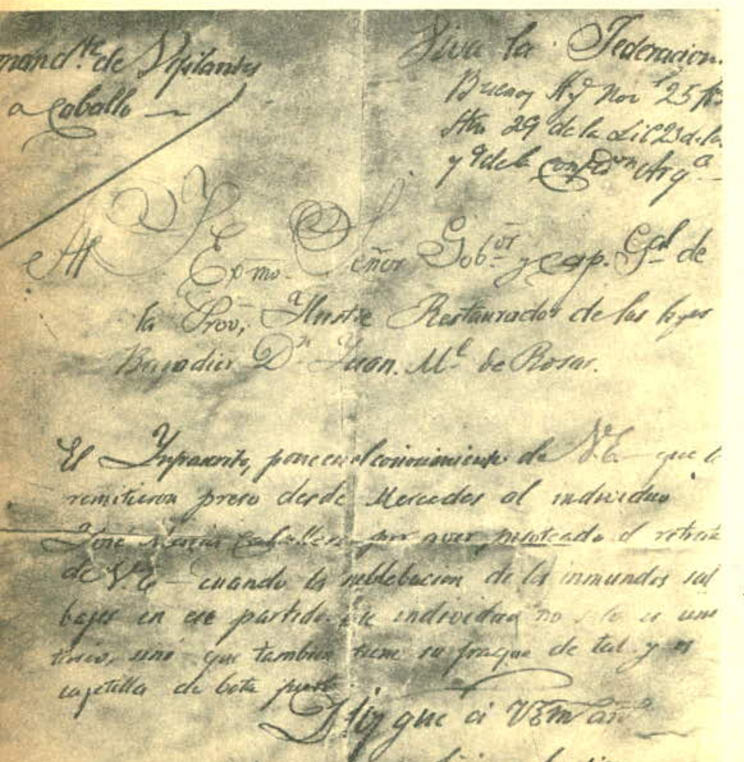
Pero si Rosas no ha carecido de un concepto espiritualista de la vida y de la sociedad, puede, eso sí, afirmarse que no es un idealista. Tiene principios, pero no ideales. La aspiración de unir a los argentinos bajo su garra no es un ideal, sino una forma de pasión por el orden, una exigencia de su sentido práctico del gobierno. Tampoco se advierten ideales en su obra, ni el del progreso. Sus preocupaciones son administrar bien, imponer el orden, defenderse de los enemigos y salvar al país. Su realismo le hace adaptarse a las circunstancias, evitar los proyectos irrealizables. No se aparta de nuestras realidades. Al revés del idealista Rivadavia, que creía bastar una constitución para que las leyes fuesen respetadas, don Juan Manuel sabe que, primero, es preciso enseñar a obedecer y a repsetar las leyes y las autoridades. Por esto, no manda sino lo que está cierto de que se cumplirá. "El mandar –le escribe a Guido– no cuesta nada, sino el saber escoger y aprovechar el tiempo de la verdadera oportunidad; *ver cómo se manda*, y, sobre todo, no mandar lo



Pulpería

que no se ha de cumplir, pero, una vez mandado, *cuidar de que se cumpla*". Rosas es un gobernante para tiempos de anarquía y de pobreza; Rivadavia para tiempos de orden y de riqueza. Discurriendo sobre la falta de sentido de la realidad por parte de los unitarios, Rosas ha definido su propio oportunismo. En una circular a las provincias, considera a sus enemigos como influidos por "deseos exagerados de una perfección prematura", y de haber querido, so pretexto de ser los más ilustrados, tener "el derecho de forzar el tiempo y los sucesos". Rosas jamás fuerza el tiempo ni los sucesos.

Su concepción de la vida está de acuerdo, naturalmente, con su realismo. ¿Es una concepción pobre, sin grandezas, sin poesía? En la sociedad que Rosas construye, poco lugar ocupan la cultura y el espíritu. Pero no es una sociedad despreciable, porque en ella hay orden, trabajo, moralidad, abnegación y heroísmo. Hay no poco de espartano en el mundo que anhela formar este hombre práctico y de acción. Los borradores de sus cartas –de gran valor psicológico pues los escribe al correr de la pluma– revelan a la perfección su temperamento. Son asombrosamente objetivas y exactas. Le escriba a un personaje o a un cacique él va derecho al asunto sin preámbulos inútiles. Jamás se aparta del tema. No habla de sí mismo sino cuando eso es el tema de la carta. Desde el desierto no le cuenta a nadie cómo es aquello, ni cómo pasa sus días. Le escribe a su mujer cartas políticas, en las que no le habla de otra cosa, ni de sus hijos. No hay en sus cartas –reveladoras de un carácter serio, el de un


[illegible] mand.te de Vigilantes
a Caballo

Viva la Federacion.
Buenos Ay.s Nov.e 25 [illegible]
Año 29 de la Lib.d 23 de la [illegible]
y 9 de la Confed.n Arg.a

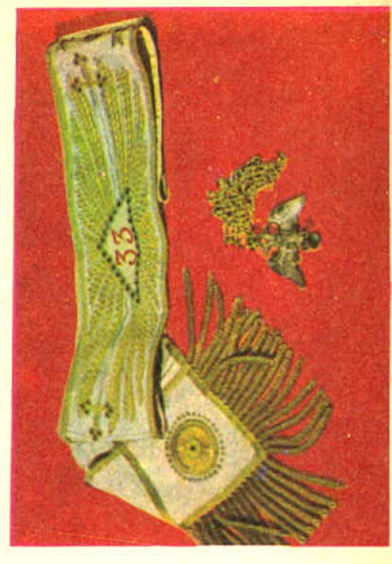
Al Exmo. Señor Gob.or y Cap. Gral. de
la Prov. Ilustre Restaurador de las Leyes
Brigadier D.n Juan M.l de Rosas.

El Infrascrito, pone en el conocimiento de V.E. que le
remitieron preso desde Mercedes al individuo
José María Caballero por aver mostrado el retrato
de V.E. cuando la celebracion de los inmundos sal-
bajes en ese partido [illegible] individuo no solo es uni-
tario, sino que tambien tiene su fraque de tal y su
capotilla de bota [illegible]
Hoy que [illegible]
[illegible]

Una orden de fusilamiento

hombre preocupado en la obra que está haciendo— ni vulgaridades, ni chabacanerías, pero tampoco momentos de elevación espiritual, excepto su creencia en Dios y su convicción de que El dispone todo lo que en este mundo sucede.

Su espíritu práctico le induce, cuando enseña, a hacerlo por medio de hechos. Sus enseñanzas son "lecciones de cosas". He aquí un ejemplo. Pululan los perros en su estancia "El Pino". Llama a los puesteros y los encierra en un corral, y a todos los perros en otro. En el primero deja una res, y dos en el de los canes. Cuando vuelve, resulta lo que esperaba: a los puesteros les sobró carne de la única res, mientras los perros no han dejado nada de las dos . . . Ante esta evidencia de lo que consumen los perros, los puesteros comprenden que deben ser exterminados. Rosas así lo ordena, dejando un perro para cada puestero. Cuando el Gobierno encarga unos ponchos y él los hace examinar hilo por hilo, no es por "imbecilidad", como cree Sarmiento, sino porque quiere enseñar a ser obedecido y a que todas las cosas se hagan a la perfección.


Banderola usada por Rosas

¿Es Rosas un temperamento materialista? Su enemigo póstumo José María Ramos Mejía ha afirmado —recordémoslo— que no le atrae el placer, ni el lujo, ni el sibaritismo. Es un temperamental objetivo, un hombre que ama el trabajo y vive para el trabajo. Un materialista se conduce de otra manera, sobre todo, cuando su poder sin límites le daría todos los placeres materiales.

En lo político, su realismo está mitigado por la intransigencia de sus principios. El se adapta a las circunstancias pero no se deja llevar por ellas. Al contrario; muchas veces se opone a los acontecimientos y los transforma. En política, realismo y oportunismo, son equivalentes, pero él no es oportunista siempre. Lo es cuando se conforma con que el general Viamont reemplace a Balcarce, porque le es indiferente. Pero no cuando resiste a las exigencias de los agentes franceses.

Su realismo político aparece también mitigado por su sentido en cierto modo "colectivista" de la sociedad. Rosas, en efecto, no ve al hombre, sino a la Patria, a la Provincia, al Partido Federal, a la Campaña. De ahí su poca atención hacia la persona humana; la vida, los derechos, la dignidad de la persona humana. No se coloca en el punto de vida individual, en el de quien por su orden va a morir. Todo lo supedita al interés de aquellos entes abstractos y colectivos. El *desprecio* o despreocupación de la persona conduce fácilmente al *fanatismo* y a la violencia, como sucede a Rosas. Pero esa preocupación permanente de los intereses de la sociedad y de la Federación, ¿no responden a un cierto "idealismo", en el sentido filosófico de la palabra?



Campesino (gaucho) de la Provincia de Buenos Aires

La pasión por el orden

Cada hombre, aunque no lo manifieste, tiene un *tèma*. Quiero decir: una razón de vivir, una preocupación constante, una meta y un ideal. Un tema, en el sentido musical del término. Un motivo que constituye el eje de la vida, y que, si desaparece, volverá pronto a reaparecer.

El tema de Rosas es el orden. Tema de acuerdo con su instinto de dominación, con su aptitud de mando. Quiere el orden en sus estancias, en su papelería y en la sociedad. No tolera la trasgresión de las jerarquías, ni la omisión de su título a aquel a quien le corresponde. El orden es su pasión, su obsesión. Nunca intervino en revoluciones. Derrocado, niégase a dar su nombre para un levantamiento. Por sobre todas las cosas ama la legalidad, como es lógico, en un apasionado del orden. Nada ha hecho sin tener poderes para hacerlo. El acepta la suma del poder público antes de tener la fuerza en sus manos, cuando no es sino un ciudadano como otros.

El orden y la religión

Su obra en favor de la religión obedece, en buena parte, a que la considera como el más eficaz elemento de orden. Hace rezar el rosario al ejército, porque ve en ello una disciplina. Por medio de los curas, tanto como por medio de los jueces de paz y de los comandantes, establece el orden en la campaña. Su imposición de la divisa, del cintillo, del chaleco, del bigote, no es sino una consecuencia de su pasión por el orden. Quiere que todo el mundo *marque el paso*, que nadie se salga de la línea. El orden exige que las opiniones diversas no se manifiesten. No le importa que existan, y aun a su lado, algunos unitarios, siempre que se sometan a su ley. Aquella ciudad pintada de rojo es un resultado de su manía por el orden y de su sentido colectivista de la sociedad.

Su sentido de la justicia

Hay una estrechísima unión entre el orden y la justicia. Donde *falta la justicia no puede haber orden*. De ahí su inquisitorial concepto de la sanción. Ha visto cómo, por la lenidad de los gobernantes, vale decir, su carencia de justicia, la anarquía arruinó al país. Para él, quien se levanta en armas contra el poder legí-



Corrales del Abasto en 1869

timo merece la muerte. Derrocar un gobierno mediante un *cuartelazo* es un gravísimo delito contra el Estado. Los que hacen guerras civiles son asesinos y no los que hacen justicia con ellos, en lo cual no está lejos de la buena doctrina, de la doctrina del Derecho, de la Etica y de la Iglesia; y la verdad es que a causa de los unitarios muere mucha más gente que por los fusilamientos de su intolerante justicia personal, sin contar la devastación de los campos y de las ciudades y la ruina de las inocentes familias. Como el chileno Diego Portales, su contemporáneo, y el ecuatoriano Gabriel García Moreno, cree en la necesidad de las *sanciones rigurosas* para concluir con las revueltas. Matando a unos pocos quieren evitar que mueran millares, que el país se arruine. Portales es un hombre bueno y generoso. García Moreno, en los últimos años de su vida, llega a ser un "santo". Portales dice: "Si mi padre hiciera revolución, a mi padre fusilaría". García Moreno, que aplica la muerte a varios revolucionarios, dirá: "Hay algo peor que un crimen, y es un crimen impune. Concepto idéntico al que Rosas expresa en uno de sus santos: "Crimen sin castigo, calamidad".

El orden exige que no se hagan revoluciones, ni se robe, ni se cometan delitos de sangre. Rosas no tolera que en las pulperías se profieran palabras obscenas, que los muchachos jueguen en la calle: desórdenes que se pagan con varios años en el ejército.

La pasión del orden, en el grado en que él la siente, conduce al fanatismo, si acaso no es su expresión. Rosas es un *fanático* auténtico. Por esto impone la uniformidad. Su odio a la anarquía



La porteña en su tocador

le lleva a la exasperación de la unidad y del orden. Su ideal se parece en algo al del comunismo, como se parece al de Hitler. Pero si la sociedad que crea es de extraña originalidad y de indudable valor estético, no vale tanto éticamente porque implica la reducción de los derechos de la persona humana.

Es dionisíaco y jovial

Rosas no es sombrío. El Rosas tétrico, que jamás se ríe, es una invención de los unitarios, que son románticos y carecen de perspicacia psicológica. Lo imaginan espiritualmente agobiado por el recuerdo de sus "crímenes", soportando el castigo de su conciencia torturada.

Todo eso es literatura. Rosas tiene un temperamento *sanguíneo* y dionisíaco. Todo en él es fuerza, salud, brío. Ignora la tristeza. Carece de vida interior. Como en todo temperamento dionisíaco, hay en él algo de *pagano*, siempre que no demos a esta palabra su equivalente de sensualismo o de epicureísmo. Llamo ahora "pagano" al que ama la naturaleza, al que ama su cuerpo, al que carece del sentido cristiano del remordimiento y del pecado, al que tiene el culto de la fuerza y de la destreza. En una época en que los argentinos parecen odiar a los árboles, acaso por herencia española, él planta muchos millares de árboles y los cuida con cariño. En una época de escaso amor a la higiene, él es la limpieza personificada. No desprecia al cuerpo, como es corriente

por entonces. Y carece de las inquietudes espirituales y morales del verdadero cristiano.

Como todo hombre de temperamento dionisíaco, es jovial. Su enemigo, el historiador López, dice que Rosas, en su mocedad, era "el más festivo, el más útil y el más influyente de nuestros paisanos". Es siempre "festivo", aun en los años más trágicos de su gobierno. Un norteamericano relata una fiesta en Palermo, a la que ha asistido, y en la que Rosas conduce a la mesa a sus invitados, más de cincuenta personas, por medio de órdenes militares, canta una canción patriótica y luego, reloj en mano, y con dos tocadores de guitarra a su lado, obliga a cada cual a cantar algo, dándole cinco minutos para empezar. Su nuera, Mercedes Fuentes, la mujer de su hijo Juan Bautista, la cual vivirá hasta fines del siglo pasado, refiere cómo ella y Rosas se bromeaban incesantemente. El hombre sombrío –Felipe II, el doctor Francia– no bromea jamás. Aun en su vejez, y a pesar de su triste situación, conserva su espíritu jovial. Manuelita, escribiéndole a una amiga, le cuenta que uno de sus hijos "es idéntico a él en lo bromista". Sus nietos, ya jovencitos, quedan descontentos, fastidiados, en cierta ocasión en que no pueden ir de Londres, donde viven, a Southampton, para pasar el día con su abuelo. Para ellos no hay mejor fiesta. ¿Lo sería si fuera Rosas sombrío?

Sus enemigos, que desconocen sus bromas amables, sólo le creen capaz de las groseras, que él practica –dicen– por humillar y complacerse en el daño o en el ridículo de sus víctimas. Estas



Manuelita Rosas

bromas no le hacen reír jovialmente: le arrancan una especie de gruñido, una risa sarcástica y perversa. La verdad es que no le falta ingenio para decir frases espirituales y que sus bromas le divierten sin maldad; que ríe mejor que muchos, mejor que sus enemigos Rivadavia y Agüero, los cuales no ríen jamás, el uno por exceso de fatuidad y el otro por tener un alma sombría.

Rosas es un humorista práctico, que hace humorismo no con frases sino con hechos. Guillermo Enrique Hudson dice que había en él "algo así como un primitivo sentido del humor".

Humorista práctico

Muchas personas lo han visto reír. Mac Cann cuenta que, a raíz de haber comentado juntos las palabras pronunciadas por dos o tres diputados contra el inglés, Rosas agregó, riendo: "Si uno o dos diputados han hablado contra usted y los demás no lo han hecho, quiere decir que usted tiene mayoría en favor". Ríe mucho a costa de sus bufones, y de las burlas que hace a otros por medio de ellos. Su risa es fuerte, barbarota, mal educada; acaso la que corresponde a un temperamento como el suyo.

Bromas pesadas

Sus bromas pesadas, a veces harto pesadas, son, en gran parte, resabio de la vida gaucha. No en balde se vive veinte años en la pampa, entre gauchos semibárbaros e indios. Recordemos cómo, jinete incomparable, larga a todo correr su caballo por un campo

Escena de un arreo de ganado



de vizcacheras, para ver caer a sus acompañantes y reírse a costa de ellos. Cuéntase que a un ministro inglés, que duerme la siesta en su quinta de Palermo, le da un pinchazo y le muestra a su lado una víbora, finge matar a la víbora –que está embalsamada– y le hace curaciones al ministro, que queda con el convencimiento de que Rosas le ha salvado la vida. Con el mismo personaje, partidario de la silla inglesa y que no concibe el recado, sale a caballo, simula haberse extraviado, se quedan a dormir en pleno campo, y, mientras el extranjero no puede pegar los ojos, él, cubierto con ciertas prendas de su recado y utilizando otras como cama, duerme magníficamente. A su gran amigo Guerrico, que va al Colorado como proveedor del ejército y se aparece de levita, según viste siempre, le hace una broma harto fastidiosa. Guerrico ha llegado cuando Rosas está con los jefes oficiales en mesa redonda. Apenas llega el amigo y se incorpora a la reunión, Rosas, como si reanudara un monólogo, habla contra las levitas, diciéndole que no comprende cómo ellos toleran una a su lado. Oído esto, levántanse algunos con sus puñales en la mano, rodean al asustado Guerrico y le cortan la levita, convirtiéndosela en tiras, mientras Rosas y sus amigos ríen con grandes carcajadas.



Utilidad de las burlas

Las burlas y bromas le sirven para todo. Si con una broma obtiene la ventajosa adhesión del ministro inglés, con otras asusta a sus amigos o se venga. En el arroyo del Medio, apenas llega la noticia de la derrota de Quiroga en el Norte, redacta la comunicación oficial al gobierno delegado; y va a mandarla cuando recibe el desmentido. Quiroga ha obtenido un decisivo triunfo. Rosas le escribe al ministro Anchorena. Envía la comunicación del falso contraste para que sea más apreciado después el triunfo, y también para que su ministro, el doctor Manuel José García, a quien no quiere y considera intrigante y acomodaticio, "reciba el susto que merece por sus cubileteos". Y termina: "Pero como podría suceder que el señor García, saliendo asustado del Fuerte, pudiera ir a hacer alguna manifestación a los unitarios, que nos perjudicase; para que no llegue este caso, va esta carta para usted, que mantendrá con los boletines sin mostrarla, hasta que crea conveniente abrirla y que, instruido con ella el señor García, se le vendrá el alma al cuerpo". Igualmente, y según de quien se trate, mezcla las bromas en sus generosidades: al maestro de piano de su hija, que jamás le ha cobrado, le hace tomar veinticinco

mates, que el infeliz sorbe entre toda clase de molestias físicas y de terrores, recompensados al día siguiente con mil pesos por cada mate. Esto de divertirse molestando a los otros es muy argentino. Hasta entrado el siglo XX, los jóvenes porteños no han sabido reír en los lugares públicos sino tirándole de la barba a un barbudo o arrojándole algo en la cabeza a un calvo. En el Carnaval, por esa misma época, la diversión ha consistido en maltratar a los extranjeros disfrazados.



Collar de Manuelita

Los bufones

La afición a los bufones demuestra el buen humor de Rosas. ¿Resucitan en don Juan Manuel sus antepasados medievales? En la Edad Media, y aun entrados los tiempos modernos, los reyes, los príncipes, los grandes señores y hasta algunos obispos tenían bufones. Los tuvo Richelieu. En los mismos años que Rosas, los tiene Diego Portales, el genial dictador chileno. La Buenos Aires del siglo XX ha conocido a un hombre de talento que cultivaba las bufonerías. José Ingenieros descansaba de sus inmensos trabajos médicos, sociológicos e históricos, reuniendo a sus amigos para burlarse de algún pobre diablo. Como Rosas con los disparatados discursos de don Eusebio, él se divertía con las improvisaciones macarrónicas de un cliente de su estudio psiquiátrico; y si don Juan Manuel fingía considerar al mismo don Eusebio como el Gobernador, él fingía considerar a uno de sus chiflados como creador de una nueva escuela literaria. Entre nosotros, en las estancias y en las mansiones de la ciudad, ha habido, antes, pobres diablos recogidos por los señores, o hijos de antiguos esclavos de la familia; y cuando el sujeto, por sus características físicas o morales, se prestaba, era motivo de burlas, casi siempre amables, por parte de sus amos.

Es el caso de los "bufones" de Rosas: dos servidores con quienes bromea de cuando en cuando. ¿Hay algo de impropio de un gobernante en esas bromas? Tal vez son resabios de la vida entre los gauchos, desahogo de su temperamento, reacción instintiva contra la tiesura de la vida oficial, que él, formado en la existencia libre y salvaje de la pampa, lógicamente detesta. Los que lo rodean, los encorbatados representantes y los generales, son graves. Rosas es más natural y humano que sus amigos. Su gusto por las bromas grotescas es un modo de demostrar su oposición a las formas solemnes.

El recuerdo de sus "crímenes" no ensombrece a Rosas. No tiene remordimientos, ni se siente criminal. Más tarde dirá que si



Escena de violencias y crímenes de la Mazorca frente al Cabildo, según grabado de la época, publicado en Montevide

volviera a nacer y a gobernar en las mismas circunstancias, procedería como procedió. Consciente de haber cumplido con su deber, sano, fuerte, sanguíneo, es lógico que sea jovial. El Rosas tétrico es un invento de los unitarios cultos, lectores de Víctor Hugo. El Rosas tétrico es primo hermano de la Lucrecia Borgia incestuosa, prostituta y criminal del padre del romanticismo francés.

Vehemencia y exageración

Tampoco Rosas es frío, según suele creerse. Un hombre sanguíneo no puede ser frío. Tal vez se confunde el control de sí mismo con la frialdad. Rosas sabe dominarse, y su rostro, de facciones poco móviles, se presta para ocultar o disimular sus sentimientos.

Don Juan Manuel es vehemente, exagerado. Recordemos aquella escena de tremenda exaltación, a raíz de la revolución de Diciembre, cuando Lamadrid va a proponerle un arreglo en nombre de Lavalle. Su vehemencia y exageración se transparentan en sus cartas, en las palabras con que califica a quienes, sin ser sus enemigos, están en desacuerdo con su política. Así, al sacerdote don Bernardo Ocampo le llama, en carta a uno de sus coroneles, *el mayor forajido del mundo*. Estas palabras no han sido escritas en frío, ni por política: proceden de un gran enojo. Y según cierto empleado de su secretaría, "cuando se enoja, echa a sus edecanes al *carajo* y a la *puta que los parió*". Y su estilo epis-

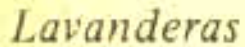
tolar, del que he dado muchos ejemplos, es rápido, ardoroso, apasionado y lleno de exclamaciones.

Las atrocidades que en sus decretos, en sus cartas, en sus mensajes y en los diarios les dice a sus enemigos no pueden provenir sino de un odio muy grande y exaltado. El no escribe en *La Gaceta Mercantil*, pero ha impuesto ese estilo de pasión y colorido bárbaros. Sería absurdo, humanamente falso, que semejantes llamaradas no procedieran de un íntimo fuego. Su sensibilidad, siempre alerta, vibra fácilmente ante la menor cosa.

Amor a sus padres, mujer, hijos y hermanos

No es tampoco frío en sus afectos, como afirman sus enemigos que le acusan de afectividad nula.

Ama a sus padres y los respeta. En 1819, distanciado de la madre desde unos años atrás, le escribe: "Mucho tiempo hace que no llevo a mis labios la mano de la que me dio el ser, y esto amarga mi vida". Le pide la bendición, lo que también hace el año 20, antes de entrar en combate, como en otros acontecimientos de su vida. Cierta vez que doña Agustina se ha ofendido con él por haberse negado a poner en libertad a un buen hombre que "no es unitario ni federal", Rosas, al fin, consiente, y, de rodillas, le pide perdón. Renuncia a la herencia paterna en favor de su madre, de *su muy amada madre*, como ella misma lo dice años después. Por sus padres y por Encarnación hará rezar misas todos los meses durante largos años. Su madre ha hecho un tes-



Lavanderas

tamento contrario a la ley, pero ella quiere que sus hijos, cariñosos y obedientes, aunque ya hombres maduros, lo cumplan; y así lo hace Juan Manuel sin vacilación. Las cartas de sus padres revelan la certidumbre de ser amados por él. Así lo de don León, cuando le pide que vaya a ver a su madre, enferma al saber que su hijo ha sido elegido de nuevo gobernador; y así la de su madre cuando, en respuesta a la suya, le abre los brazos y le bendice. A un monstruo sin entrañas como pintan a Rosas los unitarios, nadie, ni sus padres, le pueden tratar con cariño.


Medalla de bronce con la efigie de Rosas

A Encarnación ya sabemos cómo la ha querido. Por Manuelita sentirá, hasta el último día de su vida, el máximo afecto, que la perversidad de algunos de sus enemigos pretenderá hacer pasar por anormal. Se ha dicho que no ama a su hijo. Inexacto. Una carta desde Inglaterra está encabezada así: "Mi muy querido hijo Juan". Las cartas de Juan son "tus muy queridas". Al explicarle por qué no le ha escrito, como a nadie tampoco –por temor de comprometerles y de comprometerse–, le dice: "La conciencia no me remuerde, ni aun en lo menor, haber faltado en algo al amor y a la entrañable amistad paternal que siempre te he consagrado". Agrega que si las explicaciones que va a darle no están bien fundadas, "te suplico, por Dios, por tu madre, por tu padre, por tu esposa, y por tus hijos, me perdones, bien seguro de que esas mis faltas, si las he cometido, son puramente efecto de mis amargas circunstancias, o ya de la ignorancia mía, sin consentimiento alguno de mi voluntad". A la queja de Juan de no haber querido despedirse en Southampton de su hijo, que después de haber estudiado en París unos años, vuelve a Buenos Aires –trátase de la despedida para el viaje, pues el muchacho ha visitado a su abuelo muchas veces y aun pasado a su lado pequeñas temporadas–, le contesta que ve cómo el amor filial le ha hecho olvidar su odio hacia esa clase de despedidas. "Nunca las he aceptado, me *faltaría el valor* que en otros casos me sobra". Le recuerda: "¿Cuál es la despedida tierna que yo alguna vez haya solicitado o admitido? Si los retratos de las personas que amo, no puedo, en los casos de larga ausencia o muerte, mirarlos sin pena, y si por eso es que ninguno tengo, ¿cuál sería mi dolorida amargura al bendecir abrazar y llorar la separación, acaso para siempre, del hijo, digno de mi hijo y mío, a quien tanto amo y pienso querer, como a sus padres, por toda la eternidad? ". Y termina la epístola recordando, con los cariñosos diminutivos que les ha puesto, a su nuera, "nuestra muy querida Botijita", y al nieto, "nuestro muy querido Juancho". Y este afecto al hijo se ve en el que siente por su nuera. En uno de sus cumpleaños le escribe a Mercedes Fuentes: "Hija mía: Dios, en este día, te dotó de



Busto de Rosas

una existencia feliz. ¿Ni qué otra cosa importa la virtud de la conformidad en los decretos y misterios divinos; qué la posesión de un esposo amante, los goces de un buen hijo y los consuelos del corazón delicado de un afortunado padre, de hermanos y deudos tan dignos, tan tiernos como queridos? En el aniversario de su natalicio, recibe hija querida mía un abrazo, y la bendición pura, la bendición ingenua de tu padre y amigo". Se ha dicho que Rosas jamás se acuerda de su hijo, y las cartas prueban lo contrario. A Pacheco le escribe: "Manuelita y Juan te saludan con íntimo cariño". A Oribe: "Manuelita y Juan retornan a usted también sus sinceros, cariñosos recuerdos".

Con sus hermanos y sus hermanas es también afectuoso. A Prudencio y a Gervasio, los dos últimos varones, les da cargos. En 1830 manda a Gervasio al sur de la Patagonia, para vigilar la campaña y establecer el orden, y para ello delega en él sus facultades extraordinarias. A él, como a Prudencio, le llama en sus cartas: "Mi muy amado hermano". Cuando Juan Manuel está en el desierto, Prudencio le compromete, y él se fastidia pero no se enoja. A Gervasio, que lo traiciona, si no en el hecho, por lo menos moralmente, lo perdona. Después de un tiempo en Montevideo y a pesar de haber intimado con Leblanc, Gervasio vuelve a Buenos Aires. Entonces le escribe a Manuelita reconociendo la magnanimidad de su hermano y pidiéndole que le haga "el gusto de contestar a su Tata que agradezco su recuerdo y que nunca he dudado que a su tiempo habría una respuesta para mí y que sería satisfactoria".

Culto a la amistad

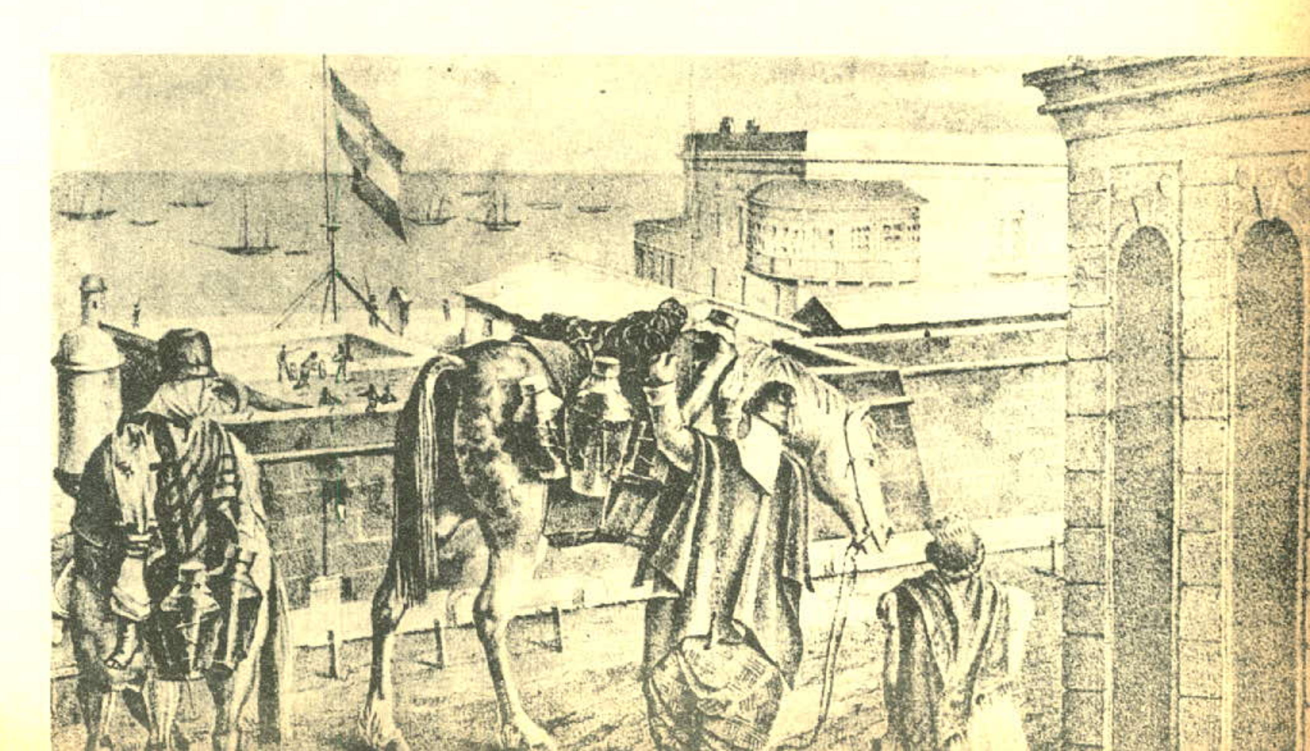
Tiene el culto de la amistad; pero si es traicionado, no hay amistad que valga. Quiere que sus amigos estén contentos y sean felices. A Pacheco, que se halla en Choele-Choel, le aconseja, desde el Colorado, que le escriba con más frecuencia a su mujer, a "tu compañera"; y a ella le pide, por intermedio del general Guido, que le escriba con más frecuencia a Pacheco. "Las cartas que me mandas para tu compañera —le dice al amigo— con el mayor gusto las recibo, y encargo siempre al señor Guido que en persona se las entregue, agregando siempre algo de mi parte, respecto de ti, de tu salud, y que no omita escribirte con frecuencia; esto mismo permíteme que te encargue". Este interés revela un alma capaz de hondas ternuras, lo mismo que esas palabras "tu compañera", que sólo emplea el que quiere de veras a su mujer. Al mismo Pacheco, le escribe: "La lectura de lo que

indicaste, a los jefes, sensibilizaba mi corazón y fortificaba mi espíritu en momentos bien azarosos, cuando quizá más lo necesitaba mi corazón. Sé el tamaño de tu honradez. Te amo de veras; tú no lo ignoras y tienes ya motivos para conocer mis sentimientos". Más tarde, Pacheco quiere comprar un campo. Rosas sabe que su amigo haría un préstamo, y entonces él le ofrece el dinero, por medio de don Justo Villegas, a quien escribe: "En tal caso, y en cualquier otro, yo desearía serle útil, facilitándole esa suma sin ningún interés y sin tiempo". Al canónigo Segurola, que está enfermo, le dice que "su amiga de usted, Encarnación, está en el cielo rogando constantemente a Dios Nuestro Señor", por su salud, y agrega que allí en Palermo hay ya una capilla donde, cuando quiera, "tendrá el honor de oírle la misa a nuestro virtuoso amigo el doctor don Saturnino Segurola", de quien se despide "con íntimo afecto" y llamándose "su fino amigo".

Los niños y los humildes

Ama a los niños. Mansilla cuenta –recordémoslo– en su libro *Entre Nos* cómo a los sobrinos pequeños que le visitan los domingos, les regala un magnífico retrato litografiado del general Quiroga, una docena de divisas coloradas y nuevas y un patacón en plata blanca. A sus nietos ingleses, los hijos de Manuelita, los adora. Ella escribe: "Le distraían de tal modo que después que lo dejamos, dice la sirvienta, no hablaba sino de ellos, festejando sus travesuras y sobre todo las ocurrencias de Rodrigo".

Lechero





Tambo. A un real el vaso

También tiene afecto por algunos indios, por sus peones y por las personas que le sirven. Trata humanamente a unos y a otros. En su quinta de Palermo llega a establecer un pequeño hospital para sus peones y sus amigos pobres. Paga los gastos de los peones enfermos; y a los que, por cualquier accidente, quedan inválidos, los mantiene durante toda la vida. Una mujer, Toribia Martínez, publica una carta en un diario, llamando a Rosas "el padre de los pobres", y refiriendo que él le ha mandado "una cantidad capaz de proporcionarme comodidades precisas de que antes carecía". Con motivo de habérsele incendiado el negocio a un hombre que mantiene a su madre viuda y a sus hermanos menores, se hace una suscripción y, mientras los demás figuran con diez o veinte pesos, y sólo dos con cien, él contribuye con doscientos. Hay un documento revelador de su interés por los pobres. El 19 de abril de 1836 su edecán escribe al administrador de la Chacarita de los Colegiales, por orden de Rosas y de acuerdo con el borrador redactado en su parte esencial por el propio don Juan Manuel, unas líneas en donde le dice que en una carreta van cuatro chinas viejas, que las mantenga y además les dé yerba, un pan para el almuerzo, otro para la comida y una pieza en donde vivir. En medio de sus múltiples trabajos, el gobernador de Buenos Aires, el primer magistrado de la República, se ocupa de cuatro pobres indias. Para encontrar en nuestra historia casos análogos de simpatía por los pobrecitos, habrá que esperar ochenta años, hasta el advenimiento de Hipólito Yrigoyen. Pero, eso sí: con los que faltan o no andan derecho es severísimo. A su cocinera la negra María Rosa la tiene presa durante quince días por haberle guisado mal un pato y un pollo.

Cómo es amado



Ningún hombre de su tiempo ni posterior a él, salvo, quizás, Hipólito Irigoyen, ha sido tan amado. Esto basta para demostrar su afectividad, porque nadie siente cariño hacia un perverso ni hacia un hombre absolutamente frío. Su madre, su mujer, su hija, su hijo, sus sobrinos y sus nietos lo adoran, como se ha visto. No hay exageración. Su hijo escribe que lo ama "con delirio". Cuando se hacen subscripciones para enviar dinero al desterrado su sobrino político Sotero Arguibel y Ezcurra, que no es rico, se anota con veinticinco libras esterlinas por año y le escribe una carta desbordante de afecto, en que habla de sus lágrimas. Sus amigos, si bien por interés muchos lo traicionan, también lo han amado. En 1823, cuando se sabe que él no ha muerto en la guerra con los indios, como se creyó, el doctor Maza le escribe: "Mi amigo vive. ¡Qué gran placer! Cesaron las tribulaciones que sembraron noticias falsas. ¡Qué dicha! Existe mi admirable Rosas, mi amigo, cual no tendré otro nunca ni le habrá mejor. ¡Qué felicidad! He visto tu letra y ella me dice que me felicite porque todo desapareció y porque es verdad que respira con salud el joven singular que hace concebir grandes esperanzas con su existencia, liberal, afable, generoso, justo, y, sobre todo, buen americano". Las gentes del pueblo también lo adoran. En 1831, poco después de haber partido a dirigir la guerra contra Paz, su secretario Maza, que todavía permanece en la ciudad, le escribe: "Quisiera llevar conmigo a Pedro José. Llora cuando se acuerda de ti". Debe ser algún sirviente, tal vez un esclavo, porque Maza agrega que no se resuelve a llevarlo manejando el carruaje, por no saber si a Rosas le gustará. El coronel Hernández llora de emoción al leer lo que Rosas dice de él en una carta a Encarnación. He aquí otro suceso, el último, pues sería cosa de no terminar jamás. Fuerte de la Independencia. Fiestas con motivo de la segunda ascensión de Rosas al poder. Baile en presencia de un retrato del Restaurador. En una pausa del baile, un soldado negro acércase al retrato. "Gobernador excelentísimo. . . Un viejo soldado te saluda. . . Desde el año 14 sirvo a la patria. No he desertado, ni sufrido castigo por robo. . . Mirad mis canas. . .". Enternecido calla, besa el suelo y se retira. Y no es posible olvidar lo que recuerda el escritor inglés don Roberto Cunninghame Graham, quien, tres lustros después de haber caído el Restaurador, ve entrar a un gaucho en una pulpería de la campaña de Buenos Aires, clavar su cuchillo en el mostrador y gritar: "¡Viva don Juan Manuel de Rosas! " Un hombre que inspira estos afectos no puede ser ni frío ni perverso. Poco sabe del alma humana quien lo crea.


Santiago de Liniers

Ama a la patria violentamente, acaso con un amor primario, un poco animal. Nadie la ha defendido con tanta energía, tenacidad, habilidad y talento. En sus últimos años, la ama con ternura y melancolía. Desterrado en Southampton, viejo y solo, dará al *cottage* en que vive la apariencia de un rancho; y al terreno que cultiva la apariencia de un trocito de pampa.

Capacidad de admiración

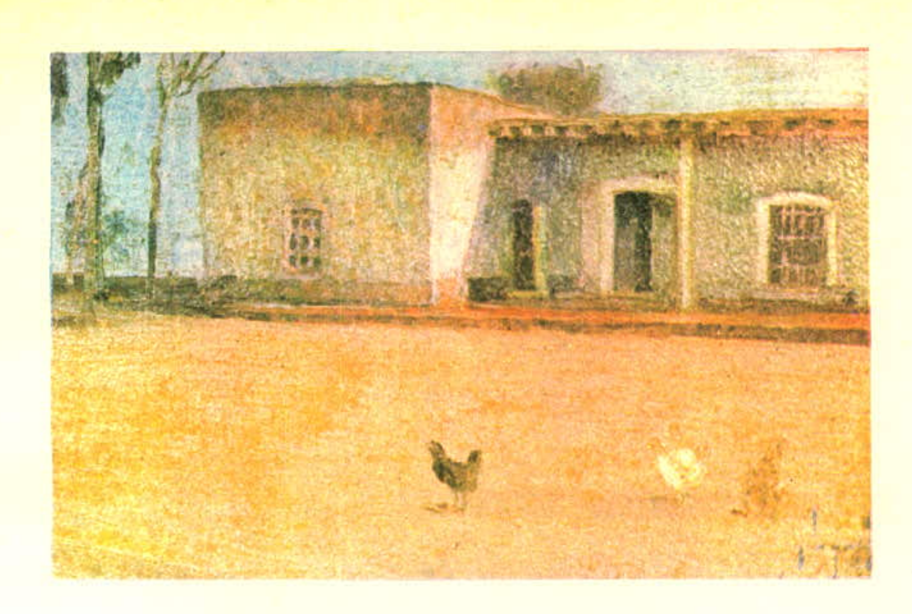
Tiene capacidad de admiración, lo que no es compatible con la frialdad. Entre sus papeles privados se encontrarán estas palabras: "¡ Liniers, Liniers, ilustre, noble, virtuoso, a quien yo tanto he querido y he de querer por toda la eternidad sin olvidarlo jamás! ". Mientras no se pongan en su contra, admira a los hombres de Mayo y a los guerreros de la Independencia. Cuando muere Juan José Paso, él, que está en el Colorado, escribe este *santo* para el ejército: "¡ Lágrimas al sepulcro de Paso! ".

Podrá argüirse que jamás demuestra pena por fusilar a alguien. No nos consta. Acaso su dogmático e implacable sentido de la justicia se lo veda. Tampoco demostró dolor Rivadavia al fusilar a treinta y tres personas en 1812. Pero no sabemos que Rosas sienta placer por la muerte de alguien. En cambio, Sarmiento, que le acusa de crueldad, declarará años más tarde, haber sentido placer al ver degollar por la nuca al federal Santa Coloma. Rosas congratula a las fuerzas militares por la muerte de Lavalle, que significa el fin de la guerra, mas no atribuye la muerte a él o a sus soldados, sino a castigo de Dios.

Indiferencia ante el dolor ajeno

¿Puede decirse que *no siente* el dolor ajeno, porque no lo ha manifestado? Tampoco manifiesta el *propio*, sino en muy raras excepciones. No es costumbre, en esos años, quejarse. El criollo acepta su destino serenamente. Le parece mujeril, vergonzoso, ridículo, eso de lamentarse y llorar. Si Rosas se queja a veces, lo hace virilmente y un poco por táctica política.

Cartas de uno de sus mayordomos niegan la frialdad de Rosas. El hombre le cuenta a su patrón haber descubierto la infidelidad de su mujer. Tres años atrás, al verle apartarse con el joven capataz, la siguió y oyó por el ojo de la llave lo que hablaban. El capataz le pedía cuentas por su excesiva amistad con un tal don Basilio, que amaba demasiado a los hijos de ella; y ella le con-



La casa de Santa Coloma en Quilmes

testó que don Basilio tenía motivos para quererlos. El mayordomo le reprochó a su mujer estas palabras, y ella se le hincó y le pidió perdón. He aquí que ahora vuelve a advertir aquellos amores. Como el capataz, que irá con su permiso a Buenos Aires, pasaría por el pueblito próximo a la estancia, él le escribió a su mujer exigiéndole no alojarlo en su casa. Desconfiado, se va al pueblo, a su casa, y allí encuentra al capataz. Rosas le contesta al mayordomo en una carta admirable de comprensión humana, bondadosa. No cree en la infidelidad de la mujer, sino en que ella ha dicho y hecho ciertas cosas por enamorar más a su marido, al que quiere verdaderamente. "Yo siempre he visto en su esposa –le dice– una mujer mal educada, por usted, que lo engañaba como quería, con grave perjuicio de la salud de usted y del bienestar y sosiego de ella misma; y algunas veces hablamos con mi amante Encarnación sobre esto mismo, pronosticando a usted y a su esposa una vejez triste si usted no variaba de sistema, revistiéndose del verdadero carácter de marido y colocándose en el sendero que corresponde para hacer su felicidad futura y la de su compañera". Arguye en favor de la señora recordándole sus hijos, lo mucho que a él se le parecen, pues son "la viva imagen de su retrato". ¡Qué lejos estamos, al leer esta carta, del Rosas egoísta, perverso y frío de los unitarios! Muchos hombres, en el caso de Rosas, le habrían hurtado el cuerpo a un asunto tan íntimo. El habla con franqueza, con simpatía humana, con personal afecto hacia el buen servidor que se cree engañado y que tal vez no lo ha sido, y con un sorprendente conocimiento del corazón y de la

vida. Pero lo más importante no son sus palabras, sino la actitud del mayordomo. Para que un hombre le haga a otro, a su patrón, por escrito, confidencias de semejante laya, es preciso que esté convencido de que ese hombre no es frío, sino sensible; de que no es un monstruo sin corazón, sino un espíritu comprensivo. Años atrás se lo ha escrito Maza a Gervasio Rosas: "El alma de Juan Manuel, cuando se tocan ciertos resortes, se conmueve y su delicadeza se entrega a un extremo de sensibilidad". Y, en fin, Carlos Darwin, que lo trató algo en el Colorado, le considera "entusiasta y sensible".

¿Es Rosas un perverso? Sus actos bondadosos, lejos de escasear, son muchos e importantes; y sus "maldades" deben ser imputadas, en su casi totalidad, a las circunstancias en que le tocó vivir y gobernar. Para juzgarle no olvidemos los crímenes de sus enemigos. Los constructores de la maldad de Rosas son los que fusilaron a Dorrego y a Mesa; los que asesinaron a Latorre, a Heredia y a Quiroga y le atribuyeron a él la muerte del último; los que han intentado, varias veces, eliminarlo de este mundo; los que le han acusado de haber envenenado a su mujer y de ser el amante de su propia hija; los que, estando la patria en guerra, se han unido al extranjero agresor. Y no olvidemos, tampoco, las leyes penales de su tiempo. Las que rigen, tanto las civiles como las militares, son las viejas leyes españolas, sencillamente feroces. Otros gobernantes no las han aplicado o las han aplicado a medias. El parece cruel porque, cumpliendo con su deber, las aplica estrictamente.



Con sus enemigos ha sido benévolo muchas veces. Ya sabemos cómo ha tratado a Eustaquio Frías y a Paz. Pronto va a ser con ellos más benévolo aún. Sabemos que dejó en sus cargos al padre de Lavalle, a su hermano y al organizador de los batallones de extranjeros. Más adelante lo veremos concediendo amnistías a los vencidos, que, en su casi totalidad, vuelven de Montevideo para vivir en Buenos Aires tranquilamente. A los desertores, castigados con pena de muerte por la ley cuando la patria está en guerra, los perdona, aumentándoles en cinco o seis años el servicio en el ejército o haciéndoles dar doscientos o trescientos azotes; solamente los fusila cuando reinciden. Los fusilamientos a desertores y traidores a la patria no implican falta de benevolencia ni injusticia. Procede con maldad el que, habiendo cien traidores, mata a los cien. Es benévolo quien mata a uno de ellos y salva a los noventa y nueve restantes. A William Mac Cann le dice que "veinte gotas de sangre derramadas a tiempo, evitan el derramamiento de veinte mil". Sus enemigos también matan y casi tanto como él; y son más culpables porque saquean y asuelan y porque creen que, al condenar a muerte, hacen una cosa mala –y por eso se lo reprochan tanto a Rosas–, mientras Rosas tiene la conciencia de que cumple con su deber. Don Juan Manuel mata a los traidores, convencido de que lo son; si no lo fueran, esto nada probaría en su contra, pues lo importante psicológicamente es que él los crea traidores.

Entre los muchos papeles de la expedición al Colorado, sólo hay dos órdenes de fusilamiento, y se trata de soldados ladrones, incorregibles. Su carta al coronel Pedro Ramos dándole instrucciones para exterminar a los indios con que estaba en guerra y que hubiesen caído prisioneros o el pagar a los tehuelches por cada indio enemigo que mataran, nada prueba contra Rosas sino contra la guerra. En esas instrucciones, él dice: "como no hay dónde tenerlos seguros, vale más que mueran". Es lo que hizo Napoleón en San Juan de Acre: no pudiendo tener seguros a sus cuatro mil prisioneros ni alimentarlos, les quitó la vida.

El castigar con azotes está en las leyes y en las costumbres militares y policiales de la época. Pero es indudable que él, a veces, se excede. He aquí un caso. En el Colorado tiene prohibida, bajo penas severas, la venta de alcohol. Un pulpero lo vende a dos oficiales, que se embriagan, riñen e hieren a un tercero. Rosas condena al pulpero a trescientos azotes, con lazo trenzado y doblado. Los dos ejecutores, uno de cada lado y que serán "aparentes" para el caso seguirán pegando aunque el pulpero se



Soldados



La mazamorra.

desmaye y aunque se muera. La orden de Rosas parece de una crueldad sádica. Pero para comprenderla, sin que esto signifique absolver a Rosas, es preciso colocarse con la imaginación en los desiertos del Colorado, en donde se vive bajo el temor constante de un ataque de los indios y en donde las bebidas alcohólicas, al debilitar y corromper al ejército, lo entregarían indefenso en manos del terrible enemigo.

Con quienes lo estiman o lo respetan es bondadoso. A la vieja de la Magdalena que le ha pedido por su nieto, la llama "mi estimada abuelita". Se interesa por el oficial que se va a casar y por la viuda del que acaba de morir. Al Inspector y Comandante General de Armas le dice que la viuda del capitán Felipe Rodríguez "es digna de la compasión pública, de la atención del superior Gobierno y acreedora a su particular recomendación". La enfermedad de Leandro Ibáñez, uno de los auténticos héroes de la campaña contra los indios, sobrevenida en el Colorado, le aflige muy de veras. Le da consejos sobre su mal, le entrega una carta para su médico el doctor Lepper y le escribe a Encarnación pidiéndole que visite a Ibáñez y lo haga cuidarse. "Espero que, en atención a tus pocos años –le dice al enfermo– y a la misericordia de Dios, restaurarás tu salud. Pero para eso, es necesario que no hagas excesos y que guardes por ahora el método y sujeción que son absolutamente precisos".

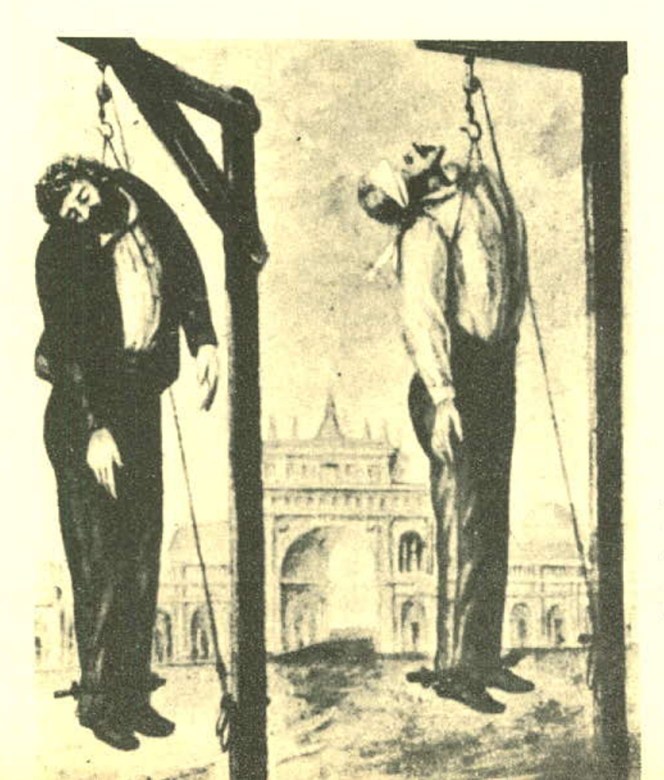
Acaso haya en Rosas mayor capacidad y ternura que cuanta le suponemos. ¿Por qué rehusa las despedidas? Tampoco –ya lo hemos visto– quiere tener a la vista retratos de personas queridas

que han muerto. A Encarnación le escribe, el año 33, estas palabras singulares, que se refieren al coronel Juan José Hernández: "Que en adelante no me vuelva a escribir, porque su letra me recuerda la memoria de mi amigo Juan Ignacio y me causa tristeza; que contigo puede entenderse". Y no es un pretexto: Rosas siente afecto por Hernández, que le es fiel como pocos.

Por qué castiga y fusila

En ciertos momentos, ha tratado de parecer más riguroso y sangriento de lo que es, sin duda para asustar e imponerse. He aquí un documento revelador. Ha habido un choque en la campaña, y en el parte le comunican que, entre muertos y fusilados, el enemigo tuvo veinte bajas. El escribe al margen: *Pongan doscientas*. Y cuando los unitarios le recuerdan en sus *Tablas de sangre* que en 1835 fusiló a setenta indios, él hace contestar en *La Gaceta* que eran ciento veinte.

¿Cómo Rosas, que tiene tantos momentos de bondad, manda fusilar a tanta gente? Pues aunque sus enemigos exageran el número de sus víctimas, la cifra es respetable. Desde luego, él no se venga. Lo hace por justicia y por cumplir las leyes. No fusila a los militares o civiles que lo han combatido y se pasan a su bando, salvo en el caso de haber sido primero federales, vale decir, de haber traicionado a la *Santa Causa*. Así incorpora al ejército a Chilabert, ex lugarteniente de Lavalle, y fusila al médico en-



Ejecución de Silverio Badía y Manuel Troncoso mazorqueros acusados de violencias y delitos. La sentencia se cumplió en la Plaza de la Victoria en 1853. La violencia no es sólo privilegio de Rosas. Esta ejecución, es posterior a su caída



Marcos M. de Avellaneda. Opositor de Rosas, ejecutado por orden de Oribe en Metán

trerriano Florencio del Rivero, que fue primero federal, luego unitario y que ha vuelto al federalismo. Fusila al que comete un grave delito de sangre, a los soldados que roban, a los jefes rebeldes cuando está el país en guerra. En esto procede como todos los generales del mundo; en la Champagne, cuando los motines de 1917, el general Pétain, tan respetable en todo sentido, fusiló a centenares de soldados que se rebelaron. A veces, Rosas fusila por motivos que parecen fútiles, pero que no lo son para él. Así, el caso del que usaba la barba en *U* y no llevaba divisa. Para él éstos son actos de afirmación unitaria militante, de derrotismo, o sea, de simpatía hacia los que se han unido al extranjero contra la patria. Clemenceau, ochenta años más tarde, fusilará también por actos de derrotismo. Los unitarios también han fusilado por razones triviales: Marco Avellaneda, en Tucumán, condena a un federal por llevar un barbijo rojo. Lo peor en Rosas es su desprecio por la vida humana. No tiene caridad. Pero no hay en él sadismo, ni crueldad, ni precisamente maldad, sino una fanática pasión por el orden y la justicia.

Como mata por hacer justicia o por moralizar, trata, siempre que ello es posible, de que los fusilamientos sirvan de ejemplo. Y así, ordena frecuentemente, que los reos sean ajusticiados en los mismos pueblos en donde cometieron sus delitos y en las plazas públicas y en el caso de un tal Gorrita, desertor y autor de varios crímenes, dispone que, después de fusilado, se le corte el brazo derecho, el que "se remitirá al juez de paz de Arrecifes para que lo cuelgue por un día en un palo en medio de la plaza de dicho pueblo".

Desde el punto de vista exclusivamente psicológico, el número de condenas a muerte ordenadas por Rosas tiene su explicación. Se entera de que un sujeto lleva la barba en U y su imaginación, mecánicamente, lo convierte en un hombre peligroso para la patria. Lo ve conspirando, arrastrando a otros, ensangrentando al país. Se exalta interiormente, se enfurece. Y convencido de que la justicia lo impulsa, de que va a salvar a la patria, toma la pluma y escribe: "Fusílese". Todo unitario, salvo que tenga una conducta muy clara y viva aislado de sus congéneres, es para él un delincuente en potencia. Aun el simple hecho de escuchar las palabras seductoras de un unitario, le parece una prueba de complicidad en la conspiración; como en la España republicana, en 1936, donde se condena a muerte al que oye las radios del enemigo. Y el conspirar, el ir contra el orden, el pretender derrocar al gobierno, equivale para él al intento de destruir la sociedad, de derramar torrentes de sangre. El gobernante sanguinario mata en todo tiempo, sea de paz o de guerra, y Rosas sólo orde-



Oficial del ejército federal

na fusilamientos por razones políticas cuando el país está en guerra con el extranjero, cuando cualquier levantamiento, y no sólo la unión con el enemigo, es una traición a la patria. En los raros meses de calma, Rosas no mata.

Pero si fusila mucho, también perdona mucho. En las varias conspiraciones, aun las intentadas en tiempo de guerra, él condena al jefe y perdona a los cómplices y a los demás culpables. Quien así procede no es malvado ni vengativo. Es falso que no haya camino para llegar a su corazón. Perdona en las grandes cosas –la vida, la cárcel– como en las pequeñas. A Pedro de Angelis, que dirige y edita el *Archivo Americano*, le rebaja la suscripción de dos mil a mil ejemplares porque ha publicado un soneto sin su aprobación y ha habido "demasiadas sobras en los márgenes" del periódico. "¡Cuidado, le repito, con esta clase de faltas! ", le amenaza. Pero al otro día le da lástima y le toma otra vez dos mil.

Su sensibilidad

¿Tiene Rosas sensibilidad para las cosas del espíritu? Tiene sensibilidad musical y literaria, aunque no la ha educado. En su juventud fue, según la tradición, buen guitarrero. Alguna vez canta con afinación y con voz suave y armoniosa. Ha leído muchos versos españoles, probablemente de la biblioteca de su hija, y sabe algunos de memoria. El célebre poeta Ventura de la Vega, nacido en Buenos Aires, que lo visita en Inglaterra, le escribe a su mujer:. "Decían que sólo tenía talento natural y que era poco culto; no es cierto. Es un hombre instruidísimo y me lo probó

con las citas que hacía en su conversación. Conoce muy bien nuestra literatura y sabe de memoria muchos versos de los poetas clásicos españoles".

También escribe versos. Desde Inglaterra le pide a Terrero buscarle y enviarle sin demora "un librito muy interesante para mí, por ser escrito de mi propia letra y contener, en seguida de la dedicatoria a Manuelita, porción de poesías, en las que hay no pocas composiciones puramente mías y otras corregidas por mí". Es singular esto de corregir poesías ajenas.

Aptitudes de escritor

Se han perdido esos versos suyos, pero sus cartas, sus santos y sus proclamas bastan para revelarnos su sensibilidad. En sus cartas se encuentran, aquí y allí, frases e ideas realmente bellas. El historiador Ramos Mejía ve en sus cartas "cierto estilo sencillo y personal", de una belleza "sabrosa". Pero tiene Rosas algo más: aptitudes de escritor. He aquí, en una carta a Ibarra, de 1839, una larga frase, elegida entre millares, que era difícil de construir y que le ha salido perfecta: "Este suceso, dirigido y combinado por el traidor infame Domingo Cullen, al tiempo que el pérfido Berón de Astrada, ex gobernador de Corrientes, se preparaba a invadir el territorio de la Confederación, aliado vilmente a los agentes franceses y al vándalo Rivera, manifestará a V.E. todo el grado de perversidad de que son animados con la Confederación



Coronel Jenaro Berón de Astrada. Ex gobernador de Corrientes. Aliado de los franceses y de Rivera, colabora en la preparación de la invasión a la Confederación

los execrables salvajes unitarios y la vigilancia y la energía en que es preciso estar y con que es preciso marchar contra todos ellos, muy principalmente contra el perverso traidor Domingo Cullen". Y recordemos la proclama de Napostá. Las correcciones que hace a su prosa revelan su sentido literario. Corrige mucho y, generalmente, bien. Pero más corrige en busca de la precisión del concepto que de la perfección formal. Ejemplo de dos modificaciones por razón de elegancia, ambas en la proclama de Napostá. Ha escrito: "Habéis excedido las esperanzas de la Patria, pero, entretanto, la Patria ha estado a punto de sucumbir". Corrige y queda de este modo, muy superior al otro: "Habéis excedido las esperanzas de la Patria, pero, entretanto, ella ha estado envuelta en desgracias". Otro ejemplo: "Habéis terminado los trabajos de la campaña en el rigor del invierno". Modifica la frase y la deja así: "Habéis operado activamente, sin cesar, todo el invierno, y terminado los trabajos de la campaña en un año". La frase ha ganado en belleza, en eficacia y en ritmo. Pero su talento literario está en sus *santos*. Algunos de ellos parecen sentencias calderonianas. Y hay también en Rosas pasta de pensador, de *moralista*.

A LA JOVEN HEROINA
DOÑA MANUELITA DE ROSAS
Y EZCURRA.
SONETO.

En la amena y feraz tierra Argentina
Muéstrase erguida una gloriosa planta,
Que entre todas frondosa se levanta,
Y su copa del fruto al peso inclina.

Una flor de hermosura peregrina
Mi alma admira tambien, mi vista encanta
Tal es su brillo, su belleza tanta,
Que flor parece de mansion divina.

Sus formas hechiceras son y hermosas,
Cual se ostentan las dichas ilusorias,
Que el alma en vano en realizar se agita.

Esa planta sublime, es el GRAN ROSAS!
Son sus frutos, del Plata las victorias;
Y la flor refulgente, MANUELITA!

Soneto a Manuelita Rosas

Su sentido jurídico

Es preciso insistir acerca de la cultura de Rosas. Todo cuanto hace y escribe con motivo de las diversas cuestiones con Francia e Inglaterra, desde 1843 hasta 1851, revela tanto sentido jurídico y conocimiento del Derecho de Gentes, que no es posible atribuirlo a pura intuición. No falta quien crea que todo es obra del ministro Arana. Pero la correspondencia de Arana con Rosas demuestra que, por lo menos en algunos casos, como en el de la misión Howden-Walewski, Arana no hizo sino cumplir minuciosísimas instrucciones de don Juan Manuel. Está probado que los convenios de ciertos proyectos con las potencias interventoras han sido redactados por él.

Su biblioteca

Cuando se examina el inventario de la biblioteca dejada por Rosas en su casa de la ciudad, y que fuera levantado a raíz de su caída del poder, no queda la menor duda de que es allí donde él ha adquirido su preparación jurídica. Entre sus libros figuran tratados sobre Comercio y Navegación, Derecho Marítimo, Manufacturas. Di-



El antiguo Correo

plomacia, Ciencia del Gobierno, Derecho Natural, Economía Política, Derecho de Gentes, Derecho Público. Hay un *Comentario de las leyes inglesas*, un *Manual del Abogado americano*, el *Código de Comercio* de Francia, un *Código del Derecho de Gentes*, las *Leyes de Indias*, un *Código Diplomático*, el *Derecho Real*, de Alvarez, y un *Manual Parlamentario*. No faltan recopilaciones de leyes: de los Estados Unidos, por ejemplo. Ni colecciones de discursos, como una en veinte tomos. Y hasta tiene una colección de constituciones, en seis tomos.

En materia histórica, la biblioteca de Rosas es importante. Allí están la historia de las Colonias americanas, de los Estados Unidos, de Napoleón, de la Revolución de España, de la Inquisición. La historia patria, como puede imaginarse no está ausente de esta biblioteca. Hay, además de los libros que reedita De Angelis, una *Noticia histórica del Chaco y Bermejo* y una obra sobre la revolución de las Provincias Unidas, que acaso sea la *Historia de las Provincias Unidas*, del Deán Funes.

No menos abundan los libros literarios, los que, como puede juzgarse por los títulos, no pertenecen a su hija. Hay allí las obras de Virgilio, de Horacio, de Quevedo, la Biblioteca de Autores Españoles en seis tomos. Deben recordarse algunos libros de Geografía y viajes, como los del capitán Cook; algunos tratados de Moral, como uno que se titula *Moral aplicada a la Política*; y obras militares, como tratados de táctica, un *Diccionario de Sitios y batallas* y un libro sobre Artillería.

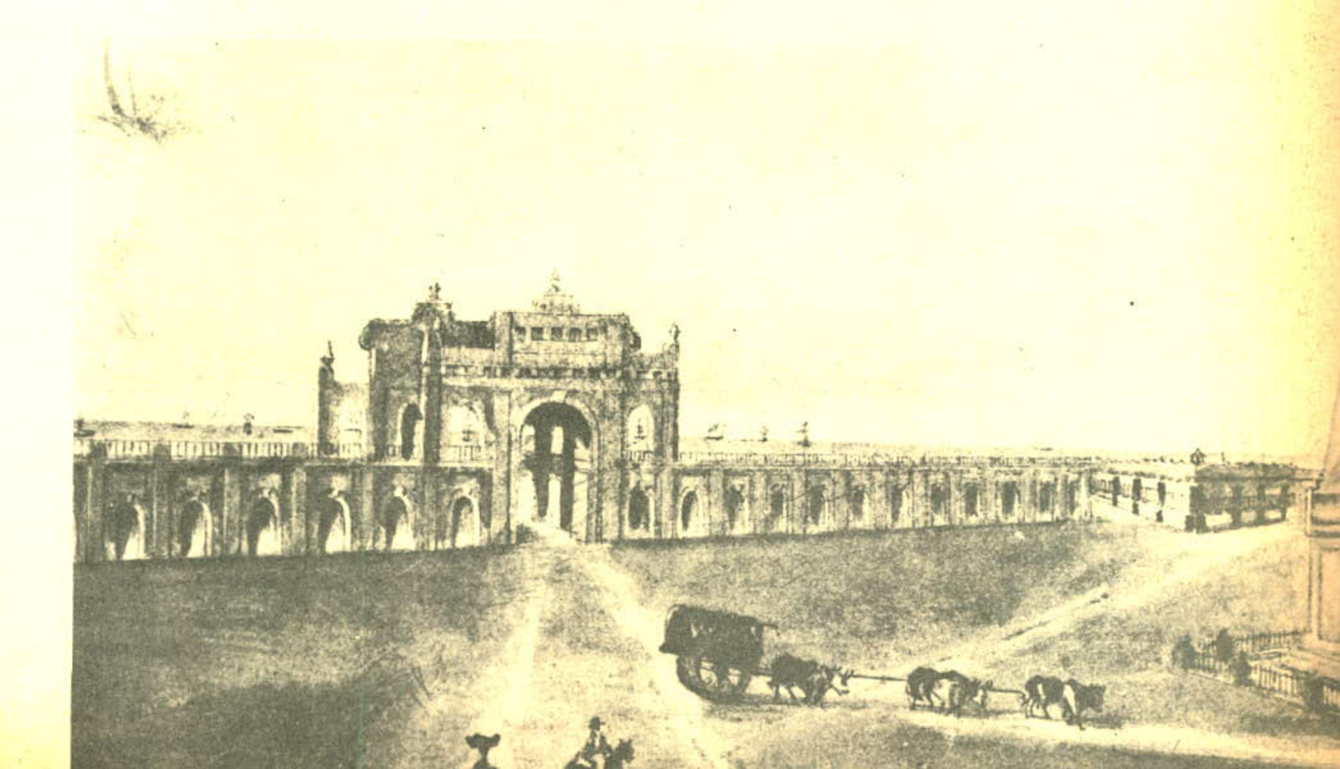
Algunos de estos libros pertenecen a la Biblioteca Nacional, lo que prueba que Rosas los ha pedido para leerlos u hojearlos. No faltará quien argumente que él tiene los libros para ostentar una cultura que no posee. Pero, ¿no es que odia toda cultura? El examen de su biblioteca demuestra una selección. En general, trátase de obras que él necesita como gobernante. De ahí el predominio de los libros de Derecho Internacional y Político y de Diplomacia y Legislación.

Sus virtudes

Entre las virtudes, públicas o privadas de Rosas, la primera es su capacidad para el trabajo. Puede afirmarse, con absoluta seguridad, que ningún gobernante argentino trabajó como él. Despacha personalmente todos los asuntos de la administración y revisa hasta las cuentas más insignificantes. Redacta los borradores de todo papel que sale de su Secretaría, inclusive de las cartas y circulares que firmarán sus edecanes. Sus cartas formarían fácil-

mente más de cincuenta volúmenes. Emplea sus noches en el trabajo, y duerme muy poco.

Su moralidad como gobernante no pueden discutirla sino quienes no conocen su obra. "En la administración del caudal público —dice en uno de sus mensajes— no me considero investido con la suma del poder". Impone en su administración las más perfectas normas éticas. Combate no sólo el crimen sino las malas costumbres, la prostitución, las palabras obscenas, los juegos prohibidos, y hasta la falta de cumplimiento del deber, como en el caso del médico Benito Marcos Arévalo, a quien tiene preso cuatro meses "por ser notoria su falta de asistencia a los enfermos, sin ningún interés por su alivio y curación, llegando a un punto escandaloso su proceder". En el año 37, un joven ha publicado algo contra su propio padre. En el Mensaje a la Legislatura, el Gobernador dice: "Con mengua del honor del país, escándalo de la juventud y ruina de la moral pública, se había visto en varias épocas correr impunemente en esta ciudad libelos de algunos hijos contra sus padres". Informa haber expedido un decreto, en el caso reciente, "reprimiendo la osadía" del mal hijo y "mandándole a un pontón para que recibiese allí la corrección". En su calidad de jefe del ejército, ni en el Norte, ni en el Colorado, ni durante la guerra restauradora, jamás se apodera de los bienes ajenos, lo cual hacen las tropas unitarias. Pide dinero a los vecinos para las necesidades del ejército y les da letras para que las cobren al Gobierno. Y no es menor su moralidad privada. Fuera de unas relaciones sexuales que tiene después de muerta



La antigua Recova



Rosas, ya viejo

Encarnación y de las que se hablará oportunamente, su conducta privada es superior a la de la mayoría de los hombres de su tiempo. Sobre los principios morales de un hombre y su conducta, es buena opinión la de su mujer. Encarnación, al quejarse de los abusos que cometen en su casa los soldados de la escolta, le dice, justificándose por haber intervenido: "Mi conciencia y el saber tu moral, lo que proteges las buenas costumbres, y, últimamente, mi deber, me deciden a esto, como madre de familia".

Talento maravilloso para conocer a los hombres, sobre todo en sus debilidades. Su mirada examinadora –rápida, hurgadora– entra a fondo en las conciencias, las cala. Imposible engañarlo. El pueblo –asegura Ramos Mejía– lo cree "taumaturgo y adivino, un hombre a quien es inútil mentirle". Dominador por placer y por virtud de su temperamento, sabe cómo ha de dominar y tratar a cada cual. No le escribe en el mismo estilo al cacique Cachul que al general Guido, a su fiel Vicente González, el *Carancho del Monte*, que al doctor Tomás Manuel de Anchorena. Sus cartas a Anchorena son respetuosas, modestas y de tono elevado y frases ampulosas. Las cartas a Cachul las puede comprender un niño de ocho años. A ciertos destinatarios de sus cartas que tienen mala ortografía, les escribe en igual forma. Sus cartas están llenas de observaciones verdaderas, y a veces profundas, sobre lo que es la gente, sus malicias y sus pérfidas intenciones.

Otra virtud suya: la sencillez. Suprime su escolta, no usa ninguna insignia de mando, no acepta los títulos que la Sala le otor-

ga, salvo el de Restaurador de las Leyes. En su quinta de Palermo da un lugar en su mesa a todo el que llega; y cuando se come en el patio, permite a todos, inclusive a sus empleados, permanecer con el sombrero puesto. En su deseo de sencillez democrática, decreta que se suprima todo título al dirigirse a él y se le llame *ciudadano*. Y cuando convence al general Lamadrid de que al partir en misión hacia el norte debe llevar a su hijo y dedicarlo a las armas, él, es gobernador de la Provincia, busca una valija, elige un traje militar para el muchacho, lo guarda en la valija y se la manda al Colegio donde está pupilo.



Fructuoso Rivera, presidente del Uruguay

Lealtad: no acepta la paz que le ofrece Rivera, el presidente del Uruguay, por no abandonar al general Oribe. Discreción y moderación en el trato con los demás: no insulta ni "grita" a nadie, salvo a algún secretario o edecán. Generosidad: da su dinero fácilmente a los necesitados y contribuye, con respetables sumas, para la edificación y restauración de muchos templos. Aloja en su casa a los amigos de la campaña, de cualquier condición que sean: así se ve en aquellos versos del diario *El Gaucho*, en que el paisano Pancho Lugares le cuenta a su Chanonga, cómo *el Viejo* le rogó quedarse en su casa. Cuando el incendio de la ciudad alemana de Hamburgo, da tres mil pesos para las víctimas y pide al organizador de la suscripción que lo haga figurar anónimamente como "Un amigo de Hamburgo". He aquí que un joven francés, aspirante de Marina, se enferma en Buenos Aires. Rosas, a pesar de tratarse de un militar de un país que está en conflicto con el nuestro, lo trata con tanta generosidad y gentileza que el padre del joven, el marqués de Besplas, le agradece desde París, emocionadamente, las *innumerables bondades* y las *tiernas atenciones* con que ha colmado a su hijo durante su enfermedad, las que, además de como padre, aprecia también como francés.

Control de sí mismo –indispensable cualidad para un gobernante–, aunque alguna vez se irrite y pierda la línea. Como en una carta al ministro del Brasil, en que enójase con exceso y sin motivo suficiente.

Está dotado del genio de la *organización* y de la *propaganda*. Ya sabemos algo de lo primero. Como propagandista ha sido único en nuestro país. Hace publicar un periódico en *tres idiomas* y lo reparte por toda Europa. Cuando los correos van a salir para las provincias, él redacta unas páginas con las noticias que desea hacer circular y que el correísta lee, ante la reunión de los vecinos que las esperan, en las postas, los ranchoríos y los pueblos. Y el canturreo del nocturno, sereno, con sus arrastrados "¡vivas!" a la Santa Federación, sus "¡mueras!" a los salvajes uni-



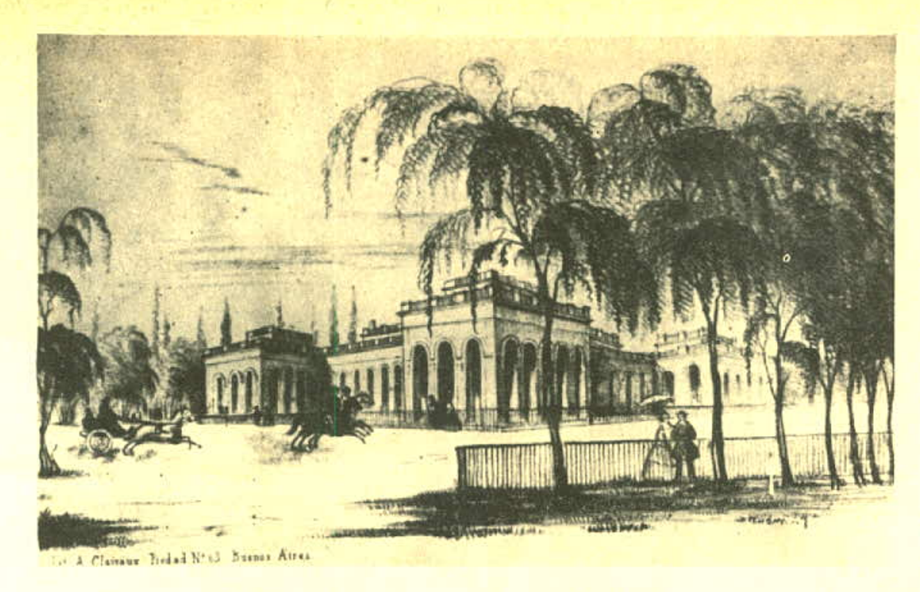
General José María Paz

tarios y el democrático "¡ Vivid, Representación! ", ¿no es un genial rasgo de propaganda para mantener la unidad de los federales y el odio al enemigo?

Detengámonos en la virtud del valor, que sus adversarios le han negado. Ya he referido cómo el ministro de Chile, Pérez Mascallano, lo encuentra solo, una noche. La acera es muy alta. Detrás del ministro caminan dos hombres. Rosas les grita: "¡ Abajo! ", y los sujetos, que acaso han reconocido al Gobernador o que se han sentido dominados, le obedecen. El ministro le manifiesta su sorpresa por hallarse solo, a esas horas de la noche, por un barrio apartado; y él le rehúsa el ofrecimiento de acompañarlo. Guillermo Enrique Hudson, bien documentado siempre y de una veracidad perfecta, dice, en *Allá lejos y hace tiempo*, estas palabras que demuestran no sólo el valor de Rosas sino su interés por el pueblo: ". . . cuando él se disfrazaba con humildes trajes y rondaba la ciudad por las noches, frecuentando los barrios pobres, donde trababa conocimiento con los habitantes de sus ranchos". No hay guardias en su casa, ni en las inmediaciones. El general Paz, su adversario, que, a raíz de su llegada a la ciudad, va a saludarle de noche dice: "No había guardia, no había aparato militar alguno; un zaguán alumbrado con un farol y un hombre que desempeñaba la función de portero; un gran patio sombrío y desierto es lo único que vi". Habla del silencio y lobreguez de la calle, todo lo cual hace posible que cualquiera llegue hasta él y lo asesine. Otra vez, Paz va de día: "el silencio y la soledad de la calle es la misma"; y esto ocurre entre dos formidables conspiraciones. Uno de sus enemigos, Avelino J. Balcarce, que ya está conspirando, escribe el 25 de marzo de 1839: "Rosas estuvo en Palermo cerca de un mes, sin precaución ni guardia ninguna". Y Lamadrid cuenta que, mientras anda a caballo con él, por las inmediaciones de Palermo, y aun en la casa misma, no encuentra ni un soldado. ¿Puede ser cobarde quien se ha formado en la existencia peligrosa de nuestros campos, tratando con indios salvajes y con gauchos malos, domando potros e imponiendo severidades que le exponen a la fácil puñalada vengativa?

Sus defectos

Uno de los defectos de Rosas es la *desconfianza*. Angelis ha dicho: "Era tan desconfiado que me obligaba a devolverle hasta las carpetas insignificantes, dentro de las veinticuatro horas de haberlas recibido. Los enamorados se devuelven los billetes cuando



Palermo, lugar en que vivió Rosas

se pelean; con él no había nada que devolver porque nada se conservaba". Existe una carta a De Angelis, en la que le exige devolverle todas las carpetas contestadas, aunque lo hayan sido con una sola palabra. Abre las cartas para los demás, que son dirigidas por su intermedio. A Anchorena le escribe desde Pavón: "Siempre ando abriendo, distraído, comunicaciones ajenas y por más que me tiro las orejas cada vez que lo hago, no puedo conseguir la enmienda". En el Colorado, le abre las cartas a Pacheco y a otros jefes, fingiendo luego haberse equivocado. Y muchos años más tarde, con motivo de una de las intervenciones franco-inglesas, le escribe a su ministro Arana, sin encabezamiento ni firma: "Remito a V.S. los apuntes adjuntos redactados por el mismo sujeto que habló hoy con el otro". El "*mismo sujeto*" es él, y "*el otro*" es el Embajador Extraordinario de Francia.

Orgulloso, con el orgullo de los fuertes, los sanos, los hombres de temperamento dionisíaco. Y poco fatuo. No se cree un oráculo, si bien es indudable que vive satisfecho de sí mismo y que es un tanto *ególatra*. Aunque nacido antes que Nietzsche, es un nietzschista instintivo. Pero hasta los cuarenta años tiene rasgos de modestia. Recordemos las palabras que le escribió a Guido desde el Colorado, con motivo del silencio de sus amigos a una de sus notas al Gobierno. Al mismo Guido, en otra ocasión: "Dice usted que le escribí de mal humor. No lo recuerdo; pero si algunas veces escribo así, no me haga caso, persuadido de que cuando así hablo es efecto de la confianza, animada de la sincera amistad. También a veces puede parecer que hablo de mal hu-



Vista del Buenos Aires de la época (1887)

mor, y es alguna broma majadera, o sin sal ni gracia". Con motivo de una proclama, se achica así ante su ministro Balcarce: "si algo no estuviese conforme, espero ser dispensado, en atención a que mi carrera ha sido siempre muy diferente, y que constantemente estoy tan abrumado de quehaceres de importancia que le aseguro a usted no me dejan tiempo para pensar". Imposible encontrar cosas como éstas en el don Juan Manuel de su segundo gobierno y los siguientes, después de haber conocido el sabor del endiosamiento. Con la vejez desaparece mucho de su orgullo, si bien conserva siempre su altivez y su dignidad.

Es harto suspicaz. Porque a un jefe le han suprimido su título, poniéndole en el sobre la palabra "señor", le escribe a Guido, como ya he dicho: "Esto me ha sido bien sensible y debo creer que es efecto de algún mal intencionado, con el objeto de ridiculizar los decretos vigentes e ir dando al olvido el cumplimiento". Muchos hombres han sufrido por causa de este defecto de Rosas.

No desdeña el *mentir* como recurso político, a pesar de ser generalmente verídico. También miente por exageración y en su vejez, ya en decadencia mental, por *farfantería*, por valorizarse ante los otros, como cuando, en cierta carta, dice haber reunido para el diccionario de Salvá dieciocho mil palabras. . . Pero no puede ser orgánicamente mentiroso un hombre tan ordenado, minucioso y amigo de la exactitud.

A pesar de su carta al mayordomo, no es comprensivo. No puede serlo un hombre de su temperamento. No se pone jamás en el lugar de los otros. Quien no sale de sí mismo, como en su caso –tal vez por razón de su orgullo–, difícilmente se colocará en la situación de temor, de angustia, de irresolución, por que pasan los demás hombres.

Brutalidad en sus procedimientos, como que hay en él no poco de bárbaro. A pesar de su sutileza dialéctica, no tiene suficiente delicadeza, ni aun con las mujeres. Hace pensar en ciertos señores del Renacimiento italiano, mezcla de aristocracia y de barbarie, de refinamiento y de brutalidad. Sólo es delicado en tratándose de dar dinero. "Era diestro –afirma con verdad Ramos Mejía–, fuera de toda ponderación, para quebrar con él las voluntades, para encontrar las formas de darlo sin herir".

Todo lo exagera: los peligros, las intenciones de sus enemigos, la gravedad de los delitos. Por este camino se va al fanatismo, y Rosas es un fanático auténtico.

Su minuciosidad es más defecto que virtud, por lo menos en el grado en que él la tiene. Pierde el tiempo inútilmente, como cuando se pasa las horas anotando los errores que han salido impresos en *La Gaceta* o en el *Archivo Americano*. Y no son errores de bulto, sino pequeñeces: la palabra "aflicción" tiene "medio" borradas las letras efe y ele; la palabra "de" tiene la e más arriba; en vez de "su patria", ha salido "supatria", todo junto; las iniciales "V.E." están separadas. Y lo hace perder a la administración, como cuando ordena que varios empleados revisen una remesa de ponchos, hilo por hilo, o, en otra de papel, examinen al trasluz hoja por hoja.

Desprecia al hombre, por más que crea amarlo. Ese desprecio parece lógico en quien no tiene espíritu cristiano y es egoísta y orgulloso. Abundantes hechos prueban que poco le importa la dignidad humana, la que muchas veces ha escarnecido o tolerado que otros la escarnezcan. Y es pesimista, pues no ve sino maldades y perfidias a su alrededor.


en esta imprenta darán razon.
d20—tf°

¡ Viva la Confederacion Argentina!

PARA
San Juan, San Luis, Mendoza y los puntos del tráncito.

SALDRA sin falta alguna el 1.° del próximo mes de Enero, la acreditada tropa de carretas de D. Manuel Enrrises. Los Sres. que gusten dar carga ó ir de pasage, pueden ocurrir con tiempo que los precios serán muy equitativos; en la calle del Perú No. 92 encontran con quien tratar.
d20—6p.

¡ Viva la Confederacion Argentina!
¡ Mueran los salvages unitarios!

Aviso comercial, anunciando la salida de una caravana (tropa) de carretas, para carga y pasajeros

Rosas ante la psiquiatría

Desde el punto de vista psiquiátrico, Rosas es un hombre normal. No es loco, ni degenerado, ni chiflado, ni neurasténico. Sus burlas y bromas revelan la originalidad de su espíritu, pero no suponen ningún estado mental patológico.

Existe un estudio psiquiátrico de Rosas, realizado por Ramos Mejía, que era médico y especialista en enfermedades mentales.

Obra de juventud, el autor la rectificó en buena parte, escribiendo el magnífico *Rosas y su tiempo*. El *monstruo* de la obra juvenil se convierte, en el libro de su madurez, en un hombre lleno de virtudes domésticas: buen hijo, buen padre, buen amigo. Demuestra que fue un administrador honrado de los dineros públicos, un creyente y un patriota. Ramos Mejía imaginaba haber hundido a Rosas; pero su discípulo predilecto, psiquiatra, historiador y sociólogo como él, José Ingenieros, le dijo que *Rosas y su tiempo* significaba la apología de don Juan Manuel.

No es posible tomar en consideración la obra juvenil de Ramos Mejía. Sus deducciones médicas se basan en las calumnias de José Rivera Indarte –de cuya moral habla el propio Ramos Mejía en *Rosas y su tiempo*– y en libracos de historietas canallescas como el conocido *Diabluras de Rosas*. Muchas anécdotas proceden de hechos ciertos; pero desfigurados, agrandados y aviesamente interpretados. Esto les ocurre a todos los dictadores. Como no permiten la libertad de la prensa, ni aun de la expresión oratoria, la gente se venga mediante el chascarrillo maligno y el cuento obsceno. Son el *desahogo* lógico de la necesidad que tiene el hombre de manifestar su comentario o sus críticas, son el desquite del que está *impedido de hablar*. Venganza de la debilidad contra la fuerza. Así ha ocurrido siempre. Los perfectos y perversos dísticos latinos de Sannazaro contra los *tiranuelos* italianos de su tiempo, equivalen a los chistes y cuentos contra Stalin, única forma en que puede, hoy por hoy, ejercerse la oposición en Rusia.

Carretas preparadas para salir en caravana, en lo que llamaríamos hoy una estación terminal





Concentración de carretas, esperando carga

Para juzgar a un hombre psiquiátricamente no hay mejores documentos que sus cartas, cuando son innumerables y espontáneas. Las de don Juan Manuel —no me refiero a la letra sino al texto— no revelan ni siquiera la menor rareza o extravagancia, salvo las de su vejez, en las que se advierte decadencia mental. Si fuese un degenerado o un anormal, las cartas lo patentizarían. Ya he dicho cómo son ellas y todos sus documentos en general: sobrios, objetivos, bien pensados, claros y correctamente escritos y, muchos de ellos, de poderosa fuerza dialéctica.

Lo único que se advierte en sus cartas es temperamento *obseso*. Cuando Rosas toma un tema, no lo suelta fácilmente. Vuelve y vuelve sobre él hasta el cansancio. Pero esto no significa un estado mental anómalo. Trátase, en realidad, de asuntos muy graves, y en esos tiempos no existe el telégrafo, ni es fácil enviar mensajes. Y no olvidemos tampoco que el insistir mucho sobre ciertos temas forma parte de sus hábiles procedimientos políticos.

Semejanza con otros dictadores

Rosas no se parece a casi ninguno de los hombres de poder que ha habido en el mundo. No pertenece al tipo sombrío, como Felipe II o el doctor Francia; ni al sibarita, que oprime al pueblo y vive regaladamente, como los Luises de Francia o algunos emperadores romanos; ni al gran señor que se rodea de filósofos y



Manta de Manuelita Rosas primorosamente bordada

literatos, como Dionisio de Siracusa; ni al gobernante dinámico, que se afana en obras de progreso y aun en conquistas territoriales y empresas guerreras como Pedro el Grande, Hitler o Mussolini. Don Juan Manuel sólo tiene parecido con Luis XI, el creador de la unidad francesa, de la Francia, mejor dicho, y con tres dictadores americanos: Carlos Antonio López, Diego Portales y Gabriel García Moreno.

Ya he dicho algo sobre su semejanza con Luis XI. Agregaré algunas cualidades que Augusto Bally, biógrafo de este rey, encuentra en él y que también tiene Rosas: la inteligencia extremadamente concreta, que se adhería a la realidad viviente; su gusto por los bufones; el mostrarse simpático y generoso con los hombres del pueblo; su buen humor, a veces cruel; su maestría para conducir y *embrollar* las más sutiles negociaciones; el sentido del absolutismo y el de la grandeza de su patria.

Se parece a López en su afición a lo burlesco, en su antipatía hacia lo extranjero, en su sentido territorial del patriotismo, en su escaso amor a las obras del progreso. En el gobierno de Rosas como en el del dictador paraguayo, ha habido algo de estático, más en el del segundo que en el de Rosas. En los dos hombres hay algo de *chabacano*, como el recibir en calzoncillos a ciertas personas. Ambos carecen de *elevación espiritual*, si bien Rosas la alcanza algunas veces. Los dos tienen rarezas, sin ser locos ni siquiera chiflados. López, presidente de una república, le deja el gobierno a su hijo; y Rosas piensa dejárselo a su hija, si bien luego olvida su proyecto. Ambos son, al par que *demócratas, antiliberales* y *antiintelectuales*. Y ambos han buscado el afecto del pueblo.

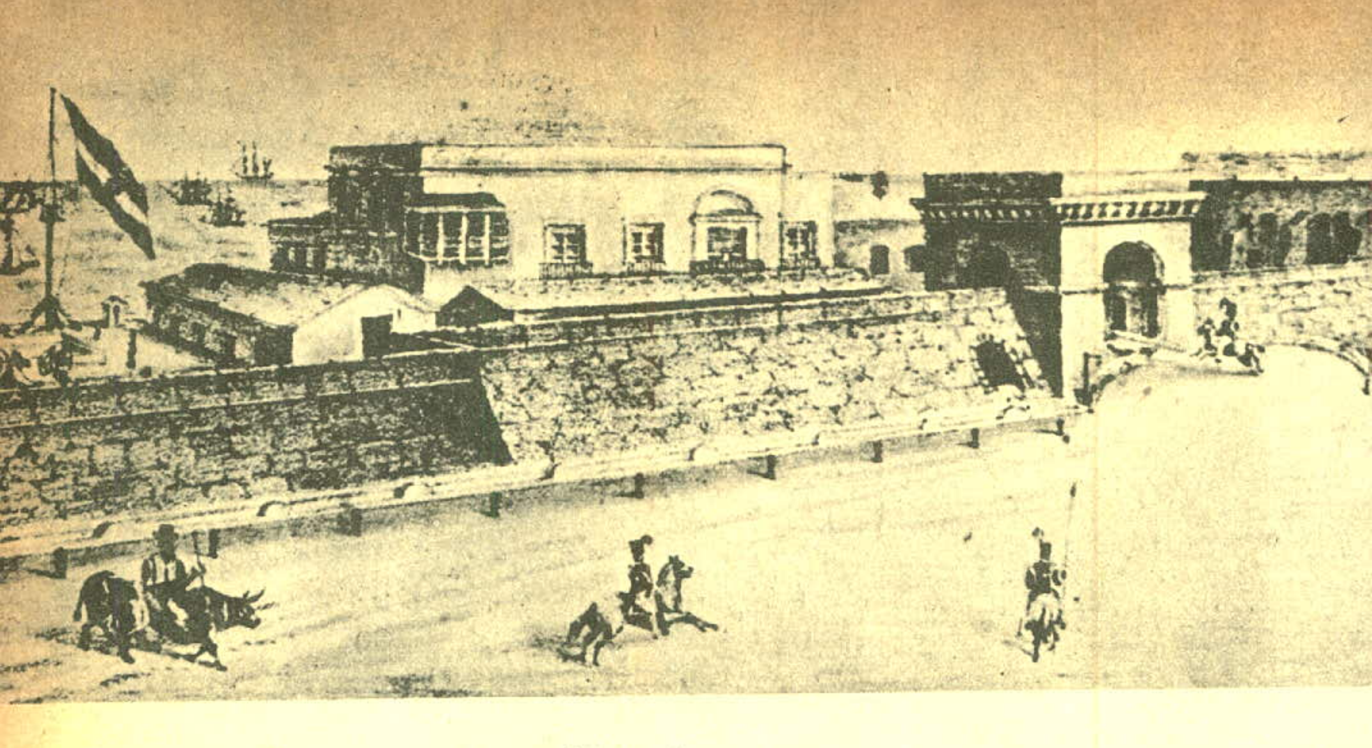
Portales, como Rosas, es de origen noble, e intuitivo y realista en política. También hace bromas pesadas. Odia a los ideólogos y es odiado por ellos, exactamente como Rosas. La acción de ambos es *antiologárquica*, como que se apoya en el pueblo y se dirige al bien del pueblo. Portales, es atacado de igual modo que Rosas. Repitamos que así como del Restaurador dicen los unitarios que provoca el conflicto con Francia por aumentar su poder, a Portales le acusan de provocar la guerra con Santa Cruz para deshacer el ejército, enviándolo a morir en los desiertos del Perú. Rosas y Portales tienen la pasión del orden y el mismo concepto de la sanción contra los que lo alteran. El dictador chileno también doma potros y gusta de los bufones. Su mejor biógrafo dice: "se rodeaba de una servidumbre de tontos, a quienes hacía zapatear zamacuecas o pelear entre sí chismeándolos. En Santiago, sentaba a su mesa a otro imbécil". Ya he citado la frase de Portales: "si mi padre conspirara, a mi padre fusilaría", que pudiera

haberla dicho Rosas. En ambos hay una concepción romana del Estado. Si Rosas, sin carecer de buenos sentimientos, es implacable para aplicar los castigos, de Portales dice su biógrafo: "la dureza del estadista es reflejo del concepto de la sanción y no de los sentimientos". Portales también ha sido incomprendido. Un ilustre pensador y político chileno le escribe a Vicuña Mackenna, autor de una biografía de Portales: "Pervierte usted el juicio público, y presenta como grande a un pillo". Portales es, como Rosas, sencillote, gusta de lo popular y de lo populachero, es bastante mal hablado y abunda en chabacanerías. Y en fin, ambos terminaron con el caos interno.

Entre Juan Manuel de Rosas y Gabriel García Moreno hay dos características comunes a ambos: la preocupación de hacer obra católica y el concepto de la sanción. Este concepto que, como lo he dicho, también lo tiene Portales, se manifiesta en el argentino y en el ecuatoriano en las fórmulas casi idénticas que conocemos. Más notable, por su rareza, es la preocupación *católica y moralizadora*. García Moreno, que en sus últimos años alcanza un altísimo grado de virtud y de *religiosidad*, está más dentro del catolicismo que don Juan Manuel, como que es un creyente profundo, sincerísimo y sabio. Pero eso de hacer rezar a los ejércitos, de mandar decir misas por los soldados que mueren, de imponer la pena de muerte a los que se burlen de las imágenes religiosas o blasfemen, todo lo cual hace Rosas, solamente García Moreno, en América y en todo el mundo moderno, ha podido también hacerlo.

Subasta de esclavos en Brasil





Fuerte de Buenos Aires

Grafología y fisiognomía

La letra de Rosas confirma las características de su espíritu, que nos han revelado sus hechos y sus cartas.

La grafología nos dice que Rosas no es loco, sino, al contrario, muy equilibrado, y que es también egoísta. Tiene los rasgos evidentes del espíritu simplificador, los de la rapidez mental, los de la energía y los muy cargados de tinta que revelan *brutalidad*. Sus eses mayúsculas, entre otros pormenores, muestran su sentimiento artístico. Ahí están, en diversos rasgos, su desconfianza excesiva, su imaginación, su *austeridad* y honradez y su cordialidad. Encontramos en su letra la jovialidad de que he hablado; y hasta el gozo del vivir, lo que acaso no confirmen los datos que poseemos hasta hoy. Y si todo lo *calcula*, como parece, también sería cierta su *infatuación*.

Una de las notables características mentales de Rosas es su lógica poderosa, la ordenación y el encadenamiento de sus ideas. Pues esto también lo revela su letra, en las palabras que se unen unas con otras, en las curvas de ciertas letras que van a unirse con otras letras anteriores. Y su orgullo típico se ve en esas mayúsculas enormes, harto desproporcionadas en relación a las demás letras.

La *fisiognomía* también ratifica las observaciones esenciales sobre el carácter de Rosas. No hay retrato suyo que no muestre su frente vertical; y la frente vertical, como dice Jean des Vignes Rouges en *Les Révélationes du Visage*, atestigua obstinación e in-

teligencia positiva. También muestran todos los retratos su nariz grande, bien saliente, afilada y correcta, lo que revela un carácter emprendedor, curioso, activo, intuitivo. "En general –dice aquel autor– una gran nariz saliente es el indicio de una personalidad poderosa". No es necesario tener la ciencia de un *fisiognomista* para saber lo que significan los labios delgados, casi cerrados, como los de Rosas: circunspección, minuciosidad, fanatismo, autoritarismo, austeridad, vigilancia de uno mismo, espíritu calculador "que sabe frenar sus impulsos instintivos". Si los labios son muy apretados y hasta crispados –como puede verse en el retrato del pintor francés Raymond Quinsac Monvoisin, existente en el Museo Nacional de Bellas Artes, y en el atribuido a Fernando García del Molino, existente en el Museo Histórico–, significan un carácter enérgico, firme, duro, y un temperamento poco expansivo; todo lo cual sabemos que tiene Rosas. ¿Y qué decir de su barbilla saliente y huesuda, que aparece en todos los retratos? Eso demuestra la iniciativa en el orden de la acción, energía, valor, voluntad, firmeza, carácter *dominador* y espíritu de organización.



Un gran hombre

En resumen, Juan Manuel de Rosas es un hombre de una naturaleza compleja y rica. Tiene aptitudes variadas. Las más notables son el genio de la organización y de la diplomacia. Esto último procede de su finísima astucia gaucha, en lo que es inalcanzable. Ya veremos cómo esta astucia, ayudada por su lógica y su firmeza, le permitirán vencer a diplomáticos que son considerados entre los más eminentes de su tiempo. Y todo esto, sin estudios ni siquiera secundarios.

Es, pues, Juan Manuel de Rosas un temperamento de excepcional fuerza. Y un temperamento desbordante de carácter, de originalidad. Y típicamente argentino, a pesar de su rareza; pues si no ha existido entre nosotros otro hombre con el extraño conjunto de sus cualidades, no cabe negar que esas cualidades se encuentran, aunque dispersas, y en menor grado, naturalmente, entre los hijos de los pampas.

¿Podemos considerar a Rosas como un gran hombre auténtico? Hay dos maneras de serlo: por el valor de la persona y por las circunstancias en que el destino lo ha colocado. El valor de Rosas, sobre todo si recordamos su carencia de estudios, es muy grande. No es un espíritu de alta calidad, ni un espíritu profundo. Rosas no tiene esa especie de grandeza. Pero no sólo

consiste la grandeza en la profundidad del alma ni en su calidad. También puede consistir en la fuerza de la voluntad, y Rosas es un gran hombre por su voluntad. Hudson dijo: "Tal vez fue el más grande de cuantos alcanzaron el poder, en ese Continente de repúblicas y de revoluciones".

También las circunstancias en que le colocó la Providencia han contribuido a su grandeza. Eso les ocurre a la mayor parte de las figuras eminentes de la política y de la guerra. San Martín y Belgrano, ¿qué hubieran sido de haber andado por la tierra en los tiempos coloniales o hacia 1880? Probablemente, nada más que estimados burgueses. Pero el talento de Beethoven, del Dante y de Dostoievski no dependen de las circunstancias. Rosas en engrandecido por la atroz anarquía que le precedió y que él suprime, y por las injustas agresiones de Inglaterra y de Francia. Todo se reúne para encumbrarle. Llegará un momento en que su nombre represente la conciencia de América, los derechos y la independencia de América. Rosas, puede afirmarse, es un auténtico gran hombre. Sus hechos sangrientos no disminuyen su grandeza, como no disminuyen la de Napoleón o la de Felipe II, y ni siquiera la de Robespierre, los hechos sangrientos que estos grandes hombres cometieron. Guillermo Enrique Hudson opina lo mismo. Cree que ciertos hechos de sangre "no afectan mucho la cuestión de Rosas como gobernante, ni disminuyen o rebajan el lugar que debe ocupar en la Historia".



Soldado en descanso, "mateando"

NOTAS AL CAPITULO

A este cabal retrato de don Juan Manuel de Rosas, que ha inteligenciado Gálvez, quizá resulte de interés agregarle algunas opiniones de quienes trataron al hombre en distintas épocas de su vida.

La primera corresponde a John Murray Forbes, representante norteamericano en Buenos Aires, y se remonta a 1829, cuando el Restaurador tiene 36 años: "Rosas difiere de cualquier cosa conocida entre nosotros, ya que él debe su gran popularidad entre los gauchos al hecho de haberse asimilado casi totalmente a su manera singular de vida, su indumentaria, sus trabajos. . . Es sumamente suave de maneras, no hace ostentación alguna de saber, pero toda su conversación trasluce un excelente juicio y conocimiento de los asuntos del país y el más cordial y sincero patriotismo. Sus modales exteriorizan una atrayente modestia, acompañados sin embargo de esa natural desenvoltura que es común a la gente de este país" ("Once años en Buenos Aires. Crónicas diplomáticas").

Otra data de 1847 y se debe al inglés William Mac Cann, andariego comerciante que recorriera estas tierras entre 1842 y 1852, dejando escritas sus impresiones en "Viaje a caballo por las provincias argentinas". De allí intersacamos: "En la casa del general Rosas se conservaban algunos resabios de usos y costumbres medievales. La comida se servía diariamente para todos los que quisieran participar de ella, fueran visitantes o personas extrañas: todos eran bienvenidos. . . El general raramente concurría . . . Su vida era de ininterrumpida labor: personalmente despachaba las cuestiones de Estado más nimias y no dejaba ningún asunto a la resolución de los demás si podía resolverlo por sí mismo. Pasaba de ordinario las noches sentado a su mesa de trabajo; a la madrugada hacía una ligera refacción y se retiraba a descansar. Me dijo una vez doña Manuelita que sus preocupaciones más amargas provenían del temor de que su padre se acortara la vida por su extremosa contracción a los negocios públicos. Mi primera entrevista con el general Rosas tuvo lugar en una de las avenidas de su parque, donde, a la sombra de los sauces, dis-

currimos por algunas horas. . . Su rostro hermoso y rosado, su aspecto macizo (es de temperamento sanguíneo), le daban el aspecto de un gentilhombre de la campaña inglesa. Tiene cinco pies y tres pulgadas de estatura y cincuenta y nueve años de edad. Se refirió al lema que llevan todos los ciudadanos: " ¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios! ", y me dijo que lo había adoptado contra el parecer de los hombres de alta posición social, pero que, en momentos de excitación popular, había servido para economizar muchas vidas.

El trato del general Rosas era tan llano y familiar, que muy pronto el visitante se sentía enteramente cómodo, y la facilidad y tacto con que trataba los diferentes asuntos, ganaban insensiblemente la confianza de su interlocutor. El extranjero más prevenido, después de apartarse de su presencia, debía sentir que las maneras de este hombre eran espontáneas y agradables. . . Mientras nos paseábamos por los corredores del patio, vino doña Manuelita corriendo hacia su padre, y rodeándole el cuello con sus brazos, le reconvino cariñosamente por haberla dejado sola y por quedarse hasta esas horas en el frío de la noche."

Alfred de Brossard, diplomático que acompañara al conde Waleswski en la misión francesa arribada a Buenos Aires por 1847, época de Lord Howden y el conflicto anglo-francés con la República Argentina, lo vio así: "El general Rosas es un hombre de talla mediana, bastante grueso, y dotado de un gran vigor muscular. Los rasgos de su fisonomía son proporcionados: tiene la tez blanca y los cabellos rubios; en nada se asemeja al tipo español. Al verlo, diríase más bien un gentilhombre normando. Hay en su expresión una extraña mezcla de astucia y de fuerza; de ordinario mantiene un gesto apacible y hasta suave, pero por momentos la contracción de los labios le da una singular expresión de dureza reflexiva.

Se expresa con gran facilidad y como un hombre perfectamente dueño de su pensamiento y de su palabra. Su estilo hablado es muy desigual; tan pronto usa términos escogidos y elegantes, como cae en la trivialidad. Es posible que entre por algo la afectación en esta manera de expresarse . . . Sería imposible reproducir en todos sus aspectos esta conferencia que se prolongó por espacio de cinco horas. Rosas se mostró en ella, por momentos, como un perfecto hombre de Estado y, según el caso, como un particular afable, y también infatigable dialéctico y orador vehemente y apasionado. Representó, a medida de las exigencias y con rara perfección, la cólera, la franqueza, la bonhomía. Es comprensible que, visto cara a cara, pueda intimidar, seducir o engañar".

El propio Rosas se describe a sí mismo en 1866: "No estoy encorvado. Estoy más derecho, mucho más delgado y más ágil . . . No me cambio por el hombre más fuerte para el trabajo y hago aquí, sobre el caballo, lo que no pueden hacer ni aun los mozos. Tiro el lazo y las bolas como cuando hice la campaña a los desiertos del sur en los años 33 y 34 . . . Me falta un poco de pelo al frente. Las patillas que uso —del todo blancas— son las mismas, casi, con que vine en el 52". Se refiere a su llegada

a Inglaterra. "Eso de las barbas como de cinco o seis días, es cierto, pues por economía solamente me afeito cada ocho días. Y por la misma necesidad de economizar lo posible, no fumo, no tomo vino ni licor de ninguna clase. No tomo rapé ni algo de entretenimiento. Mi comida es la más pobre en todo. Las espuelas que siempre tengo puestas no son muy grandes . . . Nunca uso zapatos. Lo que siempre he usado y uso son botas".

Don Manuel Gálvez señala otras opiniones en el capítulo XXI; la del poeta Ventura de la Vega y la de Juan Bautista Alberdi. En el capítulo siguiente agrega el juicio de Ramón Guerrero, el magistrado chileno que visitara a Rosas en Europa por 1866.

Por nuestra parte anotamos la descripción de Ernesto Quesada hacia 1873, cuando el Restaurador orillea los 80 años, en la nota 1 del Capítulo XXII.



Guillermo Brown. Almirante argentino, el más famoso de los marinos que intervinieron en la lucha de la Emancipación Americana, nombrado por Oribe jefe de la escuadrilla para defenderse de Rivera que tenía la suya.

CAPITULO XIV
EL ATROPELLO DE FRANCIA

La Argentina de 1838 no puede soportar un largo bloqueo. El país sólo produce lo suficiente para comer. De Europa viene lo que necesitamos para vestirnos, salvo los ponchos y otros tejidos; para construir las casas y amueblarlas; para cultivar el espíritu; para curar los males del cuerpo. El gaucho puede vivir en un ranchito y alimentarse con un zoquete de carne. Pero no el hombre de las ciudades. El bloqueo puede traer la miseria, la desesperación y la muerte. Lo saben nuestros enemigos. En 1840, el ministro Thiers dirá en la Cámara de Diputados de Francia que el bloqueo "reducirá a una enojosa situación, a una situación casi desesperada, a los habitantes de Buenos Aires".

El bloqueo

Ha comenzado el martirio de los argentinos. Ni vendrá de Europa lo necesario para vivir, ni el Gobierno, suprimidas las entradas de aduana, podrá pagar a los empleados, ni comprar armas, municiones y caballos para el ejército que combate contra Bolivia. Habrá que alcanzar la sobriedad del gaucho. Pero la patria se mantendrá libre. Juan Manuel de Rosas va a defenderla con uñas y dientes. Preparémonos para asistir a su obra maestra, a la mayor de sus grandezas. Sólo su poderosa energía, su patriotismo, la dureza de su mano, su genio organizador y su finísimo talento diplomático pueden realizar estos milagros: vivir sin recursos, aplastar a los traidores y a los débiles que no soportan las privaciones, y vencer a la primera nación del mundo.

¿Cómo recibe el ánimo de Rosas la noticia del bloqueo? Con indignación y con resolución de resistirlo. Se sobrepone serena-



Luis Felipe,
rey de Francia

mente a todos los peligros y acepta el duelo. Y como conoce, desde 1829, las maquinaciones de algunas cortes europeas contra las naciones americanas, sabe que este atropello de Francia es una agresión contra la independencia de América. La causa argentina es una causa americana.

Los unitarios –incomprensivos, como todos los fanáticos de una doctrina– imaginan que a Rosas le place el conflicto, y aun que él mismo lo ha provocado, para aumentar su poder, vengarse a gusto y ejercer a mansalva su barbarie ingénita. No piensan que para él esta lucha puede resultar una catástrofe. Su patria corre el riesgo de ser arruinada y perder su independencia; y si alguien la ama es él. Y él mismo puede perder su prestigio, el gobierno, sus bienes y su propia vida. Un cobarde o acomodaticio, sin fe en sí mismo ni en su pueblo, sin confianza en la justicia, cedería. Pero Rosas no cederá. El cree en la justicia humana y en la justicia de Dios.

Cómo encara la falta de recursos

Apenas comenzado el bloqueo, encara, enérgica y rápidamente, el problema de la falta casi absoluta de recursos. Reduce el número de los empleados y disminuye los sueldos. El presupuesto de la Universidad, fijado en más de treinta y cinco mil pesos anuales, para 1838, baja a dos mil novecientos; el de la Inspección de Escuelas, de cuarenta mil cuatrocientos sesenta a dos mil trescientos. Economiza cuatrocientos mil en el de Gobierno. Suprime el presupuesto a la Casa de Expósitos y a los hospitales.

No las escuelas ni la Universidad, como mienten sus adversarios. Lo que desaparece es la gratuidad de la enseñanza. Cada alumno pagará una cuota proporcionada, hasta cubrir el presupuesto del establecimiento. El que no pague será despedido; y sólo en caso de no reunirse la cantidad necesaria se cerrará la escuela. "¡ Odio a la cultura! ", declamarán sus enemigos. No, sino necesidad de existir y de ser libres. Más importa la independencia que el saber. Un siglo después, todos opinamos como Rosas. Pero los unitarios de su tiempo creen que la cultura es más necesaria que la independencia.

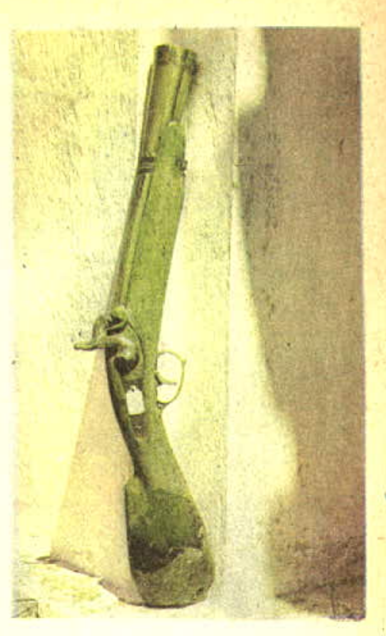
Para la enseñanza, como para otros renglones de la administración, Rosas cuenta con el dinero de los pudientes. Este procedimiento democrático de imponer a los *ricos* las grandes cargas, ya lo ha hecho otras veces, como al empezar la guerra con Bolivia. En los días anteriores a la declaración del bloqueo, ha logrado el mayor éxito: un nuevo *empréstito voluntario*. ¿Ha orde-

nado Rosas secretamente, por medio de sus adictos, que todos contribuyan a costear las escuelas y los hospitales? Sólo sabemos que se reúnen sumas considerables. Algunos entregan una cantidad por una vez. La mayoría se suscribe con cantidades mensuales, semestrales o anuales. En *La Gaceta* publícanse nombres y cifras. Y ningún hospital ni ninguna escuela deja de funcionar un solo día.

No se cierra sino el Colegio de Huérfanos. Los niños no son abandonados en la calle sino distribuidos entre familias de buena situación. El de Huérfanas se sostiene, desde el primer día, con el producto del trabajo de las alumnas y llegará a obtener saldos favorables. Años después, en mejores tiempos, Rosas le acordará una subvención mensual.

La Universidad sigue funcionando normalmente. Lo profesores no cobran sueldo. Si se suprimen cátedras es por no haber quien las dicte. Cuando la situación mejora, la Universidad recibe cortas partidas. El número de los graduados en Medicina que fue de treinta y dos el último año del primer gobierno de Rosas, se reduce a una cifra que varía entre seis y uno por año. En Jurisprudencia, en uno de los últimos años del gobierno de Rosas, se reciben doce. La disminución de los estudiantes se explica. En su mayoría, las familias distinguidas son unitarias o federales enemigas de Rosas, y sus hijos emigran jovencitos al Uruguay o al Brasil.

Los unitarios y sus diversos aliados, culpables directos de que al Gobierno le falten recursos para las más exigentes necesidades, y los falsificadores de nuestra historia, pintan a Rosas como a un enemigo de la cultura, que se aprovecha del bloqueo y de las guerras para suprimir las escuelas y la Universidad y así dominar mejor al pueblo barbarizado[1].



Trabuco, de los llamados "naranjeros", que se conserva en el museo de Dolores

La misión de Cullen

Si el bloqueo es pésimo para Buenos Aires, para las provincias significa la muerte. Los gobiernos de Santa Fe y de Corrientes no creen que el bloqueo sea la guerra; para ellos sólo hay un conflicto entre Francia y Buenos Aires y ansían verlo arreglado. No aprueban a Rosas, que acaba de pedirles su conformidad. No le reconocen atribuciones para proceder sin autorización de las provincias. Y para intentar la solución del "conflicto", va Domingo Cullen a Buenos Aires. Es el ministro de López y representa a Santa Fe y a Corrientes.

Ya está Cullen en Buenos Aires, alojado en el Fuerte. Rosas le



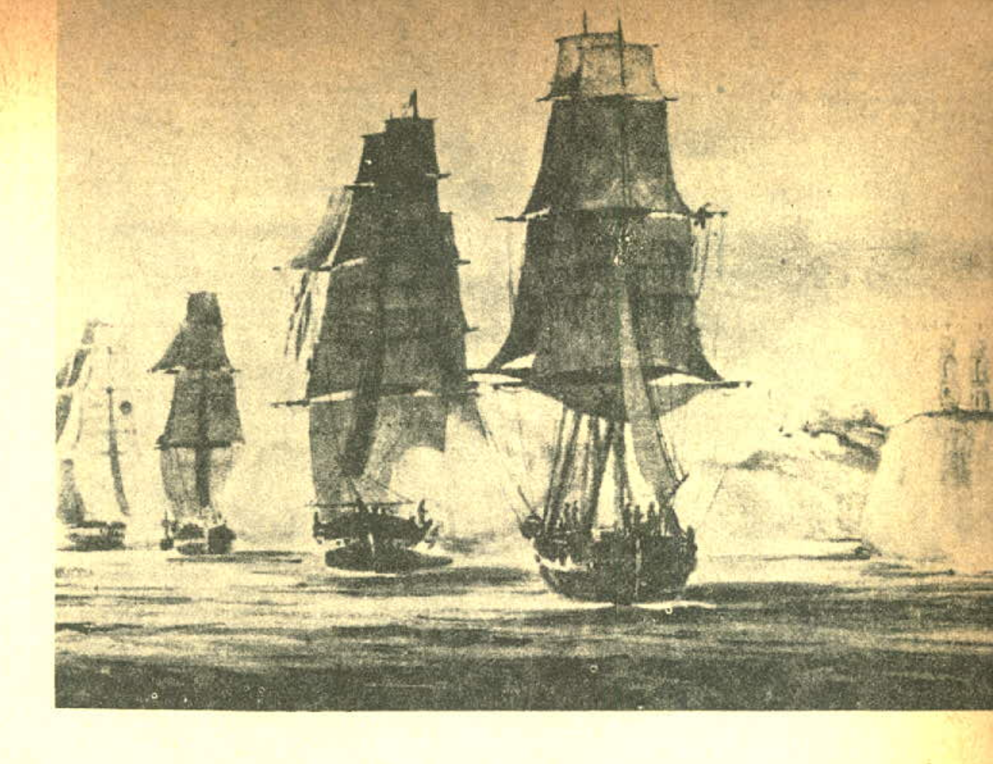
Contra-almirante Dupetit-Thowars, representante de Francia

escribe el 26 de mayo. Sabe que el ministro Arana lo ha invitado para ir esa noche a la comedia. Dejará la visita para el siguiente día o para cuando a Cullen le parezca. Pero si quiere hablar ese mismo día, él, entre siete y ocho, lo recibirá en su casa o irá al Fuerte a encontrarlo.

Cullen, llegado la víspera, ausculta la protesta contra la actitud de Rosas. Los dos meses de bloqueo han quebrantado económicamente a la población. En apariencia nada cambió: el 24 se ha inaugurado el teatro de la Victoria, del que ha sido madrina Manuelita, cuyo cumpleaños se festejaba, y el 25 se han realizado las fiestas oficiales y populares de siempre; pero el comercio se arruina, témese por la ganadería y las industrias, y esa mañana han aparecido en las paredes estos letreros: "¡Viva el 25 de Mayo! ·¡Muera el tirano Rosas! "

Los dos hombres se encuentran. Cullen opina: el conflicto no debe tener carácter nacional, porque lo ha motivado una ley de Buenos Aires, que no existe para las demás provincias. Le pide solucionarlo, en obsequio al resto del país. Y llega su valentía, a lo que parece, hasta expresarle a Rosas que no debe confundir sus atribuciones como gobernador de Buenos Aires con las que le han otorgado las provincias al encargarle de las relaciones exteriores. Rosas rechaza los argumentos de Cullen, y a fe que tiene razón: la nación es una e indivisible, de modo que la agresión a una parte del país es una agresión a todo el país; y el bloqueo es un acto de guerra, aunque la guerra no haya sido declarada. La ley origen de la agresión será local; pero la cuestión provocada por el extranjero es nacional, como la agresión. Cullen y sus representados no comprenden que Rosas, si se ha erguido, no es por empeño de enrolar a los franceses en las milicias sino porque no quiere que Europa nos trate como a un pueblo de negros. El pensamiento de Rosas, altivo y enérgico, puede concretarse así: "Envíe Su Majestad un representante con poderes suficientes y haré un tratado, pero no cederé a las imposiciones de un tinterillo del consulado y del jefe de una escuadrilla, porque no lo permite la dignidad nacional".

Entonces Cullen comienza a hacer gestiones secretas ante los agresores. Se siente animado al observar que mucha gente, hasta federales de categoría, desean que el gobierno transija. Esos estancieros *ricachos*, entre sus intereses y la dignidad de la patria, prefieren sus intereses. En la Sala, a la que se ha dirigido el Gobierno para pedirle declarar que él defiende "la dignidad, la soberanía y la independencia del país", Cullen oye palabras adversas a la opinión de don Juan Manuel. Uno de los que organizaron la Revolución de los Restauradores dice: "Puede haber defectos en



La flota francesa pasando frente a Rosario, el 19 de abril de 1840.

el modo de pedir, pero la solicitud de los franceses, en substancia, es justa". No comprende este hombre que la cuestión no reside en el fondo, sino en la insolencia e injusticia del *modo*, y que es un extraño modo de pedir el de amenazar y hacernos la guerra. Otro diputado reconoce que entre los amigos del Gobierno hay descontento por la continuación del bloqueo. Y otro se compadece de las provincias, que deberán sufrir por una ley de Buenos Aires. Entre estos hombres incomprensivos, y aun ingenuos, pues no ven lo que oculta la *agresión imperialista* de Francia, sorprenden las palabras de don Nicolás Anchorena, hermano del ex ministro: "la causa que actualmente sostenemos es la de *toda* la Confederación, es la de *todas las repúblicas americanas*, porque se trata de "repeler una nueva colonización", que sería "más irritante e ignominiosa que la española".

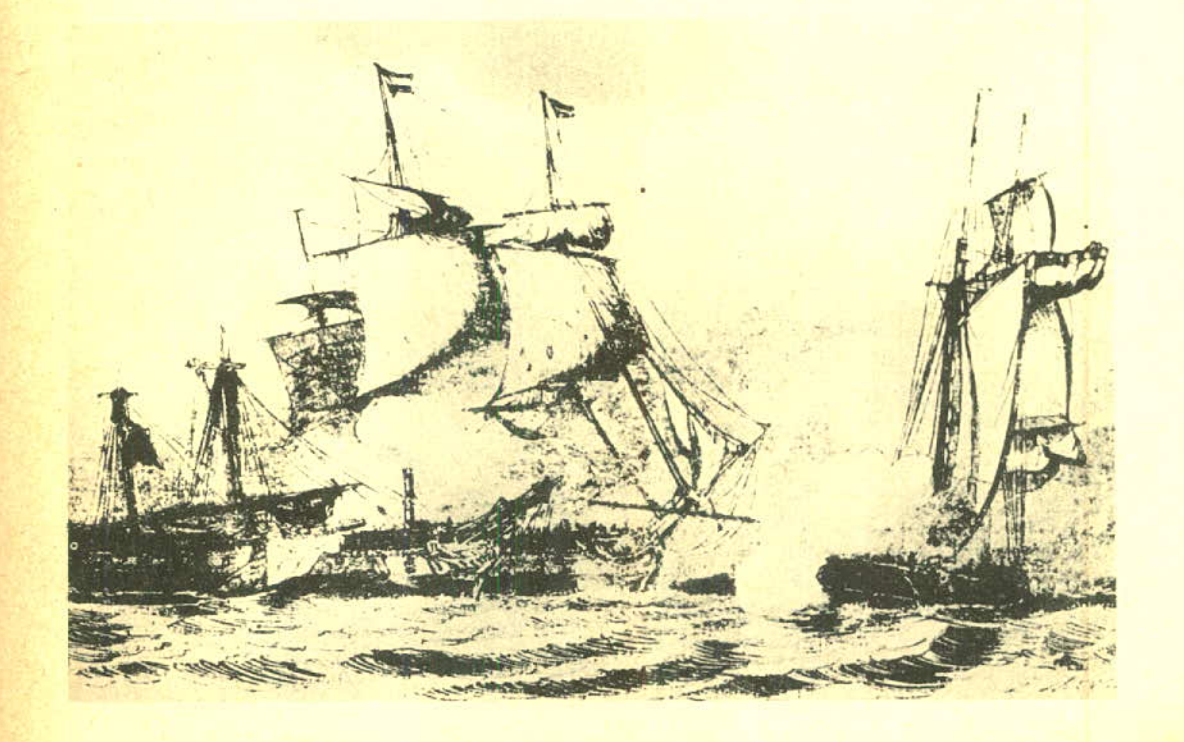
Visita Cullen al ministro inglés, Henry Mandeville, y al Cónsul de los Estados Unidos, para que intervengan, y luego al jefe de una escuadra norteamericana, que ha llegado el 4 de junio. Este marino se entrevista, a bordo de un bergantín francés, con el comandante que reemplaza a Leblanc, ausente por esos días. El comandante accede a levantar el bloqueo provisionalmente, siempre que Rosas suspenda la ley sobre servicio militar a los extranjeros. Estamos en lo mismo. Esa actitud equivale a decir: "Aparto el revólver de su pecho si usted consiente en lo que le exijo". El cónsul americano, esa misma noche, comunica la noticia de que considera ya resuelto el conflicto. Pero Rosas, cuando Cullen se la lleva, se enfurece. Le exaspera, con razón,

que otro se inmiscuya en la dirección de las relaciones exteriores. Hay en Cullen y en sus defensores póstumos una confusión: una cosa es que las provincias puedan legislar sobre lo que quieran, y otra que cada una arregle sus conflictos internacionales por sí misma, prescindiendo de la autoridad nacional, única que debe entenderse con los gobiernos extranjeros. Rosas, en su altivez y patriotismo, se indigna contra los malos argentinos que desean ver a la patria sometiéndose a las exigencias de un empleadito consular y de un jefe de escuadrilla. En Cullen explícase la falta de patriotismo nacional: español de origen irlandés, formado en Montevideo, llegó siendo ya hombre a Santa Fe, a la que mucho quiere. Pero no puede sentir la patria grande.

Para mayor desgracia de Cullen, el 19 le llega la noticia de haber muerto en Santa Fe el gobernador Estanislao López, el 15 de ese mes de junio. Le han nombrado para reemplazarle, y, dolorido y acongojado, parte hacia allá. También para Rosas es un gran dolor la muerte de su viejo amigo, el patriarca de la Federación. Los unitarios, que de todo aprovechan para calumniarle, aseguran que ha hecho envenenar a López. Hoy, un siglo después, ni los mayores enemigos de Rosas lo creen. Está probado que López murió de tuberculosis pulmonar, contraida el año 25, en una expedición contra los indios del Chaco; y el médico de Rosas, el doctor Lepper, que atendió a López, es un profesional respetadísimo, que años después será agregado a la Legación Británica.

Momentos de inquietud para Rosas: las provincias, salvo Entre

Grabado en el que se reproduce una batalla naval, en la que la flota francesa, obtiene algunas ventajas frente a la marina argentina



Ríos, no han contestado a su comunicación del bloqueo. En junio, con el pronunciamiento de la Sala de Buenos Aires en favor de su política internacional y la adhesión de Entre Ríos, dirígese a los demás gobiernos. Los felicita por la resolución de Buenos Aires, y a cada uno le dice que los restantes sólo esperan los documentos que él les envía para declarar, con interés y calor patrióticos, su anhelo de que el encargado de las relaciones exteriores, "sosteniendo nuestra libertad, soberanía y honor nacional", no dispense "ni aun el sacrificio de nuestras vidas, haberes y fama". Lejos de ser esto verdad, los gobiernos contrarios al mantenimiento del bloqueo han estado a la expectativa; y si ahora, temerosos y arrepentidos, van a decidirse a aprobar a Rosas, es por la muerte de López, en quien han creído tener un jefe, y por el fracaso de Cullen, cuyas gestiones no han ignorado. Rosas declara a los gobernadores su resolución de "no retrogradar ni una sola línea". Y con ardiente patriotismo, agrega que prefiere perecer antes que aceptar el baldón "que recibiría nuestra cara patria después de tantos sacrificos, tanta sangre argentina derramada y tan heroicos esfuerzos en la honrosa lucha de nuestra Independencia". Y termina con estas palabras, que revelan su comprensión profunda del momento histórico y del significado de su actitud: "Debemos mirar como verdadero enemigo de la Confederación al que quiera despojarnos de la grande e inmortal gloria que nos prepara, en los fastos de la historia del Nuevo Mundo, esta ocasión que nos han dado el cónsul y el contraalmirante francés, de inmortalizar el nombre de los argentinos".


Soldado del cuerpo de los Patricios

Tentativa de revolución

A fines de mayo, ha estado a punto de producirse un levantamiento contra Rosas. No existen sino los datos que da el historiador Adolfo Saldías. Los letreros aparecidos el 25 de Mayo tienen relación con la intentona. Ese día, Anchorena le ruega a Rosas no salir: una partida lo espera para asesinarlo. El 30, en la Sala, va a estallar un movimiento. Trátase de desaprobar a Rosas y de que la barra produzca un gran tumulto, mientras, en las inmediaciones, las tropas del general Vidal apoyarán la revuelta. Créese que el general Mansilla, cuñado del Gobernador, dirá las palabras iniciales. Pero nada ocurre. Sólo la barra grita y protesta, por lo cual se la amenaza con desalojarla. Los grupos callejeros son disuletos por la Policía. Las tropas de Vidal no aparecieron.



Toro traído de Europa, para mejorar nuestro ganado por la cruza con animales de raza

¿Ha existido este conato? No es extraño que los ricachos y estancieros que forman la Sala, inclusive los íntimos de Rosas, se expresaran privadamente con indignación. El bloqueo los perjudica y para ellos el patriotismo no existe cuando están de por medio sus bienes. A Rosas también le perjudica el bloqueo –tampoco él puede vender al exterior los productos de sus estancias–, pero esto no influye en el gobernante y en el patriota. No es de creer en un verdadero intento revolucionario. Rosas hubiera fusilado a alguien. Sólo se explicaría su exagerada benevolencia suponiéndosele sin poder bastante como para imponerse. Si algunas personas de las clases distinguidas le han retirado su apoyo, él sabe que cuenta con el pueblo y con el ejército. Hombres que le responden ciegamente, surgidos casi todos del pueblo, ocupan las comisarías de la ciudad y de la campaña, los juzgados de paz y los puestos directivos en el ejército. Cualquier alzamiento sería aplastado rápida y violentamente. No obstante, es indudable que han corrido rumores alarmantes y que él se ha preparado. En una carta del 11 de mayo que publica en Francia *Le Journal du Havre*, he encontrado estas palabras: "La noche anterior toda la policía ha estado en movimiento por orden de Rosas. Se teme de un momento a otro una conmoción".

Negociaciones

Con la iniciación del bloqueo no terminan las negociaciones. Cinco días después, Arana dirige al almirante una nota. El ministro le enseña al marino que el bloqueo es "acto de soberanía y fuera de las atribuciones del comandante en jefe de una escuadra, cualquiera que sea su fuerza y el poder de la nación a que ella pertenezca". Le observa carecer de la "investidura que el uso común de las naciones prescribe en casos de tan grave importancia", pues a pesar de que el almirante *dice* que procede por órdenes del Rey de los franceses, el Gobierno argentino "no puede persuadirse que el bloqueo se encuentra explícitamente comprendido entre esas órdenes"; lo que equivale, con buenas palabras, a tratarlo de mentiroso o de audaz. Con toda la razón del mundo, Arana arguye diciendo lo fastidioso que sería si cualquier general o jefe de escuadrilla "tuviese el derecho de hacer justicia de un Estado, de decir si la nación a que pertenece tiene justo motivo de queja contra la otra, si ha llegado el caso de hacer uso de la fuerza"... El derecho de declarar el bloqueo, en este caso, sólo corresponde al Rey de los franceses, "al que V.E. no representa, no siendo sino un guerrero". Le reprocha: haber declarado el



Así desembarcaban los pasajeros en el puerto de Buenos Aires, por el año 1845

bloqueo sin tener una idea precisa de la cuestión provocada por Roger, a quien el almirante concede un carácter diplomático que no tiene; suponer rechazadas las demandas aún no discutidas; atribuir al Gobierno violaciones de derecho que no han existido, y ataques contra franceses, desmentidos por los hechos, por la seguridad en que viven y por la confianza que los retiene en la República, "a pesar de la ansiedad que la extraña declaración de V.E. ha debido producirles". Considera ilegítimo el bloqueo. La Francia no ha declarado la guerra. Las hostilidades de la escuadra bloqueadora "son contrarias a las reglas de la justicia". Es poco digna la conducta de Francia, nación que fue "magnánima y generosa", y tanto más chocante cuanto que ataca a un estado naciente.

El mismo día que su ministro apabulla al almirante, mostrándole su ignorancia, su pobreza mental y su arbitrariedad, y sin abandonar por un instante su actitud correcta y aun cortés, Rosas le escribe personalmente. Como Leblanc, en una de sus notas de marzo, dijo que el Gobierno agrega "la ironía a la malevolencia" al afirmar que ningún interés francés se halla atacado, mientras detiene a varios franceses en las cárceles o en la milicia, Rosas le informa que en las cárceles sólo hay dos franceses: un marinero condenado por asesinato el año anterior, y Pedro Lavié, *"vivandero"* en uno de los cantones de la frontera de la Provincia, procesado por infracción de disposiciones vigentes sobre la disciplina y buen orden de las tropas, *ladrón confeso* de cantidad de pesos a su patrón y presunto de serlo de otras sumas", sen-



Juan Manuel de Rosas en un motivo de la época

tenciado a prisión por seis meses que vencen el próximo 15 de abril. En el ejército y en la milicia hay cinco voluntarios y un oficial y otro que, el año 35, fue aprehendido en la campaña, por vago. Con ironía, refiriéndose al marinero asesino y al vivandero ladrón: "Yo no puedo hacer a V.E. la enorme injuria de que a estos criminales se refiera cuando me dice que detengo en las cárceles a los compatriotas de V.E.".

El almirante es rabioso, poco discreto y nada inteligente. Desea, sin embargo, ser amable. Encabeza su carta a Rosas, del 12 de abril, con la palabra "Excelencia". Considera que Rosas ha borrado ya dos de sus reclamaciones por medio de "hechos cumplidos recientemente": la *libertad de Lavié* y el haber salido de las milicias los dos franceses que se habían allí enrolado *contra su voluntad*. No le queda sino pedir "garantías contra el retorno de actos que podrían renovarse". Reclama –¡un jefe de una escuadrilla! – que se suspenda la ley sobre el servicio militar de los extranjeros y se trate a los franceses como a los súbditos de la nación más favorecida, hasta que se firme un tratado; y que se reconozca al gobierno francés el derecho de reclamar indemnizaciones en favor de los franceses que hayan sufrido injustamente por actos de las autoridades argentinas. Con cándida inocencia exclama: "¿Qué cosa más justa y más moderada que este pedido, y cómo se pretendería rehusarlo? ". El almirante procede con la terquedad que da la fuerza, pues él mismo reconoce, en esa carta, que no adopta "el papel de un agente diplomático, encargado de discutir principios de política o de alta adminis-

tración". Ni representa al Rey ni tiene poderes para tratar, y hace reclamaciones y decreta el bloqueo contra una nación amiga . . . Advierte que se está extralimitando: declara que no se encierra "en las órdenes y las instrucciones" que tiene para "intervenir en todas las circunstancias en que el interés o la seguridad de nuestros connacionales podrían exigirlo". ¡ Preciosa declaración! Esto quiere decir que, no oficialmente, pero sí en secreto, está autorizado para atropellar; y que él no se limita a estas órdenes e instrucciones, que, sin duda, le parecen vagas. Y tratando de ser amable, ofrece una corbeta para que vaya a Francia el representante argentino que haya de discutir el tratado.



Pero lo estupendo es que el gobierno francés tolera en el Uruguay lo que rechaza en la Argentina. El 31 de enero de 1838 el conde Molé, Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, le ha escrito al cónsul en Montevideo reconociendo la conveniencia de no oponerse al servicio militar de los franceses en esa ciudad. Después de manifestarle su complacencia de que el presidente Oribe haya dejado sin efecto una resolución dictada durante su ausencia, agrega que si el servicio exigido a los *carniceros* se reduce en adelante "a mantener el orden y la tranquilidad en el edificio que ellos ocupan, así como en las calles adyacentes, cuando la capital se halle desprovista de fuerzas necesarias para su defensa, y si en el caso de un ataque exterior este servicio no cambiase de naturaleza, se podrá considerarlo, en efecto, como puramente *municipal*".

Rosas le contesta el 26 de abril. No es por las reclamaciones del almirante que la situación de los franceses se ha solucionado. Lavié fue sentenciado en última instancia el 21 de marzo, con anterioridad al bloqueo. No ha retirado a franceses de la milicia. No hay francés alguno destinado al servicio de las armas. La cuestión con el *almirante* –Rosas no dice *con Francia* sino con V.E."– ya no es, pues, sobre agravios a franceses ni violación de derecho alguno de Francia. "Es –dice Rosas– sobre pretensiones que, siendo efecto de un tratado, el Gobierno argentino puede expedirse sobre ellas con la misma libertad que cualquier otro, según convenga a sus intereses y sin que su negativa pueda ser un motivo justificado para hostilizarlo". En otras palabras: tratándose de una materia que sólo puede ser considerada en un convenio, el Gobierno, mientras no se firme ese convenio, tiene derecho a proceder como quiera. Don Juan Manuel insiste en sus amistosas disposiciones. Está decidido a entrar por las vías diplomáticas, de acuerdo con el derecho de gentes, apenas el almirante abandone su actitud y el Gobierno tenga la libertad necesaria "para que la razón, y no la fuerza, conduzca al esclarecimiento



General Manuel Oribe, defensor de Montevideo, vencido por Rivera a quién ayudan los franceses

de los derechos". Y agradece que le haya ofrecido la corbeta.

Razón y lógica están de parte de Rosas. Leblanc se reconoce sin atribuciones diplomáticas y procede como si las tuviera. Reconoce que sus reclamaciones son materia de un tratado, y las presenta e insiste en ellas violentamente, antes de que *exista* el tratado. Quiere un tratado, y, para obtenerlo –cosa nunca vista en el mundo–, bloquea y amenaza. Hay en Leblanc, aparte de una gran ignorancia en materia de derecho internacional, la torpeza y el cinismo de la *fuerza*. Pero no se siente seguro, y manda a París a Roger.

Rosas le ha puesto banderillas de fuego. Con rabia, y mostrando su falta de razón, el almirante contesta el 5 de mayo. Suprime el encabezamiento "Excelencia" Dice que la liberación de varios franceses del servicio en las milicias y la salida de Lavié de la prisión son hechos reconocidos por el gobierno de Buenos Aires. "Ellos han existido, por vuestra orden han cesado. La consecuencia simple y natural es que pueden reproducirse". Y porque *pueden* reproducirse, exige garantías y declara que continuará el bloqueo. Asombra la falta de lógica y la estupidez de este hombre, que persiste en un acto de guerra, en virtud de sucesos que aún no han acontecido. Afirma que él no cambia la cuestión y que sus pretensiones no son de aquellas que sólo puedan considerarse en un tratado. Si el Gobierno le rechaza su carácter legal para discutir, "nada más razonable"; pero se engaña –le dice textualmente, con cinismo– si cree posible extender esta *prohibición* a su derecho de intervenir cuando el interés o la seguridad de sus compatriotas lo exijan. Asegura que todas las naciones ejercen ese derecho. No se equivoca en esto el almirante. Es el derecho del *fuerte* para atropellar al *débil*, el derecho que, un siglo más tarde, Rusia ejercerá en Finlandia y que en 1838, en esos mismos días en que el almirante exhibe sus arbitrariedades y sus rabietas. Francia está ejerciendo en Méjico. Y Leblanc se va furioso a Río de Janeiro y deja la escuadra a un capitán, con el encargo de no levantar el bloqueo hasta que sus exigencias no hayan sido atendidas.

Rivera vence a Oribe

En Montevideo sigue gobernando, con honradez y eficacia, el general Oribe, cuyo partido, nacido el año anterior, ahora, por el color de la divisa, llámase *blanco*; o *blanquillo*, según los riveristas, los cuales dícense *colorados*. Pero aquello no impide que avance hacia la capital el ejército de Rivera, compuesto por ar-

gentinos, orientales y brasileños de Río Grande del Sur. Para conseguir esta adhesión brasileña, don Frutos ha firmado el escandaloso convenio del *Cangue,* mediante el cual se ha comprometido, a cambio de la ayuda contra Oribe, a favorecer a los voluntarios riograndenses, y, para garantizar esta alianza, a conquistar la presidencia del Uruguay, a imponer un sucesor *adicto* que a su término se la transmita, a ejercerla de nuevo, y a imponer otro sucesor no menos adicto, y así, indefinidamente, mientras convenga a los intereses políticos de los *riograndenses* . . .

El 22 de junio ha ocurrido algo trascendental: Rivera ha derrotado al Gobierno en la batalla del *Palmar*. Se prevé su caída. En su situación desesperada, Oribe envía a Buenos Aires a un sobrino suyo, para que pida auxilio a Rosas. El sobrino espera ocho días y no logra la audiencia. Entonces, Oribe manda a una persona importante, que tiene parentesco con Anchorena. Estos pedidos de auxilio demuestran que no existe alianza entre Oribe y Rosas, como pretenden los unitarios y los franceses para justificarse. La respuesta de Rosas es negativa. Quiere permanecer neutral, no agravar la situación con Francia, que, por entonces, en julio, ya empieza a entenderse con Rivera. Por medio de los cónsules de Francia y de Inglaterra, Oribe hace a don Frutos proposiciones de paz, pero el vencedor del Palmar exige su renuncia. Baradère informa a su gobierno con estas palabras significativas: "He sido impulsado por el deseo de reservarle a Francia, como Inglaterra ya lo tiene –se refiere a la inexistente *garantía británica* por la independencia del Uruguay, según el tratado de 1828–, un derecho de intervención y, por consiguiente, de influencia en los asuntos de este país".

Vista de Montevideo, desde el campanario de la antigua iglesia del Reducto





Otra pose de Oribe, a quien atacaban los franceses, buscando un punto de apoyo (Montevideo) para mantener el bloqueo al Río de la Plata



Emblema Oriental

Los franceses contra Oribe

He aquí el más temible enemigo de Oribe y del Uruguay, Francia, que no puede continuar el bloqueo sin una base en donde apoyarse. Thiers, cuando sea jefe del gobierno francés, lo dirá en la Cámara de Diputados: "Si los marinos hubieran estado en la imposibilidad de echar el ancla en alguna parte, de abastecernos en algún sitio, el bloqueo se habría hecho tan difícil que no se habría podido continuarlo". Y en procura de ese lugar en donde echar el ancla, en donde divertirse un poco y amar un poco –sin lo cual no vive un francés–, los bloqueadores van a realizar estas iniquidades: inmiscuirse en las luchas políticas internas del Uruguay, ahondando la separación entre los orientales; suprimir la libertad y autonomía del gobierno de Montevideo; y dividir a dos pueblos hermanos, arrojándolos al uno contra el otro. ¡Y por intereses mercantiles, si no de brutalidad imperialista!

Su primera tentativa es ante Oribe, y fracasa. A Oribe no lo compra nadie. Quiere ser neutral. El consentir en las exigencias francesas le atraería la guerra con la Confederación Argentina. Thiers dirá: "Oribe nos acogió muy mal". Y entonces Francia –Thiers no dice "el cónsul", ni "el almirante", sino *Francia*– comienza ahostilizar a Oribe, lo cual basta para dar "una gran fuerza a Rivera".

El 28 de julio el almirante comienza a redactar su "diario". Y en ese día escribe unas líneas que ilustran sobre la táctica imperialista. El ministro de Marina le repite palabras del de Negocios Extranjeros, y parece decirle, según Leblanc: "Adivine lo que debe o lo que tenga que hacer, según la frase que, sin cambiar ni omitir nada en ella, le transcribo; proceda en seguida como lo entienda; yo me lavo las manos; si su conducta es reprochada, el reproche le quedará, y, si es aprobada, es incontestable que yo tendré en ello todo el mérito, porque usted no habrá sido guiado sino por mis sabias instrucciones". Está muy claro. Si el atropello sale bien, todos contentos; y gloria para el Rey, para los ministros y para la Francia. Si sale mal, se le echa la culpa a los ejecutores materiales.

Fracasa Zelarrayán

En esta orilla no permanecen inactivos los unitarios. Hombres de palabra y de pluma, seductores y proselitistas tenaces, perturban fácilmente a los criollos sencillos e ignorantes que caen bajo su acción. Por obra de esos corruptores, Rosas pierde a algunos de sus fieles. Ayer fue el teniente coronel Miguel Miranda. Hoy es el coronel Juan Zelarrayán. Los dos le debían todo a Rosas. El los sacó de la oscuridad, los incorporó al ejército, les dio altos cargos. Y lo han traicionado. Estas experiencias van, seguramente, endureciendo el corazón de Rosas.

Zelarrayán, enfermo, ha venido a la capital. En casa de un coronel muy rosista critica duramente al Gobierno. Al querer volver a su acantonamiento, Rosas se lo niega. El se va a Chascomús, y desde allí, el 30 de julio, le escribe a un teniente de blandengues, íntimo amigo suyo. En su carta "reservada y muy reservada", le confía: "El estado del país es un *volcán*, y se lo lleva el demonio, sin remedio. La ciudad y la campaña todo es un descontento general. Yo estoy como una boya sobre el agua; y en un caso apurado, no cuento otro asilo sino usted".

Se ha preparado una vasta conspiración. Del 17 al 18 de agosto debe ser sublevado un escuadrón en Azul y otro en Dolores, y los blandengues en Bahía Blanca. Diversos oficiales levantarán partidas. Se cuenta con los generales Rolón, Alvear y Vidal. Por una carta de un sobrino de Balcarce, que participará el año próximo en la conjuración de Maza, y dirigida a un unitario en Montevideo, sabemos que Vidal, comprometido en este movimiento, le dice a uno de los que lo han preparado: "Hace mucho tiempo que trabajó ese desgraciado Zelarrayán; se hizo

matar de puro atolondrado y todo se perdió". Fue delatado por un sujeto que estaba preso y a quien Zelarrayán había invitado para la revuelta. Rosas dio plenos poderes a este sujeto. Varias partidas salieron en busca del rebelde. En Bahía Blanca, a donde él había ido para sublevar a los blandengues, informaron que huyó. Encontrándolo cerca del Colorado, con dos hombres. Quisieron prenderlo, se resistió y en el combate lo mataron.

Los unitarios consideran a Zelarrayán como una *víctima* de la *tiranía*. Pero, aparte de que murió peleando, ¿dónde deja de ejecutarse a un jefe que intenta sublevarse cuando la nación está en guerra? Rosas es benévolo con los conspiradores, pues a ninguno fusila. Al más importante de los cómplices le conmuta la pena de muerte por la de prisión, con el agregado de que durante tres días pasará dos horas, en presencia del batallón en cuyo cuartel está preso, engrillado, con cuatro centinelas detrás, mirando la cabeza de Zelarrayán, a una vara de distancia. Tremendo y extraño castigo, pero no injusto.



Prototipo del intelectual unitario, obsecado, aristocratizante, y despectivo frente a la "plebe federal"

Alberdi y la Asociación de Mayo

Aquellos mocitos del Salón Literario se han convertido en la *Asociación de Mayo*. Ahora se sienten pensadores, filósofos. Han imaginado una interpretación sociológica de la Revolución de Mayo, que ellos dicen *socialista*, dando a esta palabra el sentido de *social*. Románticos, idealistas y liberales –y efervescentemente ingenuos– creen poder convencer de sus ideas a don Juan Manuel, y el más importante del grupo, Juan Bautista Alberdi, le llama *el gran Rosas*. Pronto, al ver que Rosas no va en camino de establecer las libertades declaradas por la Revolución Francesa, serán sus enemigos.

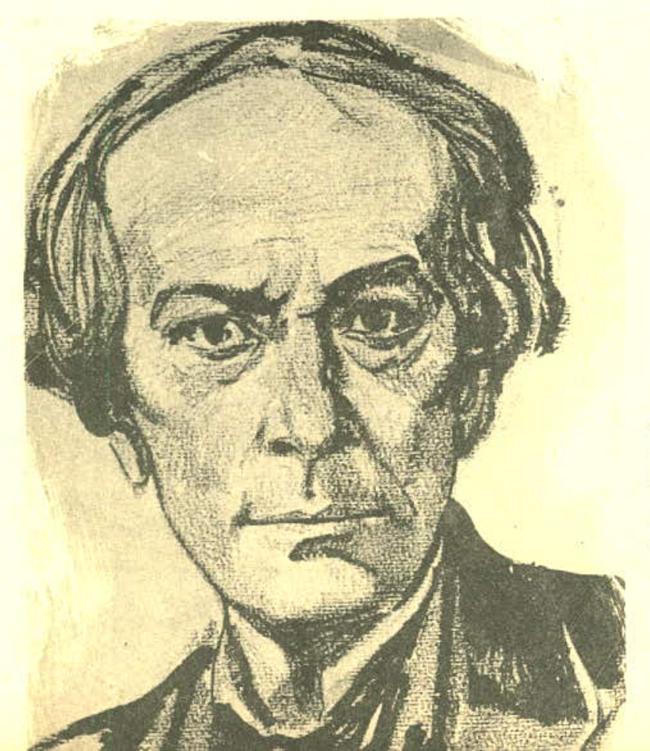
Juan Bautista Alberdi tiene veintiocho años. Es tucumano, y protegido del general Alejandro Heredia. En Buenos Aires frecuentó a Quiroga y recibió su ayuda. A pesar de su cultura filosófica y jurídica, ha fundado, en este año 38, la cursilona revista *La Moda*, en la que publica, además de sus valses, artículos de crítica costumbrista, por el estilo de los de Fígaro y firmándolos *Figarillo*. Ha publicado ese año un *Preliminar del Derecho*, sobre el que Rosas recibe informes "amenazantes" para el autor. Temeroso, le pide audiencia. "Más tolerante que sus consejeros –cuenta él mismo– me dispensó de ella, mandándome palabras calmantes por medio de Mariño".

Estos mocitos de la Asociación de Mayo son europeizantes hasta el delirio. ¿No llega Alberdi a desear que nuestro idioma ofi-

cial sea el *francés*. Lógicamente, simpatizan con los agresores de la patria. Y así, no tarda en desaparecer *La Moda* –todas las modas pasan pronto– y en esfumarse la Asociación de Mayo, si bien un grupo de sus miembros queda unido y alerta, en actitud hostil hacia el Restaurador.

Rosas contra Cullen

Don Juan Manuel conoce bien a Domingo Cullen, que hasta ayer le ha dirigido cartas aduladoras. Una vez le ha escrito, con motivo de la enfermedad de López y de haberle dicho Amenábar que Rosas no podrá seguir trabajando, como lo hace, sin enfermarse: "¡Dios se compadezca de nosotros y nos conceda el don de conservar a las dos únicas columnas en que está apoyado el orden social! ". Pero Rosas cree que, a pesar de estos afectos, el nuevo gobernador de Santa Fe le ha traicionado. ¿No es traición el procurar bajo cuerda un arreglo con el enemigo, prescindiendo de la autoridad nacional, encargada de las Relaciones Exteriores? Rosas no considera –ni tiene por qué hacerlo– que para Cullen los franceses no son con exactitud enemigos, pues él sólo ve un *conflicto* de la intervención extranjera; que Cullen no ha prescindido enteramente de él, por cuanto le ha llevado las bases para el arreglo; y que esto mismo prueba cómo no procedió a escondidas. Pero Rosas, exaltado, violento, no es hombre de matices; y en su suspicacia, va más lejos que las intenciones de los



Juan Bautista Alberdi, jurisconsulto, escritor, poeta, filósofo admirador de la Revolución Francesa. Aunque en su juventud admiró a Rosas, terminó siendo unitario



Escena de campo

otros. El inmiscuirse en la dirección de las Relaciones Exteriores constituye para él un grave delito contra el orden. Y Cullen tiene vinculaciones con los franceses: el representante en Santa Fe, para ciertos asuntos, es Blas Despouys, uno de aquellos por los cuales reclaman el cónsul y el almirante. Y su ministro Manuel Leiva, personaje interprovincial, pues actúa también en Corrientes, escribió seis años atrás —recordémoslo— ciertas cartas adversas a la política de Rosas y que Quiroga puso en manos de don Juan Manuel. Es preciso eliminar a Cullen del gobierno de Santa Fe, piensa Rosas; si no, tenderá sus redes astutas por las provincias, logrará que a él le retiren la dirección de las Relaciones Exteriores.

Y empieza su obra, en cuanto Cullen llega a Santa Fe a fines de junio y renuncia a su cargo provisional. Como la Junta lo elige en propiedad, sublévase en el Sur, desconociendo al elegido, el general Juan Pablo López, apodado *Mascarilla*, hermano de don Estanislao. El gobernador de Entre Ríos, Pascual Echagüe, incondicional de Rosas, también desconoce a Cullen y manda gente a producir disturbios en Santa Fe. Rosas desconoce igualmente a Cullen. En cambio, le envía su adhesión el gobernador de Corrientes, Genaro Berón de Astrada, con quien Cullen, por medio de Leiva, inicia una alianza.

Cullen ve venir su desgracia. Le dirige a Rosas, a mediados de agosto, una carta patética, que revela cómo él no es su enemigo y en la que insiste, valientemente, en su punto de vista. En la esperanza de evitar su desgracia, logra que la Legislatura apruebe la conducta de Rosas con los franceses. No obstante, y con in-

dudable deslealtad, manda a Leiva a Corrientes, que se ha manifestado en igual sentido, para formalizar la alianza contra Buenos Aires.



Mientras tanto, Rosas presiona por todas partes. Cullen, que le teme y es incapaz de resistirle, renuncia, desaparece de Santa Fe y, convirtiéndose en enemigo de Rosas, comienza una hábil y sutil campaña contra él desde Córdoba, primero, y desde Santiago del Estero, después. La junta nombra para reemplazarle a un respetable vecino. El gobernador entrerriano, sin consultar al de Buenos Aires, apresúrase a reconocerlo. Ocurre entonces algo que sólo se explica por la intervención de Rosas. Echagüe manda grupos de hombres cruzar el Paraná, invadir la provincia de Santa Fe y atacar su capital.

¿Por qué Rosas no acepta al sucesor de Cullen? Porque necesita en ese cargo un hombre que le responda en absoluto. La situación es harto grave para permitir allí a una persona vacilante o a un secuaz de Cullen. Rosas quiere ver como gobernador a Juan Pablo López. Mediocre, sin las virtudes de su hermano, salvo el coraje, el ambicioso *Mascarilla* es el hombre que necesita Rosas. Lo apoya, y López vence a las tropas del Gobierno, entra en Santa Fe y se hace elegir gobernador.

Y he aquí que Leiva, ignorando estos sucesos, ha escrito a Cullen, desde Corrientes, cartas comprometedoras para ambos y para Ferré. Juan Pablo López se apodera de esa correspondencia y se la manda a Rosas. Don Juan Manuel hierve de indignación, y le escribe a López que esas cartas "revelan a clara luz el plan feroz del forajido Cullen y de su círculo" y que el nombramiento del anterior gobernador no era sino "obra de los manejos del *gallego* Cullen.

No cabe dudar de la sinceridad de Rosas: cree a Cullen entendido con los franceses. El 3 de octubre escribe al jefe de las fuerzas de San Nicolás unas líneas en las que revela su temor de que Cullen fugue "con algunos lanchones para ganar la escuadra francesa".

Entendimiento de franceses y Rivera

Los franceses, después del rechazo del presidente Oribe, comienzan a entenderse con Rivera, que pronto sitiará a Montevideo. ¿Qué le ofrecen? Desde luego, ayudarlo para voltear a Oribe. Y promesas de dinero, que más tarde se convertirán en una áurea y caudalosa corriente desde la legación de Francia a los bolsillos de Rivera.

El almirante continúa su diario. Agosto. El bloqueo es ilusorio por causa del cabotaje. Carta de Rivera, de adhesión a su persona. Reconoce el raro *talento diplomático* de Rosas. Instrucciones de Francia. El ministro de Luis Felipe cree que con una "sencilla demostración" se obtendrá todo. Pero él, después de cuatro meses y medio de bloqueo, piensa que eso será insuficiente para vencer "la testarudez" de Rosas. 1º de setiembre: "En previsión del paso del estado de simple bloqueo al de hostilidades militares, me parece útil apoderarse de la isla de Martín García".

Por su parte, Baradère está furioso con Oribe, su antiguo ídolo, porque unos cuantos entrerrianos han llegado a Paysandú, lo que prueba, según él, la intervención de Rosas. Y en su botaratería, en la que rivaliza con Roger y con Leblanc, escribe el 15 de agosto a su ministro: "No sé exactamente en qué condiciones ha sido obtenida la intervención de Rosas. Pero si hubiera una sola que lastimara, aunque de la manera más indirecta, los intereses o la dignidad de la Francia, yo me atrevería a tomar sobre mí el hacerle oír al gobierno un lenguaje enérgico moderado, en la certeza, por adelantado, de que no incurriría en la desaprobación de V.E.".

Rosas en Palermo

En esa primavera, Rosas se instala con sus hijos y sus bufones en su quinta del noroeste de la ciudad, sobre el río. Por existir allí una capilla consagrada a San Benito de Palermo, él ha bautizado a su propiedad: Palermo de San Benito.

Firma alógrafa del general Fructuoso Rivera

Dos años, formándola. Todavía el 26 de julio de 1838, en su deseo de agrandarla, el "ciudadano Juan Manuel Rosas", como dice democráticamente la escritura, compra a un vecino unos terrenos linderos, de ocho cuadras cuadradas. Bañados, los sanea con zanjones que sirven de desagües y los rellena con tierra negra, que trae de Belgrano. Hay en la quinta montes naturales de sauces, de miembres, de talas, de otros árboles; sobre todo de naranjos, que él aumenta y cuida.

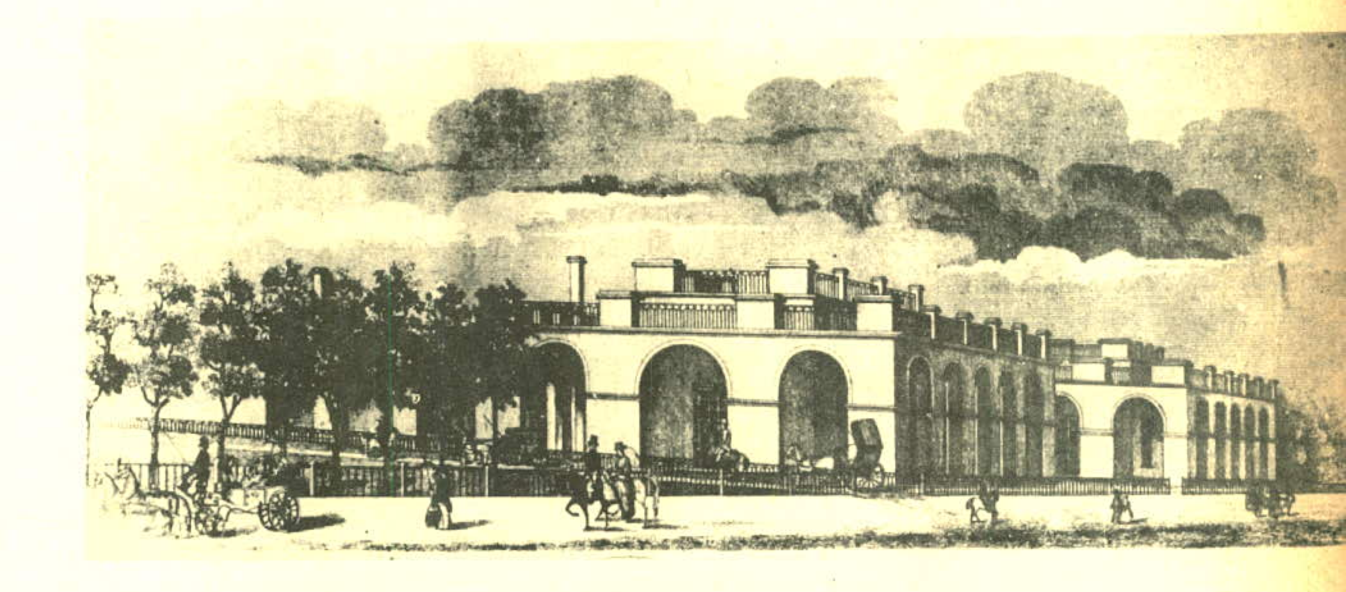
Casa baja, con corredores de arquería y, en cada ángulo recto de los extremos, un baluarte. Salón con muebles de caoba y espejos y arañas de caireles con fanales. Pisos de baldosas. Cielorrasos de mádera, pintados de blanco. En su dormitorio, que mira al río, sólo tiene el Restaurador una cama de bronce, un armario, una "estufa" –ha de tratarse de una chimenea– y, sobre ella, un gran espejo. En medio del cuarto, una mesa para los pa-

peles. En los corredores bancos de caoba, sillones y varias sillas de hamaca. Desde el dormitorio de Rosas, una calle de ombúes se dirige hacia el río. Jardines ricos de plantas y de flores rodean la casa. Al sur, la capilla de San benito. Y un camino orillado de árboles, y de más de una legua, hecho construir por Rosas, une la ciudad con Palermo.

Iniquidades de los franceses

Setiembre: noticias importantes. Una escuadra francesa, que bloqueaba los puertos de Méjico, se apoderó en marzo de San Juan de Ulúa, después de un bombardeo, y obligó al gobierno mejicano a aceptar un arreglo deshonroso. En los mismos días, Francia ejerce violencias contra el Ecuador y se entiende con Santa Cruz para bloquear los puertos de Chile. Cuesta creer que Francia sólo se interesa por la libertad . . .

Otra noticia: el francesito Roger, convertido en cónsul, está de vuelta en Montevideo. Quiere decir que Francia ha oficializado su atropello. Anuncia la llegada de tres grandes barcos de guerra para aumentar la escuadra bloqueadora y trae un ultimátum. Francia exige a Rosas: que exprese sus sentimientos al cónsul por la conducta, "más que inconveniente" –así lo dice Leblanc, en su diario– que se ha permitido a su respecto; que se obligue a pagar las indemnizaciones cuyas cantidades fijará el cónsul y al cual serán entregadas; y que se comprometa, hasta la firma de un tra-



Palermo en la época de Rosas



Residencia de Rosas en Palermo

tado, a considerar a los franceses lo mismo que a los ingleses. Y en fin, el gabinete de París autoriza a Roger a emplear los mejores medios "para probar al general Rosas y a sus conciudadanos que no se ofende en vano a la Francia". El 23 de setiembre, Roger envía el ultimátum a Buenos Aires. Y ese mismo día, Leblanc le escribe a Rivera: "Le he hecho decir que mientras durase nuestra controversia con Buenos Aires, marcharíamos juntos y que yo tomaba su flotilla bajo mi protección". ¡Ya están aliados, pues, Rivera y los agentes de Francia, contra Oribe y contra Rosas!

Ya están aliados. En esos días, los franceses han apresado algunos barcos nuestros y los han vendido en Colonia, donde domina Rivera. Como no pueden venderlos en Montevideo, porque no lo permite el Gobierno, Baradère interpela al presidente Oribe, en una nota de inaudita insolencia, en la que protesta por la compra de buques y armamentos, que a su juicio revela "siniestras intenciones" y le reprocha su "falsa política" y la "política funesta de sus consejeros". Se multiplican las iniquidades de "los representantes de la *libertad* y la civilización". He aquí que Oribe forma una escuadrilla para defenderse de Rivera, que tiene la suya; y entonces Leblanc hace saber al Gobierno, por medio de Roger y de Baradère, que considerará la salida de esos barcos del puerto de Montevideo "como una declaración de guerra a la Francia y que obrará en consecuencia". Y no se detienen ahí sus infamias. Oribe, que acaba de perder tres barcos, sublevados con el apoyo de los franceses, y que no tiene un marino de prestigio, ha nombrado al almirante Guillermo Brown jefe de su escuadrilla.

Brown está fuera de servicio en la Argentina y no es rosista. Leblanc escribe que nuestro héroe del mar "compone su equipo con bandidos, elegidos entre ingleses y norteamericanos", y objeta a Oribe esa designación, que revela sus *siniestras intenciones* y la existencia de una alianza con Rosas. Baradère, con mala fe, acusa a Oribe de sacrificar "los intereses de Francia a los de su enemigo". Desvergonzada e hipócritamente, agrega: "Las represalias son, pues, legítimas, y no tendrá derecho de quejarse si Francia trata también como enemigo a todos los aliados de Rosas y si acepta por aliados a sus encarnizados enemigos". En balde, afirma Oribe que su escuadrilla –media docena de barquitos de cabotaje, armados con cañones viejos–, no atacará a la fuerte escuadra francesa. Leblanc finge creer lo contrario, y el 4 de octubre hace comunicar al Gobierno que la salida de los barcos de Brown será el comienzo de las hostilidades contra Montevideo. Es decir que le niegan a Oribe, gobernante legítimo, el derecho de defenderse contra los rebeldes . . .

La situación de Rosas, que no piensa someterse, es harto grave. Pero como cuenta con el pueblo de Buenos Aires, con la aprobación de las provincias –rotundo triunfo contra las maquinaciones de Cullen–, con la adhesión de las naciones de América y con la simpatía de la prensa de Londres, se siente fuerte. No obstante, como desea evitar calamidades a su patria, pero dentro de su dignidad, propone someter el conflicto al arbitraje de Su Majestad Británica. Demuéstrase conforme sir John Henry Mandeville, ministro inglés en Buenos Aires, quien, según Rosas le escribió a Cullen en abril, "se pronunció desde el principio por la justicia de nuestra causa" y que consideraba la actitud de Leblanc "contraria al derecho de gentes". Mandeville envía a Montevideo el ofrecimiento.

¡Conciliatoria y benévola la proposición de Rosas! ¿No ofrece, además del arbitraje, no exigir el servicio militar a los franceses hasta que el pleito se resuelva, y que el cónsul retorne a Buenos Aires? Roger y Leblanc la encuentran aceptable, salvo en lo de someter al arbitraje la celebración del tratado. El almirante escribe que Francia no puede permitir a nadie ser juez en lo que atañe a su dignidad, a los respetos que se le deben. Ella los pide y se le conceden. Si se vacila, exige, y, en caso de serle rehusado, *obliga:* no puede, sin deshonor, salirse de esta línea de conducta. Así habla el almirante, en este lenguaje de prepotencia brutal.

Todo marcha bien. Roger se manifiesta dispuesto a volver a Buenos Aires. Vislúmbrase el término del bloqueo. Pero Roger, obligado por la alianza verbal, dirígese al campamento de los si-



Emblema Mexicano. México, también víctima del bloqueo a que los franceses sometían a los países de América, en sus ambiciosos planes de colonización.

tiadores, a consultar a don Frutos y a los unitarios. ¿Se regocijan los unitarios de pensar que sus compatriotas van a dejar de padecer? Absolutamente. Fanáticos contra Rosas, rechazan el arbitraje. La paz sería perder el dinero y las fuerzas de Francia, que necesitan para derrocar al Restaurador. Y Roger contesta que sólo su gobierno puede aceptar el arbitraje.

Rosas comprende que no le queda sino luchar. En cartas de esos días, escribe estas palabras de esperanza y consuelo: "Nuestra situación es apurada, pero es la Divina Providencia que quiere premiar nuestros sacrificios, colocándonos a la vanguardia de una cuestión la más gloriosa e importante para todo el continente americano".

Llegada de Lamadrid

Ha llegado, el primero de setiembre, el general Lamadrid. Federal en tiempos de Dorrego, fue, en 1831, segundo jefe del ejército unitario. Al caer prisionero Paz gobernó unos días a Córdoba y ejerció el mando del ejército. Huyó a Tucumán, y, vencido allí por Quiroga, escapó a Bolivia. Desde el 34 está en el Uruguay. Al llegar le ha escrito a Rosas, su compadre, quien no le contesta. Vive en Paysandú y fabrica pan. El 36 le manda a Rosas a su hijo Ciriaco. Tampoco Rosas le contesta, pero le regala trajes y ropas a su ahijado y lo pone en el Colegio de los jesuítas. Tercera carta de Lamadrid, agradeciéndole y ofreciéndole sus servicios. Sigue el silencio de don Juan Manuel, que, poco más tarde, ordena a su representante en Montevideo, entregarle a Lamadrid, cada mes, cincuenta pesos fuertes. ¿Limosna humillante? La generosidad no está en la suma sino en favorecer a un enemigo. Lamadrid escribe una cuarta carta, que no obtiene respuesta. Llega 1838 y comienza el bloqueo. Lamadrid ofrece a Rosas sus servicios "para defender la libertad e *independencia* de mi patria". Rosas no habla. Lamadrid espera una amnistía, y escribe en sus *Memorias*: "Si se hubiese dado, no habría quedado en Montevideo una docena de hombres". Por fin, no puede más y embarca con toda su familia.

Del puerto va a la casa del ministro Arana. Ha venido sin permiso. Quiere ver en seguida a Rosas. Pero él está en Palermo, y habría que prevenirle. Lamadrid ve a su hijo. Su mujer visita a Manuelita y vuelve muy consolada.

Al otro día, él también la va a visitar. Entérase de la enfermedad de Encarnación. Pasan días. Sigue visitando a Manuelita por las noches. El noveno, Arana lo llama. Le reprocha haber ve-

nido sin permiso, pero lo tranquiliza. Lamadrid dedícase a fabricar pan de leche. Y en todo el resto del año no logra ser recibido por Rosas.

Caída de Oribe

En el Uruguay continúan las demasías de los franceses. Como se embarcase un oficial de la escuadra francesa al anochecer, lo que está prohibido, desde el fuerte San José han hecho fuego al bote y dos marineros han sido heridos. El rabioso almirante le escribe a Baradère diciéndole que quiere la guerra si no se le da una satisfacción solemne, pronta, por el *infame asesinato*, y que deja el graduarla a la *indignación enteramente francesa* del cónsul. Y el cónsul, en vez de calmar a ese loco, o de pedir explicaciones al Gobierno, exige a Oribe, el 11 de octubre, revelándose aún más loco: que se den excusas a Leblanc y que el Comandante del Fuerte y el jefe del piquete que hizo fuego sean condenados a muerte y sus cadáveres entregados al almirante en el término de veinticuatro horas.

La alianza de hecho entre los franceses y Rivera es ya bien visible. El cónsul inglés en Montevideo, Tomás Samuel Hood, le escribe el 11 de octubre al ministro en Buenos Aires, Mandeville, contándole que Roger, en una larga conferencia, le ha hablado de "su alianza con Rivera y Cullen" y que en la vanguardia de Rivera los oficiales, dicen: "nuestros aliados los franceses". Pueblos "bárbaros y groseros", nos llama Leblanc. Para civilizarnos, Fran-



Retrato de Manuelita Rosas



Colonia del Sacramento vista desde el río. Acuarela de D'Hastrel.

cia utiliza dos hombres adecuados: el *colla* Santa Cruz y don Frutos. La *Revue des Deux Mondes* elogia a los dos, que a su juicio representan la civilización y la *alta inteligencia* en América. Los agentes franceses envían al ejército de Rivera a algunos oficiales orientales que estaban en Montevideo; roban cuatro cañones de un barco uruguayo y los utilizan contra el Gobierno; cuando las torpas revolucionarias se acercan a Montevideo, los barcos franceses se entienden con los sitiadores por medio de cohetes y de señales luminosas; y hasta llegan a apoderarse de un buque de guerra uruguayo.

¡Y el Uruguay no ha tenido ni tiene cuestión ninguna con Francia! Nada tampoco les ha hecho el gobierno de Oribe a esos hombres injustos y rapaces, que lo tratan como a enemigo. Sus días están contados. Sitiado por agua y tierra, tiene que caer. Y el 23 de octubre, el general Manuel Oribe, héroe de la independencia uruguaya, gobernante ejemplar, incorruptible ante las violaciones de los extranjeros, renuncia a la presidencia. Redacta una protesta y la envía a la Legislatura. Sus enemigos dirán que la escribe en Buenos Aires, bajo la presión de Rosas. Pero el hallazgo de cierto documento, en la propia Legislatura, demuestra la calumnia adversaria.

Al otro día, Oribe y muchos militares y funcionarios se embarcan. Hasta el último instante han de hacer alguna tropelía los franceses. El general Servando Gómez y sus oficiales están ya a bordo de la *Luisa*, de bandera oriental, cuando la marinería francesa los arresta, después de despojarlos de sus armas.

Días después, entra Rivera en Montevideo y asume todos los poderes. Ni la Legislatura ni nadie lo ha autorizado ni el pueblo se lo ha pedido. Ya tiene Rosas instalados enfrente a sus enemigos: Rivera, los unitarios y los franceses. Ahora los representantes de la civilización van a mover al nuevo gobierno uruguayo contra Rosas, contra el hombre que contribuyó a la invasión de los Treinta y Tres, vale decir, a la Independencia de la Banda Oriental.

Toma de Martín García

Poco antes de la caída de Montevideo, dos sucesos de índole bien distinta han afectado extraordinariamente a Rosas.

Toma de Martín García, el 11 de octubre, por fuerzas navales francesas y soldados unitarios y orientales. Los cañones han bombardeado a la isla. Han desembarcado los franceses y los argentinos que sirven al enemigo de su patria. Los defensores han combatido con valor fantástico, y los franceses han tratado como héroes a los sobrevivientes. Los franceses no han tenido ningún muerto y sólo cuatro heridos; los orientales, cuatro muertos y cinco heridos; los argentinos de la expedición doce muertos y dieciséis heridos. Debe suponerse: que los franceses hicieron pelear a los otros a su favor, o que la mayoría de los atacantes eran traidores que servían al agresor[2].



Milicianos de la Banda Oriental.



Juan Cruz Varela, enemigo de Rosas.

El brutal atropello es condenado hasta por los unitarios de Montevideo. Juan Cruz Varela se lamenta en verso de que el *tirano* no sepa "reprimir el vuelo" de la "audacia extranjera" y vengar sus insultos. Echeverría reconoce que casi todos los emigrados, en esta emergencia, están con Rosas. Y Lavalle, en una carta famosa, se alegra de que en Martín García "el honor del pabellón nacional" haya quedado bien, pues el jefe de los defensores de la isla "se ha batido *en héroe*", es decir, como un héroe.

Después de este ataque y de los muertos y heridos de ambas partes ¿puede dudarse que estamos en guerra con Francia? ¿Y no es un derrotista Cullen, que maquina para que las provincias le retiren a Rosas la dirección de los asuntos internacionales? Esta guerra es estudiada como tal en nuestros institutos militares, y como guerra internacional la considera el reglamento número 65 del Ejército. No obstante, aún hoy, en 1940, los fanáticos de las glorias familiares del unitarismo y los falsificadores de nuestra historia afirman que no ha existido semejante guerra.

Muerte de Encarnación

El otro suceso, ocurrido el 20, es la muerte de Encarnación. Hace tiempo que está enferma, pero nadie creyó tan próximo su fin. El jesuíta llamado para que la confesara la encontró en estado comatoso. Rosas la llora sin consuelo. Se encierra con el cadáver. Echa llave a la puerta y atranca el postigo. El hombre recio, el gaucho viril, no quiere que lo vean llorar.

En todas las cartas habla de ella. A Berón de Astrada, ya su enemigo, aunque no declarado: "Esto es verdaderamente cruel, pero así lo ha dispuesto su Divina Majestad, y aunque mi espíritu miserable no puede conformarse, mis sentimientos religiosos lo están, según es mi deber y los dispone nuestra sagrada Religión". A la viuda de Estanislao López escríbele palabras patéticas, de un dolor que impresiona. A Pacheco, "traspasado de un dolor intenso", le dice: "Esa santa era la esencia de la virtud sublime y del valor sin ejemplo". No se ha quejado durante su enfermedad. "Su cadáver parece santificado", comenta, sin duda por no haberse corrompido, lo que se comprobará setenta y nueve años más tarde. "Era la digna compañera de mis cansados días; era mi fina esposa y amiga, y no puedo dispensarme de tributarle a cada instante un profundo respeto a sus virtudes y la gratitud con que la amaba desde los primeros años".

Le hace funerales fantásticos, nunca vistos, que él paga con su



Encarnación, digna compañera de Rosas, quien lloró desoladamente.

dinero, y que le cuestan cerca de treinta mil pesos. Ciento ochenta misas. Los honores militares los ha decretado la Sala y no él. Durante su vida entera le hace decir misas, en Buenos Aires como en Southampton. Y levanta un templo en su honor, el de Nuestra Señora de Balvanera.

Quiere que todos la lloren y lleven luto por ella. Viste de negro a sus criados y bufones. El ejército se enluta con un velillo negro alrededor del morrión o del quepi. El ataúd es llevado a pulso a San Francisco, donde será enterrado, en medio de una calle de tropas a la izquierda y de eminentes federales a la derecha, que se turnan para sostenerlo. Y lo acompaña una multitud de veinticinco mil personas, formidable en la pequeña ciudad de sesenta mil.

En la noche siguiente, en casa del Restaurador, y sin que él intervenga, nace el cintillo federal. No basta con la divisa, que se lleva en la solapa. Los militares quieren llevar, sobre el luto del sombrero, la angosta cinta roja. Se labra un acta, que firman –por los que no saben lo hacen otros– noventa y ocho jefes. Pronto la usarán todos los militares y luego los ciudadanos. No es una marca de Rosas: es una espontánea afirmación de federalismo.

Los unitarios dirán que Rosas no amó a su mujer, que le negó un confesor, que no la acompañó ni un momento y que no la hizo atender por un médico. El 12 de noviembre él le escribe a su médico, el doctor Lepper, agradeciéndole cuanto ha hecho por ella. Lepper –pesemos cada palabra de su respuesta– le dice: "Si algo es capaz de templar de algún modo el acerbo dolor que ocasiona la muerte de la que más se quiere, es el recuerdo de no haberse separado V.E. de su lado noche y día y haber sido cons-



Joyas pertenecientes a Encarnación, esposa de Rosas.

tantemente su más cuidadoso enfermero, hasta presentar el doloroso lance de verla cerrar sus ojos en sus brazos". La calumnia inventa que Rosas, no queriendo que ella se confesara –se confesaba siempre, aunque no con mucha frecuencia–, para que no revelase sus crímenes, llamó al sacerdote cuando estaba muerta, y que, para simular la confesión, puso su brazo debajo de la cabeza del cadáver y la hizo mover. Esto lo habría contado Juanita Ezcurra, hermana de Encarnación; pero años después de la muerte de Rosas, cuando tenía entera libertad de hablar, solicitada por un historiador para referirle con exactitud lo ocurrido, declaró ser absolutamente falso cuanto dijeron los enemigos de Rosas.

Juan Manuel ha quedado solo. Encarnación fue la única persona que lo comprendió. Amó con pasión a su "compañero" y su *amigo*, calmó su fiereza y puso un poco de ternura en su vida. Le queda a Rosas, Manuelita, a la que adora. Pero Manuelita, por su juventud y su condición de hija, no podrá ser persona de consejo para Juan Manuel. Con Encarnación, él ha perdido, sentimental y políticamente, un insubstituible tesoro. En los años trágicos que sobrevendrán, Encarnación hubiera aquietado y humanizado la implacable, la tremenda justicia del dictador.

El día de la muerte de Encarnación ha ocurrido algo que, aunque aparentemente secundario, es de capital importancia. Reunión de la Sala. Apruébase una comunicación al Gobernador. Comienza diciendo ser notorio que él trabaja de noche, sin que nadie guarde su persona. Su casa "tiene todas las puertas abiertas" y su seguridad reposa en la confianza que inspira su proceder y en el aprecio y respeto de sus conciudadanos. Si no ha hecho uso hasta aquí de la Guardia de Honor es "porque esto lo resiste su carácter eminentemente *republicano y liberal*", pero la Sala espera que, venciendo esa repugnancia, consienta en tener custodia. Rosas contesta aceptando una guardia de seis hombres. ¿Qué "tirano" es este que aun de noche mantiene las entradas de su casa abiertas y sin guardias? ¿Y es éste el que se impone por el terror? ¿Y dónde está la famosa "cobardía" que le achacan sus enemigos? Y ni siquiera tendrá a su lado por mucho tiempo a esos hombres. Como sabemos, el general Paz, que, meses más tarde va a verlo de noche, encuentra en la casa y en las inmediaciones una absoluta ausencia de guardias.

Carta de San Martín

¡Bello triunfo para Rosas! Acaba de llegarle, escrita el 5 de agosto desde Grand Bourg, en las proximidades de París, una car-

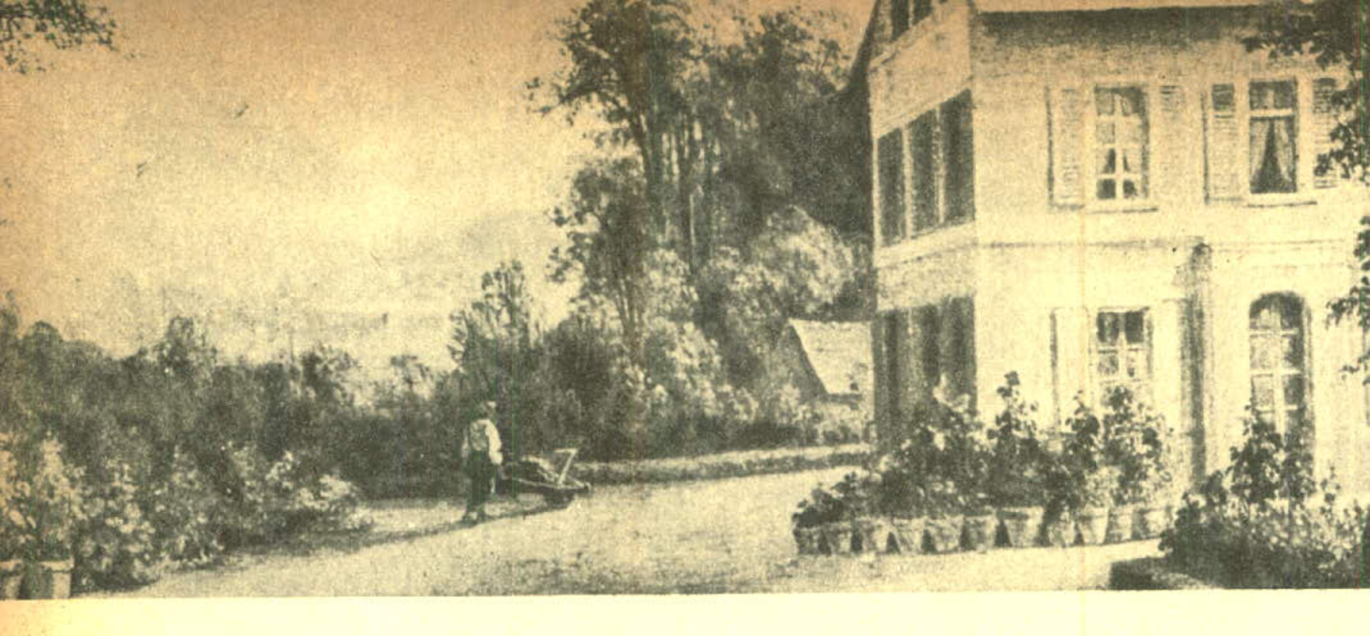
ta del general José de San Martín. El libertador de varias naciones, el más grande de los argentinos, le ofrece sus servicios. Dícele que esperará sus órdenes, y tres días después de recibidas se pondrá en viaje, para servir a la patria honradamente en cualquier clase que se me destine".

Esta carta, además de un título para Rosas –San Martín le llama "respetable general"– y una justificación de su conducta, tanto más valiosa cuanto que ha sido espontánea, significa algo aún más importante: el comienzo de una correspondencia. Rosas le da las gracias más expresivas "por la noble y generosa oferta", pero confía en que sus servicios no serán necesarios. Cree que, por mediación de Inglaterra, y por los perjuicios que sufren los neutrales, el conflicto ha de arreglarse. Rosas muestra a todos su satisfacción. "Es la primera carta que me ha escrito en la vida", le dice con orgullo a Berón de Astrada.

¿Qué opinan los unitarios de esta adhesión? Es un golpe muy fuerte para su política. Pero ellos, que se dicen patriotas, son enemigos del libertador de su patria, a quien quisieron procesar y encarcelar quince años atrás y al que ofendieron cuando su llegada al puerto de Buenos Aires, en 1829. En realidad, no son patriotas. Ya están entendidos con los franceses y contra su patria. Y hasta han querido hacerse orientales. Uno de ellos, es el que redactó *El Pampero* en tiempo de Lavalle, Manuel Bartolomé Gallardo, le ha escrito desde Santa Catalina, el 21 de setiembre, al oriental Andrés Lamas, que tiene gran influencia en Montevideo, pidiéndole que la sala, o el nuevo gobierno oriental, de-



Andrés Lamas, escritor diplomático y político, figura muy discutida.



Casa de Grand Bourg, residencia de San Martín en Francia, desde donde mantuvo una intensa y cordial correspondencia con Juan Manuel de Rosas.

clare *ciudadanos* uruguayos a los emigrantes argentinos. Y Enrique Martínez, el ex ministro de Balcarce y enemigo de Rosas, le escribirá a Lamas, años más tarde: "Soy oriental, usted lo sabe; y si alguna vez he servido a otro país que el de mi nacimiento, nunca he traicionado a mi patria".

Alberdi con los unitarios y franceses

En estas últimas semanas de 1838, los jóvenes de la Asociación de Mayo comienzan a dispersarse. El triunfo de Rivera empuja hacia Montevideo a Juan Bautista Alberdi. Es el más importante de todos ellos: por la obra que realizará y porque será el que con más eficacia combatirá a don Juan Manuel. Ni a él ni a sus amigos les ha hecho nada Rosas. Como él dice, *emigran espontáneamente*, sin ofensas ni odios, sin motivos personales, y sólo por la *tiranía* de la que abominan. "Ni a la persona ni a la administración del señor Rosas tenemos que dirigir quejas personales de injurias que jamás nos hicieron". Palabras de valor inmenso, prueban que en Buenos Aires se puede vivir tranquilamente, aun sin ser partidario de Rosas.

Alberdi llega a Montevideo el 25 de noviembre. Inmediatamente comienza su campaña en *El Nacional*. Ya no escribe valses. Ahora predica la alianza entre los emigrados y la escuadra que nos bloquea y nos ataca. ¡Y de qué argumentos se vale el futuro autor de *El crimen de la guerra*! Cínicamente, declara que la cuestión de derecho no le preocupa; y para justificar su traición, afirma que "nosotros no somos hijos de la tierra –quiere decir de nuestra tierra– sino de la *Humanidad*", y que,

"para los espíritus vastos y serios que saben no estacionarse en el círculo estrecho de la Nación, la patria es la Humanidad".

Pero los emigrados no acogen con simpatía unánime semejantes ideas. Juan Cruz Varela pide la censura del Gobierno para la campaña escandalosa de Alberdi. La *Revista Oficial*, que redacta Varela, combate a Alberdi, el cual, superándose en su propio cinismo, llega a alabarse de su "propaganda antiamericana y antipatriótica", según palabras textuales que pueden leerse en sus *Escritos Póstumos*. Lavalle no se indigna menos que Varela. El ex dictador, en carta a un amigo, declara que el gobierno de Rosas, sea como sea, es *nacional* y que él ambiciona regresar a la patria *con honor*, vale decir, sin haberla traicionado; y el 16 de diciembre le escribe a Martiniano Chilavert: "Estos hombres, conducidos por un interés propio muy mal entendido, quieren trastornar las leyes eternas del patriotismo, el honor y el buen sentido". Pero él confía en que toda la emigración preferirá que la *Revista** "la llame estúpida, a que su patria la maldiga mañana con el dictado de vil traidora". Y termina: "Si llega el caso de llevarle la guerra a nuestra patria los pabellones francés y oriental, entonces haremos nuestro deber". Seis meses después, él, Lavalle, será uno de esos *viles traidores*: estará, junto a los pabellones francés y oriental, contra la patria, a la que han atacado injustamente.



Dama elegante porteña, vista por un artista francés.

Asesinato de Heredia

Fines de noviembre. Trágica noticia para Rosas: ha sido asesinado Alejandro Heredia, gobernador de Tucumán y jefe del ejército contra Bolivia, el 12 de ese mes, mientras se dirigía a su casa de campo. Lo han muerto los unitarios, y uno de los autores morales del delito parece ser Marco Avellaneda, joven poeta y abogado, con vinculaciones en la Asociación de Mayo. Está probado que prestó un caballo a uno de los asesinos en momentos

* La Revista Oficial que redactó Juan Cruz Varela, quien era, como Lavalle por entonces, adverso a la unión de los emigrados con Rivera y los franceses, había pasado en esos días de diciembre de 1838, a manos de Florencio Varela, partidario de la alianza contra Rosas. Juan Cruz hallábase en ese tiempo gravemente enfermo, tanto que murió un mes más tarde. Esto explica que la Revista Oficial contraria, hasta unos días atrás, a las opiniones de Alberdi, propiciador de la alianza con los extranjeros, lo mismo que Varela, estuviese, a mediados de diciembre, de acuerdo con dicha alianza. Era tan grande el fervor aliancista del periódico que, según lo dice Lavalle en la misma carta del 16 de diciembre, llegó a llamar "pobres y estúpidos a los que no pensaban del mismo modo". Tres meses más tarde, Lavalle, convencido por obra de Florencio Varela, cambiaría de opinión y aceptaría la alianza con los orientales y los franceses.

en que el sujeto partía para cometer el crimen, y que, al confesárselo su autor, lo felicitó y lo abrazó. Aún hoy, un siglo después del asesinato, cántanse en la campaña de Tucumán romances que atribuyen a Avellaneda culpa en el crimen.

Rosas habíale anunciado a Heredia, muchas veces, que le iría mal con los unitarios. Heredia los atraía en el deseo de conciliar a los partidos. Año y medio atrás, el 16 de julio de 1837, decíale Rosas que le consideraba buen federal, pero que, "en fuerza de su noble índole y de los sentimientos suaves y generosos que le imprimieron en su educación", le sucede lo que a Dorrego: que "no llega a penetrar ni a persuadirse bien a fondo de toda la perversidad y acedía de los unitarios"; e insistía en que podía pasarle lo que a Dorrego o a Quiroga.

Para Rosas, que se lamenta de la falta de jefes que puedan mandar el ejército del Norte, la muerte de Heredia significa una desgracia irremediable. Felizmente, el ejército chileno, como si lo condujera el patriotismo y el espíritu de disciplina de Diego Portales, ha marchado a encontrarse con las tropas de Santa Cruz.

Personalmente, el asesinato de Heredia ha de preocupar a Rosas. Los unitarios fusilaron a Dorrego; asesinaron al general Villafañe; mataron en su lecho a Latorre, gobernador de Salta, al que tenían prisionero; y ahora al gobernador de Tucumán. Todas las grandes figuras federales han ido cayendo. ¿No llegará pronto su turno?

Bouchet de Martigny en Montevideo

Desde el 5 de noviembre está en Montevideo el nuevo cónsul en Buenos Aires, *monsieur* Bouchet de Martigny. Queda completado el cuarteto: Roger, Leblanc, Baradère y el recién llegado. Como Rosas ha rechazado el ultimátum, Martigny se abstiene de toda gestión ante el gobierno argentino.

Trabájase para la alianza formal entre Rivera y los unitarios, la que hasta ahora sólo ha sido de hecho. El almirante escribe, hablando de Rivera: "Nosotros preparamos su elevación". También a Herbert, jefe de la escuadra inglesa, que se lo transmite a Mandeville, le ha dicho, "muy pomposamente", que está resuelto "a destruir a Rosas, lo que ha de efectuar por medio del auxilio de Rivera". Por su parte, Rivera le escribe al almirante, desde el Miguelete, el 2 de noviembre: "Hasta ahora las fuerzas francesas han sido de hecho aliadas a aquellas a mis órdenes". No obstante, Baradère afirma ser "una atroz calumnia", lo de la *alianza*, y lo mismo dice Rivera en un manifiesto . . .

Pero he aquí que los cuatro franceses firman el 16 de diciembre un acta. En ella convienen en obligar a Rosas a pactar o en hacerlo caer. En cualquiera de los dos casos, establecerán "la influencia de Francia en Buenos Aires y en Montevideo" y prepararán a sus compatriotas y al comercio francés "un porvenir tranquilo y próspero". No han accedido, por no comprometerse, al pedido del *civilizado* don Frutos: declarar la guerra a Rosas, presentarlo ante el mundo como fuera de la civilización y asegurar que no luchan contra la Confederación Argentina sino contra él. Esto último lo dicen también los unitarios, por lo cual *La Gaceta* les pregunta a quién han despojado al apoderarse de Martín García, si a Rosas o a la Nación Argentina.

Alianza de Corrientes, Rivera, franceses y unitarios

Los franceses han seducido al gobernador de Corrientes, Beron de Astrada, que, hasta pocas semanas atrás, escribía a Rosas cartas de exaltada adhesión. Y el 30 de diciembre, las cuatro *potencias* –Rivera, los unitarios, los franceses y Berón de Astrada– convienen: un tratado ofensivo y defensivo entre el Uruguay y Corrientes; disposiciones enérgicas y rápidas contra Rosas; una expedición al río Paraná, en los barcos franceses y el levantamiento en armas de Corrientes y de las provincias del norte. Cuatro semanas después, el almirante ordena a Fabre, comandante de *La Forte* "ponerse a la cabeza de la flotilla oriental", que está en el



Arribo del almirante Makau.



Milicias de Ibarra, gobernador de Santiago del Estero.

río Uruguay, "para oponerse a todo movimiento de parte de la flotilla argentina que ha quedado en ese río", y "apoderarse de ella o destruirla", y proceder de acuerdo con el jefe de la flotilla oriental, sin perder de vista que, según lo convenido con Rivera, y su propia voluntad, el comando superior le pertenece[3].

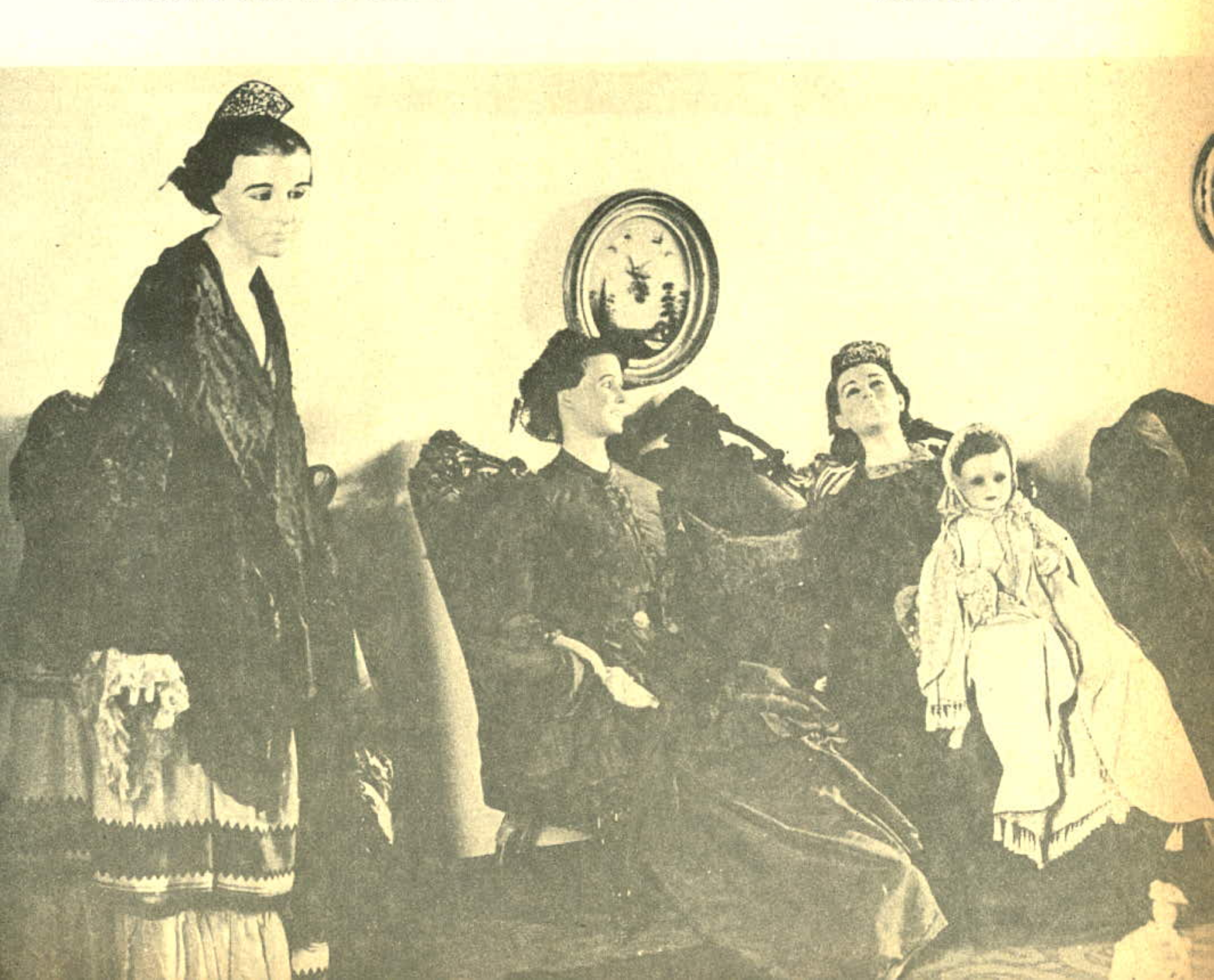
Esta segregación de Corrientes, que retira al gobernador de Buenos Aires la autorización para dirigir las relaciones exteriores, es el primer resultado de la obra de Cullen. Desde Córdoba, primero, y desde Santiago del Estero, después, Cullen viene trabajando secretamente contra Rosas. Cartas y emisarios suyos van a las otras provincias. El propio Felipe Ibarra, el gobernador de Santiago del Estero, llega a vacilar. El gobernador de Salta está entre los comprometidos y envía un emisario a Santiago del Estero y a Tucumán.

Momentos gravísimos para Rosas: Santa Cruz ataca por el norte; los indios acaban de levantarse en el sur; las provincias vacilan en su lealtad; Corrientes se ha separado; el bloqueo continúa y Rivera está de hecho en guerra con la Confederación. Y sin dinero, y con otro enemigo –los unitarios– en la misma Buenos Aires. Pero él no se humillará ante el extranjero. Su pueblo le acompañará. La agresión de Francia va a engrandecerle; a consolidar el espíritu federal y a dar un nuevo contenido a la Federación; a hacer nacer el patriotismo, tal como hoy lo sentimos; a afirmar el sentido de nuestra raza y de nuestro pueblo; a inculcar en las almas un amor hasta la muerte por nuestra independencia; y a hacernos más viriles y más criollos.

Tentativa de asesinato

Termina el año con una tentativa de asesinato contra Rosas. La noche del 31 de diciembre han encontrado en el patio de su casa, a dos pasos de su despacho, a un tal Cienfuegos. Le da la voz de "¡alto! " el sereno, y huye. Lo detienen. El sujeto, que está disfrazado, dice que viene de casa de su novia, que vive allí cerca. Este Cienfuegos atentó años atrás contra la vida del general Pacheco y estuvo en la cárcel mucho tiempo. Días más tarde, será fusilado. Los unitarios lo considerarán como una víctima de la tiranía de Rosas. Más creíble es la versión oficial, según la cual Cienfuegos, asalariado por los unitarios de Montevideo, debía asesinar a Rosas al día siguiente, en la inauguración de la Legislatura. El hecho de estar disfrazado, que reconocen los unitarios, es un fuerte argumento en contra de su inocencia. Nadie se disfraza, no siendo en Carnaval, para visitar a su prometida. Pero se disfrazan el espía y el asesino.

Indumentaria de las jóvenes de la época.



NOTAS AL CAPITULO

[1] La situación económica infligida al país por el bloqueo francés, queda expuesta por Rosas en su mensaje a la Legislatura finando el 38. En los últimos seis meses del año anterior, la entrada marítima de la nación fue por 19.403.146 pesos y 199.338 en oro, saliendo 19.098.040 y 281.300, respectivamente: en el primer semestre del año 1838, la entrada se redujo a 4.614.122 en moneda corriente y 60.963 en oro, egresando apenas 990.307 y 67.876.

Rosas impone manifiestas medidas: 400.000 pesos de ahorro en gastos públicos y sueldos, incluyendo el suyo, que hasta ese momento donaba a Beneficencia; se doblan los impuestos de sellados y contribución directa; buscando alentar la quiebra del bloqueo son rebajados en un 35% los derechos de importación; la exportación de harina queda prohibida. Se deben hacer dos emisiones de moneda para enfrentar los gastos ineludibles: la onza oro sube de 130 a 190 pesos. La vida se torna cara. Tiempos duros, pero parejos. Y dignos.

Haremos dos acotaciones para tener en cuenta: pese a las limitaciones del presupuesto en educación, entre 1830 y 1852 se recibieron en Medicina 223 graduados; de 1853 a 1875 —igual lapso de tiempo— 140, casi un 40% menos en plena dulzura liberal, que en las dificultades de un país sujeto a bloqueo armado. En 1853 se batieron récords: un solo graduado, el irlandés Leslie.

La otra: en 1822, don Bernardino Rivadavia, siendo ministro de Gobierno, reduce de 42.323 pesos a 10.000 el presupuesto de la Universidad de Buenos Aires, confeccionado por su rector el presbítero Antonio Sáenz, suprimiendo además las cátedras de Física experimental, Astronomía, Farmacia, Clínica quirúrgica, Cálculos de mecánica de sólidos y fluidos, Escritura, Inglés y Magistratura. Los sueldos de los maestros se reducen a la mitad, y en algunas escuelas, como en la de la Concepción, no se paga ni al portero, según el mismo rector. Además se negaba apoyo económico al general San Martín para terminar su campaña emancipadora, se proponía una "ayuda" financiera a España

—por 20 millones— en trueque de nuestra Independencia reconocida, y se votaba un empréstito por "3 ó 4 millones", para obras públicas, que nunca se hicieron. Ese año, el país tuvo una entrada de 1.519.095 pesos fuertes, saliendo 2.198.054,6 es decir, con un superávit de 321.041 pesos fuertes, según datos de mister Woodbine Parish, Encargado de su Graciosa Majestad Británica en el Río de la Plata.

[2] Es jefe militar de la isla el teniente coronel Gerónimo Costa.

Fueron necesarios 10 barcos, 23 lanchas, 550 enemigos y 60 muertos argentinos para que nos tomaran Martín García. Cuando los sobrevivientes llegaron a Buenos Aires, una multitud los recibió estremecida. Gerónimo Costa viene herido y portador de una carta; es del comandante Daguenet, jefe del ataque francés, y va dirigida a Rosas: "No podía darle una mayor prueba de la admiración que me ha inspirado el coronel Costa, —le dice— que manifestando a V.E. su bizarra conducta durante el ataque dirigido contra él, por fuerzas muy superiores en número".

Otra carta cruza la tierra y lleva nombres famosos. Está fechada el 16 de diciembre, en Mercedes, es de Lavalle a Chilavert: "Los diarios de Montevideo están de acuerdo sobre la unión con los franceses. . . madama (parece que hay mariposones entre los exiliados unitarios) está tan inflamada que insulta a los que no piensan como ella. . . Confío en que toda la emigración preferirá que se la llame estúpida, a que su Patria la maldiga mañana con el dictado de vil traidora".

Un suspiro la palabra del hombre. Más adelante la comentará Gálvez.

[3] A fines de 1838 había tomado presencia en Montevideo una "Comisión Argentina" —¡paradoja de nombre! — que serviría de enlace entre Fructüoso Rivera y Francia. La llenaban fantasmones rivadavianos como Salvador María del Carril —tierno aconsejante de fusilaciones—, Valentín Alsina, Florencio Varela —otro siniestro epistolario— el general Iriarte —"nosotros los emigrados debemos unirnos sin el menor escrúpulo a los franceses para hostilizar al tirano"— Félix Olazábal, Segundo de Agüero y otras bellezas turísticas.

Un emisario francés, Jean Duboué, es desembarcado por Rivera en pagos litorales y cruza al norte, intentando revueltas en Catamarca y La Rioja. El pardejón interesa a Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe. Todo con viáticos por cuenta de Francia: gastos de representación y los cañones que hagan falta. En marzo del 30 se hace pública la declaración de guerra "contra el actual gobierno de Buenos Aires y todos los que lo apoyen". Era consecuencia de lo acordado en diciembre entre Rivera, el gobernador correntino y monsieur Martigny, quien intercederá ante el rey de Francia para levantar el bloqueo a la provincia de Corrientes, en reciprocidad de aliados. Pero la gestión tiene un precio extra: dicha provincia deberá separarse de la Confederación Argentina y otorgar a los súbditos franceses el trato de nación más favorecida. Ni una palabra más. El día 6, desde su cuartel general de

El Chañar, don Genaro Berón Astrada accede por decreto. Corrientes queda desligada "del gobierno de la Confederación", y se dirige como deber primordial a "los súbditos de S.M. el rey de los franceses" para notificarles que "serían tratados como los de la nación más favorecida".

El encono político hace perder los estribos. Con el argumento de luchar contra Rosas, se pacta con una nación extranjera agresora del propio país, se quiebra la unidad nacional, y es aceptado un trato preferencial bajo coerción de cañones beligerantes, que ya causaron la muerte de 60 defensores argentinos en Martín García.



Camisola y gorro del Soldado Federal.



General San Martín. Héroe de la Emancipación Americana, que dijera en una carta enviada a Juan Manuel de Rosas para expresarle su indignación por el atropello de Francia: "Pero lo que no puedo concebir es el que haya americanos que, por un espíritu indigno de partido, se unan al extranjero para humillar a su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española. Una tal felonía, ni el sepulcro la puede hacer desaparecer".

CAPITULO XV
LAS LUCHAS CONTRA LA TRAICION

Rosas no tarda en tener noticia de la alianza de unitarios y correntinos con el extranjero agresor. Entonce abandona los procedimientos moderados y deja caer su dura mano sobre los traidores y los derrotistas. Este año de 1839 va a caracterizarse por su lucha patrióticamente violenta contra esos malos argentinos. Lo llamarán "tirano", pero él salvará a la patria.

¿Son traidores los unitarios?

¡Y en que momentos viene esa alianza! La situación económica es insostenible. En el segundo semestre del año anterior, las entradas de aduana han disminuido, con relación a 1837, a la quinta parte; y las salidas, que fueron en 1837 de cerca de veinte millones de pesos, ahora no alcanzan a un millón. Un escritor mejicano que ha estudiado inteligentemente estos asuntos, Carlos B. Pereyra, se pregunta cómo no cae Rosas. Esto debió ocurrir, de acuerdo con la lógica de la Historia. Pero la voluntad de Rosas es más fuerte que todo.

¿Son los unitarios tan traidores como él los cree? ¿No habrá en su conducta algunos motivos por los cuales se pueda, sin no perdonarlos, por lo menos explicar sus actos? La verdad es que para los unitarios –selección intelectual–, lo esencial no es tener una nacionalidad propia, sino ser cultos y civilizados. Más que la Independencia estiman la caída de Rosas. *El nacional* del 8 de enero de 1839 no se avergüenza de decir que la victoria del vencedor de Rosas sería "indudablemente mayor que la victoria de Mayo" y que "la gloria de los conspiradores contra Rosas será cuatro veces más grande que la gloria de Castelli y de Moreno".



Emblema del Ecuador. Otra víctima del afan imperialista de los franceses.

No les importa –como aún hoy, en 1940, a muchos argentinos de las clases elevadas– ser franceses o ingleses. Encandilados por Europa, carecen del amor de Rosas y de Estanislao López a la tierra. Han sido trastornados por las ideas liberales y los libros franceses. Todo lo *gaucho* les causa horror, asco y vergüenza. Lo *gaucho* les parece la barbarie, y en esos años el país es *gaucho*. Domingo Sarmiento, el más grande de los unitarios por su talento, después de reconocer en su *Facundo* que el bloqueo francés fue la vía por donde se manifestó el sentimiento americano, declara, cínicamente: "Los que cometieron aquel delito de leso americanismo, los que se echaron en brazos de la Francia para salvar la civilización europea, sus instituciones, hábitos e ideas en las orillas del Plata, fueron los jóvenes: en una palabra, ¡ fuimos nosotros! ". A la acusación que les hace América reconoce que son "traidores a la causa americana, española, absolutista, bárbara". Y todavía agrega: "De eso se trata, de ser o no ser salvajes". Ahí está la cuestión. Quieren salvar a la civilización europea, no a la patria. Los unitarios son los precursores de los que, con análogo espíritu europeizante, entregarán el país al capitalismo extranjero. ¿Creen que Francia combate a Rosas por amor a la libertad? Tal vez lo creen[1]. Pero se han olvidado que, en junio de 1830, Francia declaró a Inglaterra que no pensaba desembarcar en Argel, y lo hizo un mes más tarde; y parecen ignorar que Francia jamás ha hecho desinteresadamente guerra alguna, ni la hará después. El francés ama su libertad individual; pero no tiene inconveniente en quitársela a otros pueblos. Napoleón no llevó la guerra a España para libertarla . . . Los unitarios lo saben, como saben –*La Gaceta* ha informado extensamente– de los atropellos en Méjico y en el Ecuador. Pero los unitarios son ilusos y tontos. Más ilusos y tontos que traidores.

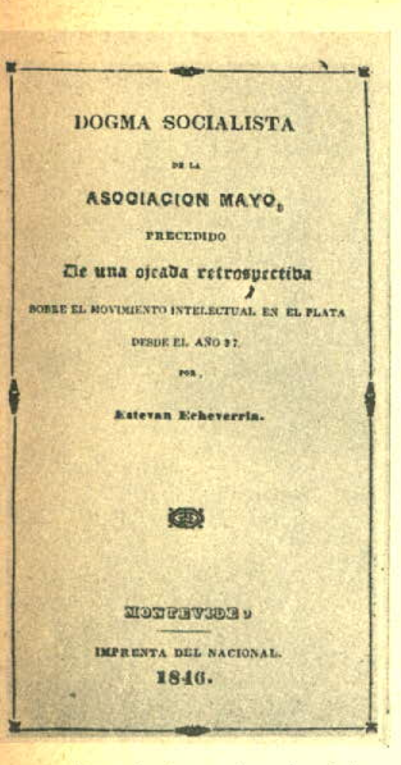
Esto aplícase naturalmente, a los que aceptan la alianza con relativa pasividad; no a los que la han provocado, ni a los que obran en estrecha unión con el agresor, ni menos a los que pretenden desmembrar el país. A todos estos, sobre todo a los últimos, ni Dios puede quitarles la mancha de su traición. Y recordemos que las leyes, las de entonces y las de ahora, los condenan a todos. Según las *Partidas*, es traidor el que se "pone con los enemigos para guerrear o facer mal al rey o al regno o los ayuda de fecho o de consejo". Lo mismo establece la *Novísima Recopilación*. El *Código de Justicia Militar*, hoy vigente, considera traición "facilitar al enemigo la entrada en territorio nacional, el progreso de sus armas o la toma de una plaza". La ley 49 castiga de muerte a. que "reclutara o levantara gente del territorio nacional para el servicio de una potencia enemiga". Y si se

duda que el conflicto con Francia es una guerra, ahí están las palabras de los propios gobernantes franceses y, sobre todo, el *Reglamento de anotación y cómputo de servicios* de nuestro Ministerio de Guerra, actualmente en vigor, el que, en el artículo 39, al enumerar nuestras guerras internacionales, dice: "La guerra contra Francia, iniciada el 8 de julio de 1838 y terminada el 13 de octubre de 1840". Lo dije, pero debo recordarlo.



Los enemigos lo rodean

Rosas está rodeado de enemigos. Uno de ellos es Domingo Cullen, que se ha entendido con Rivera. Apenas en el poder, e ignorando su caída, don Frutos le envía un emisario a Santa Fe, a quien se le toman allí algunos papeles comprometedores. El 21 de enero, su cuñado Mariano Rodríguez recibe de manos de don Frutos, en Montevideo, una carta para él. Véase esta frase reveladora: "importa que usted se ponga de acuerdo con los gobiernos de todas las provincias argentinas, que estén dispuestas a sacudir el yugo de fierro que les ha impuesto un tirano astuto y falaz . . . ". Otra por el estilo: "Supongo que usted habrá recibido mis anteriores, que le remitió nuestro común amigo don Blas Despouys, y que, a más, usted habrá tenido noticias mías por el gobernador de Corrientes". Y esta obra: " . . . no omita cosa de importancia, muy especialmente de sus relaciones y disposición de los gobiernos del interior, con quienes es menester ponernos de acuerdo". Estas palabras no se dirigen sino a quien está entendido con uno. Que Cullen no le haya contestado, nada prueba. Desde Santiago del Estero, donde el gobernador Ibarra ha debido acogerlo porque le debe grandes servicios, mueve los hilos de la intriga. Su más importante conquista es Ibarra, al que otros gobernadores tientan, como el de Catamarca, José Cubas, que le propone retirar a Rosas la dirección de las relaciones exteriores y dársela a él. Los gobernadores del Norte se cambian cartas, todas en términos vagos. Comienzo de conspiración contra Rosas. Ibarra *acoge* bien a un agente de Rivera, el francés Juan Pablo Duboué, le recomienda a otros gobernadores y facilita hombres y elementos bélicos a Pedro Nolasco Rodríguez –aquel ex gobernador de Córdoba que pretendió salvar a los Reinafé, protegidos de Cullen–, el cual se prepara a invadir esa provincia, para arrojar del poder a López *Quebracho*, incondicional de Rosas. Cubas, al hablar a Ibarra de Rodríguez, le dice: "amigo de usted, del señor Cullen y mío, que de consiguiente ha de marchar de acuerdo con nosotros en todo", si bien "no será tal vez de la parobación del


DOGMA SOCIALISTA

DE LA

ASOCIACION MAYO,

PRECEDIDO

De una ojeada retrospectiva

SOBRE EL MOVIMIENTO INTELECTUAL EN EL PLATA

DESDE EL AÑO 37.

POR,

Estevan Echeverria.

MONTEVIDEO,

IMPRENTA DEL NACIONAL.

1846.

Portada de un ejemplar del "Dogma Socialista" de Esteban Echeverría, editado en Montevideo en 1846

señor Rosas". El propio Cullen, desde Santiago, le comunica a Rodríguez un combate entre los sublevados santafecinos Oroño y Salas con las tropas de Córdoba. Salas, poco antes, le ha informado minuciosamente sobre ese combate y le ha pedido algunos artículos y, al parecer, dinero. Nada tan revelador como estas palabras de Oroño: "con este paso hemos abierto una puerta para que los hombres amigos de la libertad puedan trabajar y dirigir sus comunicaciones con más facilidad al ejército constitucional o escuadra protegedora (*sic*) del mismo ejército", de modo que ahora "podremos comunicarnos con el general Rivera". Rosas, que ha olfateado las maniobras de Cullen, comienza una formidable campaña epistolar para conjurarla.

Otros enemigos de Rosas son los jóvenes de la Asociación de Mayo, que el primer día de 1839 han comenzado a publicar, en *El Iniciador*, de Montevideo, su *Declaración de principios*, hoy llamada el *Dogma Socialista*. Documento noble, pero ingenuo. Forma lírica, grandilocuente. Frases breves que a veces son versículos a la manera de Lamennais. Lo han subtitulado *Palabras Simbólicas*, que recuerdan a las *Palabras de un creyente*. Exaltan a la Democracia, aunque declaran que el "sufragio universal es absurdo"; en realidad preconizan el gobierno· oligárquico, en manos de una minoría intelectual. Citan a los Evangelios, a Saint-Simon, a Lamennais y a la joven Europa. Sin nombrar a Rosas, lo atacan indirectamente. Rosas ha debido reírse de estos muchachos idealistas. No sospecha que, a la larga, ese documento contribuirá a su caída y constituirá uno de los pilares de la historia oficial, que a él le condena. E ignora que ciertos engendros de literatura política, cuyo más famoso ejemplar es *El Contrato Social*, llevan en sí una poderosa fuerza demoledora, por su acción sobre los hombres de corazón generoso y raciocinio débil.

Uno de esos hombres de la Joven Generación Argentina, Alberdi, redacta *El Nacional* con dos amigos, uno de los cuales es el uruguayo Andrés Lamas, el inspirador del tratado del Cangue. Alberdi, por entonces ferviente de Saint-Simon, el precursor del comunismo, desdeña a la patria por exaltar a la Humanidad. Ahora le preocupan las provincias, a las que quiere tranquilizar sobre los franceses. Ha conseguido una carta de Baradère, y propone a los emigrados imprimirla. El cónsul, por pedido de Alberdi, declara que Francia sólo desea la libertad de los argentinos. ¿Y por qué para decirlo ha esperado Francia más de un año?

Los unitarios, cuyo jefe es Agüero, hablan de una expedición que desembarcaría en Quilmes o en Olivos, seguros de que, apenas pise tierra, se producirá una insurrección general. Algunos pu-

dorosos no quieren que intervengan los franceses, por lo cual los otros llámanles *rosistas*. Pero falta un jefe militar, y el único posible es Lavalle. ¿Cómo convencer a Lavalle, que mes y medio atrás se ha expresado patrióticamente contra la alianza? Sólo un hombre puede convertirlo, y es Florencio Varela. Allá va él a Mercedes, con su talento, su labia y su razón de que los franceses, nobles y generosos y en cuyo nombre habla, no anhelan sino nuestra libertad. El ingenuo de Lavalle se lo traga, y se pasa al bando de los que van a combatir contra su patria. ¿Es desinteresado Lavalle? El secretario de Rivera, don José Luis Bustamante, dice en una carta que, según voz pública, se le ha ofrecido la gobernación de Buenos aires y la futura presidencia de la República[2].

Menos peligroso para don Juan Manuel es, por ahora, Rivera, elegido presidente del Uruguay. "El inmóvil Rivera –dice su aliado Leblanc– ha encontrado en su campo de Durazno una nueva Capua". Roger le amenaza con dejarlo solo si no se mueve. Un delegado de Corrientes también lo apremia. El almirante escribe: "Tenemos, en todas estas gentes, tristes asociados; felices si podemos sacar de ellos alguna cosa y si no nos perjudican en lugar de servirnos". La inacción de Rivera débese al fácil sibaritismo que le procura el poder –tiene en el Durazno dos mujeres y pasa la gran vida– y acaso también a su distanciamiento con Lavalle. ¿La causa? Cartas de Lavalle a Lamas la explican. En una, le comunica haber renunciado a su cargo en el ejército y le ruega interesarse por los documentos de su estancia, que los necesita porque quiere venderla. Los documentos están en poder de Ri-



Juan Felipe Ibarra, caudillo de Santiago del Estero.



"Gauchos montoneros", óleo de Otto Grashoff.

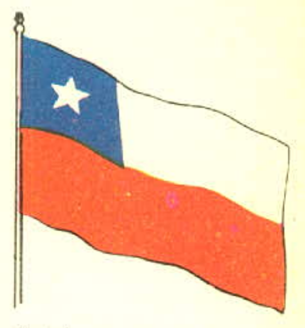
vera, que se los pidió con motivo de un pleito que hubieron de entablarle, y no logra que don Frutos se los devuelva. Tampoco lo consigue Lamas. "Su silencio de usted es bien elocuente", le dice en otra parte. No es de creer que Rivera intente quedarse con la estancia, pero su informalidad disgusta al jefe argentino. Y a Rivera le molesta que los argentinos atribuyan el triunfo del Palmar exclusivamente a Lavalle.

Contra todos estos enemigos, y principalmente contra los franceses, Rosas está dispuesto, junto con su pueblo, a luchar hasta morir. No solamente lo dice en los documentos oficiales sino en las cartas. A uno de sus fieles: "Si un solo argentino quedase, ese solo argentino debe morir antes de consentir en su ignominiosa esclavitud, caso que no sucederá, porque los tiranos, además de sus enormes delitos, en ellos mismos llevan consigo el terror y la cobardía".

Yungay, derrota de Santa Cruz

Febrero y marzo: muchas noticias buenas y algunas espléndidas para Rosas. Derrota de los sublevados de Córdoba y huida a Santiago del Estero, en donde Ibarra no les niega su protección. En Montevideo ha muerto uno de sus grandes enemigos, Juan Cruz Varela, el que aconsejó a Lavalle fusilar a Dorrego y a él le injurió y pretendió que se le fusilara. La escuadrilla, al mando del español antonio Toll, ha derrotado a la de Rivera en el arroyo de la *Leche*. Y en los primeros días de marzo llega la mejor noticia imaginable: el mariscal Santa Cruz ha sido vencido por el ejército chileno en la batalla de *Yungay*.

Rosas, que sabe hasta dónde era peligroso el dictador boliviano, y que considera a *Yungay* como una derrota para los unitarios y aun para Francia, que bloqueó las puertas de Chile y apoyó a Santa Cruz, ordena dos días de regocijo. Quiere que los indios celebren también fiestas. Decreta la amnistía para los desterrados y los emigrados. Pone en libertad a todos los presos, inclusive al general José María Paz, que deberá venir a Buenos Aires y a quien sólo le exige presentarse a la policía, declarar su domicilio y prometer no alejarse más de una legua de la ciudad. Paz viene, y en carta al ministro Arana, da su palabra de no tomar las armas contra el Gobierno.



Bandera de Chile.

Don Juan Manuel ha pasado en Palermo esos días de febrero, marzo y parte de abril. Apenas se sabe lo de *Yungay*, muchas personas van a felicitarle. Tantas se quedan a almorzar o a comer, que se carnean seis reses diarias. Un día llegan los generales Pinedo y Rolón, con sus oficiales y las bandas de música. Gran reunión en el patio. A la derecha de Rosas, los generales; a la izquierda, don Eusebio, en el papel de "señor Gobernador". Tíranle buscapiés a don Eusebio. Sus gestos y sus disparates son muy festejados, sobre todo por la turba. Un payador, el *Chileno*, canta. Y un negro borracho grita, de cuando en cuando, "¡ vivas! " y "¡ mueras! ", que la concurrencia contesta. En el almuerzo –todos con el sombrero puesto– don Eusebio sigue en su sitio de honor. Don Juan Manuel pone a votación si se deja o no hablar a don Eusebio; si se le permite ir a orinar; si habrá de beber o no en medio minuto un gran vaso de vino. Se le obliga a beber todo el vaso. Y cuando el bufón se insolenta demasiado, Rosas saca de su bolsillo una cajita de rapé, en cuya tapa está el retrato de Encarnación, y se la muestra,para que por respeto a ella se contenga; y luego la coloca a la cabecera de la mesa, de modo que todos vean el retrato.

El Sábado Santo, Rosas hace quemar un *judas*, que representa a Santa Cruz en una mula. Es antes de anochecer, pues quiere venir a la ciudad temprano, para huir de las gentes y de las músicas que irán esa noche a Palermo. Don Eusebio, a caballo, proclama al judas. Rosas, que viste a lo paisano y lleva unas boleadoras a la cintura, se las tira al caballo y le pega a don Eusebio. Después el pirotécnico arroja cohetes voladores al bufón. Rosas se divierte. Desparrama el dinero entre los pobres. Mujer ha habido a la que le ha regalado doscientos pesos. Y sin temores, seguro del afecto de su pueblo, pasa los días –sabémoslo por referencia de un enemigo suyo– "sin preocupación ni guardia alguna". El día que vuelve a instalarse en la ciudad, un centenar de personas llevan un piano frente a su casa y le dan una sere-



nata nocturna. El sale a la ventana y agradece. Caballeros y señoras aplauden desde los balcones vecinos.

Lamadrid y Rosas

En uno de esos días, Lamadrid va a verlo. Ha recibido del edecán de Rosas un sobre con diez o doce mil pesos. Le escribe a don Juan Manuel, agradeciéndole. El último día de Carnavai, el centinela de su casa le dice que está en Palermo. Alquila un caballo y se dirige allá. Cuando llega, don Juan Manuel, bajo los ombúes, recuesta su cabeza en la falda de Manuelita, sentada en un banco de madera. Uno de los bufones los acompaña. Acogida cariñosa al visitante. Rosas lo convida con unos mates y lo invita a un asado, a la sombra de los sauces. Se les ha agregado el hijo, su mujer y el otro bufón. A don Eusebio, Rosas lo trata de "señor Gobernador". A la orilla del río, almuerzan un costillar de vaca, asado en el asador. Jocosidades de Rosas, brindándoles a los bufones con vino. Después de almorzar, llega el comandante Ramón Maza con su prima Rosa Fuentes, íntima de Manuelita y hermana de la mujer de Juan Bautista Rosas, y con la que se casará en junio. Ya está Maza traicionando al Restaurador. Luego, paseo por el río en un bote rojo, que acaban de traer dos indios pampas. Hasta los bufones suben. A lo lejos, se ven los barcos franceses que bloquean a Buenos Aires. Salen a caballo Lamadrid y Rosas y regresan a la oración, cuando la quinta ya está cerrada. A Lamadrid le inquieta no ver escolta alguna, ni siquiera un hombre "en aquel bosque de malezas y sauces", y recuerda lo que todos afirman en Montevideo: que el Restaurador "no salía jamás sino rodeado de su escolta, por temor de ser asesinado". Lamadrid vuelve a su casa en un caballo que acaba de regalarle su compadre. Al bajarse advierte una testera y una colera punzoes. Acepta, resuelto a abandonar su unitarismo, y se coloca la divisa, "so pena de caer en desagrado de mi compadre". Así queda incorporado a la Federación, según él cuenta, marcado por Rosas mismo, el general de las vidalitas y de las famosas cargas de caballería. Pero miente. Ya usaba la divisa y había asistido a los funerales de Encarnación.

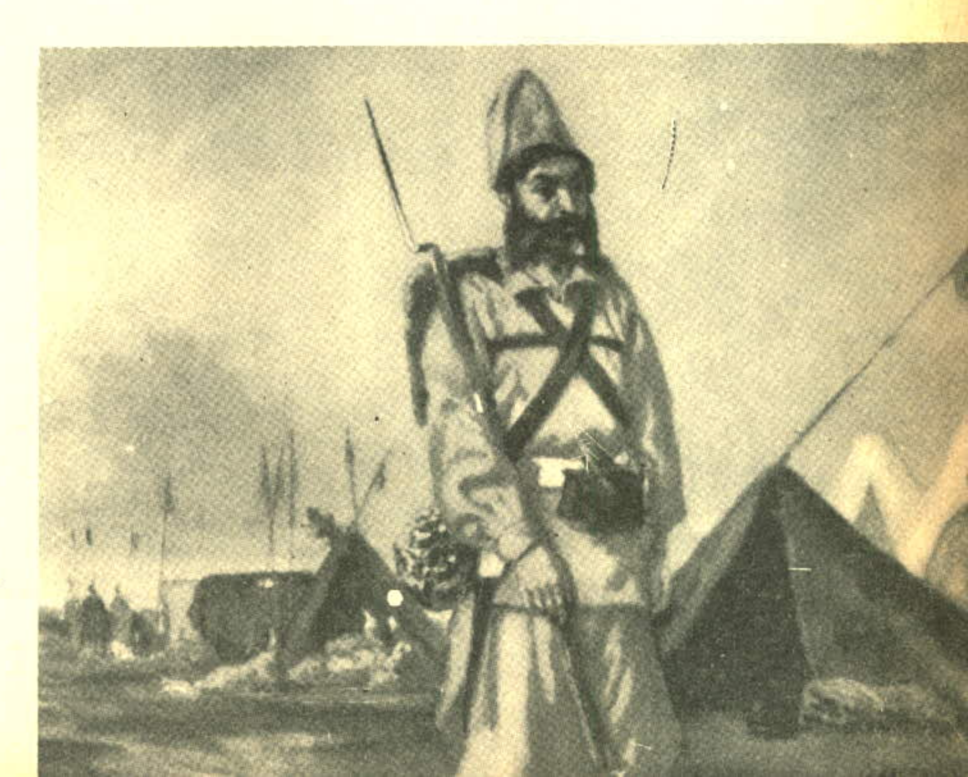
Con la noticia de Yungay, han llegado elocuentes documentos sobre los atropellos de Francia en Méjico. *La Gaceta* los reproduce, por orden de Rosas, que trata de crear odios contra los bloqueadores. En la proclama del Presidente de Méjico hay frases tan altivas como ésta: "Somos tenidos por *argelinos*: probémosles que somos *mejicanos*".

Y por fin, artículo del *Times* de Londres, del 16 de enero. Habla de la indignación del comercio vinculado con la Argentina, y del asalto de Martín García sin previa declaración de guerra. Dice que la intervención de Cullen, y "la chocante injusticia e insolencia de las exigencias francesas", ha indignado a todas las clases del pueblo. El cambio de actitud de Roger, al aceptar la mediación inglesa y luego rechazarla, hácelo comentar: "Nada puede patentizar con más claridad la mala fe de los franceses". Y afirma que Francia se prepara para la guerra, que "numerosos armamentos se alistan ya en sus puertos". Es el primer diario del mundo el que habla. ¿Qué más puede desear Juan Manuel de Rosas?

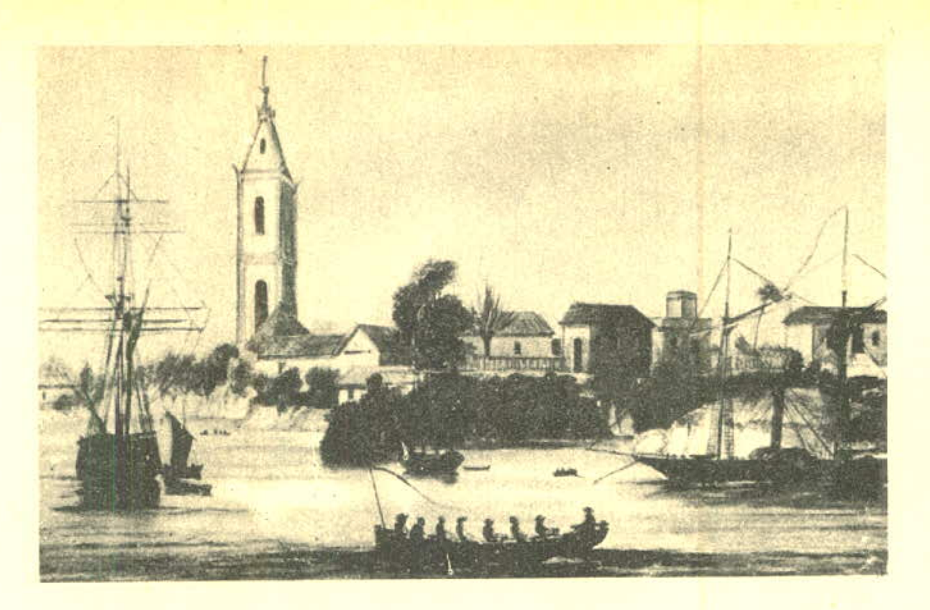
Rivera declara la guerra

Mientras tanto, Rivera le ha declarado la guerra. No tiene motivo. Verdad que Rosas no ha reco nocido su gobierno usurpador y aliado de los unitarios y de los bloqueadores, pero eso no es acto de guerra. Rivera ha procedido por presión de los agentes franceses y de los unitarios. En la proclamación de la guerra, el 12 de marzo, apenas ha participado el pueblo uruguayo.

¿Quién es el nuevo enemigo oficial de Rosas? Sus propios aliados van a retarlo. Leblanc lo considera "inaccesible a todo sentimiento de *honor*, de *probidad* o de *delicadeza*"; lo acusa de despilfarrar los dineros del Estado; y llega hasta a llamarle *mi-*



Soldado de infantería del ejército de la Confederación.



Ciudad de Corrientes, vista desde el puerto.

serable. El cónsul Baradère habla de sus prodigalidades; de que dispone a su capricho de los tesoros del Estado y de las fortunas privadas; de que no soporta otro yugo que el de sus pasiones; de su inclinación a la indolencia y a la haraganería. El general Paz, que más tarde estará a sus órdenes, lo retrata como muy ignorante, despilfarrador, falso y *sin moralidad*, "ni aun ideas exactas de lo que ella significa y de lo que la constituye". Y se ensaña así: "Bajo su administración llegó la *inmoralidad* al más alto punto que pueda imaginarse; dudo que en pueblo alguno se haya visto tan entronizado el peculado, y, en cierto modo, la *rapiña*". Este es el hombre que, según la *Revue des Deux Mondes*, representa contra Rosas la civilización . . .

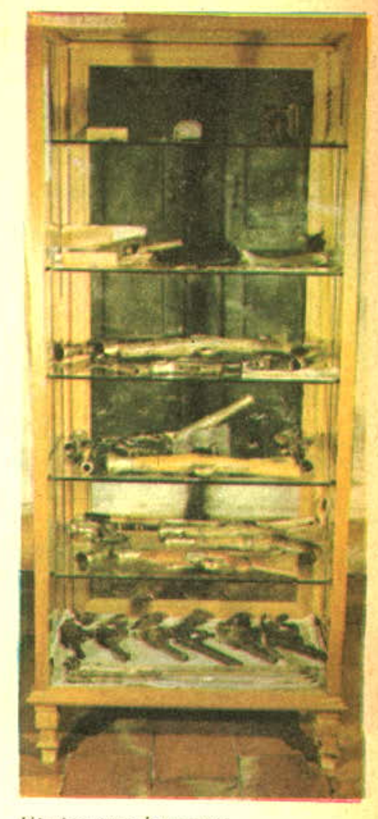
Don Juan Manuel lo conoce bien: en tiempos de Rivadavia –lo sabemos– don Frutos pudo huir de Buenos Aires mediante dos mil pesos que le prestó y no volvió a ver. Le pone un apodo, el *Pardejón*, corrupción de "padrejón". *La Gaceta* lo explica: "*Padrejón* es el macho toruno que llega a encontrarse en algunas crías de mulas, tan malísimo y perverso, que corta el lazo, se viene sobre él y atropella a mordiscones y patadas; que jamás se domestica, y que si alguno de ellos llega a ser amanzado, a lo mejor traiciona, y pega una o dos patadas al jinete que lo carga, que lo ensilla o que lo monta".

Don Frutos nada hace por empezar la guerra. Carece de dinero y los franceses no pueden dárselo. Ha enviado a Río de Janeiro, en procura de auxilio, al clérigo Pedro Pablo Vidal, ex partidario de las facultades extraordinarias y luego autor de aquel folleto que tanto irritó a Rosas. Vidal le escribe el 23 de abril que el

nuevo ministerio "es meramente de transición"[4] y que "nada se podrá hacer con él en orden a auxilios pecuniarios". Recordemos, para medir la inmoralidad y el error del gobierno de Rivera, que el Brasil tuvo sometida durante años a la Banda Oriental y que es, y seguirá siendo, el mayor enemigo de las dos naciones del Plata.

Tampoco le invita a guerrear su existencia en el Durazno. "Pasa los días –dice Leblanc– en jugar", entregado "al libertinaje con una concubina, y lleva la vida de un *indolente gaucho*". El ministro de Hacienda ha ido a advertirle que, si sigue acaparando y despilfarrando los miles de patacones que le suministra cada mes para el ejército, él se retirará del Gobierno. El almirante se encoleriza: "La conducta de Rivera es tan vergonzosa como inexplicable"; "compromete a su país de la manera más odiosa, la más culpable", y no producen efectos "las observaciones, los ruegos, los reproches, de cualquier parte que le lleguen". A Baradère no le indigna menos la conducta de Rivera, después de su declaración de guerra a Rosas y –anotemos las interesantes palabras que siguen– "sus compromisos casi oficiales con el gabinete del Brasil y con nosotros mismos" y "sobre todo, después de la publicación solemne de su tratado de alianza ofensiva y defensiva con la provincia de Corrientes, que él cobardemente ha abandonado y abandona hoy mismo a los furores y a las venganzas del execrable tirano de Buenos Aires". Le subleva que permanezca en la inmovilidad, por "dos miserables *mesalinas* del campo"[5] y por su tendencia a la haraganería. Le acusa de haber tenido en sus manos la suerte de Rosas y no haberlo hecho caer. Harto sencillamente ve las cosas el charlatán del cónsul: en unos días, con seiscientos hombres, a Entre Ríos; sublevación "en masa" de los entrerrianos contra el gobernador Echagüe, lugarteniente de Rosas; en un día y medio, a las márgenes del Paraná, donde se le habrían unido siete mil orientales, correntinos y entrerrianos; luego a Santa Fe, de donde el movimiento se habría comunicado, "con la rapidez del relámpago", a Santiago del Estero y a Córdoba para ligarse y combinarse con el que ya habría estallado en las demás provincias; y la flotilla oriental y la francesa habrían asegurado el dominio del Paraná, mientras "agentes hábiles e influyentes" recorrerían el país predicando la cruzada contra Rosas.

Pero don Frutos no quiere ir a pelear. Es de balde que lo amenacen los franceses y los emigrados. Estos señores acaban de constituir la Comisión Argentina –tres unitarios y dos federales cismáticos– que será el centro de la lucha contra Rosas. El alma de la Comisión es Florencio Varela, aunque no forma parte de



Vitrina con hermosa colección de armas de la época.



Soldados de la Legión francesa en el Uruguay.

ella; y el más importante de sus miembros, Agüero. Don Frutos no quire pelear, seguramente por tres motivos, aparte del de su vida regalada; porque inteligente como es, acaso más que los otros, sabe que a Rosas no lo vencerá; porque, haciéndose de rogar, piensa sacarles plata a los franceses, y porque su conveniencia no está en la guerra sino en ese bloqueo insuficiente que le permite obtener buenas entradas, al punto de que, desde el 1º hasta el 23 de abril, se ha exportado de Montevideo a Buenos Aires por valor de doscientos quince mil pesos, lo que ha representado para el Gobierno cuarenta y siete mil pesos de derechos.

Batalla de Pago Largo. Muerte de Berón de Astrada

Abril trae también buenas noticias para Rosas. La revolución en Córdoba ha quedado terminada con la captura de su jefe Pedro Nolasco Rodríguez, al cual le han encontrado cartas de Cullen. Pedido por Rosas, será fusilado en San Nicolás, en uno de los primeros días de mayo. Otros sublevados de Córdoba son también vencidos.

Pero nada tan importante para el Restaurador como el triunfo que el general Echagüe acaba de obtener sobre los correntinos, el 31 de marzo, en Pago Largo, La noticia llega a Buenos Aires el 8 de abril. Ochocientos correntinos han muerto, entre ellos su jefe y gobernador, Genaro Berón de Astrada, y cuatrocientos han caído prisioneros. Berón de Astrada, glorificado un siglo después de su muerte por los que carecen de dignidad nacional y de patriotismo, ha sido traidor a la patria. Separó a su provincia de la Confederación, constituyéndola en estado independiente, y se alió al extranjero agresor. Después de la caída de Martín García en poder de los invasores, no era posible dudar de que estábamos en guerra con Francia. Ha hecho también alianza con Rivera, que tiene el propósito de anexar Entre Ríos y Corrientes al Uruguay[3].

El triunfo de Pago Largo decide a Rosas a conceder una nueva amnistía. Podrán volver los emigrados que no han tomado las armas. Este decreto, generoso, igual que el anterior, con motivo del triunfo de Yungay, produce entre los emigrados la mejor impresión. Uno de los más prominentes, el doctor Pedro José Agrelo, escribe a un amigo: "la ley de olvido ha causado aquí una sensación tan grande que todos se disponen a aprovechar la buena y nobilísima disposición que ella manifiesta, y Lavalle va haciendo cabeza de la emigración que se apresura a volver al seno de sus hogares; no podía la ley haber venido a mejor tiempo". Sin embargo, *pocos vuelven*.

A Rivera, el desastre, que lo es también para él, no lo anima a salir de su inacción. Leblanc, poco inteligente y comprensivo, comenta en su diario: "Mientras sus aliados *combaten* y *mueren* por la causa común a Rivera, él permanece inactivo en su campamento del Durazno, de donde no se ha movido desde que llegó. Es así cómo sostiene a sus aliados". Y exclama: "¡*Qué conducta*! ¡*Qué hombre*! ".

Incendian los barcos de cabotaje

Los franceses consideran que el bloqueo es imperfecto porque no impide el cabotaje, y atacan a los pequeños puertos. En abril, mayo y principios de junio se apoderan de once buques bloqueados en el arroyo de la China y de los barquitos anclados en Zárate; desembarcan doscientos hombres en la Atalaya y ponen fuego a doce buques mercantes, de los que se incendian ocho; y vuelven a desembarcar en el arroyo del Sauce, en donde trescientos o cuatrocientos franceses son corridos por ciento treinta criollos. Ahora Rosas, con harta razón, llamará a los franceses *incendiarios*.

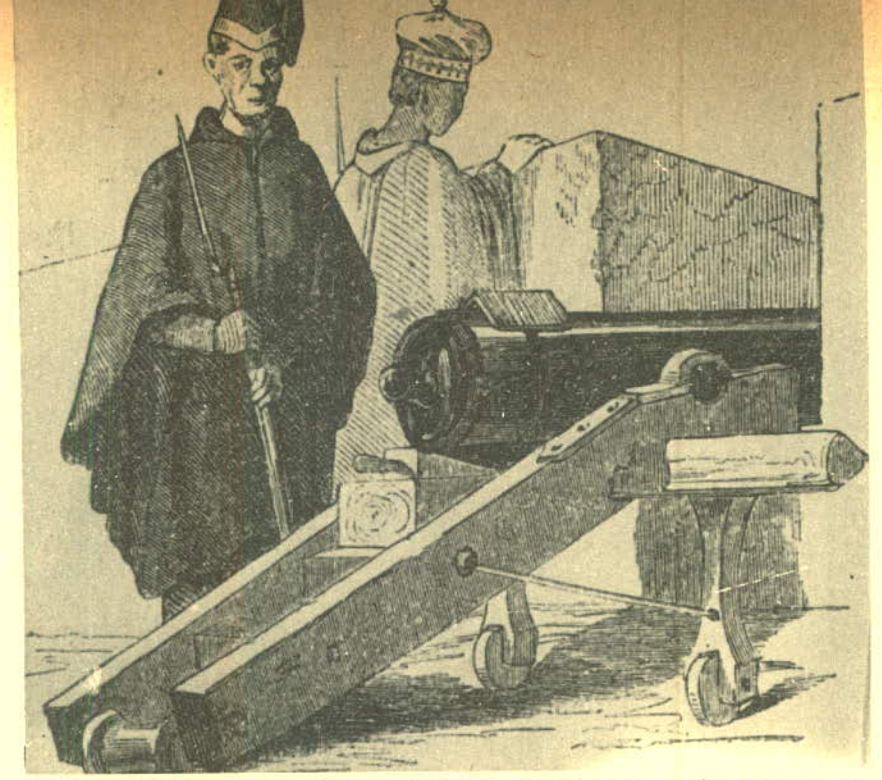
Intervención norteamericana

Mientras tanto, el comodoro norteamericano Nicholson propone este arreglo: los franceses continuarán como los ciudadanos



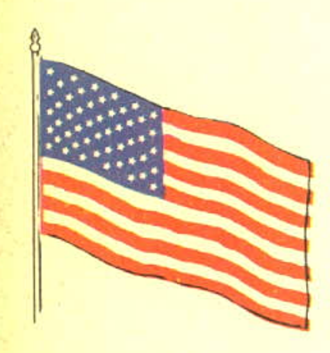
Oficiales de la Legión francesa, en la República Oriental del Uruguay.

Infantería y artillería de la República Oriental del Uruguay.



de los países que no tienen tratado, hasta que se firme uno; serán exentos del servicio militar; el gobierno argentino aceptará el conceder indemnizaciones. Además se devolverá Martín García y se retirará la escuadra apenas el señor Bouchet de Martigny llegue a Buenos Aires. Rosas está conforme con el primero y el tercer puntos, pero contrapropone: que a los franceses no se les exima del servicio militar, lo mismo que a los ciudadanos de las naciones que no tienen tratado especial, y que las indemnizaciones sean resueltas según las leyes del país por una persona autorizada por el Rey junto con el ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación. Nicholson, que seguramente ha consultado a los franceses, vuelve a contestar. Los franceses aceptan que sus compatriotas presten servicios militares hasta la firma de un tratado, pero quieren que para las indemnizaciones se tengan en cuenta, no las leyes del país, sino el Derecho de Gentes; y proponen, para el caso de desacuerdo, el arbitraje.

La última exigencia francesa parece un pretexto. Rosas no puede consentir y las gestiones terminan.



Emblema estadounidense país que ofició de mediador en el conflicto con Francia, por gestión del Comodoro Nicholson.

Se hace pesada la mano de Rosas

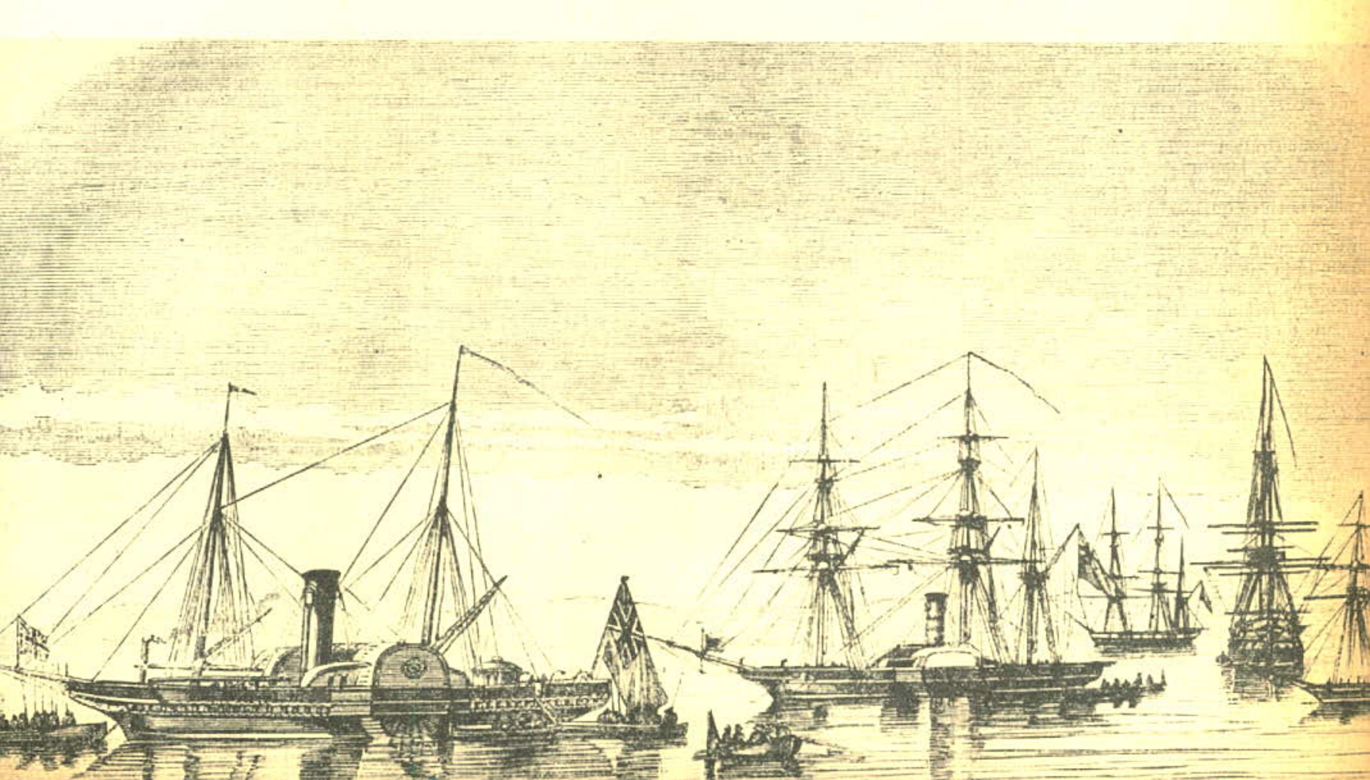
Por estos meses, la mano de Rosas se ha puesto muy pesada. La toma de Martín García, en la que han intervenido los emigrados; la alianza de esos hombres con Rivera y los franceses; y la segregación de Corrientes, le han indignado. Vigila a los ene-

migos, aumenta el rigor con los que no llevan la divisa. Se ha encarcelado a mucha gente, si no por el delito de opinión, en la mayoría de los casos con el fin de que pongan personeros para el ejército. Casi todos quedan libres después de unas horas o de unos días, con la ciudad por cárcel, de la que no pueden alejarse más de legua y media. Uno de éstos es el poeta José Mármol, que luego, en versos bastante malos, y que han de hacerse famosísimos, recordará a Rosas la *cárcel y cadenas* que le impuso. Se lo enjaula, durante siete días escasos, "por recibir papeles de Montevideo", vale decir, por estar en comunicación con el enemigo. Recibir diarios de Montevideo en la Buenos Aires de 1839, es un delito igual al de cualquier londinense que en 1940, recibiera diarios de Berlín. Asombra la benevolencia de Rosas con José Mármol.

Pero algo de espeso hay en el ambiente. Se temen días sombríos. Algunas personas huyen a Montevideo. El general Paz dice en sus *Memorias* que entre ellas hay quienes "no habían sufrido en su vida". Se van por miedo y no siempre del Gobierno: Eustoquio Frías reconoce que no fue perseguido. Rosas no les impide emigrar. Esto ocurrirá más tarde, cuando el que sale de Buenos Aires puede ser un soldado para el ejército enemigo.

La emigración de ciertas personas allegadas a Rosas demuestra hasta dónde alcanza el temor. Una de ellas es Mariquita Sánchez, casada con Mendeville, que había sido cónsul de Francia en Buenos Aires diez años atrás. Es una dama exquisita, mundana, y atiborrada de literatura francesa. Más aún: es afrancesada, sin que

Primeros buques ingleses a vapor en el Río de la Plata hacia 1840.



en esto contribuya la nacionalidad de Mendeville. Mariquita tiene mucha amistad con Rosas. Se tutea con él. Al comenzar el conflicto con Francia, él le ha escrito preguntándole qué hará ella ahora, tan buena patriota por un lado y francesa por su casamiento. Ella le contesta esquivando la respuesta categórica en una amable e insulsa carta en la que empieza diciéndole: "Mi querido Juan Manuel". ¿Por qué emigra? ¿Acaso por Juan Thompson, el hijo que tuvo con su primer marido y el cual está en Montevideo? ¿O por temor a los grupos del populacho que de cuando en cuando gritan por las calles contra los franceses? Sea por lo que sea, la emigración de Mariquita evidencia que ya ha comenzado a ejercerse contra los unitarios, los federales antirrosistas y los extranjeros sospechosos, la doble presión de la dura mano de Rosas y de las garras del pueblo, enfurecido contra los traidores.



María Sánchez de Thompson. Legendario personaje más conocida por Mariquita Thompson.

Fusilamiento de Cullen

Los gobernadores de Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy, han continuado cambiándose interesantísimas cartas. Es evidente que todos, o casi todos, han estado, en cierto momento, dispuestos contra Rosas. El lo sabe. Un empleado de su secretaría, Enrique Lafuente, le ha oído decir que Ibarra, para decidirse, espera "ver de qué lado sopla la fortuna; que ahora, con el triunfo de Yungay, se habrá decidido por él". No habla claro ninguno, de esos gobernantes. A veces refiérense a cosas que se han comunicado por emisarios. En ciertos casos, parece que fingiesen ignorar lo que no ignoran, así como cuando el gobernador de Jujuy le cuenta a Ibarra que lo han invitado para formar una liga, pero no sabe con qué miras e intenciones. "Sé solamente —dice— que, en el estado actual, cualquier partido es peligroso". Ahora todos han abandonado su actitud antirrosista. Ha tenido razón el gobernador de La Rioja, cuando, en enero, le contestaba al de Catamarca, José Cubas —el cual creía que el estado de Rosas era "sumamente violento y probablemente debía esperarse un pronto desenlace"—, manifestándole su error y cómo el decidirse, por consiguiente, "sería un paso prematuro y antipatriótico". El triunfo de Yungay, el de Pago Largo, la derrota de los revolucionarios de Córdoba y las adhesiones que Rosas recibe del extranjero, han fortalecido muchísimo su poder. Los gobernantes cesan en sus murmullos epistolares. Comprometidos los de Catamarca y Santiago en el movimiento de Pedro Nolasco Rodríguez, bajan la cabeza, contritos. Ibarra, que en enero era partidario del convenio entre las provincias, aunque no decía que se trataba de ir contra Rosas,

vuelve a ser el viejo amigo del Restaurador. Y de aquel francés Juan Pablo Duboué, enviado de Montevideo, ahora los gobernadores de Santiago, Catamarca y La Rioja no quieren ni acordarse a pesar de que lo escucharon y lo agasajaron.

Rosas es más fuerte que nunca y pronto quedará demostrado, al lograr que Ibarra le entregue a Cullen. Desde principios del año, viene insistiendo en esa entrega. Se lo pide el 5 de marzo. Otra vez el 18, reprochándole haberlo "abrigado, amparado y favorecido". El 6 de abril, el gobernador de La Rioja, Brizuela, trasmite a Ibarra una carta de Rosas: allí se ve cómo Ibarra resístese a entregar a Cullen. Ibarra, en efecto, le ha contestado a Rosas que, sin desconocer las razones en que se funda el reclamo, se halla en la necesidad de salvar a Cullen; pero que lo mantendrá "a un lado, en estado de perfecta nulidad". Rosas afirma, en carta a Brizuela, que "la permanencia del tal Cullen allí, en el estado actual de aquellos pueblos, con las nuevas administraciones, los embrollará". Dice que los gobernadores "se han vendido al amo tirano", refiriéndose a Cullen. Brizuela se siente ofendido por Rosas, "aunque de un modo indirecto y raro". Don Juan Manuel insiste ante Ibarra en cinco cartas más, todas de abril. En una de ellas acusa a Cullen de ser cómplice, con los Reinafé, en el asesinato de Quiroga. El 30 le dirige dos cartas. Una es para enviarle copia de las de Duboué, en las que el francés complica a Ibarra en sus planes, y para exigirle que las desmienta, pues ese hombre "ha vilipendiado" a todos los gobernadores, haciendo así "el más inaudito ultraje" a la Confedera-

Uniforme de soldados de las tropas invasoras.



Auténtico chaleco o casaca federal que perteneciera a Rosas.



ción. La otra, para reclamarle por última vez a Cullen, de quien afirma que, "sediento de sangre argentina, desde el inmerecido asilo que le dispensa V. E., está conmoviendo los pueblos y renovando en ellos la desastrosa guerra de los parricidas unitarios". Y entonces Ibarra, que prevé las consecuencias de su negativa, se lo remite engrillado.

Ha vencido Rosas sobre la amistad, la lealtad y la tenacidad de Ibarra. Da órdenes de que se fusile a Cullen, y así se hace al llegar la comitiva al arroyo del Medio, en la posta de Vergara, el 21 de junio. Los gobernadores quedan aterrorizados. Días antes de la entrega, ha sido procesado en Tucumán un joven Albornoz, el único seducido por Cullen, según Ibarra, y fusilado. Era ahijado de Ibarra. Y en una carta, el gobernador de Tucumán, Piedrabuena, se alaba de haber sido él quien hizo procesar a Albornoz.

¿Ha merecido Cullen el fusilamiento? Aunque con *buena intención*, no cabe duda de que anduvo en tratos con el enemigo: los franceses y Rivera. Fue también uno de los organizadores de la revolución de Córdoba, la que no iba contra el gobernador López, simple obstáculo que se deseaba remover, sino contra Rosas. Cullen, en Santiago o en cualquier otro lugar, hubiera seguido organizando conspiraciones. Por lo menos, así lo cree Rosas convencidamente. Hay varios testimonios, además de los citados anteriormente, que prueban la culpabilidad de Cullen. *El Nacional*, dos semanas antes del fusilamiento, publica una carta de Buenos Aires donde se asegura que Cullen, "este amigo bene-

mérito de la libertad, continúa, con celo infatigable trabajando contra Rosas"; y que pronto se verá al gobernador Ibarra "protegiendo los esfuerzos revolucionarios de Cullen". Y la redacción comenta que los elogios a Cullen son merecidos, pues "mientras viva este patriota, podremos decir que está viva la revolución en las provincias". Otro testimonio valioso es una carta de Enrique Lafuente. Como su amigo Félix Frías, secretario de Lavalle y vinculado a todos los unitarios, le ha anunciado que escribirá sobre Cullen, Lafuente le contesta: "no dudo que, a la fecha, ya se habrá dicho algo en favor de este buen argentino que ha hecho tantos esfuerzos por la caída del tirano". Lafuente sabe de estos esfuerzos por su contacto personal con los que en ese momento conspiran; por su correspondencia con los unitarios de Montevideo; y por ser empleado en la secretaría de Rosas. Y es también sugestivo que, habiendo sido Cullen federal toda su vida, el unitario Frías piense escribir sobre él. Un tercer testimonio es aquella carta del cónsul inglés en Montevideo, Tomás Samuel Hood, al ministro de Su Majestad británica en Buenos Aires, del 11 de octubre de 1838. Ha celebrado una entrevista con Roger, el cual ha hablado de "su alianza con Rivera y Cullen". Esto se lo ha dicho Roger después de levantarse, cerrar la puerta del cuarto en que dialogaban y echarse al bolsillo la llave. Hay todavía otro testimonio, emanado directamente de Roger, quien era entonces el centro de la campaña contra Rosas. Roger le escribió al ministro inglés en Buenos Aires, el 14 de octubre de 1838. Entre los hechos que demuestran la mala situación de Rosas y que deben moverle, según Roger, a un arreglo con los franceses, menciona "las disposiciones hostiles de Cullen". Resulta Cullen una potencia, pues esas "disposiciones hostiles", unidas a otros sucesos como la toma de Martín García, "deben precipitar la conclusión de nuestras diferencias con la República Argentina".



Bandera del Perú.

Rosas, al fusilar a un hombre que se ha aliado al enemigo y que realiza los más grandes esfuerzos para derrocar a la autoridad legítima cuando el país está en guerra, ha hecho lo que todos los gobiernos en su caso.

Los ingleses apoyan a Rosas

Días antes del fusilamiento, han llegado de Inglaterra noticias que *La Gaceta* publica. He aquí frases del *Morning Chronicle*, diario semioficial: "Francia no tiene justicia"; "El gobierno francés no tenía derecho para hacer la guerra a aquel país sin ninguna especie de razón"; "La conducta del gobierno francés ha

sido enteramente *contraria* a los principios que debiera practicar un gobierno independiente para con otro estado".



Tucumán, vista de la época.

Pero nada tan favorable para Rosas, como la sesión en la Cámara de los comunes, el 19 de marzo. Lord Sandon, conservador: "En el año 1821, bajo la administración de aquel primer ministro –refiérese a Chateaubriand–, el gobierno francés entabló negociaciones con el objeto de establecer una dinastía borbónica en aquel país". Esto explica los actos recientes y permite "creer que no es tan sólo con el objeto de obtener la reparación de agravios" que Francia ha recurrido a la guerra. Considera muy *triviales* esos agravios, y que "de ningún modo justifican el recurso a las hostilidades". Y critica a Francia, que ha unido su bandera a las de unos sublevados para derrocar "al gobierno legal de Montevideo, con el cual se hallaba en paz". Habla de la toma de Martín García, que Francia está fortificando. Todo esto prueba "que los movimientos que se están practicando en Sudamérica no tienen el objeto que dice el gobierno francés, sino que son la prosecución del plan iniciado, aunque negado por él, en 1821, para apoderarse de alguna porción de los estados sudamericanos". El diputado liberal doctor Lushington juzga que las pretensiones francesas son "totalmente injustificables, y jamás se hubieran hecho valer contra un país que tuviese los medios de defenderse". Las quejas de los franceses le parecen "frívolas e infundadas", y afirma que, por los mismos fundamentos, Francia "podría cerrar los puertos de todas las costas del mundo". ¡Palabras estupendas para Rosas, las de estos diputados ingleses!

¿Y qué decir de la petición dirigida al gobierno inglés por los "comerciantes, navieros y negociantes" de Londres? Menciona el diverso criterio de Francia, prueba de su mala fe; ha protestado porque Chile bloquea las costas del Perú y ella bloquea las del Plata. Opinan esos señores de Londres que ha desaparecido "todo fundamento substancial de diferencia" entre la Francia y la Argentina, no obstante lo cual continúa el bloqueo. Y Palmerston, el primer ministro británico, declara, según Mandeville se lo comunica a Rosas, que cualquier estado tiene derecho para llamar al servicio de las milicias a los extranjeros domiciliados cuando no haya tratado en contrario y que la Francia no lo tiene para exigir del gobierno argentino, por la fuerza, un tratado de amistad y comercio como el de Gran Bretaña con nuestro país.

Así son las opiniones del mundo entero. En la Cámara de Diputados del Brasil se ha hablado como en Londres. Los diarios de toda la América, los diarios españoles, están de parte de Rosas. Y el *Journal of Commerce*, de Nueva York, dice que la respuesta del gobierno de Buenos Aires al ultimátum de Roger es

"un documento diplomático sobresaliente", y este ultimátum, "exorbitante y absolutamente inadmisible".

Fracasa la conjuración de Maza

Fines de junio. Rosas descubre una conjuración para derrocarle y quitarle la vida. Iniciada por los jóvenes de la Asociación de Mayo, iba a dirigir el movimiento militar el teniente coronel Ramón Maza. Su padre, el doctor Manuel Vicente de Maza, ocuparía el gobierno, provisionalmente. Los conspiradores han contado con un desembarco de Lavalle, quien, dedicado a preparar su instalación en Martín García, no se decidió.

Rosas tenía noticias del movimiento desde meses atrás. Una gran parte de la sociedad distinguida conspiraba. En abril, en que pasa unos días en Palermo, él solo, con un empleado, escribe incesantemente. Tiene el caballo ensillado a la puerta y desde que se levanta de la cama anda con espuelas, chicote , poncho y el sombrero puesto. El general Paz dice: "se obraba con tan poca reserva que he oído en un estrado, delante de dos señoras, hacer mención de los puntos más reservados, sin la menor precaución". Asegura que había elementos poderosos de oposición, y que en las tropas de línea tenían grandes simpatías los revolucionarios. Era "un secreto que rolaba entre nubes de depositarios". Pero Rosas no tiene la certeza de la conjuración y los nombres de sus enemigos hasta que uno de los conspiradores los delata.



Asesinato del Dr. Maza (detalle)



Coronel Ramón Maza, complotado en el levantamiento de Chascomús. Detenido y fusilado en 1839.

Ramón Maza está muy vinculado al Restaurador: se ha casado el 3 de junio con una íntima de Manuelita y cuñada de Juan Rosas y Ezcurra. Cuatro meses antes, don Juan Manuel le ha dicho unas palabras irónicas que pudieron hacerle comprender cómo sospechaba de él. Ramón Maza ha incurrido en el crimen de comprometer a su padre, a quien no ha de halagar tanto el ser gobernador –ya lo ha sido– como para traicionar a su gran amigo Rosas. Probablemente su hijo le ha hablado del movimiento cuando ya era tarde para aconsejarle que lo suspendiera. El doctor Maza debe haber pasado días de trágica desesperación: no puede denunciar a su hijo y tampoco quiere traicionar a su amigo. Pero no cabe duda de su culpabilidad. Años más tarde, Carlos Tejedor, ya hombre ilustre, y uno de los autores del movimiento fracasado, escribirá: "Interrogado una vez por mí –refiérese a Ramón– si su padre, el doctor Maza, conocía nuestros trabajos, contestó que sí; y que éste se pondría a la cabeza de un movimiento análogo en la Legislatura, luego que el movimiento hubiese tomado formas". Y Avelino Balcarce, otro conspirador, le escribe a Félix Frías con palabras subrayadas, que el doctor Maza es "uno de nuestros hermanos".

Preso Ramón el 26 de junio, fulminantemente difúndese la noticia. ¡Conjuración descubierta contra la vida del Restaurador! El pueblo, que siempre ama a Rosas y está exasperado por la alianza de los unitarios con los franceses y con Rivera, experimenta una agitada conmoción. Grupos de fanáticos recorren las

calles a caballo, gritando contra los Maza y haciendo fuego. La Sociedad Popular Restauradora, reunida en sesión permanente, pide el castigo de los asesinos. Júntanse millares de firmas que solicitan a la Sala de Representantes la expulsión de su presidente, el doctor Maza. Esa misma noche es asaltada la quinta de Maza. Son tan violentas la indignación del pueblo y su furia por vengarse, que Rosas no puede contenerlas.

Entonces le ofrece a su amigo, por medio del cónsul norteamericano y de otras personas, la posibilidad de huir. A Terrero le escribe el 26 de junio: "Vuelvo a repetirte lo que ya te he manifestado, que es absolutamente necesario que el doctor Maza salga del país. Tremendos cargos pesan sobre él, y la opinión pública, lo señala conspirando contra el Gobierno. El Gobierno no puede salvarlo; que no insista en una vindicación inútil ni crea que con ella puede calmar la irritación que hay en su contra. Dile que hoy, con su presencia provoca, y que es preciso que se aleje: éste es mi consejo y quizá muy pronto sea tarde". Pero Maza, en la esperanza de salvar a su hijo, decide el 27 ver a Rosas con Terrero, que le ha aconsejado la entrevista. En la calle, a una cuadra de la casa del Restaurador, Maza exclama: "No, no puedo ir; si me matan, me matarán en mi puesto". Deja a su amigo, se dirige a la Legislatura y allí, en su despacho de presidente, mientras firma su renuncia, es muerto a puñaladas por dos sujetos.

Mientras tanto, Manuelita trata de salvar a Ramón. "Hubo muchas lágrimas en casa –dirá Rosas varios lustros más tarde–, pero si veinte veces se presentara el mismo caso lo haría; no me arrepiento". El 28 a la madrugada, Ramón Maza es fusilado. Los unitarios y sus descendientes materiales y espirituales consideran esta muerte como un "asesinato". Cierto que Maza no es un traidor como Berón de Astrada: cuando trataba del desembarco de Lavalle, exigió que no viniesen banderas francesas ni orientales. Pero no hay país en el mundo en donde el militar con mando, que se va a sublevar mientras su patria está en guerra, no sea castigado con la última pena.

Los unitarios también acusan a Rosas de haber mandado asesinar al doctor Maza, y Rosas afirma que los culpables son los unitarios, quienes, por salvar sus vidas, excitaron a los exaltados. Ni una ni otra es de creerse. Más posible parece la explicación que él mismo da a los dos jesuitas que van a felicitarle por el fracaso de la conspiración; "El hombre tiene sus arrebatos y en ellos habla, óyenle los exaltados y ponen en ejecución lo que oyen. Así me sucedió a mí en aquel caso". Pero ya hemos visto lo que don Juan Manuel hizo por Maza. Esto basta para demostrar su inocencia, aunque hay otros testimonios, entre ellos, el de Arana,

quien, años después de la caída de Rosas, con el cual ha quedado en malas relaciones, declara que el Restaurador nada ha tenido que ver con aquel crimen. Rosas ordena levantar un sumario, que no da luz alguna. Más tarde, preso uno de los asesinos por otra causa se le descubre su culpabilidad y se le fusila.

Los conjurados y sus cómplices son innumerables. Rosas encarcela a muy pocos: Carlos Tejedor, Santiago Albarracín, Avelino Balcarce y algún otro. Procede con ellos con magnanimidad extraordinaria, y que la pasión política le ha desconocido. Perdona a todos, salvo al relojero francés Félix Tiola, ex sargento mayor de Napoleón –por cuyo intermedio se comunicaban los conspiradores, según afirma el historiador unitario Angel Justiniano Carranza–, a quien fusilará en agosto por reincidente, pues ha aconsejado a alguien comprar caballos para Lavalle. "Póngase en libertad al joven Carlos Tejedor, entregándolo a su padre, a quien se le prevendrá cuide de que su hijo no se relacione con salvajes unitarios". A Balcarce y a los demás, les da la ciudad por cárcel. A los restantes, entre los cuales los que dieron dinero –Paz dice que se abrieron generosamente los bolsillos de muchos y que se reunieron muy regulares cantidades"–, ni siquiera los detiene un solo día. Y el 30 de junio se va a Palermo, sin duda para no ser tentado por el deseo de vengarse. El dirá años después: "Así que se empezó el sumario y me impuse de las muchas personas unitarias y federales notables que aparecieron figurando como autores y cómplices, lo mandé suspender". Agregará: "De otro modo, habría sido preciso ordenar la ejecución de no pocos federales y unitarios de importancia". Y un historiador unitario refiere que Rosas exclama al saber el asesinato de Maza: "Más vale así, porque si llegaba a hacerse proceso ¡cuántos hubieran caído! ".

Los unitarios dicen que los restos de los Maza fueron llevados al cementerio en un carrito y arrojados en la fosa común. El tiempo, que suele complacerse en deshacer las calumnias, los desmentirá. Los restos de los Maza, conservados en la bóveda de don Valentín Alsina, en una sola urna en la que sus nombres se leían con perfecta claridad, fueron incinerados, según nota del director del Cementerio de la Chacarita, el 22 de diciembre de 1926[4].

Ocupación de Martín García. Expedición de Lavalle

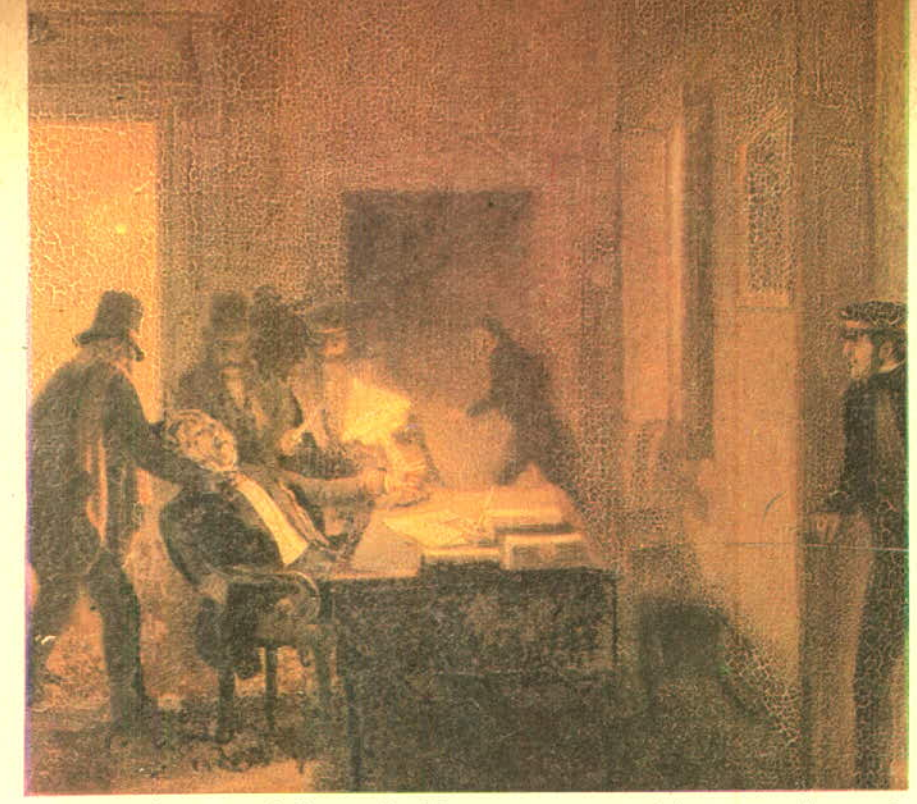
Por esos días, Lavalle se entrevista con Leblanc. Le pide permiso para reunir en Martín García trescientos hombres, y la cooperación de los marineros franceses en su proyecto de apode-

rarse por la noche de Buenos Aires. Leblanc no cree que la ciudad se levante en favor de Lavalle y le niega los quinientos marineros. Lavalle se conforma con que sus hombres sean transportados por los barcos franceses, en uno de los cuales él se embarca el 2 de julio. Leblanc resuelve que los gastos ocasionados por la presencia en sus barcos de los oficiales y soldados de la expedición, corran por cuenta del Ministerio de Marina y de Colonias de Francia. Esta connivencia con el enemigo de la patria avergüenza a algunos unitarios, y así Agüero, a fines de este mes, le escribe a Lavalle que "rompa todas las cartas en que entren los franceses", como él lo hace.

Lavalle parte el 2. Rivera se enfurece. Había ordenado la prisión de Lavalle y el desarme de su gente. "Está hecho un león", le escribe Alberdi a Lavalle al otro día, y habla de "pedir fuertes explicaciones a los franceses"; del ultraje que han hecho a las prerrogativas del Estado, y de mandar echar a pique la goleta que lleva a los argentinos. ¿Por qué este enojo? ". ¡Es que ha ofrecido la paz a Rosas y Lavalle lo compromete! Agüero a Lavalle: "Por parte de don Frutos nada hay que esperar sino una obstinada hostilidad, hoy, sobre todo, que no piensa sino en componerse con Rosas". Rivera prohibe enviar víveres a la isla y ordena aprehender a los unitarios que pretendan embarcarse para allí. Lavalle a Lamas: "Rivera está poseído de una rabia frenética, no tanto contra la empresa cuanto contra mí". Ya no confían los unitarios sino en los franceses. Lamas le escribe a Lavalle: "Por supuesto que no hemos prescindido de los auxilios fran-

Lavalle en Martín García con sus aliados franceses.





Asesinato del Dr. Vicente Maza.

ceses: los necesitábamos". Y agrega estas palabras que hasta da vergüenza transcribir: "Les hemos pedido *doscientos mil* patacones". Y José Ellauri, ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, le habla así de los *miserables* agentes franceses, como los califica: "Estos hombres, versátiles por carácter, no han querido largar prendas sobre su compromiso, y ya se han negado abiertamente a dar un medio diciendo que cada uno haga lo que pueda. Para no aparecer humillados y que obramos por puro interés, ha sido forzoso continuar auxiliando, en cuanto se ha podido, a los argentinos; menos con gente, que de cierto no la podemos enganchar sin plata".

Rivera, en efecto, ha ofrecido la paz a Rosas, por intermedio del ministro inglés en Buenos Aires. Rosas le comenta así el suceso a Pacheco: "Rivera está loco. Quiere hacer la paz a todo trance". Ofrece la unión contra los franceses, la entrega de los unitarios, el reconocimiento de sus empleos a los orientales de Oribe. Sólo exige quedar él en la Presidencia. "Le he contestado que el gobierno de la Confederación Argentina no puede hacer la paz con un bandido enemigo de la América, a quien ha traicionado *vendiéndose* al oro asqueroso de los piratas franceses". Sólo aceptará con estas condiciones: que él abandone la América; que sea repuesto Oribe hasta que las Cámaras designen un presidente; que la República Oriental se una a la Argentina contra las pretensiones francesas; y que se le entreguen todos los unitarios que han hostilizado a su gobierno.

Pero Rivera no puede aceptar. Varela le escribe a Lavalle: "cargaron con el deshonor de ofrecer a Rosas la paz y Rosas les ha dado un bofetón". Los agentes franceses han pasado días de temor. El cónsul Baradère, irritado contra los orientales, dice a su gobierno: "Montevideo es una nueva Sodoma, donde no se encontraría, no digamos un justo, un hombre de verdad y de buena fe". El no ha creído en el arreglo. "Estemos completamente tranquilos: Rosas sólo ha querido adormecer a Rivera y ganar tiempo". Es decir: está tranquilo porque seguirá la guerra . . . Y porque Rivera, descubierto, vuelve a acercarse a los franceses. Pero estima tan poco a su aliado que, en ese acercamiento, sólo ve una maniobra para conseguir dinero. Menos lo estima Leblanc, para quien "el carácter oriental es naturalmente feroz"; que no ve en la República un solo hombre notable y que afirma cómo en las mujeres "la corrupción precede casi siempre a la pubertad", y que niega a las casadas la castidad ¡ y hasta el ser madres tiernas! Así juzga el miserable a los orientales.



León Ortiz de Rosas, padre de Juan Manuel, muere a los 79 años.

Muerte del padre de Rosas

Ultimas semanas del invierno. El 13 de agosto muere, cuando le faltaba un año para los ochenta, don León Ortiz de Rosas. La Sala le decreta honores de coronel, y envía a su hijo una hermosa carta de pésame. Trece días antes, Rosas había escrito a su "muy querido padre". Le mandaba con su hijo Juan el borrador del testamento que había redactado según sus indicaciones y en el que él intercaló su renuncia a la herencia, en favor de su madre y sus hermanos. Y se despedía: "Que Dios Nuestro Señor conceda a su merced los alivios y restablecimientos por que tanto rogamos, es el sentimiento más íntimo de su amante hijo que le pide su bendición y le besa su mano". Poco antes de morir, por medio de su madre, que está paralítica, rogó a su progenitor llamar un sacerdote. Y días después del tránsito, escribe a su madre estas palabras de ternura: "Sabe su merced que no cesaré jamás de acompañarla en su dolor. ¡ Ah! , llore su merced, y llore para poder ensanchar su corazón".

Otra carta de San Martín

Por los mismos días, el ejército federal, al mando de Echagüe, invade el Uruguay; y en Mendoza es fusilado el francés Juan Pablo Duboué, con lo cual termina, por el momento, la tentativa



Florencio Varela. Grabado de la época.

de unir a las provincias contra Rosas. Los gobernadores, ahora, hablan a don Juan Manuel con humildad. Brizuela, el de La Rioja, negó haber escuchado al francés, que carecía de autorización suficiente. No advierte que esta declaración le compromete: de ella despréndese que, de estar el emisario de los agentes franceses y de Rivera perfectamente autorizado, le habrían atendido.

Y no ha empezado la primavera, cuando Rosas recibe una segunda carta de San Martín. ¡Con qué indignación contra el atropello de Francia habla el gran patriota! Considera que es preciso "no tener el menor sentimiento de justicia para mirar con indiferencia un tan violento abuso del poder". Y agrega estas palabras, que, sin duda, sentirán como latigazos los Lavalle, los Agüero, los Varela: "Pero lo que no puedo concebir es el que *haya americanos* que, por un espíritu indigno de partido, se unan al *extranjero* para humillar a su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española. Una tal felonía, ni el sepulcro la puede hacer desaparecer". Y si, poco después, el *Libertador*, en carta a un amigo, desaprueba la conducta de Rosas por la *persecución general* a "los hombres más honrados de nuestro país" y el asesinato de Maza le hace creer que Rosas "no se apoya sino en la *violencia*", insiste en que él no aprobará jamás que un hijo del país "se una a una *nación extranjera* para humillar a su patria"[5].

Homenaje al Restaurador

En los días siguientes a la conjuración de Maza, la ciudad ha estado silenciosa y sombría. Esto ocurre en todas partes, a raíz de un hecho análogo. Los centenares de cómplices temen la cárcel y aun la muerte; y los partidarios de Rosas temen la revolución. Pasadas unas semanas comienzan a publicarse en *La Gaceta* las adhesiones a Rosas y a realizarse funciones en las parroquias y en los pueblos. Y en setiembre, para robustecer el sentimiento federal, resuelve el Gobierno el uso obligatorio del *bigote* "en señal de la guerra exterminadora y eterna que harán todos los federales libres a los tiranos inmundos piratas franceses, enemigos de la libertad americana".

Felicitan al *Restaurador*, individual o colectivamente, por haber salvado la vida, los jueces, los jefes militares, los altos empleados, los miembros del clero, los jueces de Paz, los comisarios, los curas de campaña. Hay una felicitación de once generales. Algunas son extensas. La publicación de estos documentos —permanente exaltación de Rosas y expresión del odio a los enemigos—

dura meses. El comandante del Fuerte Azul, Ventura Miñana, dice: "nuestros *puñales* están listos, y muy pronto empezaremos a *degüello* si V. E. falleciese"; y declara que sólo desea ardientemente que se le mande derramar su sangre. Vicente González, comandante de la Guardia del Monte, al contestar a un jefe de batallón le ordena amarrar y dar quinientos "azotes de muerte" al que pronuncie una palabra ofensiva a la Federación, y agrega que si no hubiera sido por "la indulgencia y misericordia" de Rosas, que ha contenido a sus partidarios, "ya hubiera corrido la inmunda sangre de esos chanchos a los filos del puñal de los federales". El general Corvalán, edecán de Rosas, le escribe a un comandante que los federales "andan ardiendo y desesperados por degollar a todos los unitarios que estaban comprendidos en la logia y son bien conocidos y señalados"; y Rosas, al redactar el borrador, como acostumbra, de una carta que firmara Corvalán y dirigida al coronel Aguilera, escribe: "Y es tal la irritación de los federales, que si S. E. no estuviera de por medio, habrían amanecido, y aun amanecerían hoy, *mil* de aquéllos degollados. Es preciso verlo y tocarlo para conocer bien el valor de esta verdad".

Las funciones son casi idénticas. He aquí la de Monserrat. Once de la mañana: sale del barrio la comitiva que va a la casa del gobernador, en busca de su retrato. Allí la esperan Manuelita, damas de la familia y muchos jefes y ciudadanos. Discurso saludando a la hija de Rosas, y otro más al recibir el retrato, seguidos de los interminables "¡vivas! " y "¡mueras! ". Se canta el

Un sector de la plaza Victoria





Blas Parera

himno *Sepa el mundo que existe un gran Rosas*, publicado el año anterior. Frente a su ventana, repítense los gritos y el himno y se arrojan cohetes. Camino a la iglesia, salen los dueños de algunas casas dando los mismos gritos y arrojando cohetes y buscapiés. Cuadra de la iglesia. Está adornada con olivo y banderas. Al llegar la comitiva, los vecinos toman las banderas, las inclinan ante el retrato e hincan una rodilla. Repique de campanas, cohetes. Comienza la función en el templo. El retrato,recibido solemnemente, es colocado en una mesita, junto al altar mayor. Dos señores, que son relevados, custodian el retrato. Al terminar la función, en el atrio, se renuevan los gritos y los discursos. Luego, a una casa, a tomar un refresco. Allí también va el retrato para recibir los brindis, que son verdaderas arengas. A las cuatro y media, almuerzo en la casa del juez de Paz. Se baila después la *media caña* "la más federal y republicana danza". A las siete, se retira el retrato, lo adornan con banderas, y una manifestación lo conduce de regreso. En cada esquina cántase el mismo himno y estallan los mismos gritos. En la casa del Restaurador, donde es muy difícil entrar por el gentío, esperan las damas, los jefes y los funcionarios. El retrato es devuelto. Resuenan los "¡ vivas! " y los "¡ mueras! ". El, Rosas, no aparece para nada.

En los brindis se dicen cosas espantables. El coronel Andrés Parra: "¡ Mueran todos los enemigos de nuestro amado Restaurador, degollados como carneros! ". Nicolás Mariño, vicepresidente del cuerpo de Serenos: "Exterminemos, pues, a esos bandidos renegados y vibremos, sin trepidar, el puñal vengador de la

Patria, de la América, de la causa santa de la libertad". El coronel Evaristo de Uriburu: "Por la desaparición absoluta de todos los salvajes unitarios y de los aliados de éstos, el *pardejón* incendiario Frutos Rivera y los asquerosos piratas franceses". El cura de San Nicolás: "¡Odio eterno a los parricidas unitarios, vendidos al inmundo oro francés! ¡Odio de venganza que debe arder en el pecho de todo federal contra los incendiarios de Luis Felipe! ". El coronel Martín Santa Coloma: "Es llegado el caso de salir con palo y puñal por las calles, y a todo el que se conozca enemigo de nuestro ilustre Restaurador de las Leyes, matarlo a palos y puñaladas, pues yo pido al Todopoderoso que no me dé una muerte natural sino degollando franceses y unitarios".

El espectáculo de estas fiestas, ofrece un original carácter. Pero nada iguala al que organiza el Ejército. En un carro alegórico de nueve varas de altura es conducido el retrato del *Restaurador*. En esta fiesta brindan un general de la Independencia, Soler, que llama a Rosas *ilustre Varón* y *nuestro Héroe*; y Lamadrid, que en verso, reclama: *valor y unión* y *fidelidad y unión*, porque éste –dice– ha sido siempre su grito.



Indumentarias de la época. Reconstrucción existente en el Museo "Enrique Udaondo".

En las fiestas de la Catedral y de la Merced, ocurre algo extraordinario: a la multitud que arrastra el carro donde van los retratos de Rosas y Encarnación, se agregan varias damas principales, entre ellas las mujeres de Arana, de Pinedo, de Rolón, de Soler y la Viuda de Juan Facundo Quiroga. *La Gaceta* elogia "el delicado entusiasmo" de estas damas y su "noble sentimiento de patriotismo". Y el uruguayo don José Brito del Pino, describiéndole a su mujer doña Mariquita una de estas fiestas, le cuenta: "Hay un entusiasmo tal por el Restaurador, que no te lo puedes imaginar".

En los pueblos, el espectáculo es aún más impresionante. En un carruaje es conducido el retrato, y hombres a caballo lo custodian. Comitivas salen a su encuentro. Estos jinetes, de chaqueta punzó, suelen montar caballos colorados, a los que adornan con testeras y colores punzoes. Y cuando todos entran en el pueblo al son de repique y de cohetes, en las calles cubiertas de hinojo los fieles del nuevo culto *hincan una rodilla* al paso del retrato.

Con motivo de estas fiestas, dícese que el *retrato* de Rosas ha sido colocado en los *altares*. Absolutamente falso. He leído innumerables crónicas de esas fiestas, que se vienen realizando desde 1835, y no he encontrado jamás semejante cosa. El retrato es colocado en una mesita, cuya mención en las crónicas nunca olvidan, y a veces bajo un dosel junto al altar mayor. *Del lado del evangelio*, dicen algunas crónicas, lo cual significa a la izquierda del altar. Es el sitio que la Iglesia designa a los jefes de Estado,



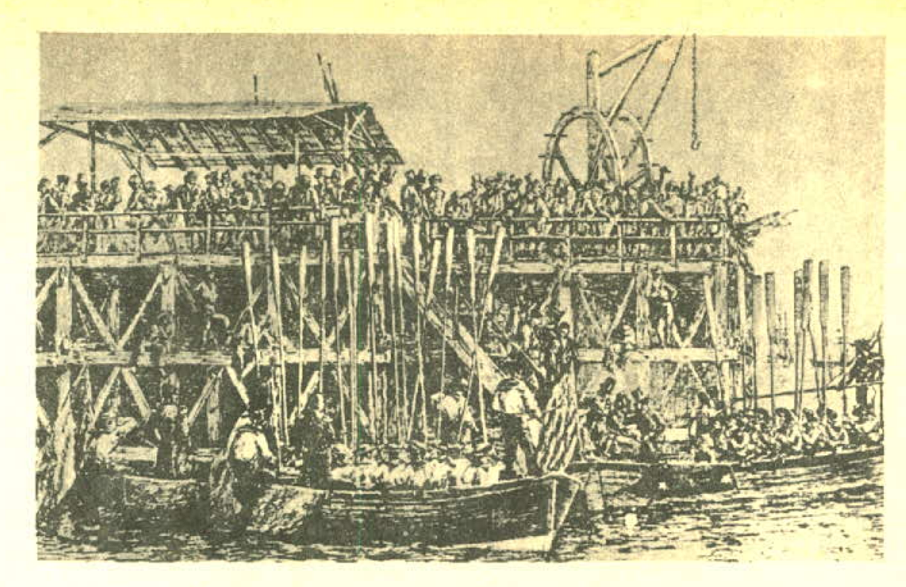
no para que se les adore sino para que allí permanezcan, y si Rosas manda su retrato es porque no puede ir personalmente. Más tarde, negará el retrato y terminará prohibiendo estas serviles manifestaciones.

Comienza la enemistad de Rosas para con los jesuitas. Los quiere mal desde el año 37. El Obispo, elemento suyo, ordenó se dijera en los púlpitos, confesionarios y en todas partes, que fuera de la Federación no había religión posible. Los jesuitas negáronse a decir ese desatino. El Superior sólo dispuso que se recomendara la obediencia a las autoridades y el respeto del orden. Pero dos padres son federales; y, en una misión por la campaña, uno de ellos, Francisco Majesté, ha elogiado a la Federación y atacado a los unitarios. En los días en que muere Encarnación, los padres visitan a Rosas, en cuya casa agrada mucho el carácter festivo de Majesté. Ahora, fracasada la conjuración de Maza, dos padres van a presentarle su adhesión. En San Ignacio se ha dicho una misa rezada, sin retrato ni sermón. Alguien le comunica al Superior que ha sorprendido la falta de una felicitación escrita y de una misa cantada. El Superior contesta que han hecho como en Madrid, en caso semejante. Una parienta de Rosas manda su confesor a los padres, para que insista, y luego va con la cuñada de Rosas, doña María Josefa Ezcurra, personaje de singular relieve. Exigen, no piden: misa cantada, tedéum y felicitación escrita. Don Juan Manuel, maniático propagandista, quiere la felicitación escrita para publicarla en *La Gaceta*. Los padres se mantienen inflexibles, y esto les trae su desgracia.

Lavalle en Entre Ríos

El avance por el territorio oriental de las tropas de Echagüe, que han cometido algunas atrocidades, ha cambiado las cosas en el Uruguay. Rivera ha salido al encuentro del invasor. Su reemplazante vuelve a la amistad con los franceses y autoriza el envío de hombres y de recursos a Lavalle, que ha permanecido en Martín García.

En Montevideo hay pánico, pues Echagüe, que manda cuatro mil hombres, está muy cerca. Y entonces el Gobierno, por un edicto policial, ordena: "deberán presentarse en la Casa del Gobierno para ser enrolados, todos los *vascos*, *catalanes* y demás españoles europeos que de tres años a esta parte hayan arribado a esta república". Es decir: el gobierno oriental procede con los españoles exactamente lo mismo que Rosas con todos los extranjeros cuyos gobiernos no tienen, como *Inglaterra*, un tratado



Embarque de Lavalle en Entre Ríos, después de fracasar en el intento del alzamiento de este Estado, contra Rosas.

especial con la Confederación. Pero lo increíble es que la idea ha sido de los franceses. "Era necesario –dice impúdicamente Leblanc– empujar al gobierno oriental al enrolamiento de seiscientos vascos". De modo que los franceses hacen en Montevideo lo que Rosas en Buenos Aires, y que, por tratarse de Rosas, les parece tan malo que les ha conducido a atropellar la soberanía de una nación amiga. Pero hay esta diferencia a favor de Rosas: que él sólo cumple, y en pequeñísima escala, una ley del país dictada por un gobierno anterior, por un gobierno unitario, cuyos componentes son hoy aliados de Francia y de Rivera; mientras los franceses, que chillan cínicamente contra esa ley, imponen a sus aliados una, harto más injusta y ejecutiva.

Lavalle, ahora, puede reunir gente. Ya tiene más de setecientos hombres. A mediados de agosto ha renunciado a penetrar en Buenos Aires. Este ataque, dice en una carta, *sería un crimen*. La invasión de Echagüe al Uruguay ha cambiado la situación. "Me voy a Entre Ríos. En Buenos Aires se van a desesperar, pero así lo exige el bien público". Y parte del 2 de septiembre.

Mientras viaja hacia Entre Ríos, desembarca en la costa del Uruguay y se dirige hacia el norte. Los gobernantes uruguayos que dos meses atrás, según lo revela el diario de Leblanc y los informes de Baradère, pensaron ofrecer su patria a Inglaterra para que ejerciese sobre ella un protectorado como el que ejerce en las islas Jónicas ahora solicitan el desembarco de los marineros franceses para defender a la ciudad contra Echagüe, que está en el río Santa Lucía, a poca distancia de la ciudad. Lo hacen por

nota, que firma Andrés Lamas, documentando así su traición a la América. Los franceses, que no desean otra cosa, hacen desembarcar, el 19 de setiembre, a cuatrocientos marineros. En el hecho, el Uruguay queda convertido en un *protectorado* francés. Así lo entiende el ministro del Brasil, que pide explicaciones sobre semejante violación de la soberanía uruguaya.

Lavalle, en tanto, reparte por Entre Ríos una extraña proclama en la que reconoce que toda la República Argentina no quiere otros principios que los federales. "Dóciles a las voluntades victoriosas de los pueblos –exclama, abjurando sus ideas–, nosotros venimos a someternos a ellos con honor y gritar, si es necesario, a la faz de la Nación: ¡Viva el gobierno republicano, representativo, federal! ". Y con esta bandera, la de sus enemigos, vence en el *Yeruá*, no lejos de Concordia, a una parte del ejército entrerriano. Respiran Rivera y sus partidarios. Las poblaciones orientales de la costa del Uruguay se levantan contra el invasor Echagüe, cuya situación se torna crítica.

Avance hasta Corrientes, cuyo pueblo se ha sublevado casi en masa, ha destituido al gobernador federal, elegido seis meses atrás, a raíz del triunfo del ejército de Echagüe contra Berón de Astrada, y nombrado a Ferré. Lavalle entra en Corrientes con una proclama a los correntinos que hace juego con los brindis de los federales: "Se engañarán los bárbaros si en su desesperación imploran nuestra clemencia. Es preciso degollarlos a todos". Y agrega, con ferocidad digna del coronel Andrés Parra: "¡Muerte, muerte sin piedad! ".



General Juan Lavalle.

Insurrección del Sur



Pedro Castelli, hijo del prócer e iniciador del movimiento del sur, en Dolores y Chascomús, junto a Manuel Rico.

Los estancieros del sur son los grandes perjudicados por el bloqueo. Los gauchos también, por la consiguiente disminución del trabajo. Por este motivo puramente materialista *–no poder vender sus productos–*, los estancieros se levantan contra Rosas. Como los conjurados de junio, han contado también con Lavalle, que, al partir a Entre Ríos, los ha abandonado a su propia suerte. El movimiento comienza en Dolores, el 29 de octubre, encabezado por Manuel Rico, segundo jefe del 5º regimiento de Campaña, a quien han seducido los unitarios. En la plaza, las gentes se arrancan las divisas y pisotean el retrato de Rosas. Los estancieros han obligado a sus peones a acompañarlos; y a muchos vecinos de los pueblos y de las estancias, como lo prueban cartas recientemente publicadas. "Mi hijo tuvo que seguirlos por la fuerza", dirá meses después una madre. Así también lo asegura el jefe del regimiento 5º en carta al edecán de Rosas: "la mayor parte de la milicia ha sido llevada por la *fuerza*, pues llegaba una partida a las casas y se llevaba todo hombre que encontraba". Y es indudable que los rebeldes no han podido sublevar ni un indio ni un soldado de línea.

De Dolores, el movimiento se extiende a Chascomús. Allí nombran jefe al mayor Pedro Castelli, hijo del prócer. El ejército se compone de ochocientos gauchos y de los estancieros. No tienen armas, ni disciplina. Rosas procede con rapidez. Ordenes claras y concisas a todas las guarniciones y a las autoridades de los pueblos. No tardan sus tropas en aniquilar a los rebeldes, cerca de Chascomús. Muchos se salvan en los buques franceses. Castelli, encontrado y asesinado por un tal Durán, es degollado después y su cabeza es colocada en un palo, en la plaza de Dolores.

El movimiento vencido no ha sido espontáneo, como aseguran los historiadores oficiales. Se venía preparando desde antes de la partida de Lavalle a Martín García. Lo dicen ellos mismos. Ha habido frecuente correspondencia entre los organizadores y los unitarios de Montevideo. Calculando que los primeros trabajos hayan comenzado en mayo, resultan casi seis meses de preparativos.

Menos culpables que Berón de Astrada, que segregó de la Confederación a una provincia e hizo alianza formal con los extranjeros, los llamados *Libres del Sur* no merecen tampoco ser absueltos. Los jefes de la insurrección se la comunican a Leblanc y le piden cooperar con su escuadra, a lo que el almirante accede levantando el bloqueo a los puertos del Salado y del Tuyú y mandando allí sus barcos. Los rebeldes, los "patriotas", según la



historia falsificada que se nos ha impuesto, han estado entendidos con nuestros enemigos.

Actitud de Gervasio Rosas

¿Ha tenido parte Gervasio Rosas en el movimiento? Según *El Nacional*, habría dicho al llegar a Montevideo: "todos en el sur de Buenos Aires, excepto yo, estaban conjurados contra mi hermano". Juan Manuel lo cree culpable. Redacta una circular, que su edecán firma, donde habla de "los viejos unitarios de Dolores y Monsalvo, encabezados por el hombre desnaturalizado don Gervasio Rosas". ¿Lo mandó prender, según contará años después el estanciero Leocadio Vázquez? La patrulla que se dirigía al Rincón de López, su estancia, pernoctó en el campo de Newton. El sargento dijo en qué andaba. Newton encargó a Vázquez, su cuñado, tomar dos caballos y llevarle a Gervasio, escritas, estas palabras: "Van a prenderlo". Gervasio pudo salvarse e irse a Montevideo. Seguramente, tratábase de una patrulla rebelde, que lo detuvo por poco tiempo, pues el segundo jefe del Regimiento 5º ha informado, el 5 de noviembre, que una partida revolucionaria lo tomó preso. A Pacheco, el 18, le cuenta Rosas cómo Gervasio envió un peón a su madre para decirle "que no tuviera cuidado, que él no estaba comprometido en esta rebelión y que jamás tomaría armas contra sus hermanos; que ya estaba a salvo y se irá para Montevideo". Agregó el peón, coincidiendo con el informe militar, que los sublevados prendieron a Gervasio, que Castelli habló con él en la prisión y que desde entonces le pusieron centinela de vista. A Pedro Burgos, cinco días después, Rosas le escribe, hablándole del levantamiento: "No hemos debido extrañarlo en unos partidos donde Gervasio ha criado tantos unitarios. Todos los amigos de éste estaban comprometidos; sólo él tiró la piedra y *escondió la mano*". Rosas es muy benévolo, pues lo perdona pasado un año; y eso que, en Montevideo, Gervasio se relacionó con Leblanc. Y parece cierto que a un visitante, íntimo amigo de Gervasio, y con el fin de salvarlo, le hizo decir que estaba preparando la orden para su fusilamiento. Como de ser verdad que pensaba fusilarlo, ni él lo hubiera dicho, ni el edecán se hubiera atrevido a repetirlo, debe creerse en una estratagema —muy típica de él— para que Gervasio huyera. No es de creer en la traición de Gervasio a su hermano; de ser cierta, los rebeldes no lo hubieran aprehendido. Pero es probable que simpatizara ocultamente con ellos. Es estanciero y el bloqueo lo perjudica; y cuando los bienes peligran, los hombres no suelen recono-



"Los iniciadores de la Revolución del Sur", grabado de la época.

cer parentescos: Rosas también es estanciero, pero en él predomina el patriotismo sobre el interés. Uno de los empleados de su secretaría, Enrique Lafuente, comprometido en la conjuración de Maza, escribió a Félix Frías el 14 de junio: "Se acercan los momentos del conflicto para Rosas, y en su casa no se habla sino de los recursos pecuniarios".

A Juan Manuel la insurrección del sur le sorprende y seguramente le causa un cruel desengaño. ¿Cómo es posible que sus amigos los estancieros, que los gauchos, hayan querido echarle abajo? El se conduce muy generosamente. Concede a los paisanos, a los cuales cree engañados, una amplia amnistía, y sólo piensa reservar su rigor para los cabecillas. Pero no lo hace así. Ninguno de ellos es ejecutado. El secretario de la *Junta Revolucionaria*, Antonio Pillado, será puesto en libertad el 8 de diciembre, y Martín de la Serna el 31, con la ciudad por cárcel; a Barragán lo indultará después de dos años de prisión, y Ezequiel Ramos Mejía se acogerá a la amnistía del año 48, lo mismo que Pedro Lacasa, el cual escribirá versos en su honor.

Apenas ha pasado el movimiento, y sin duda por temor a otras sublevaciones, los representantes acuerdan premios en tierras a los militares y funcionarios "que permanezcan fieles", y ellos mismos declaran que sus personas y propiedades están a disposición de Rosas, "para el sostén de las leyes de la Independencia Nacional y de la Santa Causa de la libertad del Continente Americano". Y millares de personas publican en los diarios declaraciones análogas[6].

Se agrava la dictadura

Desde hace cuatro meses la dictadura se ha embravecido. Federales exaltados dan *vergajazos* a los que no llevan bigote, divisa y luto por Encarnación y pegan con *alquitrán* moños punzoes en las cabezas de las mujeres que tampoco usan divisa. En los teatros, las funciones empiezan con los gritos conocidos. En la calle apodéranse de algunos enemigos, los llevan a un lugar adecuado y les dan *lavativas* de ají, o les cortan a cuchillo las barbas o las patillas. A otros los azotan o los *calan*. El calarlos consiste en introducirles por *cierto orificio* una *gruesa vela*. El joven doctor Santiago Viola ha enfermado a causa de este atropello. ¿Ha ordenado Rosas estos procedimientos? Por lo menos, los ha consentido. Los dictadores que se apoyan en las masas no siempre las dirigen: a veces muévense empujados por ellas y deben hacerles concesiones. Y es tremenda la indignación de nuestras masas, por entonces semibárbaras, contra los unitarios, culpables, por haberse aliado al extranjero agresor y atraído el bloqueo, de la miseria sobrevenida en la ciudad. Por esos días Rosas le escribió a Pacheco: "si yo no estuviera de por medio, creo que amanecerían mil degollados". No es posible aprobar ni justificar a los flageladores y caladores, pero no cabe duda de que un pueblo hambriento y desesperado llega a cualquier clase de violencias.

Rosas continúa dejando emigrar a sus enemigos. Paz dice que hasta su fuga en abril del 40, Rosas "no había puesto gran empeño en impedir la emigración de sus enemigos y hasta se decía



El pronunciamiento del Sur en Dolores.



Cabeza de Castelli, asesinado por Duran, expuesta en la plaza de Dolores.

que secretamente la fomentaba". Comprueba este rasgo de benevolencia el hecho de que la mayoría de los que fugan son "presos a quienes se les ha dado la ciudad por cárcel", vale decir, personas que, a pesar de estar vigiladas, han podido huir. No obstante, desde junio hasta setiembre, apenas llegan a Montevideo ocho o diez personas por semana, y después menos aún, como puede verse en *El Nacional*, que publica sus nombres.

Victoria de Rivera y llegada de Dupotet

El 30 de septiembre el brigadier Oribe, convertido en general de la Confederación Argentina, ha partido hacia Entre Ríos al mando de una división. Rosas a Pacheco: "El pueblo se ha despedido ayer del señor Oribe, de un modo admirable". Infórmale que ha sido mucho mayor la concurrencia que cuando llegó Quiroga. Pero Oribe no va al encuentro de Lavalle, que organiza un ejército en Corrientes. Esto lo hace Juan Pablo López. El gobernador de Santa Fe logra un pequeño triunfo, pero deja escapar a Lavalle hacia el centro de Corrientes.

Mientras tanto, las tropas de Echagüe y las de Rivera van a chocar. Batalla de *Cagancha*, el 29 de diciembre. Aunque Echagüe toma al enemigo quince mil caballos y el parque y le hace mil quinientas bajas, el triunfo es de Rivera, que queda dueño del campo y obliga a su contrario a retirarse a Entre Ríos.

Por el momento, lo que más interesa a Rosas es el nuevo jefe de las fuerzas bloqueadoras, vicealmirante Jean Henri Dupotet, que llega el 22 de diciembre a Montevideo. Es un hombre entrado en años, de cabeza blanca y agradable expresión. Trae una fragata, una corbeta y siete bergantines, lo que hace creer a los unitarios que no viene a capitular con Rosas, como aseguran los comerciantes ingleses de Montevideo. Pero termina el año sin que el almirante hable claro. Roger, desde París, a donde ha ido para pedir una expedición militar, escribe que allí todo ha cambiado. Un ministro le ha dicho que no está el gobierno obligado a proteger a los franceses instalados en el extranjero: "que se queden en Francia, si quieren se protegidos". Leblanc echa chispas. En su diario insulta a su ministro, de cuya respuesta dice: "no es necesario hacer notar cuánto encierra de estupidez y bajeza". La atribuye a que el gabinete de Francia teme a Inglaterra, de la que está "en vergonzosa dependencia". El nombramiento de Dupotet le parece una destitución de Buchet de Martigny, "una humillante desgracia –dice, con enorme amargura– que habrá sido, al mismo tiempo, a los ojos de Rosas, una desaprobación completa de todo lo que se ha hecho hasta este día".

Ya se vislumbraba el triunfo de don Juan Manuel.

Combate de Chascomús. Derrota de la conspiración de los libres del Sur, en 1939



NOTAS AL CAPITULO

[1] No lo parece. El mismo Sarmiento escribe en su "Facundo": "M. Guizot ha dicho en pleno parlamento que sus conciudadanos son muy entrometidos. . . creo que hay algo en las cuestiones del Plata que les toca muy de cerca", y más adelante: "Lo que Rosas puso de manifiesto, es la supina ignorancia en que viven en Europa sobre los intereses europeos en América, y los verdaderos medios de hacerlos prosperar, sin menoscabo de la independencia americana". ¿No serán estos "intereses europeos en América", los que les "toca tan de cerca en el Río de la Plata"? A menos que Sarmiento sea consecuente con la puerilidad que señaló en páginas anteriores: "Los europeos que penetran en el interior del Africa toman negros a su servicio, que los defienden de otros negros, y se exponen por ellos a los mayores peligros". ¡Lo que es la defensa de la civilización y sus aliados!

Ya que hablamos de unitarios y de don Faustino, no estará en balde una definición que hace éste de aquéllos: "El unitario tipo, marcha derecho, la cabeza alta; habla con arrogancia; completa la frase con gestos desdeñosos y ademanes concluyentes; tiene ideas fijas, invariables. . . las fórmulas legales son el culto exterior que rinde a sus ídolos: la constitución, las garantías individuales".

Convengamos en que las fórmulas legales a veces no son tan legítimas, como éstas de aliarse con Francia y más luego con Inglaterra, enfrentadas a la Argentina, su patria. Estos infatuados que desprecia, son sus correligionarios, en "alianza íntima entre los enemigos de Rosas y los poderes civilizados de Europa".

[2] Lavalle se pasa con banda y todo, como se dice. El doctor Florencio Varela, 32 años, distinguido, elegante de levita, poeta con canto "A la libertad de Grecia" —a su país que lo parta un rayo— lo ha convencido finamente. A tal punto, que el altivo general envía carta —5 de abril de 1839— al pardejón Rivera, poniéndose a sus órdenes y esperando recibirlas. Rivera se da un lujo: rechaza el ofrecimiento de Lavalle y le dice displicentemente, que puede visitar Montevideo cuando quiera. Lavalle junta

130 hombres, algunos más que los sombreros revoleados para elegirlo gobernador en 1828, y con uniforme de campaña —para algo es militar—, divisa blanca y celeste cruzada de "libertad o muerte", se entrevista en el consulado francés de Montevideo con el almirante de la flota de S.M. Luis Felipe, Leblanc, y Bouchet de Martigny, su legado en el Río de la Plata. Acompaña don Valentín Alsina. El 12 de julio, transportado en la corbeta francesa "Alerte", pone sus pies en Martín García.

Atrás quedó la carta dirigida a Chilavert (mencionada en la nota 2 del capítulo anterior), y su pensamiento expuesto a Francisco Pico, en las primeras tentativas por convertirlo en volatinero: "A Rosas no puede vencérselo sino por la fuerza de la República Argentina, reuniendo el espíritu de resistencia por una doctrina puramente nacional, bajo la bandera nacional, por jefes argentinos, que obren sin complicación extranjera. Sólo así podrá nuestro partido conquistar la opinión nacional. Dios nos libre de suscitar contra nosotros el espíritu nacional; desde entonces no sería nuestro enemigo Rosas, sino la nación entera: nuestro destierro sería eterno, y lo que es peor, merecido".

[3] Conocido el pacto entre franceses, Rivera y Berón de Astrada, el gobernador entrerriano don Pascual Echagüe avanzó sobre Corrientes, cumpliendo órdenes de Rosas, para someter al estado separatista. Lleva 5.000 hombres. Lo secundan en el mando los generales Servando Gómez y Justo José de Urquiza.

En Pago Largo, vecindades de Curuzú-Cuatiá, la caballería entrerriana ganó la batalla sin apremios. Una ignominia. Los milicianos correntinos creyeron pelear por lo mismo que atacaban. Siguió un degüello famoso: 800 cadáveres se amontonaron en el pago, otros 2.000 cayeron en combate. Don Genaro B. Astrada apareció lejos y muerto, al día siguiente. Según Vicente D. Sierra, el mismo Urquiza ordenó traer el cadáver para averiguar las causas de su muerte, asignando, después de Caseros, una pensión a las hermanas del difunto. La aseveración está basada en un relato hecho en el Uruguay por el comandante Berón, primo de la víctima.

Los vencedores se llevaron todo el parque enemigo, y una caballada de 4.000 animales. El Congreso General correntino dispuso reincorporar la provincia a la Confederación Argentina, derogando el Tratado con Rivera y los franceses. Fue designado gobernador provisorio Pedro Ferré.

[4] La conjuración fue delatada el 26 de junio por los Martínez Fontes y los Medina, algo entreverados y con miedo. Hicieron nombres: Ramón Maza, Avelino Balcarce, Rodríguez Peña, Carlos Tejedor, Santiago Albarracín, Rafael Jorge Corvalán —hijo del edecán de Rosas— y un tal Lafuente, escribiente del mismo Gobernador.

El complot se olfateaba en el aire: "La Gaceta" del 9 de febrero, cuatro meses atrás, ya hablaba de Lavalle, unitarios y puñales en una revolución de la campaña y la ciudad. Juan Nepomuceno Terrero cuenta que en ese mismo tiempo, conver-

sando con Rosas, éste se calló de golpe, preguntando en una sonrisa: "¿Sabes que conspiran contra mí en Buenos Aires? El plan es asesinarme; y están en combinación con los unitarios de Montevideo, quienes auxiliados por los franceses desembarcarán por algún punto de la costa para completar el golpe de mano. Lo peor es que hay algunos federales en el complot. No temo por mi vida, sino por los horrores que va a presenciar Buenos Aires si me matan".

La intriga, como vimos, fracasó, y el único ajusticiado fue el coronel Ramón Maza.

El ordenanza de la Legislatura, Anastasio Ramírez, dijo no haber reconocido a los asesinos del Dr. Maza. Investigaciones posteriores sindicaron —al parecer— dos nombres como victimarios, un tal Manuel Gaetán o Gaitán y el portugués José Custodio Moreira, padre del mentado Juan Moreira

La ciudad entera festejó con aparatosas demostraciones el haber salvado la vida el "benemérito ciudadano, ilustre Restaurador de las Leyes, don Juan Manuel de Rosas". Misas en acción de gracias, banderas, retratos del caudillo paseados por las calles y colocados en el presbiterio de las iglesias, arcos de triunfo, guitarreadas en los suburbios, guardias de honor. Las manifestaciones unieron en idéntico fervor a todas las clases: gente de los arrabales, tenderos del centro, morenos, hombres de posibles funcionarios, vecinos modestos, nombres importantes como Felipe Llavallol, Patricio Lynch, Vicente Castex, Juan Victorica, Miguel Azcuénaga, Braulio Haedo, Patricio Peralta Ramos, Carlos H. Horne, Bonifacio Huergo.

Una población cabal, en suma.

[5] No sabemos la información que pudo tener el general San Martín, sobre la situación interna del país en esos años. Lo cierto es que en carta a su amigo Gregorio Gómez, fechada el 21 de setiembre de 1839, en Grand Bourg, le dice: "Tú conoces mis sentimientos y, por consiguiente, yo no puedo aprobar la conducta del general Rosas cuando veo una persecución general contra los hombres más honrados de nuestro país. Por otra parte, el asesinato del doctor Maza me convence que el gobierno de Buenos Aires no se apoya sino en la violencia". Pero a renglón seguido —como acota Gálvez— agrega: "A pesar de esto yo no aprobaré jamás que ningún hijo del país se una a una nación extranjera para humillar a su patria". De manera que el estar en desacuerdo con los métodos políticos de Rosas, no es para el Libertador —ni para ningún argentino bien nacido— razón que justifique aliarse al extranjero en perjuicio de su tierra. La insistencia vale.

Más adelante, el general San Martín tendrá otro lenguaje frente a don Juan Manuel; el "Morning Chronicle" de Londres, en su edición del 12 de febrero de 1846, publica la respuesta del general a un representante del alto comercio inglés, Mr. George Dickson, quien le solicitara opinión sobre la hostilidad anglo francesa en el Plata. Allí sostiene: "Bien sabida es la firmeza de carácter del Jefe que preside a la República Argentina, nadie ignora el

ascendiente que posee en la vasta campaña de Buenos Aires y el resto de las demás provincias".

Luego vendrá la contestación del Libertador a don Domingo Sarmiento, cuando éste lo visitara en Europa tratando de menoscabar a Rosas.

En octubre de 1847, en carta al general Guido, San Martín se refiere al Restaurador y lo llama "nuestro don Juan Manuel", luego de alabar la firmeza de su carácter. Con fecha 2 de noviembre de 1848, le escribe a éste desde Grand Bourg, encabezando su carta: "Excmo. señor Brigadier. Mi respetado general y amigo". Le dice: "...jamás he dudado de que nuestra patria tuviese que avergonzarse de ninguna concesión humillante, presidiendo V. sus destinos; por el contrario más bien he creído tirase V. demasiado la cuerda en las negociaciones seguidas cuando se trataba del honor nacional. Esta opinión demostrará a V., mi apreciado general, que al escribirle lo hago con la franqueza de mi carácter y la que me merece el que yo he formado del de V.; por tales acontecimientos reciba nuestra patria mis más sinceras enhorabuenas". El final de estas líneas es hermoso y melancólico: "Un millón de agradecimientos, mi apreciable general, por la honrosa memoria que hace V. a este viejo patriota en su mensaje último a la Legislatura de la provincia; mi filosofía no llega al grado de ser indiferente a la aprobación de mi conducta por los hombres de bien.

Esta es la última carta que será escrita de mi mano; atacado después de tres años de cataratas, en el día apenas puedo ver lo que escribo, y lo hago con indecible trabajo; me resta la esperanza de recuperar mi vista en el próximo verano en que pienso hacerme la operación a los ojos; si los resultados no corresponden a mis esperanzas, aún me resta el cuerpo de Reserva, la resignación, y los cuidados y esmeros de mi familia.

Que goce V. de la mejor salud y que el acierto presida todo lo que emprenda, son los votos de éste, su apasionado amigo y compatriota".

No será la última, sin embargo: el 29 de noviembre de ese mismo año, le agradece el nombramiento de su yerno, don Mariano Balcarce, en un cargo diplomático, terminando con estas palabras: "...que el acierto presida a todo cuanto emprenda, y que sea usted tan feliz como son los votos de éste su reconocido amigo y compatriota".

Y el 6 de mayo de 1850, tres meses antes de morir, le escribe todavía, desde Francia, este anhelo que olvidó la Patria. ¿Olvidó? : "Mi respetado general y amigo, ni es mi ánimo quitar a Ud., con una larga carta, el precioso tiempo que emplea en beneficio de nuestra patria.

El objeto de ésta es tributar a Ud. mis más sinceros agradecimientos al ver la constancia con que se empeña en honrar la memoria de éste, su viejo amigo, como lo acaba de verificar en su importante mensaje del 27 de diciembre pasado; mensaje que por segunda vez me he hecho leer, y que como argentino me llena de verdadero orgullo, al ver la prosperidad, la paz interior, el orden y el honor restablecidos en nuestra querida patria; y

todos esos progresos efectuados en medio de circunstancias tan difíciles, en que pocos Estados se habrán hallado.

Que goce Ud. de salud completa, y que al terminar su vida pública, sea colmado del justo reconocimiento de todo argentino, son los votos que hace y hará siempre en favor de Ud. éste, su apasionado

Amigo y compatriota
Q.B.S.M.
José de San Martín".

[6] Fue Vicente González, jefe del 3er regimiento de campaña, quien comunicó el levantamiento al coronel Prudencio Rosas, hermano del Restaurador. Este envió chasque a Buenos Aires y galopó sobre el tumulto, al mando de milicias sureñas. El 7 los alcanzó en Chascomús desbaratándolos. Los amotinados no habían perdido el tiempo; dos días antes enviaban misiva al comandante de la flota francesa, Leblanc, por mano de Joaquín Rivadavia, pidiendo ayuda con lenguaje muy florido: "Nos es grato anunciar al señor contraalmirante que no reconociendo los ciudadanos que formamos este cuerpo ninguna clase de enemigos en el extranjero, esperamos que los puertos del Salado y el Tuyú, que están en nuestro poder, abriguen cualquier pabellón ultramarino por más enemigo que sea del tirano que domina nuestra patria". Firman Pedro Castelli, Anselmo Sáenz Valiente, Juan Ramón Ezeiza, Francisco Ramos Mejía, Miguel López Camelo, Manuel Valenzuela, Martín de Alzaga, Pedro Lacaza, Antonio Pillado, Saturnino Lara, Juan Antonio Areco, José Barragán y otros.

Los buques de guerra franceses ya estaban en el Tuyú. Hacia ahí escaparon los jefes, menos Castelli, degollado y puesta en exposición su cabeza, en Dolores. El paisanaje, unos 1.500 hombres, volvió a las casas sin ninguna responsabilidad en la aventura, enrolados en la mentira.

Cuando Rosas se enteró del bochinche, en la madrugada del 3, siguió durmiendo ordenando no se lo molestara con nuevos partes, tal la confianza que tenía en sus gauchos de la campaña. Lo cuenta Antonino Reyes.

Que no estaba errado el caudillo, lo probaron las circunstancias.

CAPITULO XVI
1840

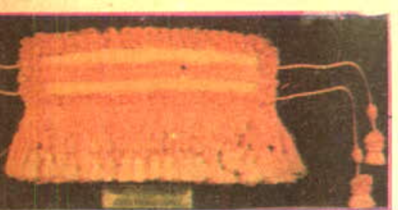
Este año comienza mal para Rosas. *Cagancha* ha animado a sus enemigos y devuelto su prestigio a Rivera. Lavalle vuelve a creer en don Frutos, y le pide apoyo desde Corrientes, donde ha formado un ejército de más de tres mil correntinos; y Rivera se lo promete. Baradère, más estúpido que nunca, escribe a su ministro: "El triunfo no es dudoso un instante. Rosas está perdido.

Rivera, ahora consigue dinero. El gobierno oriental le da sesenta mil patacones, y Buchet de Matigny logra que Blas Despouys le entregue cien mil, por los que él responde. El convenio, firmado el 20 de enero, establece que si Rivera pasa al Uruguay dentro de cuarenta días, liberta a Entre Ríos y cruza a Santa Fe, los cien mil serán un subsidio, un regalo; si no, será un empréstito que Rivera devolverá en cuatro trimestres. Martigny escribe una carta lacrimosa a Despouys. Le hace responsable si Rivera no cumple, porque tendrá que pagar esa enorme suma, y él y su familia "padecerán toda su vida".

En esta decisión heroica de Martigny, influye el propósito de obstaculizar las alarmantes intenciones pacíficas del almirante Dupotet. En su desconocimiento de nuestro país, Martigny cree, lo mismo que el cónsul Baradère, en la seguridad de voltear a Rosas antes que entre Dupotet en negociaciones de paz.

Los agentes de Francia y la cuestión de Oriente

Asombra la infelicidad de los agentes de Francia. Pero no cabe asombro: Baradère es un almacenero de Montevideo. ¿Cómo no comprender que la actitud de Dupotet responde a instrucciones del gabinete francés? ¿No han leído bien las cartas de Roger?



Testera del caballo del general Juan P. López, Gobernador de Santa Fe en 1845.

¿O quieren proceder contra las órdenes y la política de su propio gobierno, convencidos de que se aceptarán los hechos consumados? Esos pobres hombres no se explican el cambio ocurrido. Ignoran que Francia no puede proceder siempre a su placer. Su rival, Inglaterra, mira con desagrado sus atropellos en América; recuerda el caso de Argelia y sabe que Francia tiene intenciones de conquista y expansión coloniales. La rivalidad se ha vuelto muy grave, con motivo del conflicto de Oriente. Por el menor pretexto puede estallar la guerra. Francia, que la teme, trata de no irritar a su rival. Y cambia su política en América y busca la paz con Rosas.

¿Qué hay en Oriente? Una cuestión entre Turquía y su vasallo el Egipto. Inglaterra ampara al sultán: y Francia, a Mohamed Alí, el rey de Egipto. Mohamed Alí es un gran hombre, pero sanguinario. Al proteger a este tirano, que hizo matar en un mismo acto a sus trescientos mamelucos, Francia demuestra cómo sus declaraciones por la libertad constituyen un artículo para la exportación. *El Nacional*, por cierto, está de parte de Mohamed Alí, aunque reconoce su "despotismo absoluto". El despotismo, pues, odioso en Rosas, es excusable en el protegido de Francia. Los agentes no advierten la relación entre esos sucesos y la política de Francia en el Plata. En cambio, la ve Rosas, que, en sus cartas a los gobernadores, les envía noticias de la cuestión de Oriente. Es indudable que Baradère y Buchet de Martigny no son hombres para pelear con don Juan Manuel.

Lamadrid enviado al norte por Rosas

Rosas, que nada descuida, piensa en el arsenal que reunió en Tucumán para la guerra con Santa Cruz. En esa provincia han ocurrido cambios políticos a raíz del asesinato de Heredia. Teme por ese parque, quiere recuperarlo. Llama al general Lamadrid. El nuevo entusiasta federal, que en las últimas fiestas del año pasado brindó por el exterminio de los unitarios, acepta el cargo y el 22 de febrero parte hacia el norte.

Allá va con una escolta de sesenta hombres. Llega a la posta de Fontezuelas, y se detiene a pasar allí la noche. Compone una vidalita y se la manda a Rosas. Después la enseña a sus soldados, que cantarán durante el camino:

Perros unitarios
Nada han respetado;
A inmundos franceses
Ellos se han aliado.

En las estrofas que siguen, los guerreros declaran, "resueltos con Rosas, a domar "a los unitarios y a los extranjeros". Los hijos de Mayo "no se ligan nunca con los extranjeros"; y si su patria es amenazada, "olvidan agravios, corren a salvarla". Ya veremos cómo domará a los unitarios el general de las vidalitas.



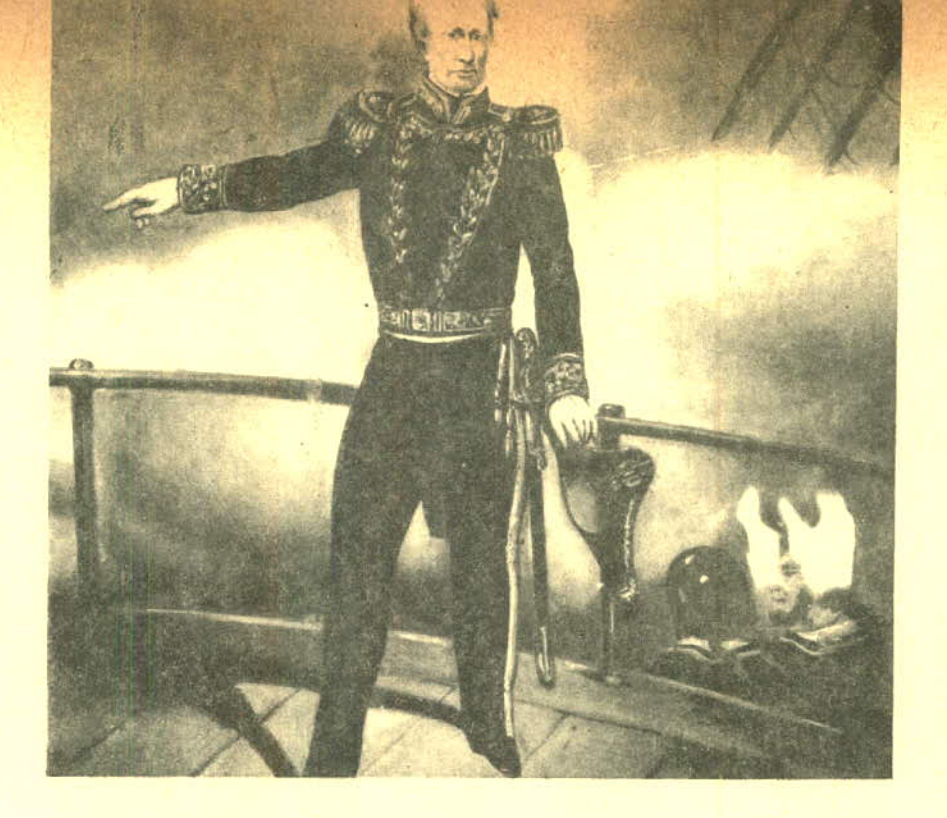
Domingo Castelli. Ejecutado su cabeza fue expuesta en la plaza de Dolores, tras la frustrada Revolución del Sur. De un cuadro alegórico.

Reelección de Rosas

Mientras él va hacia Tucumán, preocupa a Buenos Aires el término del gobierno de Rosas. Peticiones innumerables para que se le reelija: más de seis mil peticiones en la ciudad y de nueve mil quinientos en la campaña. Sólo en San Isidro, una aldea, seiscientos cincuenta y tres. Hasta los indios, según el comandante de Tapalqué, han pedido la reelección. La Sala elige gobernador a Rosas el 5 de marzo. El *renuncia*. En su nota, en el ángulo superior izquierdo, se lee: "el ciudadano brigadier Juan Manuel de Rosas". Pide se nombre un nuevo gobernador, al que es preciso darle los medios para cubrir el déficit de más de catorce millones de pesos. Quiere Rosas, al parecer, que se le autorice a emitir papel moneda. Este respeto a la representación popular, como el llamarse *ciudadano*, demuestran su espíritu democrático.

¡Elección anhelada! Cierto que ha disminuido el número de sus simpatizantes: la sociedad distinguida, en buena proporción, se le ha puesto en contra; pero el fervor de sus partidarios ha llegado al paroxismo. Una especie de plebiscito se viene haciendo desde la conjuración de Maza. Primero, felicitaciones por ese fracaso de sus enemigos; después, por el de la insurrección del sur, y luego se han publicado las peticiones por su reelección y las declaraciones de los que le ofrecen sus haberes y su vida para defender a la patria. Y aún hay que agregar las manifestaciones de condolencia por la muerte de don León. Siete meses lleva *La Gaceta* publicando esos documentos. Algunos tienen al pie centenares de firmas. Y todos son exaltados hasta el frenesí, desbordantes de admiración hacia Rosas y de odio hacia sus enemigos.

Todo un estilo ha surgido, obsesionantemente monótono. No se nombra a nadie sin cubrirlo de epítetos. Lavalle es vil, traidor, asesino, bestial, malvado. Los unitarios son salvajes, perversos, traidores, sabandijas, y están vendidos al asqueroso e inmundo oro francés. A Rivera le llaman pardejón, perverso y mulato. Y los franceses son cobardes, incendiarios, piratas, inmundos y esclavos de Luis Felipe, el rey *guardachanchos*. Un coronel habla de los "Títeres perfumados franceses". Y todo esto, en cuanto papel circula, en los gritos callejeros y hasta en las cartas particu-

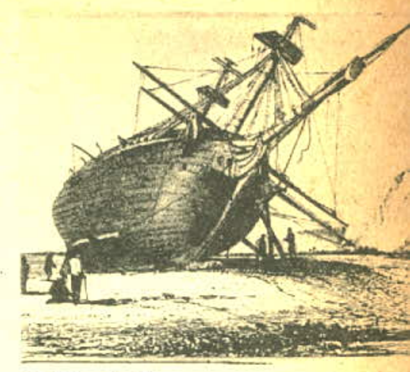


Guillermo Brown

lares. No hay que reprochárselo demasiado a Rosas: sus enemigos hacen, con menos sistema, exactamente lo mismo. Para *El Nacional*, el almirante Brown es el "prostituido desertor"; el doctor Arana, "el rufián de Rosas"; Juan Pablo López, a quien elogiará más tarde, cuando se haya dado vuelta, "el famoso asesino de Santa Fe"; el general Evaristo de Uriburu, "un hombre cargado de crímenes y vendido a Rosas". Los representantes son "los esclavos de Rosas", y sus soldados, tan respetuosos de las propiedades ajenas, "las hordas de Rosas". Si *La Gaceta* llama "facineroso" al canónigo Vidal, *El Nacional* aplica el mismo epíteto al clérigo Gaete. Y no hablemos de Rosas, a quien *El Nacional* y los demás diarios de Montevideo le dicen cuanto de malo se le puede decir a un hombre.

No obstante la adhesión de sus partidarios, Rosas sigue con sus procedimientos abusivos de innecesario despotismo. Así, el 21 de enero, ha jurado el nuevo obispo de Cuyo, según exigencias de un decreto del año anterior, que cooperará "por los sermones, pláticas, confesiones, doctrinas, conversaciones y consejos, a que los hombres y las señoras de todas clases y condiciones, sean las que fueren, y hasta los esclavos de ambos sexos y los niños de todas clases, a que usen la cinta punzó federal". ¿Cómo el obispo ha podido jurar eso, prestarse a ser instrumento de propaganda y opresión políticas? La sumisión del prelado revela cómo el poder de Rosas ha llegado hasta la lejana San Juan, y cuán profundo ha llegado a ser el servilismo.

Entrevista de Arana y Dupotet



El "Beagle", nave en que viajó Darwin a Santa Cruz hacia 1838.

Mientras tanto, ¿qué hace Dupotet? Ha celebrado el primer día de marzo, en la corbeta Acteon, de S.M.B., una entrevista con el ministro inglés Mandeville y con el ministro de Rosas, doctor Arana. Los franceses, los hombres del gobierno oriental y los emigrados están furiosos. Baradère culpa al almirante de que Rivera haya vuelto a Montevideo con su ejército. Rivera mismo declara que hubiera sido temeridad lanzarse a Entrê Ríos; pues si se levantara el bloqueo, el Uruguay quedaría expuesto a los ataques de Rosas. Lo culpa también de que Lavalle, ignorando lo sucedido, haya penetrado en Entre Ríos, donde se ha enterado, con el enojo consiguiente, de que Rivera está en Montevideo.

La desinteligencia entre Dupotet y Martigny, que el cónsul quisiera ocultar, es conocida de todo Montevideo, si bien los unitarios, tan poco perspicaces como los agentes, creen que Dupotet procede por su cuenta y no según instrucciones del gobierno de París. Resulta, así, cómico, que el cónsul informe a su ministro de "los obstáculos del señor Dupotet", y de cómo, a pesar de ellos, "todo marcha a su próximo desenlace", de modo que la caída de Rosas ha de ocurrir antes que llegue de Buenos Aires la respuesta a las proposiciones que se le han hecho. El cónsul, convencido de que Rosas no quiere la paz para tener el pretexto de seguir tiranizando a todo el país, supone que no las aceptará. Si cede –afirma– "lo deberemos a los triunfos de Lavalle más que a los buenos oficios del señor ministro inglés". Pero quien no quiere la paz es el cónsul, pues asegura a su ministro que la aceptación por parte de Rosas "sólo servirá para crearnos nuevos embarazos".

El cónsul arde en un enojo apocalíptico y, en el colmo del ridículo, se lo manifiesta al propio gobierno francés. Le indigna que Dupotet considere a Lavalle –único hombre en quien él y Martigny confían y a quien Francia debe socorrer y *empujar*– como el jefe de un puñado de argentinos y como incapaz de derribar a Rosas. Le indigna al almacenero Baradère que, en la entrevista en la *Acteon*, Dupotet, con diplomática amabilidad, haya manifestado a Arana sus "mejores disposicones hacia la persona de Rosas". Dupotet, según él dice, no ignora los crímenes de quien es "oprobio de la especie humana", y aun "niega la evidencia de los hechos y las incontestables verdades de la sangrienta historia de ese monstruo" y "se obstina en juzgarlas como otras tantas calumnias inventadas por sus enemigos". El caricaturesco Baradère se subleva al pensar que Dupotet se propone rehabilitar a Rosas ante el gobierno de Su Majestad. ¿Y con qué

datos? Con los que le ha dado Arana, quien le habrá repetido las calumnias de la "innoble" *Gaceta* contra los cuatro agentes franceses. Le reprocha haber permitido que se lesionase en su presencia "el honor de uno de sus camaradas –se refiere al almirante Leblanc, que ha partido en enero– y de tres agentes del Rey". Y exclama, cómicamente: "¡Ya era bastante que él se encontrara sentado a la misma mesa, que partiera el mismo pan, con el hombre que, dos o tres meses antes, en una sucia orgía, proponía un brindis a la muerte del rey Luis Felipe, *guardachanchos*! ". Pero acaso más le indigne al efervescente y molineresco Baradère que el almirante Dupotet, creyéndole a Arana, haya llegado a "poner en duda la pureza de los cuatro agentes del Rey" . . .



Guardia Nacional de Buenos Aires.

A través de los informes ridículos e insolentes del cónsul, surge la figura serena de Dupotet. Al ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay le ha dicho estar convencido de que la guerra que se hace a Rosas es obra de pasiones e intereses personales y partidistas, pero "de ningún modo una cuestión francesa", y que la República Oriental podría arreglarse con Rosas "sin que Francia tuviese derecho a quejarse". Ha tratado de convencer al ministro "de la necesidad y de los beneficios de la paz con Rosas" y ha hablado de "la nulidad e incapacidad de Lavalle". Baradère llama "indigno y desleal" el sentimiento que ha dictado estas palabras; y después de recordar que, un año atrás, Mandeville negociaba la paz, escribe que el inglés obraba en interés de Rosas y que quien hubiera supuesto entonces que un almirante francés vendría a reiniciar una negociación análoga, habría sido, ciertamente, tachado de loco. "Y bien, señor Ministro, esta locura se ha convertido en una triste realidad y es el señor Dupotet a quien le estaba reservado probarlo".

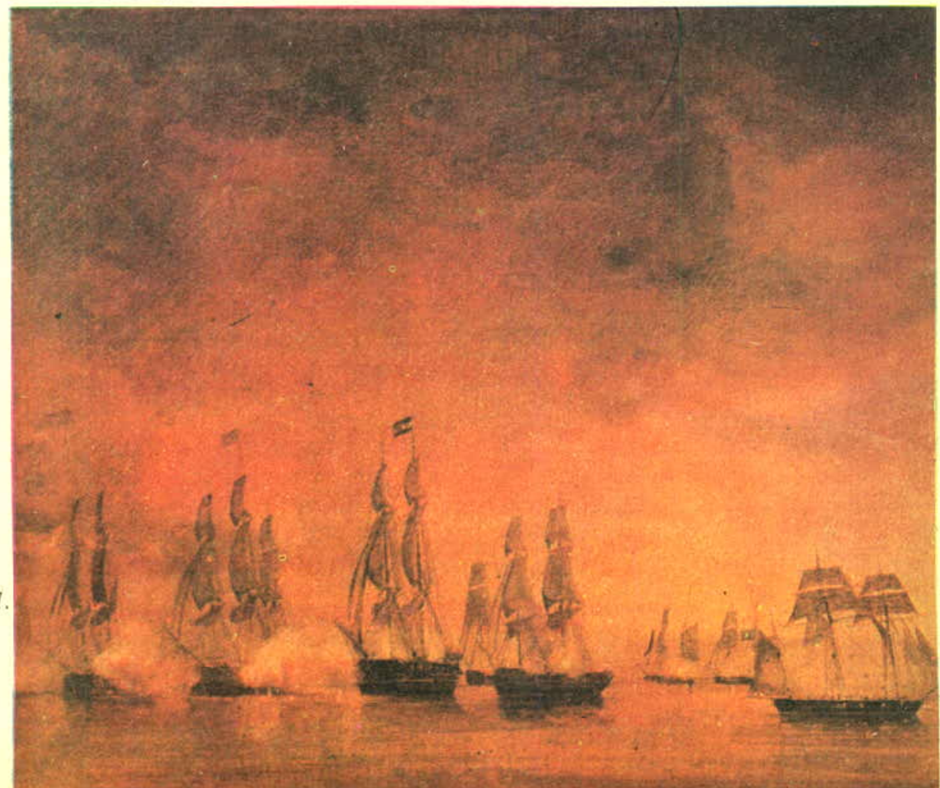
¡Extraño contraste entre estos dos hombres! Mientras el cónsul declama, chilla, hierve, el almirante dice palabras mesuradas: "Creo que este asunto se arreglará: si no es así, la causa de los franceses quedará separada de la de los unitarios". Y Baradère comenta: "Es decir, que nosotros no tendremos más aliados y que nos encontraremos aislados, en medio del desprecio y de la animadversión de todos los partidos".

Para Juan Manuel de Rosas todo cuanto ha dicho y hecho Dupotet significa uno de sus grandes triunfos. Leblanc había escrito: "Es humillante tratar con Rosas". Eso mismo piensan Baradère y Martigny. Pues bien: Dupotet está tratando con Rosas.

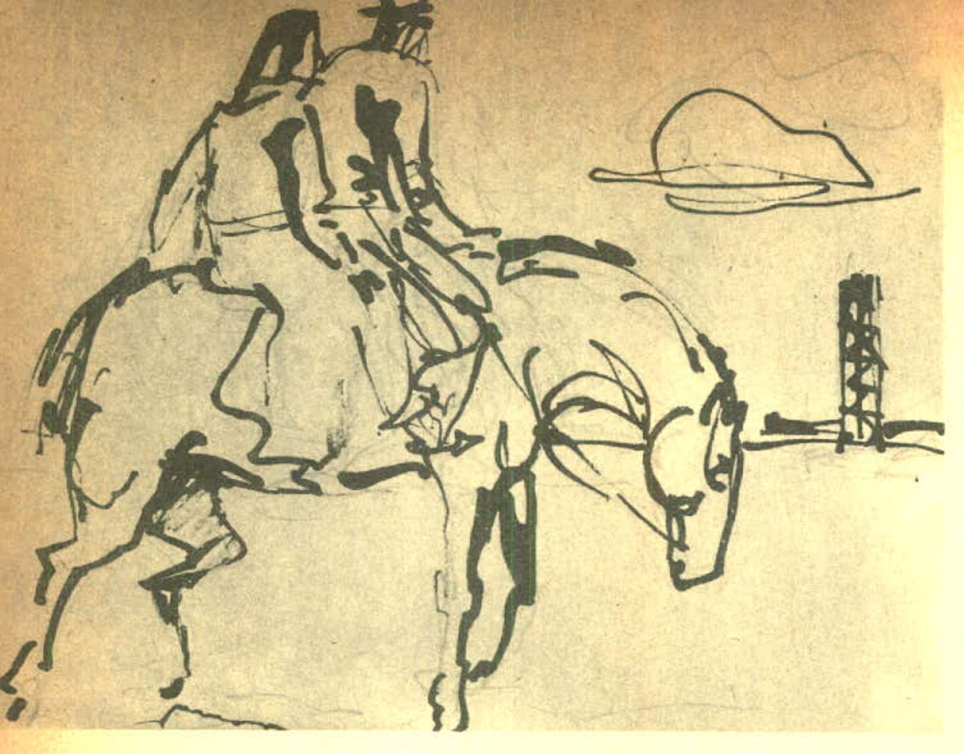
¿Y los unitarios? Se han dado a los diablos. Perder la alianza de Francia, con el consiguiente levantamiento del bloqueo, es casi perder la guerra. Como Buchet de Martigny y Baradère, afirman

ellos que Francia no puede hacer la paz sin el consentimiento de sus aliados. Dupotet ha dicho que esa alianza es apenas el encuentro de varios amigos en un camino, por el que van juntos un trecho, pero que pueden separarse cuando quieran, sin quebrantar la fidelidad, desde que ningún contrato les obliga a ir más allá. Cree Dupotet que Francia no tiene ya motivo para proseguir. También debiera creerlo Martigny, a quien, a fines del año anterior, su gobierno, envió con Dupotet unas instrucciones donde lamentaba, con motivo de la toma de Martín García, que debió tener un carácter "exclusivamente francés", la "asociación de empresas militares contra Buenos Aires", y donde le ordenaba "evitar toda ingerencia impositiva en los asuntos interiores" de las repúblicas del Plata. Pero Martigny, como Baradère y como los unitarios, quieren derrocar a Rosas, y para ello no creen sino en Lavalle.

¿Qué se tramita entre Rosas y Dupotet? Como el almirante no tiene facultades diplomáticas, ha sido forzoso valerse de Martigny. Rosas, por medio de Arana, ha propuesto: envío a París de un plenipotenciario para solucionar el conflicto; levantamiento del bloqueo; tratamiento de los franceses como el que se da a los extranjeros en Francia; arreglo en París de las indemnizaciones con el plenipotenciario; devolución de Martín García y retiro por los franceses del armamento naval y terrestre suministrado a los rebeldes. Estas proposiciones no agradan a los franceses: en su patria los extranjeros domiciliados deben servir en la Guardia Nacional. Rosas lo sabe, y por eso, con malicia gaucha, lo ha



Combate naval del 24 de mayo de 1841.



propuesto. Menos agradan a los unitarios. Martigny las rechaza. "Francia no puede, dice, después de dos años de bloqueo, dejar en suspenso todas sus diferencias con Buenos Aires". El 26 de marzo contrapropone: mientras se concluye un tratado se considerará a los franceses como ciudadanos de la nación más favorecida, y arbitraje para las indemnizaciones. Rosas no puede aceptar la exigencia sobre los franceses y envía los documentos a la Sala, el 13 de junio, con una nota que es una obra maestra de argumentación y de lógica. Queda terminada la intervención de Dupotet, pero preparan la misión de Mackau.

Nuevas instrucciones a Martigny

Semanas después de su contraproposición, Martigny recibe nuevas instrucciones. Firma el mariscal Soult, jefe del gobierno de Francia. Decisivo documento. Dícele que urge terminar una *contienda* demasiado prolongada. "¡Cuánto –exclama– nos hemos extraviado! ". Se comenzó por exigir reparaciones, proteger a los franceses de Buenos Aires. Ahora, también los de la Banda Oriental están comprometidos o expuestos. Antes sólo había que bloquear los puertos argentinos. Hoy es preciso defender a Montevideo. Niégase a enviar las tropas de desembarco, que pide Martigny. Eso crearía a Francia una situación muy grave en América y en Europa. Hasta hay peligro en conservar esos aliados que Francia se ha hecho. El mariscal Soult comprende la injusticia y el

absurdo de la intervención, que ha mezclado a Francia en el conflicto entre Rosas y Rivera; la ha hecho entrar en guerra entre Buenos Aires y el Uruguay; ha complicado su posición respecto de la Argentina por la alianza "de hecho" con la Banda Oriental y por el apoyo dado "a los emigrados argentinos, a los enemigos exteriores de Rosas y a sus adversarios interiores". Después de esta confesión de parte, podríamos absolvernos de toda prueba . . .



Lavalle en Entre Ríos

¿Y Lavalle? Ha penetrado en Entre Ríos con el ejército que los unitarios llaman "libertador": más de cuatro mil hombres, de los que muchos son indios. Rivera le escribe a Lamas, a propósito de los orientales que mandó a Lavalle: "Los mezcló con indios salvajes". Las exigencias de Lavalle, sus reproches, el tono agresivo de sus cartas, le han indispuesto con todos sus aliados: con Ferré, con los unitarios, con Rivera y con los franceses. Convencido de que le bastan cien mil duros y la colaboración de los barcos franceses para terminar la guerra en treinta días, exige dinero –y en cantidades que sus aliados no pueden darle–, no sólo a la Comisión Argentina, sino, lo que es muy grave, a los franceses. Ya a fines de diciembre del año anterior ha enviado esta nota a Leblanc y a Martigny: "Yo encuentro que los auxilios que se han prestado hasta ahora no son suficientemente eficaces y, en consecuencia, exijo un millón de francos para gastos de guerra". Y exige también que le contesten si cuenta con aliados o si está solo en la demanda. Enterado Agüero, le aconseja hacer saber a Martigny la verdadera fuerza de su ejército, sus dificultades, el tiempo que calcula para empezar a obrar. "Esto servirá mucho, muchísimo, para obtener de él recursos". Lavalle y Agüero saben que los franceses son su vaca lechera, pero Lavalle, en vez de solicitar dinero, lo reclama a lo militar: "Mándenos una victoria, que necesitamos más que nunca", le dice el sutil clérigo, más vivo y práctico que él.

Pide más dinero a los franceses

Y así ha seguido Lavalle, durante enero y febrero, siempre pidiendo plata. La *Comisión Argentina* le manda en enero diez mil patacones, y el 24 de febrero le consigue noventa mil en letras sobre París, que son negociadas en una casa de Montevideo, con

anuencia de los franceses y con un quebranto de más de ocho mil. Y lo peor es que no todo ese dinero lo emplea en mantener al ejército y en gastarlo como debe. El general Paz, incapaz de mentir, dice: "El general Lavalle distribuía por sus manos dinero a los que juzgaba justo preferir, mientras otros nada recibían".

Y se cree el dueño de la escuadra francesa. A uno de sus copartidarios le ha escrito que ella espera sus órdenes. Rivera no está menos disgustado con él, porque en carta a un tercero, que se la ha enviado a don Frutos, Lavalle le llama "gaucho flojo e imbécil". Rivera, que además pretende dirigir la guerra, le corresponde hablándole a otro de las "nulidades" de Lavalle. Martiniano Chilavert, jefe de su estado mayor, renuncia a su cargo y escribe el 19 de marzo tres cartas violentísimas, que poco después Rosas consigue y hace publicar. En una de ellas dice: "el general Lavalle no puede mandar hombres de honor. Tiene un orgullo infernal y es más déspota que Rosas". Y afirma que con el triunfo de Lavalle "no habrá sino males, y más espantosos que los causados por Rosas, porque sus propensiones son peores que las de aquél.

Los unitarios están furiosos con Lavalle. ¿No ha escrito a su



Martiniano Chilavert, jefe del estado mayor de Lavalle, cargo al que renunció por el despotismo de aquél. Acuarela de autor anónimo.

mujer que su ejército está "sostenido por la Providencia"?. Florencio Varela le escribe indignado a Félix Frías, secretario de Lavalle. Varela saca la cuenta del dinero recibido por el general y que asciende a más de ciento cuarenta mil pesos. "Todo eso le hemos enviado nosotros y los franceses". Pero Varela falta a la verdad. Solamente los franceses han dado dinero. En una hoja en que figuran esas y otras cifras, el propio Varela ha escrito: "Cantidades que los agentes franceses entregaron como subsidio al Ejército Libertador". Calcula que Lavalle ha recibido doscientos doce mil pesos*. Y tampoco ha de creer que sólo la Providencia sostiene a Lavalle el mariscal Soult, jefe del gobierno francés, quien el 26 de febrero, al anunciarle a Buchet de Martigny que pagaría lo gastado le ha recomendado mostrarse "cada vez más cauteloso en esta clase de gastos, que suben ya muy alto y que exceden en mucho los previstos". Y estas remesas de dinero siguen. Desde la carta de Varela, 18 de marzo, hasta el 31 de agosto, Lavalle recibe cerca de ciento doce mil pesos más.



Trompa del 5º regimiento de milicianos de campaña, llamados Colorados del Monte.

Sublevación de Lamadrid

Pero, al fin, la victoria anhelada llega. La obtiene Lavalle en *Don Cristóbal*, el 10 de abril. Alegría en Montevideo. Los unitarios se convencen de que la caída de Rosas es cuestión de semanas.

Por los mismos días ocurren en las provincias los más graves sucesos para el Restaurador. Es el resultado de la obra de Cullen. Aquella coalición de los gobiernos del Norte, con que él soñó, va a ser pronto realidad. Lamadrid, a quien Rosas ha hecho tantos servicios, se subleva en Tucumán, y el hombre que el año anterior brindó por el exterminio de los "traidores unitarios" y que nunca respetó la vida de sus enemigos, logra ahora los mayores elogios de *El Nacional*. Queda purificado de sus crímenes. Quiere decir, pues, que las ejecuciones de los enemigos sólo son malas cuando las practican Rosas y sus secuaces.

La sublevación de Lamadrid tiene resultados lamentables para Rosas. El nuevo gobierno de Tucumán lo desconoce como gobernador de Buenos Aires y le retira la dirección de las relaciones exteriores. Y como si hubiera estado esperando una señal para rebelarse, inmediatamente, con pocos días de diferencia, hacen lo mismo Salta, Jujuy, La Rioja y Catamarca.

* En el archivo de Félix Frías, secretario de Lavalle, consta (Biblioteca Nacional, documento Nº 9248) que su jefe recibió de los agentes franceses 305.794 pesos.



Antigua reja colonial.

Rosas y Eugenia Castro

El 10 de abril Rosas ha vuelto a insistir en su renuncia. Alega sus desgracias domésticas —no puede tratarse sino de la muerte de Encarnación y la de su padre— y se ofrece para permanecer en el gobierno por sólo seis meses más. La Sala se conforma y lo autoriza a emitir papel moneda por catorce millones.

Pero don Juan Manuel ha encontrado ya un consuelo para la primera de sus desgracias: tiene una amante y en su propia casa y tal vez desde el año anterior. Llámase Eugenia Castro. Su padre, un militar, se la dejó a Rosas para que fuese su tutor. En vida de Encarnación, Eugenia ha ocupado en la casa un lugar intermedio entre el de criada y pariente pobre.

Poco se sabe de cierto sobre las largas relaciones amorosas entre Eugenia y el Restaurador. Una nieta suya le ha referido a un periodista cómo empezó el vínculo. Sabía esos pormenores por la propia Eugenia. Carecen de interés. Es la trivial historia de siempre. Un patrón, y un patrón como Rosas —bello, autoritario, poderoso y generoso—, no necesita de grandes esfuerzos para hacer suya a una pobre muchacha que vive en su propia casa. ¿Hay amor por parte de él? No es de creerlo. Eugenia le ha sido necesaria y se ha *apoderado* de ella. Más tarde, tal vez llegue a quererla. En cuanto a Eugenia, parece que le ha amado fuertemente.

Paz se fuga y forma un ejército en Corrientes

En Montevideo, los enemigos de Rosas están contentos, y con razón, a pesar de Dupotet. En los primeros días de abril ha llegado de Buenos Aires el más inteligente y sabio de los militares argentinos que por ese tiempo actúan: el general José María Paz. Su salida de Buenos Aires significa para Rosas una derrota.

¿Cómo ha logrado escaparse? No con demasiada dificultad. Tenía la ciudad por cárcel, lo que equivalía a ser libre. Visitaba a mucha gente y era muy visitado. Ha asistido ocasionalmente a los conciliábulos de los que conspiraban. Rosas no lo ha perseguido ni vigilado. Y es que Rosas no persigue a los que no conspiran, aunque sean unitarios como Paz.

Con motivo de estar la ballenera en medio del río, en peligro de ser apresada, y se tratase de salvarse refugiándose en los buques bloqueadores, dice Paz: "sentía repugnancia, al tener que huir de mi país, ir a asilarme bajo la bandera que lo hostilizaba". Ya veremos cómo mantiene esta delicadeza de patriota.



Convento en Jujuy. Dibujo de la época.

Apenas llegado a Montevideo, el gobernador de Corrientes, Ferré, cada día más disgustado con Lavalle por su proyecto de venirse con el ejército correntino para atacar a Rosas, lo invita a ir a su provincia. Paz acepta y parte para Corrientes. Y así cumple su palabra de militar y de caballero, cuando prometió al ministro Arana no tomar las armas contra el Gobierno.

Lynch prisionero y muerto por sus compañeros

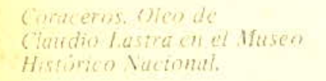
1840 es llamado "el año del terror". ¿Ha comenzado ya? A la verdad, ni los partidarios de Rosas, que constituyen la anonadadora mayoría: ni los que no politiquean; ni los que no mantienen correspondencia con los emigrados de Montevideo, tienen nada que temer. El terror sólo comprende a una parte, si bien numerosa, de la clase distinguida, a los enemigos del Restaurador; y aun hay algún motivo para temer menos, pues las palabras "¡ Mueran los salvajes unitarios! " han sido proscriptas de todos los documentos oficiales, por pedido, según *El Nacional*, de nuestro ministro en Londres, quien comunicó al gobierno el mal efecto que en Inglaterra producían.

¿Tiene Rosas, verdaderamente, el propósito de amedrentar a sus enemigos encubiertos para impedirles conspirar o pasarse a Montevideo, a engrosar el ejército de Lavalle? Durante los primeros meses de 1840 nada ha ocurrido como para aterrorizar a la gente. Es cierto que en Dolores se ha fusilado en marzo al

estanciero Jacinto Machado, que tomó parte en la insurrección del sur. Pero ocurre que han reaparecido las partidas revolucionarias y Machado manda una de ellas. Se le fusila por ser reincidente.

Lo que ha hecho Rosas en estos primeros meses es reclutar soldados para sus ejércitos. Como los unitarios le hacen la guerra, en alianza con el extranjero, él los obliga, indirectamente, y del mismo modo que procedió el año anterior, a darle los soldados que necesita. No existe el servicio militar obligatorio: el ejército se compone de enganchados y de condenados. Puede ordenar la movilización general, pero no quiere obligar a los unitarios a servirle ni a combatir contra sus propios amigos. Prefiere detenerlos e imponerles, a cambio de la libertad, un número de personeros a cada uno. Los que no pueden pagar personeros son incorporados al Batallón Libertad, que manda el coronel Mariano Maza, primo del fusilado el año anterior. A principios de febrero han sido arreados en las calles cuantos desafectos al régimen se encontraron. Desde entonces, se ocultan. Según *El Nacional*, en las calles sólo se ven criadas, señoras y frailes. Después de esa leva, la policía ha comenzado a visitar los hogares, en busca de enemigos. Prueba que Rosas sólo quiere soldados es el hecho, referido en *El Nacional*, de que a los ciudadanos presos desde fines del año anterior también se les da la libertad a cambio de personeros.

Pero la policía no procede sin ton ni son. Rosas ha ordenado a los alcaldes clasificar a los sospechosos y los presos. En estas


Coraceros. Oleo de Claudio Lastra en el Museo Histórico Nacional.



clasificaciones se establece la edad, los servicios que se hayan prestado a la Federación, el no llevar bigote o habérselo quitado, el no usar la divisa. He aquí diversas anotaciones: "Es paquete de frac, unitario"; "Fue preso por *hablantín* contra el superior Gobierno y la Federación"; "Esparcía noticias en favor de los enemigos de la Federación"; "Fue preso por tener correspondencia seguida con los salvajes unitarios existentes en Montevideo". Como se ve, trátase de los que hoy se llaman "derrotistas" o de individuos que se comunican con el enemigo y que en todos los países del mundo, en tiempo de guerra, son encarcelados o fusilados. Durante la conflagración de 1914, millares de derrotistas llenarán las cárceles de Francia o serán ejecutados. El enviar noticias a los emigrados, que han hecho alianza con el extranjero –el Uruguay y Francia– es muy grave delito. Ninguno de estos presos, sin embargo, es fusilado. Pasan en las prisiones unos días, o unas horas, hasta que sus familias les encuentran los personeros. A veces, los personeros, después de pagados, se escapan; y el preso debe buscar y pagar otro. También los estancieros enemigos contribuyen por la fuerza con cabezas de ganado, pero se les da un recibo contra los inmundos franceses y los salvajes unitarios". No hagamos aspavientos porque Rosas detenga a varios centenares de sospechosos o culpables. Entre nosotros, en este siglo, durante las presidencias de Quintana, de Figueroa Alcorta y de Justo, serán encarcelados o desterrados, por razón de orden social, millares de hombres. Los que chillan contra Rosas no lo recuerdan. Es que Rosas pone presos a los burgueses y los otros a los proletarios . . .

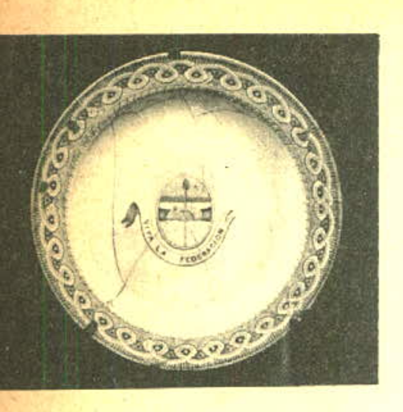


Reloj de Rosas.

La policía vigila las casas y la costa del río. Cada unitario que huye es un soldado para Lavalle. En esos tiempos en que mil hombres constituyen un regular ejército, ¿cómo ha de dejar Rosas que se escapen? Después de esta guerra, que es civil e internacional, habrá en el mundo muchas guerras y siempre se verá castigar con el fusilamiento a quienes intenten pasar al campo enemigo. Millares de hombres morirán en España, desde 1936 a 1939, por querer pasar desde la región fiel al gobierno a la región contraria, o viceversa. Rosas no practica la guerra con más severidad que en el siglo XX. No obstante, lo que se justifica en el gobierno español de Azaña o en el de Franco, hay quien no quiere justificárselo a Rosas. Lo que en otros son "necesidades de la guerra" en Rosas son "crímenes monstruosos".

El 4 de mayo ocurre un lamentable suceso. Cuatro hombres conocidos van a escaparse de noche a Montevideo, es decir, a pasar la frontera –el río– que nos separa del enemigo. Los cuatro son fuertes, y no se escapan por miedo sino para pelear contra el

gobierno. Francisco Lynch ha sido capitán del puerto, y él, José María Riglos e Isidro Oliden pertenecen a la mejor sociedad; el cuarto, Carlos Mason, es empleado. Un miserable que se ha ofrecido para llevarlos al embarcadero los delata. Apenas, en la noche oscura, llegan al río, una partida policial les intima entregarse. Resístense a tiros. Hay un combate y tres de ellos perecen. Rosas no ha podido dejar escapar a esos hombres que intentaban unirse al extranjero agresor. Su muerte no es un crimen, como gritan los unitarios y sus descendientes intelectuales.



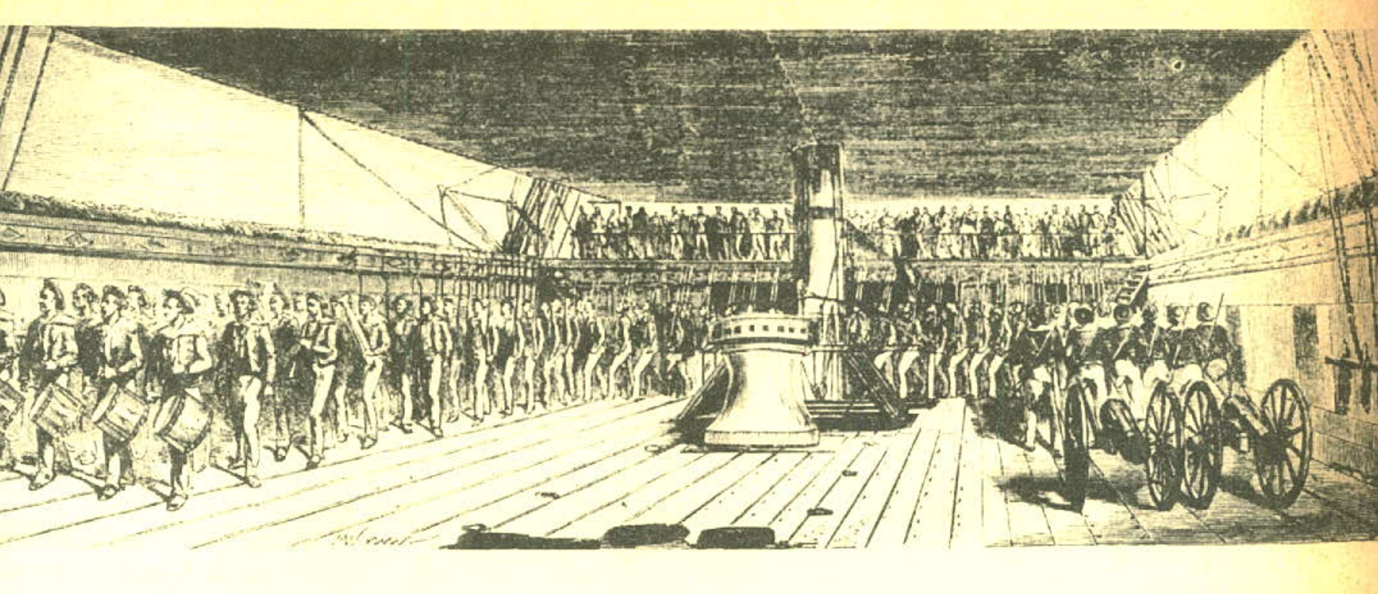
Hasta la vajilla se adornaba con referencias a la Federación.

Thiers explica la guerra

En Francia, por esos meses de nuestro otoño, han ocurrido sucesos que interesan directamente a Rosas. Un poco antes, ha caído el gabinete Molé, y el nuevo gobierno está presidido por Adolfo Thiers, que también tiene la cartera de Negocios Extranjeros. Adolfo Thiers ha sido y es enemigo de Rosas y partidario de la intervención armada. Pero ya sabemos, desde tiempos inmemorables que una cosa es hablar como opositor y otra como gobernante. Thiers pronunciará un discurso que resulta favorable a las ideas de Rosas. Algo he dicho de esta pieza oratoria, pero es menester recordarla.

Es el 27 de abril de 1840. Va a tratarse de la demanda de nuevos recursos para continuar la intervención armada. Thiers cree que el bloqueo riguroso reducirá a la desesperación a los porteños. Pero al bloqueo ha sido necesario "buscarle puntos de apoyo" y éste es el motivo de los gastos, que el ministro calcula en un millón ochocientos mil francos. Explica que a los marinos franceses les hacía falta una base: echar el ancla en alguna parte, abastecerse en algún sitio. De otro modo, "el bloqueo se habría hecho tan difícil que no se habría podido continuarlo. Se ha buscado esa base en el gobierno de Montevideo". ¡Palabras reveladoras y monstruosas! Vale decir: para que los marinos puedan alimentarse, descansar y divertirse, se lleva a la guerra a una nación amiga. Más aún; se la somete a una especie de protectorado, pues en el Uruguay más gobiernan los franceses que Rivera.

Thiers explica lo ocurrido con Oribe. El presidente legítimo "nos acogió muy mal". Thiers no dice que esto era lo correcto. Oribe sabía que, de acogerlos bien, se pondría en guerra con la Confederación Argentina. Entonces se tornó "evidente que Francia no protegía más a Oribe y le era hostil", lo que "dio gran fuerza a Rivera, que trataba de derrocar a Oribe". Thiers reco-

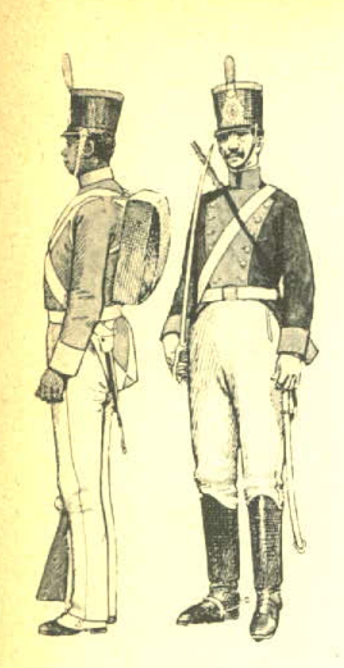


Tropas de infantería embarcadas.

noce, pues, que Francia ha venido al Plata a derrocar a un gobierno legal y a favorecer a los rebeldes. "Rivera ha triunfado –dice– y un gobierno amigo ha sucedido a un gobierno enemigo". Y agrega estas palabras que justifican a Rosas: "Naturalmente, hemos debido convertirnos en aliados de Rivera".

¿Puede dudarse de que, desde el primer momento, Francia ha sido aliada de Rivera? Aun dice más, monsieur Thiers: "Rivera, habiéndose convertido en nuestro amigo, se ha encontrado en guerra con Rosas". De aquí resulta que primero fue la alianza de Francia con Rivera y que después, a consecuencia de esta alianza, Rivera se encontró en guerra con Rosas. He aquí reconocida, por el primer ministro de Francia, la culpabilidad de Francia en nuestra guerra con el Uruguay.

Thiers, pues, da la razón a Rosas. Si Francia comenzó la guerra no cabe duda de que su política fue sucia. Por eso, a los agentes franceses que la provocaron, los federales los llamaron *inmundos*. Thiers llega al extremo, en su inmoral conducta, de asegurar a José Ellauri, el ministro uruguayo en París, el 31 de julio, que "la alianza existe de hecho", y, sin embargo, diez días antes, el 21, ha dispuesto negociar con Rosas. Y en una conversación con el representante de Inglaterra, celebrada en mayo, refiérese a una cláusula del proyecto de convenio que ha presentado Rosas, y que no puede ser considerada por el gobierno francés: la que establece para los franceses el mismo trato que se da a los extranjeros en Francia, pues pudiendo los extranjeros en Francia ser obligados a servir en la Guardia Nacional, el gobierno



Soldados con uniforme de "parada"

de Buenos Aires invocaría esta circunstancia con el fin de obligar a los franceses al servicio de las milicias. En esta conversación, Thiers observa al plenipotenciario que su gobierno ha cumplido cuanto prometió al de Su Majestad Británica, y que consecuente con sus promesas había expedido instrucciones a Martigny para que arreglase el conflicto, pero que Martigny no había considerado oportuno dar cumplimiento a las instrucciones. Ese documento asombroso prueba oficialmente la mala fe de los franceses, que reclaman con violencia, bloquean nuestros puertos y nos hacen la guerra porque obligamos a sus compatriotas domiciliados en la provincia de Buenos Aires a lo mismo a que ellos obligan en Francia a los extranjeros.

La actitud de Francia es la de todos los imperialismos. Razones puramente económicas mueven a las grandes potencias; y cuando necesitan atropellar a un pequeño país, lo atropellan sin escrúpulos. Federico de Prusia, después de ordenar una infamia de ésas, dijo que ya vendrían los juristas a demostrar su razón. Lo que hace Francia con el Uruguay en 1838 lo hará Alemania, en 1940, al invadir a Holanda y a Bélgica para atacar a Francia. Si Rivera hubiese resistido, Francia se habría apoderado de Montevideo.

Supresión del tráfico de esclavos

En la ciudad de Buenos Aires, los negros y los mulatos, que suman cerca de la cuarta parte de la población, son incondicionales de Rosas. Desde hace años los han venido trabajando y adulando algunas personas de la familia del Restaurador: Encarnación, María Josefa Ezcurra y Manuelita. Negros y mulatos son espías, unos, en su condición de esclavos o de criados; y otros como vendedores callejeros, oficio que les permite entrar en las casas. Muchos adversarios de Rosas caen presos por delaciones de sus esclavos y criados. María Josefa está en frecuente contacto con la negrada, y Manuelita asiste a sus fiestas domingueras, en las que tiene un sitial junto al presidente de la *nación negra*. Y a veces va el mismo Restaurador. Pero esas fiestas nada tienen de orgiásticas, como calumnian los unitarios; y la prueba es que jóvenes de la sociedad distinguida, amigas de Manuelita, suelen acompañarla.

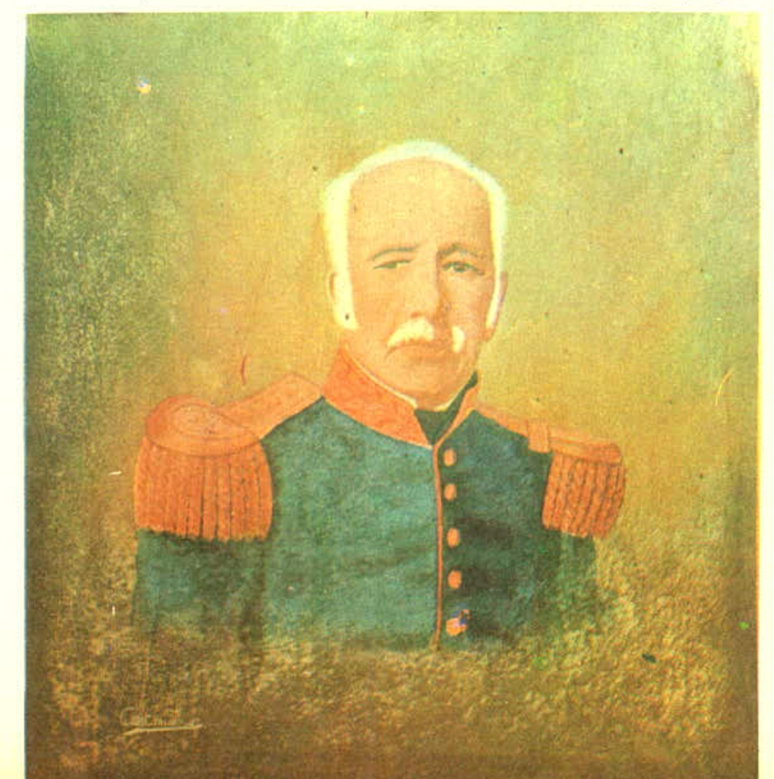
Ahora tienen un mayor motivo para querer a Rosas los negros: el 16 de mayo ha sido canjeado el convenio con Inglaterra para la supresión del tráfico de esclavos. Con esto, queda casi suprimida la esclavitud. Como desde 1810 todo hombre nacido en

el país es libre, no hay más esclavos que los nacidos antes de esa fecha, es decir, los mayores de treinta años y los que han sido introducidos posteriormente. Pero el convenio no rige para la provincia de Corrientes, segregada de la Confederación. Veintidós años más tarde, cuando la constitución Nacional hable del tráfico de esclavos, referiráse a esa provincia, tan entusiasta por la libertad, según los unitarios. Mientras en ella seguirá habiendo esclavos, no los hay en los dominios de Rosas.

Rosas dignifica, con ese convenio, a los negros, que ahora le amarán más que nunca. Con motivo de su liberación, acuden a agradecérsela. Un cuadro pintado el año siguiente, representa a las negras ante don Juan Manuel. Cadenas rotas. Banderas con letreros, y, al pie, estas palabras: "Las esclavas de Buenos Aires demuestran ser libres y gratas a su noble Libertador"[2].

Lavalle y su ejército

Lavalle, con dos mil ochocientos hombres, en su mayoría correntinos, ha llegado a Punta Gorda, cerca de Paraná. No ha abandonado sus propósitos de degüello. Pocos meses antes, el 8 de diciembre de 1839, le ha escrito a Ferré diciéndole que espera tenga buena salud para ayudarle "a degollar al ejército de Máscara todo entero". En estas intenciones exterminadoras lo estimulan algunos de los directores de la guerra, y así Agüero le escribe en junio: "Usted me ha dicho cien veces, y yo he con-



Gral. Juan Madariaga.

venido en ello, que no debemos pararnos en medias contra Rosas, porque entonces la lucha sería muy desigual". En Punta Gorda encuéntrase con Paz, que ha llegado por el río y se dirige a Corrientes. Cerca de Paraná, en el Sauce Grande, se combate contra las tropas federales de Echagüe y de Oribe. *El Nacional* habla de la victoria de Lavalle; hoy sabemos —Paz lo afirma— que es una derrota.

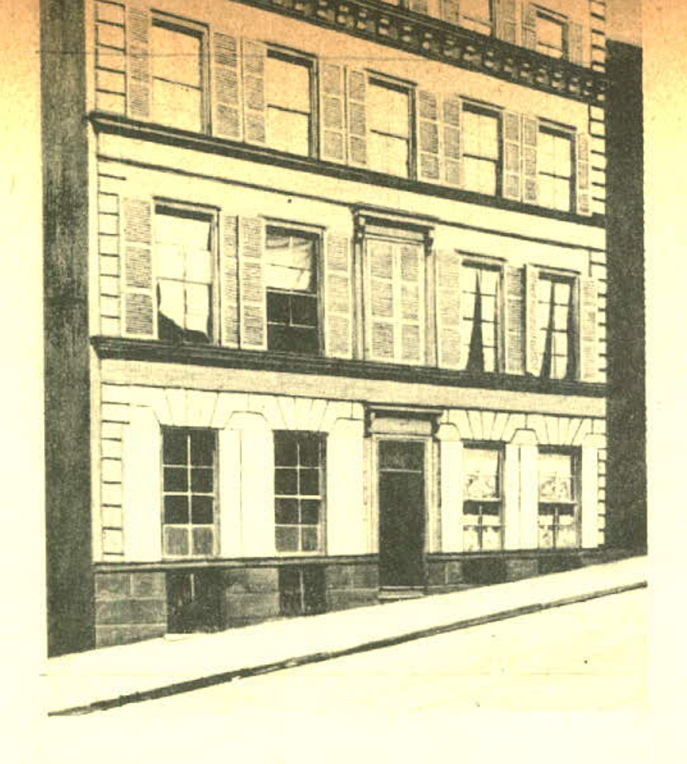


Adorno que perteneciera a Rosas.

Lavalle y su ejército . . . El general, militar culto, que ha peleado junto a Bolívar y San Martín, fue vencido en 1829 por *las montoneras* de Rosas. Convencido de que sólo triunfará por los mismos medios, se ha vuelto un gaucho. Como tal viste, y hasta dice que nunca más se pondrá corbata. Su ejército es una *montonera*. Ni disciplina, ni preparación militar. Y esto, por ignorar que Rosas ya no comanda montoneras sino ejércitos disciplinados.

Y hay algo peor: la inmoralidad de ese ejército. Los soldados de Rosas siempre respetan la propiedad ajena. Lo mismo procede Oribe, y así Pacheco ha podido escribir a Rosas que Oribe casi deja sin comer a la tropa por no permitirle encender los fogones con los palos de un corral de ovejas abandonado por su propietario. En el ejército de Lavalle, grupos de soldados salen a robar; y después de dos o tres días de ausencia, vuelven cargados con el producto de sus rapiñas, sin que el jefe los amoneste. Hasta naipes se les reparte. Todo esto lo cuenta el unitario Paz, que no miente, y que también refiere cómo los jefes correntinos, como Madariaga, igualmente unitarios, predican "la expoliación y el saqueo" y practican "su sistema de robo y de desorden". El escándalo es tan grande en el ejército que el propio Lavalle, en una orden general, reconoce que "los soldados se han convertido en una horda de salteadores y forajidos". ¿Cómo asombrarse de que el propio general en jefe, pocos meses más tarde, según Lamadrid en sus *Memorias*, diga, ante oficiales y soldados: "Deje usted que roben, que fusilen y que maten, pues todo eso nada importa si salvamos a la patria". ¿Y cómo asombrarse de estas palabras de Eustoquio Frías, oficial de ese ejército, en sus *Apuntes*: "La mayor parte de los jefes no pensaban más que en los puestos elevados que debían ocupar, menos en ayudar al desgraciado general; todo eran chismes que ponían en mal punto de vista a los que deseaban tener patria"?

Y cada vez más entregado a los franceses. Paz dice que le mandan efectos de ultramar, municiones, armas y hasta dinero: los oficiales del barco en que él viajó a Corrientes le dijeron que una vez habían traído "cien mil patacones que habían entregado al ejército". Pero nada le es suficiente, y la Comisión Argentina,



Casa donde vivió San Martín en París.

el 7 de junio, ha tenido que enviar una nota a Martigny sobre la "necesidad" en que se vio Lavalle "de dar una paga a su ejército" después de Don Cristóbal, y de comprar algunos artículos, "lo que había consumido los fondos que tenía a su disposición", por lo cual "recurre nuevamente a su generosidad, suplicándole que se digne facilitar cien mil pesos fuertes para los expresados objetos . . ."

Y no solamente los unitarios les sacan dinero a los franceses. Don Frutos es insaciable. Ahora, por medio de terceros, Martigny le cobra los cien mil patacones que le prestó, Rivera los debe, pues no pasó el río Uruguay, caso en que el préstamo hubiera sido un regalo. Le escribe a Lamas desde San José, el 3 de junio: "Nada sé respecto del dinero de que usted me habla. Sería ésa la peor de las bromas que se podrían hacer por parte de los agentes franceses". Y agrega estas palabras que demuestran hasta dónde llega el poder de esos agentes: "Es verdad que si a ellos se les antoja el darnos doscientos azotes, también lo pueden hacer, y obligarnos a que después les demos las gracias". Le contesta Lamas, el inspirador del indecente tratado del Cangue, el futuro falsificador de documentos, sugiriéndole lo que es preciso argumentar para no devolver ese dinero. Rivera debe responder a los franceses que "la culpa es de Lavalle", y que él "ha hecho más uniendo a todos que pasando el río". Y el francés Blas Despouys, que ha cobrado de Rosas cien mil pesos, ahora le ofrece a don Frutos agenciarle de Francia otros cien mil. Acaso espera que, si no son pagados, los franceses puedan cobrarse de las en-

tradas de aduanas, que, en mayo, han sido –el bloqueo es buen negocio para todos– de quinientos mil pesos. "Para la Hacienda, el país no ha tenido mejores circunstancias ni las tendrá jamás", le escribe Lamas a Rivera. Pero don Frutos es un dilapidador irremediable. Lo dicen sus fieles, Juan Andrés Gelly, secretario de la legación de París, a Lamas: "Veo que el caos y el desorden en la Hacienda pública siguen en progreso" y que "ni se ve ni se siente la acción de lo que allí se llama gobierno". La única preocupación de don Frutos es pedir plata. Según escribe Gelly a Lamas, Rivera le ha dicho a Ellauri, su representante en París, que no se necesitan fuerzas francesas para acabar la guerra, y que, en vez de un empréstito que se tramita, pida al gobierno francés "dos millones de duros de subsidios, en consideración a los sacrificios que la República ha hecho". Y Gelly pregunta: "¿Puede usted creer esto? Pues es tal como se lo cuento a usted".

Pero he aquí que Lavalle se embarca para Buenos Aires, con todo su ejército, el 1º de agosto. Indignación en todas partes. Rivera a Lamas: "el incomparable perverso de Lavalle hizo de las suyas". Asegura don Frutos que "la historia del mundo y de todos los tiempos no tienen un ejemplo igual como el de Lavalle con los desventurados correntinos, que le dieron sus recursos y su sangre para que los vengara y les diera libertad". Y en otra carta en que habla de "la célebre manganeta de Lavalle", le confía a Lamas: "Si Lavalle no hace ahora algo de provecho por la caída de Rosas, es menester creer que está obrando de acuerdo con él, y que él y Rosas se han propuesto hacer desaparecer de



Cuartel en Santos Lugares.

la República Argentina todo lo que se llama hombre y quedarse los dos solos para muestra de sus crímenes". Pero el más indignado con Lavalle es Ferré, el gobernador de Corrientes, que dicta un decreto calificándolo de "traidor", y da una proclama en donde le dedica estas mieles: "Ese hombre a quien recibisteis con el abrazo del amigo y a quien prodigasteis vuestra confianza y elementos, retribuye hoy vuestra lealtad y generosidad con la más negra de las traiciones".

Y de esta manera, detestado por todos, con su eterno tormento dentro del alma —¡el recuerdo de haber fusilado a Dorrego! — ha partido para la provincia de Buenos Aires, en los barcos franceses, el general Juan Lavalle.

Rosas lo espera

Rosas lo espera con serenidad. Mientras Lavalle desembarca y avanza, él, con el dinamismo demostrado cuando organizaba la expedición al desierto, multiplica su habitualmente copiosa correspondencia. Cartas a los jefes de las distintas guarniciones, a los alcaldes encargados de las invernadas de caballos, a los jueces de paz de algunos pueblos de la campaña por donde va a pasar Lavalle. El mismo, el 17 de agosto, se instala en Santos Lugares, llamado ahora los Santos Lugares de Rosas, en donde tiene su arsenal y su ejército. Allí los reclutas son severamente instruidos, se forman los batallones y regimientos y se componen las armas en mal estado que llegan de toda la Provincia. Es un gran taller aquella localidad. El lo dirige todo, no permite descanso a nadie y todo lo hace con su severa economía. De los Santos Lugares ya han salido varios ejércitos en diferentes direcciones: las tropas que han ido a Entre Ríos a reforzar las de Echagüe, las que manda Pacheco y las que ha llevado Oribe.

La situación de Rosas no es inmejorable. Por causa de la partida de esos ejércitos tal vez no tengan las tropas necesarias. En la ciudad no hay casi soldados. La mayoría de las Guardias y de los Fuertes distan muchas leguas de Buenos Aires. Lavalle cuenta con una poderosa *quinta columna* en la ciudad. Si contara también con la adhesión de los pueblos por donde va a pasar, la caída de Rosas sería segura. ¿Se pasarán a Lavalle las guarniciones y los civiles de esos pueblos y los de las estancias del camino? Esta es la grave pregunta que federales y unitarios se hacen.

Mientras tanto, tiembla de terror la población. Los federales recuerdan los crímenes de los unitarios doce años atrás: los fusi-



Restos de un guante de la época.

lamientos de Dorrego y Mesa y de centenares de gauchos. La impresión fue tan profunda, que ningún federal la ha olvidado. Y Rosas ha tratado de que nadie la olvide. Todos los años, el 13 de diciembre, *La Gaceta Mercantil* aparece con sus columnas enlutadas y publica la orden de Lavalle y la carta del mártir a su mujer. La muerte de Dorrego es un acontecimiento viviente para los porteños de 1840. Muchos de ellos no han olvidado que los más prominentes ciudadanos del Partido Federal fueron enviados a sucios pontones, al destierro o a las heladas regiones de la Patagonia. ¿Qué pueden esperar los federales si Lavalle triunfa? ¿No están convencidos de que los unitarios mataron a Villafañe y a Latorre, a Quiroga y a Heredia; de que son realmente "salvajes"; de que en Córdoba exterminaron a la población de las sierras; de que en Mendoza fueron culpables del asesinato de cuarenta y seis federales distinguidos; de que los procónsules de Paz cometieron toda clase de tropelías? ¿Y no han leído las proclamas últimas de Lavalle, que hablan de degollar a todos sus enemigos.

Y no hay menos temor entre los unitarios. Los que se han carteado con los emigrados de Montevideo, los que han dado dinero para el ejército de Lavalle, los que no ocultan su aversión a los procedimientos dictatoriales de Rosas, temen ver asaltadas sus casas y asesinados a sus hijos y ser degollados ellos mismos por las gentes de Cuitiño o de Parra.

¡Días de terror, esos de agosto del 40! Los habitantes no ven sino sangre y muerte. ¿Se derrumbará el poderío de Rosas? ¿O será destruida la mayor tentativa de sus enemigos para derrocarle? Por la ciudad circulan patrullas y tropas. Muchísima gente ofrécese al Gobierno para salir a campaña. Y cada noticia sobre los avances de Lavalle produce la esperanza en los unos y el terror en los otros.

Fracaso de Lavalle

Lavalle ha desembarcado en la isla del Baradero, a ciento cincuenta kilómetros de Buenos Aires, el 4 de agosto. Aunque ha sido harto optimista, no es de creer que ahora lo sea. A Lamas le ha escrito, semanas atrás, y según Lamas le trasmite a Rivera, que los soldados del enemigo "son de una fidelidad inconcebible hacia Rosas; que lo sufren todo, hambre, desnudez, mala fortuna; y no hay que contar con una defección". Pero, contradictoria como siempre, en esa misma carta, después de anunciar a Lamas que quiere ir a Buenos Aires para derrocar a Rosas directamente,



agrega que al ejército de Echagüe, al que acaba de elogiar, lo disolverá "con una sola carta suya". También desde la fragata la *Expéditive* ha escrito que probablemente no podrá desembarcar "por falta de veinte días de víveres".

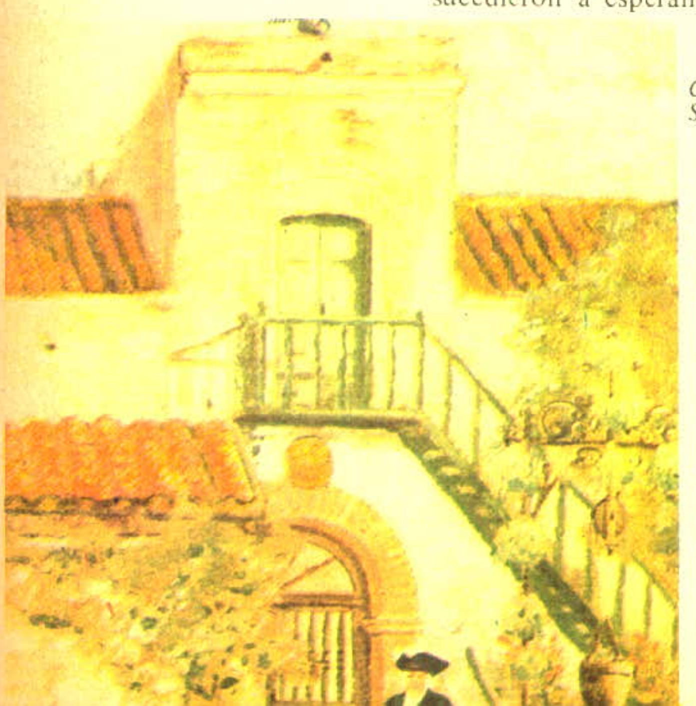
Apenas desembarca, ve que nada estaba organizado. Culpa a los unitarios de Montevideo, principalmente a Agüero. Adivina su fracaso. A Del Carril, el 5 de agosto, desde el Baradero, le confía que fracasará por falta de caballos. "Quiero dejar en sus manos una carta histórica. ¡Que nuestra patria maldiga a los autores de su desgracia, si el Ejército Libertador no llena su misión! ". Y a su mujer, el mismo día, le dice que los errores de los hombres de Montevideo le han "arrebatado la dicha celestial de derribar a Rosas en ocho días y sin efusión de sangre".

Al día siguiente, al amanecer, hay un encuentro con las tropas de Pacheco, junto al arroyo del Tala. Los soldados de Pacheco pasan junto a los de Lavalle gritando a lo indio, con el fin de asustar a la caballada enemiga y hacerla huir. Pero es su caballada la que huye y se dispersa. Sus tropas huyen también y dejan dos piezas de artillería. No ha habido ni un muerto ni un herido, aunque *El Nacional* dirá que Pacheco "dejó el campo lleno de cadáveres". Lavalle cree haber logrado un gran triunfo y le escribe a su mujer, "hice pedazos la columna de Pacheco".

El 10 de agosto está Lavalle a legua y media de San Pedro. Tiene dos mil seiscientos noventa hombres, sin contar los jefes y oficiales. El 13, a dos millas de Arrecifes. En San Antonio de Areco recibe adhesiones de algunos vecinos. El 19 llega cerca de

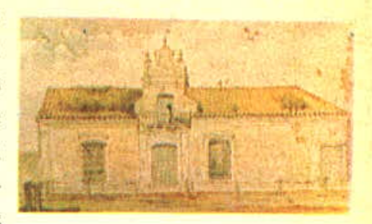
Luján. En Luján sus soldados cometen graves excesos. Lavalle, según el coronel Elía, su edecán, llama a los jefes y les da severas órdenes; pero, por no haberse impuesto los jefes, "el soldado pudo entregarse a la licencia más ignominiosa". Lavalle se entera de las fuerzas de Rosas: cuatro mil hombres de caballería, dos mil de infantería y treinta cañones. Rosas se lo ha hecho saber hábilmente mandando comunicaciones a Pacheco por medio de chasques que se dejan prender.

Ya está Lavalle desmoralizado. Ha conseguido reunir hasta veinticinco mil caballos, pero las poblaciones no lo acompañan. Entonces y convencido de que está por llegar a Montevideo una escuadra fráncesa con dos o tres mil infantes, manda a su hermano José a Montevideo, con el pedido a Martigny de que le envíe esos soldados, para atacar con ellos el campo del tirano; o bien que los haga desembarcar en la ciudad o en un lugar próximo. ¡Esto lo propone el mismo hombre que a fines del 38 hablaba de cumplir con su deber si los franceses atacaban a su patria! No demora en Luján y se dirige hacia Buenos Aires. El edecán Elía comprueba "la obcecación de los hombres que servían al tirano"; pues, a pesar de su derrota, no hubo un solo cuerpo "que buscase su reunión con los libres". Los triunfos en que creen Elía y Lavalle son escaramuzas; las tropas de Rosas no han aceptado el combate. Y agrega: "El poder del terror, o, más bien, un fanatismo ciego e inexplicable, había adherido de un modo singular a los infelices gauchos en favor de su verdugo". Lavalle y los jefes de su ejército han creído que "el nombre mágico de la libertad despertaría en todas las clases de la población un sentimiento heroico". Esta presunción "quedó desvanecida y sucedieron a esperanzas halagüeñas, motivos de pesar, de luto", si



Casa del Virrey Sobremonte.

bien *El Nacional*, que acusa a Rosas de mentiroso, dice que la Provincia se alza "ardorosamente, en masa, en favor de la causa de la Libertad". Esta conducta "inesperada" va a influir en los resultados de la empresa. De estas confesiones del lugarteniente de Lavalle se desprende: que las poblaciones están contentas con Rosas; que no creen en Lavalle y en sus promesas; y que se sienten libres o que no consideran necesaria la libertad que se les ofrece. Es de preguntarse por qué Lavalle teme tanto a esos soldados de Rosas, los que, si están envilecidos, como afirma su lugarteniente, no pueden ser buenos soldados.



Ladrillo y vista de la casa del Virrey de Luján.

El 3 de setiembre el invasor llega a Merlo. El campamento queda a siete leguas de Buenos Aires y a cinco del campo de Rosas. Elía nos entera de que Lavalle ha esperado una reacción en las poblaciones, pero han pasado veinticuatro horas y el ejército no ha visto "un solo hombre, de ninguna condición, que fuese a llevarle la más simple noticia". Nada se sabe del enemigo, ni de la capital. Desde Luján, los pueblos presentan un "aspecto sepulcral", porque Rosas –cree Elía– ha obligado a todos los habitantes a dejarlos. Situación desesperada de Lavalle. La falta de pastos le impide mantener a los caballos. Sabe que la esperada escuadra no viene y que ha llegado el almirante Mackau, que trae la misión de hacer la paz con Rosas. Entérase de que el gobernador de Santa Fe, Juan Pablo López, ataca a las fuerzas que él ha dejado en San Pedro y que Oribe se acerca por el norte para cerrarle el camino. Se siente abandonado, acaso traicionado, y entonces, en una decisión que tiene no poco de heroica, abandona el 6 su campaña y se dirige hacia Santa Fe.

En esta dramática retirada escribe cartas impresionantes. El 9 de setiembre, a su mujer, desde San Andrés de Giles: "No he encontrado más allá sino hordas de esclavos, tan envilecidos como cobardes y muy contentos con sus cadenas". La situación de su ejército es muy crítica, "en medio de territorios sublevados o indiferentes". Le aconseja prepararse para partir a Río de Janeiro, porque en cuanto en Montevideo "sientan a Rosas fuerte, quién sabe hasta qué punto llegará la venganza de los traidores a la causa de la libertad". Le pide ocultar su carta "porque dirán que Rosas me ha comprado". Y desde San Pedro, el 12 de octubre: "No concibas muchas esperanzas, porque el hecho es que los triunfos de este ejército no hacen conquistas sino entre la gente que habla; la que no habla y pelea nos es contraria y nos hostiliza como puede. Este es el secreto origen de tantas y tan engañosas ilusiones sobre el poder de Rosas, que nadie conoce hoy como yo". Habla de abrazarla pronto. "Ya no tengo duda de que así será, porque en estas tierras de m . . . no hay quien



En Buenos Aires antiguo, el "encendedor" de faroles.

me mate, gracias al terror que inspiramos". ¡Amargura tremenda la de este héroe fracasado! Y explicable. Pero acaso nada le amargue tanto como una carta "insolente y maligna" que ha recibido de Florencio Varela. "Este bruto –dice Lavalle– no ve ni una pulgada, pero sabe hablar bien para enredar y para ser en adelante mi detractor".

Ha terminado la gran empresa de los enemigos de Rosas. Ahora va Lavalle hacia Santa Fe, y en la retirada sus tropas saquean algunos pueblos, como el de San Pedro. Su esperanza, y la de todos los unitarios, está ahora en las provincias, que acaban de constituir la Coalición del Norte, el 24 de setiembre, y que han nombrado jefe al general Tomás Brizuela, gobernador de La Rioja[3];

Crisis de Octubre

Apenas se sabe que ha partido Lavalle hacia Santa Fe, se produce una crisis entre los federales, sobre todo entre aquellos que hubieran perdido la vida en el caso de triunfar los invasores. Crisis de nervios tensos y que ahora se distienden. Crisis colectiva, que se parece no poco a la locura. Son los días del terror. Casi nadie sale a la calle, ni nadie duerme. Al oscurecer, la ciudad queda en tinieblas. Patrullas policiales y pandillas de adictos a la Federación recorren las calles a caballo o a pie. Y por las noches el canto arrastrado del sereno –"¡mueran los salvajes unitarios! "– parece más lúgubre que nunca.

En las ciudades atacadas, o en momentos de peligro, ocurren crisis análogas y aún más graves. En el París del 1870, las turbas salen a matar gente por las calles. En el Madrid del 1936, el pueblo bajo asesina a muchos millares de inocentes. Un testigo de esos días porteños dice: "la tiranía estaba en los de abajo, esa tiranía oscura, inconsciente, anónima, que no está representada por un hombre sino por la muchedumbre por chicos, por mujeres, por todos. Al fantasma de la delación se le oía en todos los rincones".

En la Buenos Aires de Rosas, desde fines de setiembre hasta fines de octubre de 1840, federales fanáticos asesinan a algunas personas. Entre los asesinos no falta algún empleado policial. Nada tienen que ver con estos crímenes la Sociedad Popular Restauradora, compuesta, en general, por personas distinguidas, si bien entre los asesinos, o entre los instigadores, quizás hay alguno de sus miembros. Esos crímenes han sido espontáneos y, en algunos casos, colectivos. Digamos que lo que los unitarios llaman



Vista de Buenos Aires desde el puerto.

la *Mazorca* no es precisamente la Sociedad Popular Restauradora. Dan este nombre a la policía: a los jefes y hombres de acción del cuerpo de *Serenos*, del escuadrón de *Vigilantes* a caballo y del batallón Restaurador; al populacho exaltado, que nada tiene que ver con esas instituciones; y al vicepresidente y algunos miembros de la Sociedad Popular Restauradora. Nadie considera mazorqueros a los aristocráticos señores don Miguel de Riglos o don Tomás Manuel de Anchorena. La Mazorca, según la ven los unitarios, no es, en 1840, la sociedad fundada el año 34, sino un heterogéneo conglomerado de fanáticos.

Las víctimas y los sucesos

¿Cuántos murieron? Las *Tablas de Sangre*, de José Rivera Indarte, si deducimos de su lista cuatro o cinco fusilados por las autoridades, dan alrededor de veinte asesinados en la ciudad durante esos días de 1840. Incluso dos víctimas que no menciona Rivera Indarte. El francés Roberto Page, ayudante de Mackau, que por esos días se halla en Buenos Aires, en un artículo que publica a principios de 1841 la *Revue de Deux Mondes*, dice: "cada día alumbra un nuevo crimen". Y como el período del llamado *terror* no dura un mes, y no todos los días ha habido asesinatos, debe deducirse que la cifra de veinte es, más o menos, la exacta. Hay, todavía testimonios mejores: los procesos a los mazorqueros, después de caído Rosas. A pesar de que el gobierno

unitario trata de exagerar el número de los asesinatos, al coronel Ciriaco Cuitiño, el principal de los culpables, sólo se le atribuyen ocho: los de Archondo, Buter, Echenagucía, Dupuy, Nóbrega, Quesada, Sañudo y Varangot, uno de los cuales, Dupuy, fue asesinado el año 42. A Leandro Antonio Alem, cinco; de los cuales tres no se le prueban y dos los comete en 1847, en estado de enajenación mental. A Manuel Troncoso y a Silverio Badía les cargan catorce, entre los cuales figuran los ocho de Cuitiño. Estos cuatro acusados, lo mismo que los demás, intervienen, según la justicia de los unitarios, en los mismos delitos. A los nombres de las ocho víctimas hay que agregar los de Amarillo, Barreira, Cladellas, Gándara, Pizarro, Saráchaga, Salces, Silva, Viñales, Mota, Barragán y Lamadrid, hermano del general. Entre todos son exactamente veinte. No hay un nombre más. El Gobierno fusiló a unos cuantos por espías o traidores. Pero las víctimas del populacho apenas excederán en cuatro o cinco a las citadas, pues acepto la suposición de que haya algún olvidado o desconocido. La estadística, por su parte, nos asegura que en 1840 no ha habido las matanzas en masa de que hablan los historiadores unitarios. El número de defunciones en ese año es de mil quinientas cincuenta y siete, inferior en doscientas diez al de 1838, en ciento diez y nueve al de 1839, en setecientas catorce al de 1841 y en quinientas setenta y nueve al de 1842. Y hay una opinión importantísima e imparcial: la del librero español Benito Hortelano. En unas memorias editadas en España, adonde ha vuelto después de enriquecerse en Buenos Aires, declara que,



Casa de Rosas en Caseros.

como oyera hablar a mucha gente sobre los crímenes de los años 40 y 42, propúsose averiguar su número. No es difícil en la pequeña ciudad; y preguntando aquí y allí, llega a enterarse de que en total, en ambos años, el número de asesinatos no ha llegado a ochenta.

¿Quiénes son los criminales? Los acusados son todos, o casi todos, empleados de la policía. Pero en los procesos se evidencia que cada crimen ha sido cometido por varias personas, a veces por muchas personas. Apenas uno que otro crimen individual. La mayoría de los ejecutores materiales son gente de modesta condición, pero no precisamente malos sujetos. En 1853, al año y medio de la caída de Rosas, cuando se necesita valor, por las persecuciones a los federales, para decir media palabra en favor de los mazorqueros, buen número de personas honorables deponen ante la justicia en favor de Manuel Troncoso. Leandro Antonio Alem, padre del famoso caudillo, dejará nombre de bondadoso y es tan desinteresado que, habiéndole Rosas pagado con mil quinientos pesos la curación de un caballo, le devuelve mil; y en una larga lista de donantes para el Hospital de Hombres, él, que no es rico, figura a la cabeza con trescientos pesos. Andrés Parra, ahora coronel, ha entrado en la Policía en tiempos de Dorrego y cuando estaba al frente de la institución un hombre honorabilísimo e inteligente. Este es también el caso del coronel Cuitiño, que además mereció una medalla de honor en 1820 por haber contribuido al restablecimiento del orden y que fue ascendido por Rivadavia a capitán de milicias. No cabe duda de que ha habido en ese año una especie de locura colectiva, como he dicho. Cuando un hombre comete un crimen junto con otros, cree que su responsabilidad es menor que si lo cometiera solo. Rodeado de cómplices, más de uno hace lo que jamás se atrevería a hacer solo. Unos a otros, a veces sin proponérselo, se excitan, se animan. Los malos instintos se contagian. Y luego, que nunca se sabe quién tiró el primer tiro o dio la primera puñalada.



Insignias de la época.

Veamos la condición de las víctimas. Excepto un abogado y dos coroneles, los demás son personas modestas. Felipe Buter, no mencionado por Rivera Indarte, es carrero. El portugués Juan Nóbrega, aunque tiene una pequeña fortuna, es un simple pulpero, con negocio en Chacabuco y Comercio. Hay otro portugués, Silva; y un vasco francés, Pedro Juan Varangot. Es curioso que varios de los asesinados vivían en Barracas, o, como Nóbrega, tengan corralón en ese barrio. La mayoría de estos hombres han estado presos y Rosas los ha indultado, dándoles la ciudad por cárcel. Nóbrega, según el historiador unitario

Carranza, se suscribió con una fuerte suma para la conspiración de Maza.

Importante deducción de todo esto: Rosas, ausente en Santos Lugares, no ha incitado a esos crímenes. Si hubiese querido eliminar a los unitarios habría señalado a los jefes. Tampoco puede querer asesinar a ciudadanos franceses en momentos en que, como veremos, tramita la paz con Francia. El cuida mucho de que se respete a los extranjeros. Según los mismos unitarios, ordenó fusilar a los soldados de Lavalle que cayeran presos, salvo a los ingleses y a los demás extranjeros. Una nota de uno de sus edecanes al coronel González, fechada en agosto, dice haberse prevenido al capitán Damián Varela que fusile a los soldados de cierta partida de Lavalle, "exceptuando sólo al inglés"; y a los demás les aplicará la misma pena, "excepto a los ingleses" y a "algunos otros extranjeros".

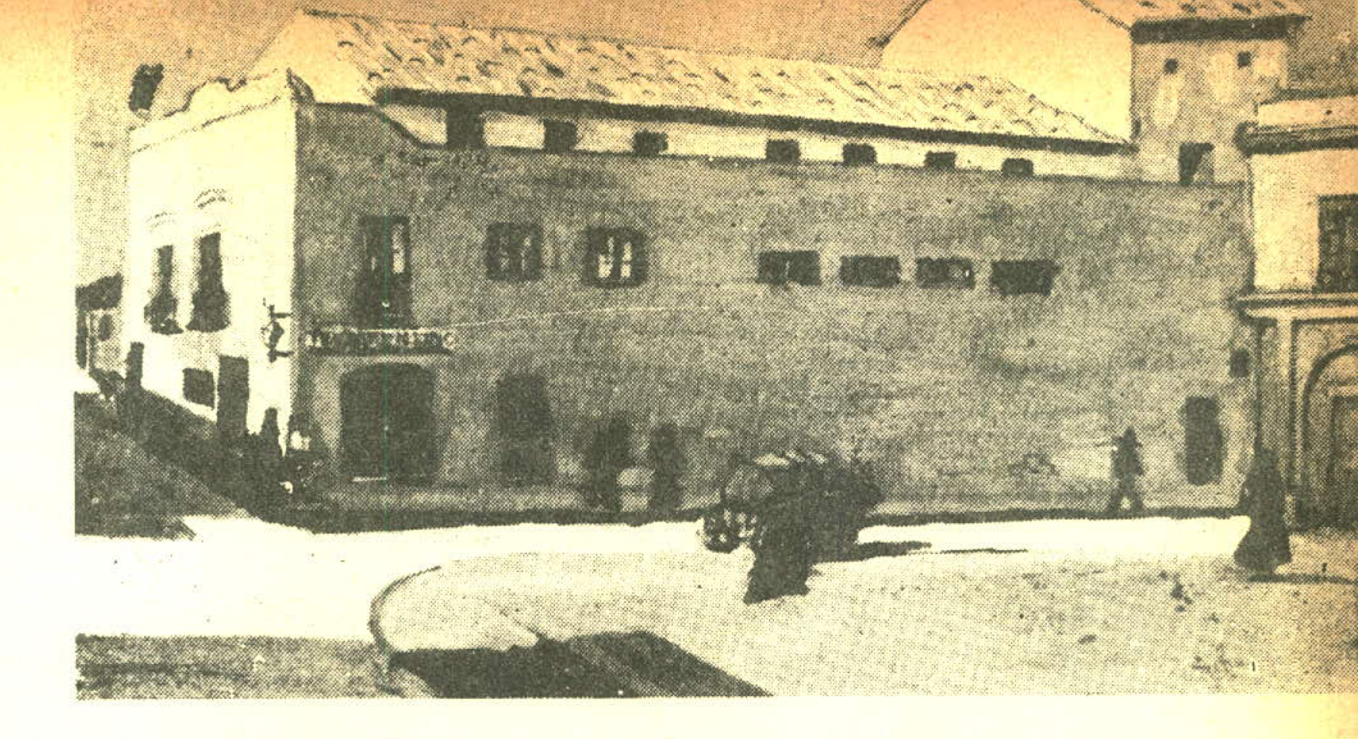
Ha habido también, como ocurre siempre en estos tiempos de convulsión en que los bajos instintos salen a la superficie, crímenes comunes, y, principalmente, venganzas personales, ajenas a la política. El mismo diario *El Nacional* dice que cierto colchonero español fue degollado porque tenía una mujer bella y era celoso de su honor".

Es ilustrativo el asesinato de Varangot. El 31 de agosto los franceses hacen la última entrega de dinero a la Comisión Argentina. Los emigrados en Montevideo no tienen allí bienes. ¿De dónde conseguir plata para Lavalle sino de Buenos Aires, de las propiedades de los unitarios, en primer lugar? Varangot, como apoderado de Agüero, jefe del partido, ha de haber reunido fondos, vendiendo o hipotecando los bienes de su poderdante. O habrá realizado gestiones en ese sentido. Esto explicaría el asesinato de este hombre, que ha tratado de ayudar a Lavalle.



La actitud de Rosas más bien resulta benévola a la luz de los documentos. Por esos mismos días, un tal Cándido Zamora es encarcelado por hablar contra la Federación y contra Rosas y haber dicho que era mejor nos gobernase un negro. Se le procesa y Rosas lo indulta, antes de que sea terminada su causa, con motivo de la paz con Francia. Forzoso es convenir que no tiene tan malos instintos quien indulta al que le ha injuriado.

También prueba la benevolencia y justicia de Rosas una carta del vicepresidente de la Sociedad Popular Restauradora, coronel don Julián González Salomón. Rosas le encargó vigilar ciertas casas de unitarios. "No sólo las he hecho observar con asiduidad —le dice— sino que yo, personalmente, las he vigilado y sea porque se han apercibido de ello a pesar de nuestra cautela, o por



Teatro "Coliseo Argentino" (Reconquista y Cangallo).

otras causas, créame V. E. que nada he podido sorprender, por cuya razón no he procedido contra ellos como era justo". Quiere decir, pues, que a nadie se molesta sin motivo, y que los secuaces de Rosas no son feroces.

Los dictadores y las masas

No es fácil castigar a las turbas, y en días de convulsión. Los gobernantes de la República Española –muchos de los cuales no pueden ser considerados como delincuentes– no castigan a los "rojos" que han asesinado a millares de personas; ni los desaprueban públicamente. En Montevideo, al saberse el asesinato del Presidente Flores, turbas de fieles suyos salen a la calle y matan a más de quinientas personas sin ser castigados. Benito Mussolini tampoco es demasiado severo con sus partidarios durante los primeros años del fascismo, que fueron de violenta guerra social; y así, cada vez que se ha atentado contra él, fieles suyos se han echado a las calles para golpear a los enemigos. Los asesinatos de octubre del 40, como los del 42, se parecen a los pogroms, en cuanto los gobiernos, aunque no han incitado a los fanáticos, tampoco los condenan. Estos movimientos populares raras veces son reprimidos –salvo que sean contra los gobiernos–, porque se teme causar demasiadas víctimas y perder la simpatía del pueblo o del propio partido. Para Rosas hubiera sido peligroso castigar a sus secuaces. Cometidos los delitos, vale decir, producido el des-

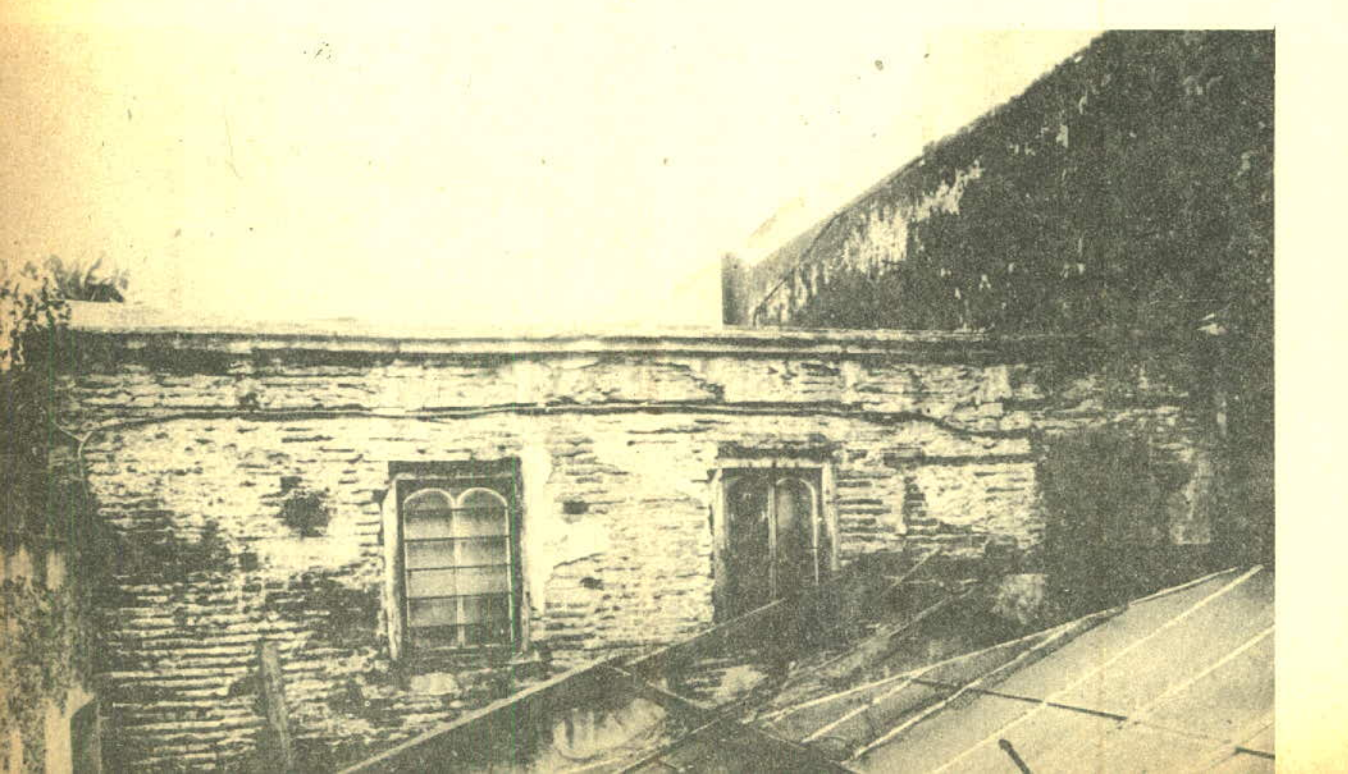
ahogo y pasada la crisis nerviosa y moral, él da este decreto para hacerlos cesar: "Cualquier individuo, sea de la condición que fuese, que atacase la persona o propiedad de argentino o extranjero, sin expresa orden escrita de autoridad competente, será tenido por perturbador del sosiego público y castigado como tal". Bastará la simple comprobación del crimen para que el delincuente sufra la pena discrecional que se le imponga. Y hasta las heridas, aunque sean leves, y el robo, se castigarán con la pena de muerte.

¿Son estos crímenes los que causan "el terror" del año 40? No cabe duda que han contribuido al favor general, pero no son su causa única. Crímenes cometidos en el arrabal lejano de Barracas, no pueden impresionar demasiado a los porteños del centro. Sé de personas que han vivido en esos días en la ciudad y no han tenido la menor noticia de los asesinatos. El verdadero terror, en la Buenos Aires de Rosas, lo produce el encarcelamiento de muchas personas y, sobre todo, las visitas domiciliarias de la Policía, en busca de las que deben ser prendidas.

Prisiones y allanamientos

¿Cuántos adversarios caen presos en julio, agosto, setiembre y principios de octubre de 1840? Existe una lista muy completa, de doscientos cincuenta y cuatro nombres: pero hay quienes están presos desde el año anterior o desde principios de este año

Casa que se mantenía en secreto y en la que se reunía Rosas con sus colaboradores, para decidir los fusilamientos.



40, sin contar los encarcelamientos en los diversos acantonamientos militares de la Provincia. Debajo de cada nombre, Rosas ha escrito la sentencia. Todos, menos dos o tres, quedan en libertad, con la ciudad por cárcel. Esto es muy significativo: demuestra que el deseo de Rosas es que esos hombres no salgan de la ciudad, que no vayan a aumentar el ejército de Lavalle o que no emigren a Montevideo. Estos hombres han estado presos muy poco tiempo. Pero el número, por tratarse de personas distinguidas, es tan considerable para la ciudad de sesenta y siete mil habitantes, y la captura se realiza con maneras tan brutales, que los adversarios de Rosas están aterrorizados. El francés Juan Lasserre, aquel periodista que dirigía en tiempos de Dorrego papeles unitarios y era amigo de los Varela, que ahora, por conveniencia, milita con Oribe y está en Buenos Aires después de muchos años en Montevideo, ha referido en una carta la visita que le hizo la Policía. En su condición de viejo periodista relata bien el suceso. La Policía va a su casa en busca de papeles. Le han interceptado cartas sospechosas, entre ellas algunas de Lamas, lo que prueba que el Gobierno tiene razón al hacerle esa visita. Lasserre vive en Barracas. Los gendarmes, entre "¡ vivas! " y "¡ mueras! " que aterrorizan a las mujeres y hacen llorar a los niños, rompen algún vidrio, arrojan muchas cosas al suelo, voltean los muebles y revisan todo. Lasserre habla de *escombros*, pero su exageración se revela en cómo le subleva el que le registren los papeles y las ropas de los armarios. ¿Acaso la Policía, en cualquier país del mundo, cuando entra en una casa a registrar deja de buscar papeles por todos los escondrijos? En todas partes, una visita policial de ese género asume caracteres brutales. Menos podía no tenerlos esa época de pasiones frenéticas y dada la poca cultura de los gendarmes.



Insignia de la policía.

Pero aun cuando Rosas hubiese recurrido calculadamente al terror, no por eso debemos condenarlo en absoluto. En nuestro país él no inventó el terror. Lo aconsejó Mariano Moreno, prócer de Mayo, y lo practicó. Lo practicaron Castelli, Rivadavia y Lavalle. En otros pueblos, aun en los más civilizados, sea como represión vengativa o para imponer el orden destruido, se ha recurrido al terror. Y no al terrorcito que se atribuye a Rosas, que sólo causa veinte o treinta víctimas, sino al espantoso terror de millares de víctimas. Ese terror lo aplicaron Thiers en París, haciendo perecer a veinticinco mil seres humanos; los gobiernos de la España republicana, desde 1936 hasta 1939; el gobierno español del general Franco; los húngaros, que después del terror rojo de Bela Kun, establecieron el terror blanco. ¿Y para qué hablar del pavoroso y constante terror ruso, que ha costado la vida a



millones de desgraciados? El terror es, a veces, necesario para salvar la independencia o la sociedad. Kemal Ataturk debió aplicarlo para salvar a Turquía de las garras de Francia e Inglaterra. Y si acaso Rosas ha recurrido a tan odioso procedimiento, es porque lo necesita para salvar la independencia de la Patria. Llena la ciudad de espías y derrotistas, amenazado por una *quinta columna* numerosa, decidida y adinerada, con el ejército de Lavalle intacto y la escuadra francesa enfrente de la ciudad, la independencia argentina correrá el más serio peligro si no se amedrenta, a esa "quinta columna", que manda, sin cesar hombres y dinero a los adversarios que se aliaron al extranjero agresor.

Correspondencia entre Mandeville y Rosas

El 9 de octubre el ministro inglés le ha escrito a Rosas. Refiérele Mandeville que un grupo de gente ha apedreado varias casas próximas a la suya y pretendido echar abajo las puertas; y le pide adoptar las disposiciones necesarias para que tales escenas no se reproduzcan. Llévanle en seguida la carta a Rosas, que contesta desde Morón, al otro día.

Don Juan Manuel le dice que ya tiene dadas órdenes desde días atrás para que se vigile su casa. Le pide escucharle con indulgencia, "atendiendo a las circunstancias extraordinarias en que han colocado a este desgraciado país las crueldades de sus bárbaros enemigos". Le ruego no mirar las cosas "como en épocas tranquilas y serenas". No debe asombrarse que "hombres desenfrenados" persigan a "sus feroces enemigos unitarios". Le recuerda que, por la casa de cierto inglés que vive cerca del Ministro, algunos unitarios fugaron. Le pregunta cómo le correspondieron los unitarios que fueron indultados a su pedido. Que se ponga la mano en el corazón y decida si algunos hombres que viven cerca de su casa pueden o no estar expuestos a ser atropellados, "después de la invasión y guerra salvaje que han traído y a que han obligado a los federales". No es que él quiera abogar por el desorden y fomentar esos grupos. Son reflexiones que le hace al Ministro para que no lo crea "con poder suficiente a reparar hoy esas desgracias". Los que imaginan que él tiene ese poder "no conocen el país ni sus hombres, ni alcanzan las consecuencias terribles de la guerra actual". Si se tomaran disposiciones contra esos grupos se causaría "una mayor irritación" y se inutilizaría "el prestigio de la única garantía de orden que puede haber para su tiempo. El resultado sería la inseguridad de vidas y bienes para todos, inclusive los de federales y los extranjeros.



Costumbre porteña de la época. Paseo a caballo por los campos de San Isidro.

Rosas considera que, por el momento, hay peligro. Le reprocha al Ministro salir de noche con un solo criado. "A mi propia hija –le confía– he ordenado que de ningún modo esté en su quinta después de ponerse el sol". Teme que amanezca degollada. Y escribe estas terribles palabras, que revelan su resolución de luchar hasta la muerte para salvar la independencia de la patria: "la guerra se prepara sin padre para hijo ni hijo para padre. Yo mismo clavaría el puñal en el corazón de mi hija si la viera hoy con cobardía para defender el juramento santo de la libertad: y si esto sigue, se han de ver en el país arroyos de sangre, entre los escombros de su libertad. El honor, Exmo. señor, de los pueblos, sabe V. E. que consiste en saber salvar a toda costa su independencia, su elevación nacional y su libertad".

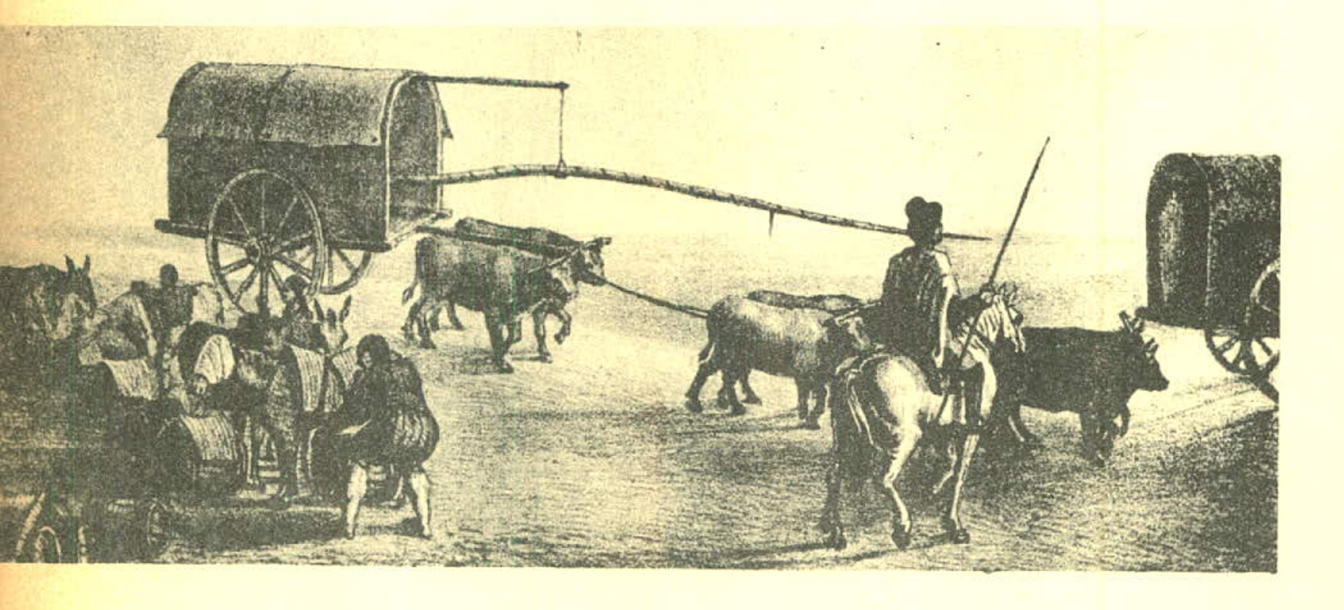
Decreto de confiscación

Si los encarcelamientos le dan hombres para la guerra, las confiscaciones le van a dar dinero. ¡Pensar que él mismo, en 1835, las ha suprimido! Hasta entonces no intentó restablecerlas. El año anterior, a propósito del deseo de Pacheco de comprar dos mil vaquillonas a la mujer de un enemigo, le escribe a don Justo Villegas: que no hay inconveniente,, pues no está en la conciencia ni en los principios del gobierno "llevar nuestras desgracias domésticas hasta la confiscación de los bienes". Pero los unitarios, después de haber dejado al país sin recursos mediante el bloqueo francés, ahora han empezado a formar ejércitos con el

dinero que sacan de la Provincia o que, a cambio de los productos de sus estancias, toman de los agiotistas de Montevideo. Nadie respeta como él la propiedad ajena; pero considera miserable que con los recursos de la Provincia se conspire contra su independencia. Y el 16 de setiembre, el gobernador delegado, con autorización de Rosas, establece las confiscaciones.

Mucho se ha atacado al Restaurador por este decreto. Olvidan sus enemigos que eso está dentro de las costumbres y del espíritu de la época. Es una forma de la guerra a muerte, que, aún un siglo después, se practica en Europa. En Italia, en Alemania, en Rusia, en España, se han confiscado los bienes de los enemigos y en Francia los de la Iglesia. Entre nosotros, confiscaron: la Primera Junta, en 1810; los revolucionarios vencedores, en 1815; algunos de los que gobernaron efímeramente en 1820; el general Lamadrid, en La Rioja y en Mendoza; el general Paz y sus procónsules, en diversas provincias. En Montevideo, más tarde los enemigos de Rosas arramblarán con todo. El argentino Nicolás Calvo le escribirá a su hermano don Carlos, el ilustre internacionalista: "a lo menos Rosas había devuelto las propiedades o sus valores depositados en el Banco, y yo hasta ahora había visto ni medio de todo mi almacén de drogas y medicinas". Y los vencedores de Caseros confiscaron los bienes de Rosas y aun los de personas de su familia. Y si se han confiscado con frecuencia los inmuebles, puede afirmarse que los bienes muebles lo fueron siempre por todos los gobiernos revolucionarios.

Debe decirse que los federales han empujado a Rosas a dictar



Tráfico de carretas entre Buenos Aires y Mendoza.



"Camino del reñidero". Oleo en el Museo Nacional de Buenos Aires.

este decreto. El 14 de abril, en la Sala, el diputado Lorenzo Torres dice que se debe "declarar fuera de la ley a todo el que sea unitario"; que sus fortunas deben ser las primeras que hagan frente a las necesidades de la guerra; que, antes que los federales concurran con sus bienes, "es preciso que queden en cueros los salvajes unitarios, porque ésta es la suerte que nos espera si se cambiase la pelota"; y que "sería imbecilidad no admitir el ejemplo" que les dan en Entre Ríos sus enemigos, donde están robando a los federales.

Rosas no confisca las casas ni las estancias: las embarga. Sólo confisca sus rentas o sus productos. Pero embarga en gran escala, aunque administra las propiedades embargadas con puntual honradez. Da instrucciones minuciosísimas de cómo han de venderse los productos de las estancias, de cómo ha de llevarse cuenta de todo, hasta de los nombres de los compradores; y cuando algún producto está por echarse a perder, como sucede en Navarro con ciertas cantidades de maíz almacenadas, él indica lo que ha de hacerse para que no se piquen y se agorgojen.

Cuida como suyas las propiedades embargadas, pero, naturalmente, muchas de ellas se arruinan, a veces por culpa de los representantes del Gobierno. Con todo, puede afirmarse que el Restaurador, al embargar las estancias de sus enemigos, les hace un servicio. No embargadas, ellos habrían tenido que venderlas para la guerra. Padecerán unos años, es cierto, pero al terminarse las guerras promovidas por Lavalle y por la Coalición del Norte, cuando Rosas comienza a autorizar los desembargos, se encontrarán con sus propiedades intactas.



¿Cuántas son las propiedades embargadas y cuánto llegan a producir al Estado? En la ciudad, sólo se embargan ciento y una casas. Las estancias y chacras deben ser algo más de quinientas. Los bienes vendidos y los alquileres llegan a producir cerca de tres millones y setecientos mil pesos. Dalmacio Vélez Sarsfield, el futuro autor de nuestro Código Civil, dirá en 1857 que las confiscaciones comprendieron los dos tercios de la propiedad privada. Acaso exagera para hacerse perdonar su rosismo.

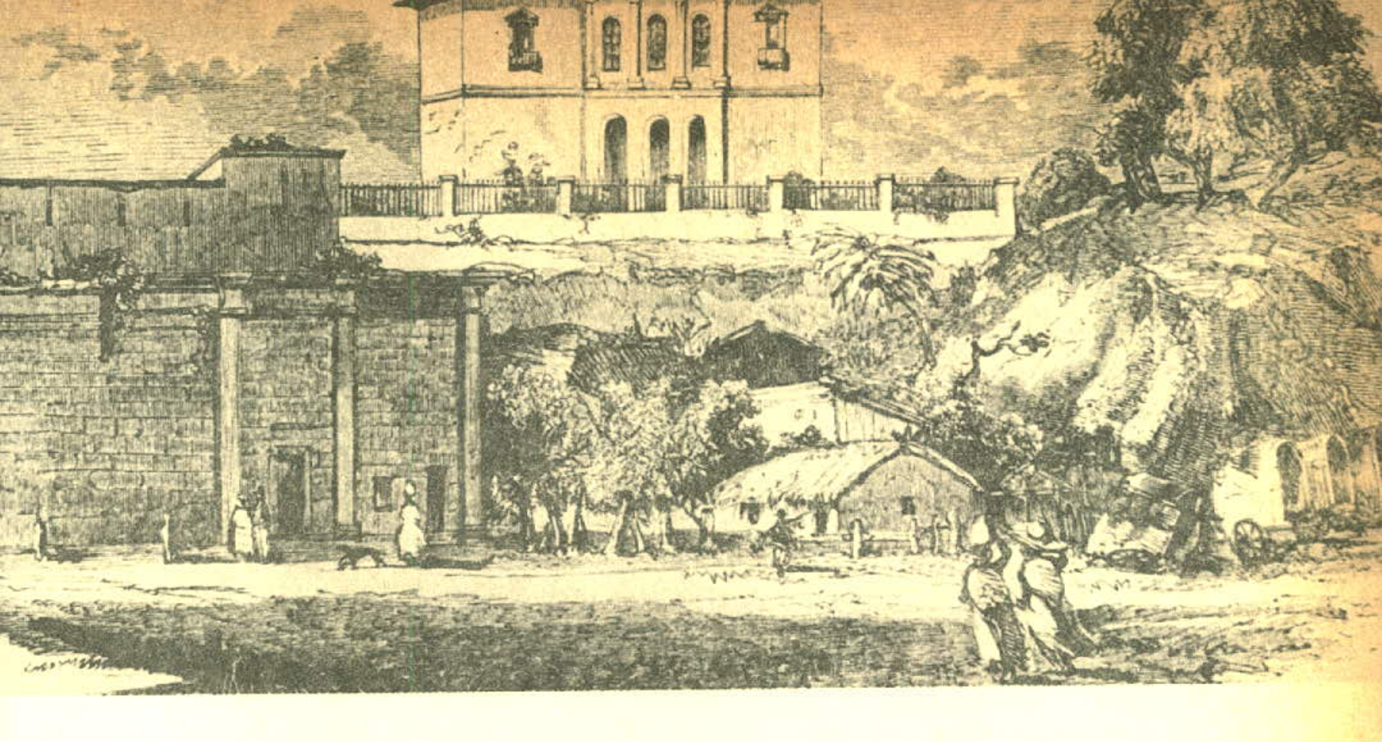
El decreto de Rosas, aunque haya perjudicado a muchos y se haya realizado con algunas injusticias e imperfecciones, ha tenido una máxima virtud: permitir al Gobierno luchar contra el extranjero y contra los malos argentinos que se le han aliado.

Convención Arana-Mackau

Mientras estas cosas ocurren en Buenos Aires, llega a Montevideo, el 2 de setiembre, el contraalmirante francés Angel René Armando de Mackau, barón de Mackau. Trae instrucciones de Thiers, en las que habla de los "auxiliares" que ha tenido Francia en el Plata. Así también los califica Mackau, en su conferencia con Andrés Lamas: "La Francia no ha reconocido como aliados suyos ni a la República Oriental ni a las tropas que están a las órdenes del general Lavalle; ha visto sólo en ellas *auxiliares* que la casualidad le había proporcionado". A pesar de que el 17 de junio Thiers ha declarado que Francia no devolverá Martín García, ahora envía a Mackau para hacer una paz que incluya esa devolución. ¿Qué ha pasado? Que Inglaterra acaba de firmar, el 15 de julio, un tratado con Rusia, Austria y Prusia. Francia ha sentido el drama de su aislamiento sin más compañía que la de Egipto, y, temerosa de una guerra con esas cuatro potencias, quiere evitar todo peligro.

Cuatro días antes de la llegada de Mackau, Rosas le escribe a Arana, gobernador delegado. Le recuerda su disposición de transar honrosamente para ambas naciones. Pero en caso de no ser posible un arreglo, debemos estar "resueltos a defender nuestra soberanía y honor, pereciendo antes mil veces que ser esclavos y consintiendo primero marchar por entre los gloriosos escombros d la más tremenda desolución y ruina, antes que pasar por una vergonzosa, humillante esclavitud". Dichas por él, estas palabras no son vanas.

Indignación de los unitarios contra Mackau. Insultan, gritan, intrigan. Le hacen creer al almirante que en Buenos Aires ha sido



Vista de una casa sobre el río.

"asesinado por los argentinos el inglés Cook". Mackau se lo comunica al ministro Mandeville, que interviene en el acercamiento de las dos partes. Y Mandeville, después de enterarse, le contesta que "el portugués que asesinó a Cook será fusilado". *El Nacional* califica de "horrible y traidora" la convención que se tramita. Dice que ellos vencerán solos a Rosas, ante quien "se ha puesto de rodillas el señor Almirante". Y hasta habla de "la imbecilidad del negociador francés".

La convención que se firma el 29 de octubre, al día siguiente de haber caído Thiers y sido reemplazado por Guizot, establece: el reconocimiento por el Gobierno argentino –observemos la redacción tan favorable a Rosas– de las indemnizaciones a los franceses "que han experimentado pérdidas o sufrido perjuicio"; el levantamiento del bloqueo y la entrega de Martín García, tal como estaba en 1838; el retorno de los proscriptos, inclusive los combatientes, siempre que se entreguen dentro de ocho días y excepto los generales y jefes de cuerpo, los cuales podrán volver si se hacen "dignos de la clemencia e indulgencia" del gobierno de Buenos Aires; el respeto a la independencia del Uruguay; y el trato a los franceses, mientras se gestiona un convenio de comercio y navegación, igual que a los súbditos de las otras naciones, aun de las más favorecidas.

Mackau se despide entre las aclamaciones del pueblo. Al llegar a Montevideo el barco que lo conduce, sube a bordo un representante del Gobierno. Mackau aprovecha para intentar un acercamiento entre ambas repúblicas, pero el ministro oriental sólo

contesta agradeciendo. ¡No quieren, pues la paz! Sin embargo, pronto veremos a Thiers, ahora en la oposición, cacarear que es Rosas quien quiere la guerra a todo trance.

¡Triunfo inmenso el del Restaurador! Amigos y enemigos lo reconocen. Y no se ha contradicho, como afirman mentirosamente los unitarios y algunos historiadores. El siempre dijo que no podía tratar con Roger, que carecía de representación diplomática. No trató con Buchet de Martigny, que tenía exigencias intolerables. Rosas no se ha opuesto a conceder a los franceses una situación como la de los súbditos de Su Majestad Británica; pero no ha querido que eso nos fuera impuesto por un empleadillo del consulado, ni menos por la violencia. La actitud de Juan Manuel de Rosas ha significado esto: la defensa de la dignidad nacional, tanto como de la integridad y de la independencia de la patria. Rosas ha luchado contra el brutal imperialismo europeo y ha obtenido un triunfo increíble tratándose de una insignificante nación sudamericana, un triunfo como ningún otro pueblo de la América española tendrá jamás, salvo el nuestro, pocos años más tarde, y por obra del propio Rosas[4].

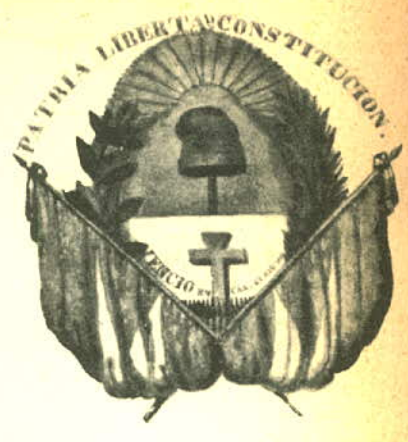
Rosas, figura americana

Entusiasmo en Buenos Aires. Homenajes a don Juan Manuel. La Legislatura le nombra *Gran Mariscal*, para lo cual crea el cargo con título de *excelencia*, un sueldo de seis mil pesos anuales,



Rosas a caballo.

una escolta de treinta hombres y dos ayudantes y un oficial. Otros proyectos, que no fueron votados, han propuesto, entre ellos: que octubre sea "el mes de Rosas"; que él y sus descendientes no paguen jamás impuestos; que en el terreno en que está su casa se edifique un palacio y en el frontispicio, en mármol, se grabe la ley; que le otorguen los títulos de Héroe del Desierto y Defensor heroico de la Independencia americana; y que sus hijos Manuelita y Juan sean nombrados coroneles del Ejército. El, que el 19 de octubre ha pedido termine el luto por Encarnación, y que jamás, fiel a sus principios democráticos, aceptó título alguno, salvo el de *Restaurador* de las leyes, pide se le exima de los demás y no se nombre coroneles a sus hijos. La Sala, además del mariscalato, vota un "monumento de Gloria"; un libro excepcionalmente lujoso, que contendrá todo lo relativo a la cuestión francesa y a la guerra con Bolivia. Los jueces de paz de la ciudad y de la campaña piden a la Sala que decrete fiesta cívica el día del nacimiento de Rosas. El ruega archivar esas solicitudes. Y vuelve la lluvia de felicitaciones y adhesiones.



Escudo.

Entre las fiestas, debe recordarse la de San Martín de Tours, patrono de la ciudad, el 11 de noviembre, que ese año celébrase con mayor esplendor que nunca. Al tedéum asiste Arana en representación de Rosas. Conviene recordar todo esto, porque los unitarios, muy pocas semanas atrás, inventaron un decreto de Rosas en virtud del cual desposeía de su patronazgo a San Martín de Tours, por ser francés[5].

Ha retornado la paz a los espíritus. Rosas ha fusilado a alguno de los instigadores de los sucesos de octubre. Pero nadie ha mostrado mejor la nueva situación que Lasserre. Le cuenta a Lamas: "Se levantó el bloqueo, se abrió el puerto. La posición de todo el mundo cambió en Buenos Aires, aun la de los llamados unitarios. Algunos volvieron y gozaron de alguna libertad". Hay tanto contento que la gente da dinero espontáneamente para perseguir a Lavalle: una persona, ochenta mil pesos; otra, cincuenta mil. Rosas pone en libertad a todos los prisioneros.

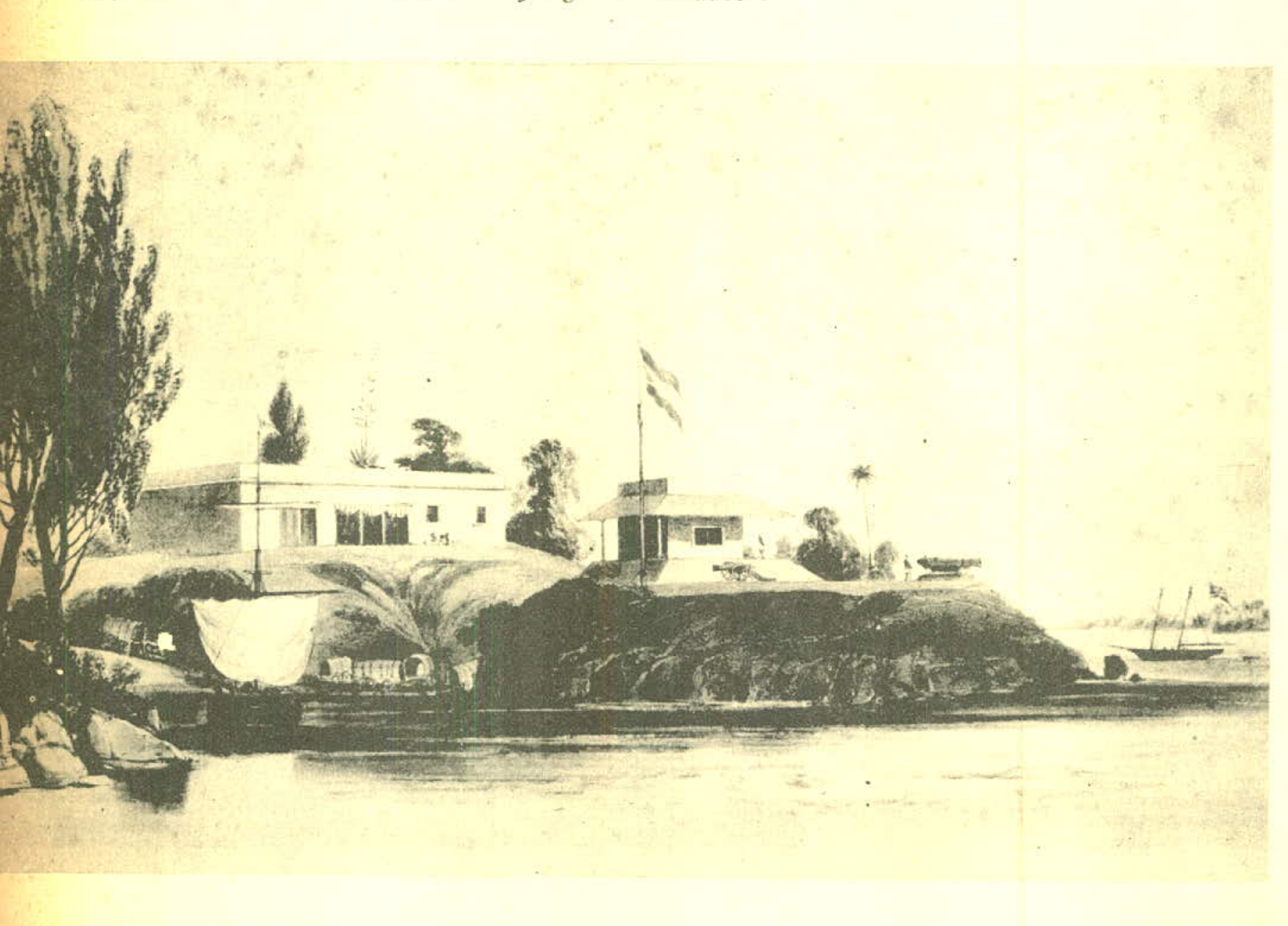
Algunos sucesos perturban a don Juan Manuel: las revoluciones en Córdoba y San Luis, que han triunfado; la noticia de que Paz tiene ya un buen ejército en Corrientes; la entrada de Lavalle en Santa Fe, donde ha vencido al general uruguayo Eugenio Garzón. Pero pronto terminan las incertidumbres de la guerra. El 28 de noviembre ha sido aniquilado el ejército de Lavalle por las tropas federales que mandan Oribe y Pacheco, en la batalla del Quebracho Herrado. Esta batalla resuelve la situación de algunas provincias y prepara la derrota de la Coalición del Norte.

Por esos días, Rosas comunica a la Sala que se han vencido

los seis meses por los cuales aceptó seguir en el cargo de gobernador. No lo ha hecho antes por haber estado al frente del ejército contra Lavalle. Pide se nombre la persona que haya de sucederle. Pero la Sala insiste y él resuelve continuar por otros seis meses.

El triunfo de Rosas se difunde por América y Europa. El haber vencido a la diplomacia francesa le convierte en gran figura americana. En Europa los mismos franceses propagarán su triunfo. La partida de Montevideo del señor Martigny, que no quiere ir a Buenos Aires como cónsul para sancionar la ignominia del tratado, es un reconocimiento de la victoria de don Juan Manuel. Pero nada tan convincente como una carta que uno de los jefes de la armada francesa, E. Bolley, escribirá algunos meses después a Manuelita, al partir el barco que él manda, la *Atalante:* "Ya mi patria, abjurando los antiguos errores, acaba de tributar un brillante homenaje al carácter de vuestro ilustre padre y se han reducido a su justo valor todas esas calumnias publicadas por algunos locos y algunos malvados".

Casa de Gobierno y Capitanía del puesto de Corrientes.



NOTAS AL CAPITULO

[1] Don Cristóbal es un arroyo en las inmediaciones del Diamante, por Entre Ríos. Allí, el general Pascual Echagüe cortó el avance de Lavalle, obligándolo a presentar combate. No hubo resultado preciso, o por lo menos el unitario fue incapaz de sacar partido a su ventaja; la caballería federal quedó desbandada, pero no la infantería y los cañones.

Juan Lavalle —el nombre suena hermoso— venía de acumular antecedentes a su campaña "libertadora". El 8 de noviembre del año anterior había recibido carta de Martigny: "Usted sabe que nosotros no queremos otra cosa que ser sus aliados". Buena la gente. "Me parece propio preguntarle a usted de antemano sobre el mejor uso que podríamos hacer de nuestras tropas; si deberán ayudar al general Rivera, o pasar inmediatamente a Entre Ríos para obrar de acuerdo con ustedes, o tomar posesión de la ciudad de Buenos Aires o de algún punto de su campaña". Linda consulta que le hace decir a Lavalle el 8 de enero del 40 al comandante Bouchard, capitán de la "Vigilant", uno de los barcos franceses que lo cruzara a Entre Ríos: "La llegada del nuevo almirante creo que apresura nuestras operaciones, pues los buques que traen deben sernos muy útiles. No dudo que este señor vendrá dispuesto con este ejército, y que una de sus primeras medidas será ocupar el Paraná, destruyendo la defensa del Rosario". Dos meses luego las baterías del Rosario, defensa contra el ataque gringo en el Paraná, fueron bombardeadas por 6 naves francesas y destruídas.

Al mes siguiente, abril, el general José María Paz huía de Buenos Aires embarcándose en uno de los navíos bloqueadores, la fragata "Alcmene", en la cual cruzó a la Banda Oriental. Desertaba así a la palabra empeñada de no tomar las armas contra la Confederación Argentina. Después de la batalla de Yungay, Rosas había promulgado una amnistía que alcanzó a Paz con dos buenas ventajas: quedar en libertad dentro de la ciudad de Buenos Aires, y ser reinscripto en la Plana Mayor del Ejército, cobrando todos los sueldos de general hasta la fecha. Don José María agradeció por escrito al Restaurador; éste no había querido recibirlo.

La voltereta de Lamadrid, según nos cuenta Gálvez, da otro apretón a la tuerca por el norte. Se había marchado hacia allá cantando vidalitas patrióticas:

Perros unitarios
nada han respetado
a inmundos franceses
ellos se han aliado.

El 13 de marzo estaba en Tucumán, reclamando las armas acumuladas durante la guerra con Bolivia. La Legislatura se negó a entregarlas. El 7 de abril Lamadrid reunió a la gente en la plaza, explicó a qué venía y se fue a su casa. El coronel unitario Acha se apoderó del parque y quiso detenerlo. No había porqué. Don Gregorio Aráoz se quitó el cintillo federal, enmudeció las vidalitas alusivas y se pasó de bando. Otra vez. Marco Avellaneda, un abogado catamarqueño de 26 años, es el alma de la coalición norteña que separa esas provincias de la Confederación, en momentos tan difíciles para la República. Buen trabajo de la Comisión Argentina. A principios del año anterior, Juan Bautista Alberdi escribía a sus amigos tucumanos, incitándolos a retirar el manejo de las relaciones exteriores a don Juan Manuel: "Ustedes no tienen que prestar más que la colaboración moral" les decía, porque a nosotros nos sobra de todo, "plata, hombres, buques, cañones". Vituallas franceses, que le dicen. Era para salvar la vida, el suelo y el honor, porque "la Francia por hoy no nos pide nada de eso". Mañana, Dios dirá.

Esto pensaban y hacían algunos argentinos. En otras partes del mundo se comentaban así los sucesos: "El ilustre general Rosas, al frente de aquella independiente y valerosa República, no quiso acceder a las pretensiones francesas, insistiendo en que se retirasen, dando satisfacción al ultrajado amor propio nacional", palabras de "El Nacional" que se edita en Portugal con fecha 10 de febrero de 1840. "El noticiero de ambos mundos" de Nueva York, opinaba: "Mengua eterna a los seres degradados que no sacrifican sus pequeñas rencillas a los clamores de la Patria; en medio de tanta degradación hemos visto brillar a un héroe, este héroe es el Presidente de Buenos Aires, general Rosas. . . él es un patriota, tiene firmeza, tiene coraje, tiene carácter y no permite la humillación de su patria". Otro diario neoyorquino, el "Journal of Commerce", sostenía que el ultimátum francés en el Plata era "absolutamente inadmisible", y que la respuesta argentina tenía el carácter de un "documento diplomático descollante". El diputado Moctezuma exponía en el Congreso de Río de Janeiro: "El bloqueo de Buenos Aires es un asunto importantísimo para el Brasil; es digno de la admiración del mundo ver a un hombre, Jefe de una nación, defenderse valiente y denodado, contra el poder de una nación que ha venido a América a insultar a los americanos". El 30 de enero, "La Liga Americana" publicaba en Río: "Rosas no hace más que defenderse de una injusta invasión, reconocida como tal por todas las demás naciones, menos por los partidarios de Luis Felipe". Nada menos que el "Morning Chronicle" de Londres, afirmaba: "Francia no tiene justicia. La conducta del gobierno francés ha sido total-

mente contraria a cualquier principio de justicia, que debieran practicar un gobierno independiente frente a otro Estado". Y en la Cámara de los Comunes se alzaba la voz de lord Sandon. En 1821 el gobierno francés realizó negociaciones con el fin de establecer una dinastía borbónica en la Argentina, de ahí que sea tan sólo tendiente a lavar agravios, que Francia intervenga hoy en el Río de la Plata". No era la única voz; el diputado inglés Lushington denunció como "totalmente injustificadas" las reclamaciones de Luis Felipe, "pretensiones —dijo— que jamás se habrían sostenido contra un país más poderoso en la defensa".

De todos modos no hay cuidado. La defensa es poderosa.

[2] El Cabildo de Buenos Aires, sabedor de una ley votada el 10 de enero de 1812 en las Cortes de Cádiz, por la cual manumitía a todo esclavo que pisara territorio español, se dirigió al Triunvirato solicitando igual disposición. La Asamblea del año 13 la promulgaba el 2 de febrero, agregando la libertad de vientres. Pero no mucho después, y ante reclamaciones del Brasil por la fuga de sus esclavos a suelo argentino buscando libertad, la Asamblea dispuso el 21 de enero de 1814 limitar la mencionada ley, aclarando que la manumición sólo alcanzaba a "aquéllos que fueran introducidos por vía de comercio". La compra y venta de esclavos, nacidos o llegados antes del año 13, continuó en nuestro país hasta la ley votada por Rosas el 16 de mayo de 1840.

[3] Bandeado en deserciones y desengaños, Lavalle marcha hacia el norte.

Atrás quedan muchas cosas. Por ejemplo, el pacto firmado entre los amigos de la "Comisión Argentina" en Montevideo, Valentín Alsina, Segundo de Agüero, Florencio Varela, Juan José Cernadas, Ireneo Portela y Gregorio Gómez, con monsieur Bouchet de Martigny, comprometiéndose, en cuantito Lavalle tomara Buenos Aires, a reconocer las "crueldades contra los ciudadanos franceses" bajo el yugo de Rosas, procediendo a "hacer justicia a la nación francesa y acceder a sus justas reclamaciones"; trato de nación más favorecida —a punta de cañones— e indemnización por "las inicuas medidas del tirano". Esto se firmó el 22 de junio, previo sacarle al francés cien mil pesos fuertes el día 7.

En dicho documento se explicitaba la "alianza de hecho entre los jefes de las fuerzas francesas y los agentes de S.M. por una parte, y las provincias y ciudadanos argentinos armados contra el actual gobierno de Buenos Aires, por otra", considerando que "esta alianza se hizo más estrecha desde que el señor general Lavalle, en julio de 1839, se puso de acuerdo con dichos jefes y agentes (se refiere a los de S.M. Luis Felipe), para organizar en la isla Martín García la primera fuerza argentina destinada a obrar contra el gobierno de Buenos Aires".

Quedaron atrás los barcos franceses que a las órdenes del comandante Penaud, desembarcaron el 5 de agosto en San Pedro, a Lavalle y sus efectivos, que si "no tenían disciplina ni organización, abundaban en armas y municiones suministradas por la escuadra francesa, sin excluir el dinero", como dice el general Paz en sus Memorias.

También queda sobre el hombro el desencanto unitario por las palabras del barón de Mackau a Rivera, en Montevideo: "Francia no ha considerado como aliados suyos, ni a la República Oriental ni a las tropas que están bajo las órdenes del general Lavalle; tan sólo ha visto en ellas auxiliares traídos por acontecimientos fortuitos". No se sabe a quién creer.

Lavalle toma en su retirada la ciudad de Santa Fe, a comienzos de la primavera, peleando y a saco. El general Iriarte —ni un pelo federal tiene el hombre— cuenta la belleza: "Era tal la afluencia de soldados que robaban las casas forzando las puertas, que las calles parecían inundadas; el número de ebrios era inmenso. . . algunos borrachos habían entrado en el convento de la Merced, donde se hallaban asiladas las familias, y trataban de violar algunas jóvenes".

Después continuó para Córdoba.

El general Oribe venía siguiéndole el rastro sin resuello. Treinta leguas en dos días. Apenas cruzada la frontera provincial, sobre Quebracho Herrado, lo alcanza. Madrugada del 28 de noviembre. Cuatro horas de pelea. Hasta a cuchillo. Los unitarios dejan pilas de bajas —unas 1.400—, toda su artillería, munición, armamento y 600 prisioneros. El resto embica hacia la ciudad de Córdoba, buscando a Lamadrid.

Penosamente dos emisarios distintos ubican el paradero de Lavalle, en Ranchos, a primeros días de diciembre. Son el general Mansilla y el capitán Edourd Halley, francés. Como resultado de la Convención firmada con Francia traen propuestas para el general rebelde: el primero le ofrece en nombre de Rosas garantías personales, en caso de abandonar la lucha, el reconocimiento del generalato y un cargo diplomático en el exterior, si no quiere permanecer en la República. Sus bienes particulares seguirán confiscados de acuerdo a la ley del 16 de setiembre. Lavalle se niega a recibirlo. El segundo trae proposiciones de Francia, asilo en aquel país para el general y su tropa, 100.000 francos para cubrir los primeros gastos, y otro tanto para los sobrevivientes del ejército. Lavalle agradece el ofrecimiento, sin aceptarlo, encomendándole la protección de su mujer y sus hijos, en caso de morir en la lucha que está decidido a continuar.

Empecinamiento al bardo; Lavalle va hacia un remate de tragedia griega.

[4] El convenio se firma entre el Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, dr. Felipe Arana, y el Representante Plenipotenciario de S.M. Luis Felipe, almirante René Raymond, barón de Mackau. Es un acuerdo entre dos naciones soberanas, y por medio de representantes oficiales.

El pago de indemnizaciones a súbditos franceses —nunca negadas por el Gobierno argentino— se hará por negociaciones posteriores, y no establecidas a dedo y artillería. Esto le pareció inaudito al distinguido Florencio Varela; Francia no obtuvo ni siquiera el reconocimiento de cantidades establecidas, ni el nombre de los súbditos que las perciban, ni manera de pago, dijo en Montevideo.

En el artículo 6º Francia reconoce que en caso de otorgarse, por parte del gobierno de la Confederación Argentina "especiales goces

civiles o militares" a otras naciones, tales ventajas "no serán extensivas a los ciudadanos franceses residentes en territorio argentino, ni podrán ser reclamados por ellos".

La bandera argentina fue izada a bordo de la nave "Alcémene", y saludada con 21 cañonazos por el resto de la escuadra francesa del almirante Mackau. La salva fue respondida desde el Fuerte, y en el campamento militar de los Santos Lugares era enarbolado el pabellón de Francia. Tres días duraron los festejos populares en Buenos Aires por la victoria argentina.

El 31 de octubre Rosas ha firmado el decreto que paró los desórdenes: "Cualquier individuo, sea de la condición que fuese, que atacase la persona o propiedad de argentinos o extranjeros, sin expresa orden escrita de autoridad competente, será tenido por perturbador del sosiego público y castigado como tal". Robar o herir, aun levemente, es causa de fusilamiento.

Pobre de toda solemnidad ha comenzado a funcionar en Chile otra "Comisión Argentina". Allí no hay escuadra gringa que arrime plata. La integran el general Las Heras, Joaquín Godoy, Gregorio Gómez, Martín Zapata, Domingo de Oro, Luis Calle y Domingo F. Sarmiento, unidos contra el gobierno de Rosas. Hombre lleno de "redepentes" este don omingo Faustino. El 27 de junio del año pasado ha escrito en "El Zonda", periódico unitario sanjuanino, palabras que abjurará en "Facundo": "El gobierno de la Confederación Argentina, rechaza con dignidad y constancia los ataques que al honor de la República, le dirige la insolencia altanera de un poder europeo".

[5] El decreto fraguado por unitarios al que hace referencia Gálvez, tiene fecha 21 de julio del año 39, y dice así: "Considerando el Gobierno: 1º) Que este pueblo, puesto desde su fundación bajo la protección del francés San Martín, Obispo de Tours, no ha podido lograr hasta el presente verse libre de las fiebres periódicas escarlatinas, ni de las continuas secas y epidemias. . . ni de las crecientes extraordinarias de nuestro río que destruyen anualmente multitud de obras. . . y que aún la viruela ha venido últimamente a desaparecer con el solo descubrimiento de la vacuna, sin que el patrón por su parte haya hecho jamás diligencia alguna eficaz y sensible para librarnos de esta calamidad. 2º) Que para las invasiones de nuestros indios fronterizos y guerras civiles y extranjeras. . . hemos tenido que ocurrir en las primeras a nuestra virgen del Luján, y en las segundas a la Virgen del Rosario y de Mercedes y Santa Clara virgen también, con cuyo único auxilio hemos triunfado, mientras que nuestro patrón francés se ha estado tranquilo en el cielo, sin prestarnos el menor patrocinio, como era su deber. 3º) Que abandonados hoy por él, cuando nos vemos atacados por enemigos exteriores y poderosos, en que parecía más propia su protección, como militar, y que prescindiese de toda afección de paisanaje, ha descuidado hacerlo con una parcialidad reconocida y ha sido preciso que San Ignacio de Loyola. . . haya salido en nuestra defensa. . . facilitándonos en sociedad con la Virgen del Rosario la destrucción de un ejército inglés en julio de 1807, y varando los buques franceses del injusto bloqueo que estamos sufriendo.

4°) Que es un deber del Gobierno con la suma y omnipotencia del poder público que inviste... restaurar todas las cosas sagradas y profanas, civiles y religiosas en beneficio del pueblo, purificando la administración de los malos servidores extranjeros unitarios, vivos o difuntos, y premiando los buenos oficios de los buenos servidores a la causa santa y nacional de la confederación. 5°) Que los que ha prestado en este orden el año pasado... el célebre militar español San Ignacio de Loyola, son tanto más meritorios cuanto han sido voluntarios... y cuya calidad concurre con el Patrón extranjero que hemos tenido.

Por todas estas consideraciones ha acordado y decreta: Art. 1° Habiendo perdido la confianza del pueblo y del Gobierno, el francés unitario que ha sido hasta hoy patrón de esta ciudad, San Martín, Obispo de Tours, olvidándonos al presente por sus paisanos... queda separado para siempre de su empleo de patrono de Buenos Aires, por convenir así a la seguridad pública. Art. 2° Atendida la antigüedad de sus servicios, se le acuerda por vía de retiro y jubilación la pensión de cuatro velas de cera de a libra y una misa rezada en su altar en la Catedral, que recibirá todos los años en su día. Art. 3° Queda nombrado Patrón de la ciudad el ciudadano naturalizado San Ignacio de Loyola, con el grado y honores de Brigadier General de la República, y el uso de la divisa federal. Art. 4° La misma divisa llevarán en adelante todos sus hijos, gozando perpetuamente la pensión de ochocientos pesos mensuales. Art. 5° El Exmo. Santo Patrón, optará todos los años en la Catedral las mismas cuarenta horas con sermón que hacían a su antecesor".

Siguen otros dos artículos, casi tan cómicos como los precedentes, estipulando los festejos y honores que le tributarán las "naciones africanas con candombe y malambo", el Gobierno, los ministros, corporaciones civiles y militares, los jesuitas, y en especial el primer Edecán del Restaurador, con caballo enjaezado de rojo y "bastón de brigadier para el santo patrono".

En carta fechada el 10 de enero de 1875, Rosas le escribía a don Máximo Terrero; "No me ha sido posible enviarte antes los Decretos referentes a nuestro esclarecido y glorioso Patrón San Martín. Todo lo que hay en el Registro Oficial, es lo que te adjunto del número 1 al 11. Mientras presidí el Gobierno de Buenos Aires como su jefe supremo estuve siempre, gracias a Dios, en mi sano juicio.

No hubo pues tal Decreto. Y todo lo que se ha dicho y publicado, opuesto a los referidos Decretos adjuntos, es incierto".

Y añadía todas las disposiciones oficiales, tomadas en homenaje a san Martín de Tours desde 1832 a 1851.